

Germán Sánchez Otero

ABRIL SIN CENSURA
GOLPE DE ESTADO EN VENEZUELA
memorias

Prólogo
José Vicente Rangel

ABRIL SIN CENSURA
GOLPE DE ESTADO EN VENEZUELA

memorias

Germán Sánchez Otero

ABRIL SIN CENSURA
GOLPE DE ESTADO EN VENEZUELA

memorias

Prólogo
José Vicente Rangel

C|O

Ediciones **Correo del Orinoco**

Abril sin censura
Golpe de estado en Venezuela
Memorias
Germán Sánchez Otero
Prólogo de José Vicente Rangel

Editorial Correo del Orinoco
Alcabala a Urapal, edificio Dimase, La Candelaria,
Caracas- Venezuela. www.correodelorinoco.gob.ve

Directorio

- Hugo Chávez Frías** Presidente de la República Bolivariana de Venezuela
- Andrés Izarra** Ministro del Poder Popular para la Comunicación y la Información
- Lídice Altuve** Viceministra de Gestión Comunicacional
- Alejandro Boscán** Viceministro de Estrategia Comunicacional

Edición Rosa Alfonso Mestre, Annalien Ruiz Rey, Yudalmis Suárez Alberdi, Zunilda González Valdés y Adriana Daniel Aneiros

Corrección Carlos Calderón Lazaga y Maykel Reyes Leyva

Composición Cecilia Ponce Menéndez

© Germán Sánchez Otero, 2012

© Sobre la presente edición:

Ediciones Correo del Orinoco (Venezuela)

y Editora Política (Cuba), 2012

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra sin la autorización de la Editora.

Depósito legal **lf26920123201268**

ISBN **978-980-7426-45-9**

RIF **G-20009059-6**

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela en los talleres de la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial.
Abril, 2012

Al Bravo Pueblo civil y uniformado, que gritó:
«¡Viva Chávez, no joda...!».
Y venció.

PRÓLOGO
TESTIGO DE EXCEPCIÓN

-I-

Germán Sánchez Otero, exembajador de Cuba en Venezuela —de grato recuerdo y larga permanencia en el país—, define el propósito testimonial de este libro al titularlo Abril sin censura. Golpe de Estado en Venezuela. Mi amigo me envió el texto con el pedimento de que le hiciera el prólogo, y tan honrosa distinción avivó el recuerdo de los incontables episodios a los que se enfrentó el pueblo venezolano durante el proceso subversivo —enmarcado en el odio y el revanchismo— que atizó el gobierno norteamericano y desencadenaron políticos, empresarios, la jerarquía de la Iglesia y medios de comunicación desplazados del poder por la Revolución Bolivariana. He revisado papeles y refrescado momentos inolvidables que compartí con quienes estuvieron en posiciones clave en ese entonces, y la verdad es que resulta imposible deshacerse del cúmulo de vivencias que nos tocó vivir.

-II-

El relato de Sánchez Otero es apasionante. Está expuesto con un estilo transparente, que combina la anécdota con la reflexión profunda acerca de lo que sucedió en Venezuela. Además, él tiene la autoridad que le confiere el protagonismo que asumió durante los acontecimientos, por lo que estoy convencido de que se convertirá en un éxito editorial dadas las revelaciones que contiene y la capacidad narrativa del autor.

Me interesa destacar que el libro aparece durante la conmemoración de un nuevo aniversario de aquella felonía, en la que Venezuela corrió el inmenso riesgo de un baño de sangre por culpa de gente irresponsable sin

-XI-

sentido de patria. La trama urdida tanto por la derecha del país como por el imperio norteamericano tuvo la siguiente particularidad: la conjura operó en dos planos. Uno, el visible, mediante la estimulación de la calle con acciones de agitación y de terrorismo mediático, combinadas con reiteradas invocaciones de la paz y contra la violencia; otro, aquel donde se hizo el trabajo para enganchar a los mandos militares, prelados de la Iglesia y gente pesada del mundo empresarial. Este diseño subversivo lo registra con claridad el libro de Sánchez Otero. Porque su autor lo vivió. Porque lo captó sobre la base del conocimiento que tenía del país y las relaciones que consolidó durante su exitosa gestión al frente de la embajada de Cuba en Caracas.

-III-

Ese accionar logró su objetivo el 11 de abril de 2002 y lo capta con absoluto rigor Sánchez Otero. La lectura de la obra pone en evidencia que la planificación del proceso desestabilizador logró, por una parte, distraer la atención de los organismos de seguridad e inteligencia del gobierno; y por otra, la realización de un trabajo conspirativo que prácticamente pasó inadvertido, determinante en el momento en que se decidió el golpe. La combinación de las acciones de calle y el papel de los medios el 11 de abril, con el pronunciamiento de los mandos militares en Fuerte Tiuna y el caos en los servicios de inteligencia, logró el objetivo de derrocar ese día el gobierno constitucional de Hugo Chávez. A lo largo del libro se accede a los aspectos fundamentales de la estrategia que utilizaron los conjurados, sin duda concebida por expertos norteamericanos en desestabilización y ejecución de golpes de Estado. El protagonismo de la Misión Militar de EE.UU., que operaba dentro de las instalaciones de Fuerte Tiuna, y el papel que jugaron oficiales venezolanos vinculados al Pentágono, entre los que figura un agregado militar en Washington, explica muchos desarrollos de la conspiración que sorprendieron a la inteligencia y seguridad del gobierno nacional.

-XII-

-IV-

Por cierto, Sánchez Otero cita en el libro una frase de José Martí que no tiene desperdicio, la cual recoge en cierta forma lo que sucedió: «En la política lo real es lo que no se ve». Esa lúcida observación del Apóstol cubano resume una enseñanza y se convierte en alerta permanente. En los tiempos de tormenta durante los cuales se ha desenvuelto el proceso bolivariano, tanto en los años 2002 y 2003 como en los actuales, hay que tener los ojos bien abiertos: no solo para ver la superficie, lo que aflora en determinados momentos, sino lo que subyace, lo que se mueve más abajo. En algo tan complejo —además de artero— como la política, muchas veces «lo real es lo que no se ve». Pero precisamente es ahí donde está el engaño. Esta precisión de carácter autocrítico tiene un efecto retroactivo respecto al 11-A y también, por lógica elemental, a la actualidad. Viene a ser consecuencia directa de la conjunción de múltiples factores, los que se perciben a simple vista y los que funcionan en la penumbra.

-V-

En el libro destacan el heroísmo y las convicciones democráticas y revolucionarias del pueblo venezolano. Destaca la dignidad de la oficialidad leal a la Constitución Bolivariana y a su Comandante en Jefe. Destaca el coraje de una dirección política que no se dejó amilanar por los golpistas y dio la cara. Y destacan el valor personal y la capacidad para la interlocución, para moverse en el terreno político, en medio de una crisis, del autor del libro y embajador de Cuba en Venezuela para esos momentos. Sánchez Otero no fue un embajador más, de esos que convierten la misión en mero protocolo. Entendió, porque es un estudioso, lo que pasaba en el país y cuál era su papel.

Sobresale también en este libro la transparente relación —tan satanizada por la oposición— entre Cuba y Venezuela, forjada con paciencia, con amor de pueblos, con sentido de hermandad y mutuo respeto.

-XIII-

AGRADECIMIENTOS

En especial exalta la figura humana de Hugo Chávez, su extraordinaria habilidad política, su capacidad para sortear las celadas que le montan sus enemigos, su sentido de la oportunidad y la forma como reacciona, en una combinación de pragmatismo con idealismo, ante circunstancias adversas. Sánchez Otero asume al personaje directamente en ciertos pasajes del libro, y en otros lo insinúa, lo que revela capacidad de observación y voluntad para abordar el papel que juega el ser humano en momentos de crisis.

Y por si fuera poco en el análisis de esa etapa está el boceto que el autor hace de la conjura, la manera como fue preparada, sus debilidades y fortalezas, así como las debilidades y fortalezas del chavismo. También la participación de los Estados Unidos y de países como España en el golpe y la solidaridad internacional que se manifestó de manera espontánea.

Hay una observación en el libro que vale la pena poner de relieve. Es la siguiente: «Lo primordial es que todos los integrantes de la oposición participaron en la ejecución del golpe, y tenían consenso respecto a dos objetivos centrales: anular la Constitución Bolivariana y sacar por la fuerza al presidente Chávez». Toda la oposición estuvo comprometida y toda, sin excepción, siguió en la misma tónica después del fracaso. En lo personal me atrevo a decir que para esa oposición aún sigue siendo ese, diez años después, su objetivo, lo que debe servir de advertencia para no repetir errores, justo cuando Venezuela se apresta a una nueva prueba, probablemente decisiva. Este libro, escrito por un agudo observador, para el cual no escapa detalle alguno, constituye una buena carta de navegación en el proceloso mar de la política. Lo recomendable es leerlo con detenimiento y desentrañar sus códigos.

José Vicente Rangel

A mi esposa e hijos. Este libro fue un compromiso y un empeño familiares, en el que participaran con su especial respaldo, aliento y comentarios útiles, mi esposa Amarilys Hernández y Carlos Ernesto, nuestro hijo menor, ambos también fieles compañeros en aquellos memorables días de abril en Venezuela. Allí quedamos enlazados por siempre con el hermano pueblo bolivariano, al correr su misma suerte junto al resto de nuestros compatriotas de la embajada y sus hijos, varios de ellos niños y adolescentes. Mi hija Anna, que viviera con nosotros años después en Venezuela, donde quedara embarazada de dos preciosas jimaguas —o «morochas»—, fue una animosa colaboradora y me brindó atinadas recomendaciones.

A Elena Díaz, Félix López, Francisco Delgado y Felipe Gil, que leyeron la primera versión y me ofrecieron sugerencias y juicios muy valiosos. Félix, además, aportó con altruismo su experiencia editorial y de avezado periodista en Cuba y Venezuela.

A José Vicente Rangel, por su lúcido prólogo y su admirable lealtad al ideal bolivariano.

Al héroe de la gesta victoriosa del 13 de abril, el entonces cabo de la Guardia Nacional, Juan Bautista Rodríguez, quien me relatara para este libro su participación en la idea de redactar la nota donde Chávez anunciara al pueblo venezolano que no había renunciado, y luego la trasladara desde Turiamo a los militares leales en Maracay.

A Raimundo Urrechaga, que me facilitara copia de varios documentales sobre el tema y de las transmisiones que hicieran las principales televisoras de Venezuela los días del 11 al 14 de abril.

A Ángel Pérez y José Arias, por el estímulo de ambos. A Héctor Madrugá y Jorge Ferrera, siempre solidarios. A todos los cubanos

y venezolanos que en diferentes momentos y sitios de ambos países me alentaron a escribir estas memorias.

Al compañero Rolando Alfonso Borges, que apoyara con esmero y calidez la pronta revisión editorial del texto.

A todos los compañeros de la Editora Política que garantizaron, en tiempo récord y con diligente quehacer colectivo, la edición de este libro, bajo la eficaz dirección de Santiago Dórquez y José Duarte.

A Ernesto Niebla, que realizó el diseño y puso su corazón.

A Andrés Izarra, por su iniciativa y apoyo para publicar sin demora esta obra en Venezuela.

PREGUNTAS

— ...¿Y cuándo fue la primera vez que el presidente Chávez te habló sobre la posibilidad de un golpe de Estado contra su gobierno? —me preguntó Yanuris durante una tertulia en su casa de la playa Santa María, al este de La Habana, en abril de 2011, vísperas del aniversario de aquel lance que culminó en la victoria popular más formidable de la Revolución Bolivariana, de esas que nunca envejecen.

Éramos cuatro amigos que habíamos realizado diferentes quehaceres en Venezuela: Alexander Palacio, un médico general integral en Barrio Adentro —de apenas 36 años, semblante laxo y pertinaz bromista—, Yanuris Cruz, joven profesora en la Misión Deportiva —amena conversadora, de piel morena y rostro vivaz—, y Javier López, asesor en las misiones educativas —próximo a los cuarenta y el más circunspecto del grupo, aunque sus pícaros ojos no se perdían un instante la espléndida sonrisa de Yanuris.

El grato intercambio abarcó diversos temas, casi todos sobre Venezuela, y cada quien narraba sus anécdotas de manera coloquial y desenfadada. Cuando empezamos a hablar del golpe de Estado, observé sus caras absortas y los estimulé a que formularan sus interrogantes y comentarios, que reflejaban un elevado compromiso con el pueblo venezolano.

—¿Cómo fue posible que el golpe se hiciera de manera tan sorpresiva?, —preguntó Javier con cierto asombro.

—Para mí no está clara la participación de los Estados Unidos —comentó después Alexander.

—¿Cómo se explica que en menos de cuarenta y ocho horas el golpe fuera derrotado y a Chávez ni lo arañaran?... —inquirió Yanuris, mientras sorbía un poco de Tropicola helada.

Alexander completó la ronda: —Yo lo que quiero es que me cuenten de corazón, fíjate bien, ¿qué sintieron ustedes dentro de la embajada cuando estaban asediados por los fascistas y el alcalde Capriles quiso revisar los locales?

—¡Bueno, paren ahí: dejemos algo para otro día! —exclamé de buen ánimo, porque me sentía satisfecho de que se interesaran por conocer detalles de aquel hecho tan relevante y colmado de lecciones—. No se preocupen, tengo esas memorias bien guardadas e incluso voy a develarles secretos que ya es posible y conveniente que se conozcan —los miré en ráfaga y capté en sus gestos un ambiente de gozo.

Abrí una lata de cerveza Bucanero y eché un poco en mi vaso, para participar en un brindis que Alexander hizo en honor al pueblo bolivariano. «Al que tanto admiramos y queremos», afirmó.

—¿Qué les parece si nos damos un chapuzón? —dije y los tres asintieron entusiasmados—. El mar es el mejor amigo de los recuerdos y además es un fiel confidente...

Comencé a narrarles con el agua hasta la cintura, aunque debimos movernos una y otra vez debido a las medusas que pululan en nuestra primavera caribeña. Al terminar el relato, casi una hora después, Alexander miró a los demás, que como él tenían sus rostros muy atentos, y me persuadió al mejor estilo galeno antes de dar unas brazadas:

—Germán, tienes que escribir esas vivencias, que no son propiedad tuya ni de nadie y el paso del tiempo, como ocurre a los organismos humanos, suele deteriorarlas...

El siguiente día regresé solo a Santa María. Las brisas olían a recuerdos, que se multiplicaron al avistar un barco venezolano que venía hacia La Habana, luego de bordear la isla al este de Maisí. Los fulgores del mar me incitaron a trotar con mis pies desnudos sobre la cálida arena y a nadar despacio hacia el veril, hasta que comencé a bucear en el azul oscuro, con ganas de tocar fondo.

Aún jadeante por el inusual esfuerzo, me senté en la ribera debajo de una sombrilla playera a garabatear unas hojas, extasiado por la misteriosa sensualidad de las gaviotas y el rítmico vaivén de las olas, que me llevaron suavemente a las remotas costas de Vargas. Y sin secarme el agua del Caribe que compartimos, avancé a paso suelto hasta el puerto de La Guaira y allí no pude aguantar el deseo de serpentear el Ávila por el empinado camino de los españoles y bajar a recorrer el valle de Caracas...

PRELUDIO

A finales de mayo de 2000, durante un almuerzo privado que tuve en La Casona con el presidente Chávez, por vez primera conversamos sobre el tema de un eventual golpe de Estado. Dos días antes el Consejo Nacional Electoral había anunciado la postergación de los comicios presidenciales del 28 de mayo para el 30 de julio, los primeros que se efectuarían luego de aprobarse la nueva Constitución, el 15 de diciembre del año anterior.

Chávez venía de recorrer el país, al igual que lo hizo durante la campaña de 1998, y me citó para actualizarse sobre el quehacer de nuestros médicos en las zonas del desastre natural en el estado de Vargas —el más trágico en la historia venezolana— ocurrido el mismo día del referendo constitucional. Llegué a las 12 del mediodía y me dispuse a esperar, pues suponía que el Presidente debía tener muchos compromisos, después de varias semanas sumido en mítines, caravanas y diálogos con la gente.

Recorrí con la vista el salón en que me encontraba, destinado a los embajadores: una hermosa pintura de Armando Reverón, muebles estilo Luis XVI, porcelanas y relojes franceses del siglo XIX, uno de ellos famoso por haber sido propiedad de Napoleón. Y mientras degustaba un sabroso jugo de guanábana recordé las palabras de Chávez a tres meses de los comicios presidenciales del 6 de diciembre de 1998, durante un diálogo que tuvimos en el apartamento de un amigo común, cerca de El Hatillo, en Caracas. «He visto una revolución en los ojos del pueblo humilde», dijo entonces, alborozado, como si hubiera descubierto un cuerno de la abundancia en la subjetividad popular y sentenció con énfasis: «Esa gente lo que quiere es que hagamos una revolución...». Yo me sorprendí al escuchar esa palabra tan venturosa y le sonreí, sin él imaginar

la pregunta que me hacía: «¿Será posible en este momento una revolución en Venezuela?».

A los pocos minutos Chávez ingresó al Salón de los Embajadores, ataviado con ropa deportiva, radiante, y me estrechó la mano con alegría.

—Esta vez te hice esperar menos de lo que suponías, pues estoy ansioso por saber cómo están los médicos cubanos en Vargas —expresó con su habitual voz grave y melodiosa, interesándose por nuestros compañeros que permanecían allí desde los días de la tragedia—. Además, te confieso que tengo muchas ganas de almorzar, regresé de esta gira optimista y con buen apetito.

El mandatario hizo un gesto para que lo siguiera y pronto nos encontramos en el corredor lateral izquierdo de La Casona, tal vez su sitio predilecto de la mansión, en la que él no se sentía a sus anchas por el lujo de los muebles, los adornos y la opulencia de la edificación. Desde ese pasillo se disfruta el refrescante patio plagado de morichales y otros árboles, plantas ornamentales —entre las que sobresalen inmensos helechos y diversos tipos de orquídeas—, cafetos y un reluciente césped. También se aprecian perezosos, ardillas, guacamayos, perdicés, loros y numerosas aves que trinan por doquier.

Nos sentamos vis a vis, separados apenas un metro por una sencilla mesa donde ya nos habían servido una cesta con casabe, y al instante nos trajeron arepitas humeantes, nata y quesos de telita y guayanés. Pronto, Chávez inició el encuentro narrándome sus vivencias en la recién terminada gira electoral.

—Quiero que le cuentes todo a Fidel, hay varias experiencias nuevas —hizo una larga pausa para disfrutar las primeras dos arepitas, a las que untó abundante nata invitándome a probarlas—. Fueron hechas por un artista llanero —dijo y sonrió orgulloso de su tierra barinesa.

Yo acerqué mi primer manjar, agregándole además de nata el inigualable queso guayanés, mientras recorría con la vista la

sencilla mesa, donde había dos pequeños manteles individuales, cubiertos comunes de acero niquelado, y un vaso de agua y otro de jugo, sin copas de vino.

—Hay dos cosas nuevas que distinguen la conducta actual del pueblo en comparación con el momento de la campaña de 1998 —comenzó su explicación Chávez—. Lo primero es la nutrida presencia de niños y adolescentes en todos los actos y al paso de la caravana, al extremo que debí moverme todo el tiempo con sumo cuidado para evitar un accidente. Niños y niñas entusiastas, que gritaban: «Chávez, Chávez, Chávez...» y con su alboroto me decían sin palabras: «Somos la nueva Venezuela que ha comenzado a crecer».

En ese momento lo interrumpieron y le pasaron una llamada de un general que tenía a su cargo una importante obra del Plan Bolívar 2000. Se le notaba molesto porque no avanzaban al ritmo que él les había pedido. Al terminar, retomó lo que venía diciéndome, mientras se preparaba otra arepita.

—Y lo segundo, cuéntale esto muy bien a Fidel, es la reiterada imagen del Che en todas partes. Una vaina muy emocionante —dijo y luego hizo una pausa, tras alguna idea—. Era un mensaje del pueblo diciéndome: «Lo que queremos es una revolución de verdad», radical pues, y por eso enarbolaban al Che con su melena y ese rostro suyo de soñador y guerrero de todas las batallas —otra pausa y agregó—: Regresé a Caracas muy seguro de que ganaremos esta nueva escaramuza electoral y vamos hacia metas más ambiciosas, tenemos que transformar el país. Apenas hemos comenzado la revolución política y debemos iniciar la revolución económica y social. Y para lograrlo, es necesario darles cada vez más poder a los pobres.

La conversación se extendió casi dos horas, respaldada por un plato inicial de hervido de gallina, un exquisito pabellón criollo —el plato típico nacional a base de arroz blanco, frijoles negros, carne mechada y tajadas de plátano maduro frito— y el celestial

postre de bienmesabe, compuesto de leche de coco hecha crema, que se une intercalando capas con un suave bizcocho casero y encima polvo de canela. Y de colofón el infaltable guayoyo, ese invento venezolano de preparar el café con la dosis exacta de agua que permite ingerir y disfrutar muchas tazas, sin influir en el equilibrio nervioso. Y si hiciera falta una prueba, Chávez sería la mejor: consume decenas cada día. Precisamente, en el instante en que degustábamos sendos guayoyos bien calientes, le solté de sopetón:

—Oye, Hugo, se está rumorando cada vez más que hay ruidos de sables en los cuarteles... como decían en Chile, en la época de Allende que me tocó vivir allí. ¿Es verdad?

No dejé de observarlo mientras le hacía la pregunta, tuteándolo y llamándolo por su nombre, como él me pidió desde que lo conocí hacía ya ocho años, en septiembre de 1994. Sorbió otro trago de café y luego encendió un cigarrillo, emitió uno, dos, tres lentos soplos de humo que inundaron mis pulmones, hasta que por fin dijo en tono lacónico: «Es cierto, yo también he recibido algunas informaciones...». Pidió otro guayoyo y me preguntó si deseaba tomar algo más, le respondí que esta vez apetecía un negrito, que se parece más al modo en que los cubanos colamos el café y continué atento a sus palabras. Lo percibía algo inquieto, aunque su verbo seguía firme y coherente.

—Fíjate, dile a Fidel que no se preocupe, estoy seguro de que si algunos oficiales de alto rango intentan un golpe, el pueblo los va a derrotar... —hizo un alto, degustó otro sorbo del brebaje y sonrió.

Miró pensativo hacia la capilla que está al final del largo corredor, la original que existía en la hacienda colonial que fue remodelada en 1964 y convertida en residencia presidencial. Recorrió con su vista el Cristo, el pequeño altar, los dos reclinatorios y comentó

que allí se encontraba un documento firmado por el Santo Padre Juan Pablo II. Yo le conté que la primera y única vez que había visitado La Casona durante el gobierno de Caldera fue precisamente en ocasión de un saludo que los embajadores le dimos al papa Juan Pablo II. Y Chávez, con especial cortesía sonrió: «Ahora no vas a tener que esperar a que venga el Papa a Venezuela para visitar La Casona...».

Luego retomó el hilo de la conversación —lo que suele hacer después de las más inesperadas digresiones en cualquier diálogo o discurso—, y mirándome firme dijo:

—Sí, estoy seguro: el pueblo no lo va a permitir, ni tampoco la abrumadora mayoría de las Fuerzas Armadas. De eso no tengan dudas —remarcó esta última idea y devoró en tres o cuatro sorbos el resto del café, junto a las últimas dosis de humo que extrajo del cigarrillo y expirara serenamente...

A fuer de sincero, la primera vez que supe de la preocupación de Chávez sobre un eventual golpe de Estado contra su gobierno ocurrió de manera indirecta, en julio de 1999. Yo había sido invitado por Raúl Isaías Baduel a la fiesta que se realiza todos los años en el Salón Venezuela del Círculo Militar, en homenaje a los altos oficiales promovidos a grados superiores. Baduel recibió ese día la insignia de general de brigada y al igual que a los demás ascendidos, le asignaron dos mesas de ocho asientos cada una para sus invitados al ágape. Los seleccionados por Baduel, quien en ese tiempo fungía como secretario privado del Presidente, eran familiares y amigos suyos de larga data, excepto José Vicente Rangel, entonces canciller, y yo.

Al cabo de un tiempo prudencial de la fiesta, Rangel decidió marcharse y en ese momento me percaté de que también debía

despedirme, a fin de permitirle al agasajado que compartiera a plenitud con sus seres más cercanos. Baduel tuvo la deferencia de acompañarme hasta la puerta del salón, distante a más de cincuenta metros, y mientras caminábamos me colocó el brazo en el hombro y enfiló sus ojos místicos hacia los míos, en señal de que deseaba captar bien mi atención.

—El Presidente me adelantó hoy que está pensando nombrarme jefe de la 42 Brigada de Paracaidistas asentada en Maracay, que es, como sabes, una plaza estratégica —dijo con sus labios casi pegados a mi oído para que lo pudiera escuchar sin distorsiones, debido a las estridentes voces del público y el intenso volumen de una gozosa cantante llanera, que repetía una y otra vez el simpático estribillo de advertencia a una contrincante amorosa: «Con lo mío, mío, mío... con lo mío no te metas...».

Reaccioné sorprendido, pues Baduel había sido nombrado por Chávez su secretario privado después del triunfo electoral en diciembre de 1998 y hasta donde yo conocía, el apoyo que él le ofrecía al Presidente venía siendo útil. El flamante general captó mi asombro con sagaz mirada, y yo decidí distanciar el oído de su boca y mirarlo de frente: su rostro estaba serio y tenso, como el soldado antes de partir a la primera línea de combate.

—Si el Presidente adopta esa decisión, es que él presume que en algún momento puede ocurrir un intento de golpe de Estado y desde ahora quiere curarse en salud nombrándome en Maracay —secreteó otra vez en mi oreja, parados en la puerta de salida, y en el instante de despedirnos encendió un lancero Cohiba, de la caja que hacía un rato le había obsequiado—. El hedonismo de fumar un habano es semejante al placer de caer en un paracaídas o hacer el amor hasta el amanecer —sonrió con fruición y elevó su cabeza hacia el cielo soltando una densa bocanada de humo mientras murmuraba un rezo ininteligible...

INMINENCIA

La segunda vez que conversé con el presidente Chávez respecto a un posible golpe de Estado, también sucedió en La Casona, en un escenario nacional e internacional mucho más riesgoso, a finales de marzo de 2002. Ahora sí los «ruidos de sables» solo los sordos no los escuchaban. Las incógnitas eran cuántos sables, de quiénes y cuándo los usarían. Las actuaciones de la oposición y ciertas declaraciones de autoridades estadounidenses ofrecían signos inequívocos de que el plan golpista había comenzado; entre los dirigentes bolivarianos existían opiniones divergentes, algunos tenían la certeza de que estaba en marcha y otros suponían que no había un serio peligro.

En esta ocasión el Presidente me citó a un encuentro nocturno, para evaluar tranquilos la ejecución del Convenio Integral de Cooperación que él y Fidel habían firmado en octubre del año 2000. Varios proyectos no lograban despegar debido al boicot de funcionarios venezolanos, en particular de la empresa Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA) y del Ministerio de Producción y Comercio. Ellos, además de tener ideas de la IV República, actuaban temerosos en medio de una furibunda campaña anticubana de los medios de difusión privados y sectores de la oposición complotados con la mafia anticubana de Miami.

Al despedirme del Presidente en la inmensa puerta de La Casona, al filo de la medianoche, mientras esperaba mi auto un resorte interior se activó. «No puedo irme sin tocarle el tema», pensé.

—Nos están llegando muchas informaciones de que ahora sí avanza una intentona de golpe en la que están involucrados varios militares de alto rango, en coordinación con civiles de la oposición y la Iglesia. ¿Qué tú crees?

Chávez no demoró cinco segundos en responder y escuché la misma apreciación que me había formulado diez meses antes, como si fuera el eco de entonces que había quedado atrapado en los espacios y vericuetos de la residencia presidencial.

—Sí —dijo con énfasis—. Estoy recibiendo muchos reportes y conjeturas. Pero he dado instrucciones de evitar suspicacias que provoquen acusaciones infundadas y divisiones en el Alto Mando y la oficialidad.

—O sea, es cierto...

—Es verdad, sin embargo, debo ser cuidadoso. Incluso he tenido que tomar medidas en la Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención (DISIP) porque estaban espionando a algunos generales y uno de ellos se quejó y yo le di la razón. No confío en ciertos generales, son los menos y creo tenerlos a casi todos bajo control, aunque decidiera en los tres años transcurridos de mi mandato respetar las normas formales de los ascensos, salvo escasas excepciones, y por ahí han llegado a generales algunos que son los que están conspirando, y hay otros pocos que pertenecen a generaciones anteriores y también están en vainas. Pero, sumados, son una minoría.

—¿Y piensas que no hay peligro de un golpe?

—Sigo creyendo que el pueblo derrotaría cualquier aventura golpista. Tal vez lo intenten; que tengan éxito, imposible. Nuestra gente saldría a las calles a enfrentarlos y la inmensa mayoría de las Fuerzas Armadas no va a apoyar a los golpistas —dijo y fijó su vista con firmeza en mis ojos—. Yo los conozco, Germán, casi todos los oficiales, clases y tropas son leales a la Revolución o, cuando menos, respetuosos de la Constitución. A esos militares nadie los podrá engañar y si ocurriera una acción golpista, el respaldo del pueblo bolivariano a su gobierno sería decisivo. Duerme tranquilo, aunque agradezco tus comentarios y preocupaciones. De todos modos, ojo pelo y cualquier señal de interés me avisas...

Antes de despedirnos, pidió a un edecán que trajera un CD de Alí Primera, su cantor predilecto, que muriera en un extraño accidente en su automóvil en la autopista Valle-Coche, en la madrugada del 16 de febrero de 1985.

—Ahora lo necesitamos más y lo comprendemos mejor, él es como el Cid Campeador, sigue ganando batallas —comentó al obsequiármelo, me abrazó sonriente, con la calidez de siempre y esperó a que montara en el auto mientras saludaba a mi chofer cubano, Mario Pérez—: ¡Epa, hermano! —le dijo con afecto. Y cuando el vehículo empezó a moverse nos gritó con su vigorosa garganta—: ¡Venceremoos...!.

Entonces lo observé de reojo cuando entraba a La Casona y aprecié que se movía muy despacio, como si llevara la cordillera de los Andes sobre sus anchos hombros.

CAUSAS

Abrí la ventanilla del auto para respirar la fresca noche caraqueña, introduje el CD de Alí Primera en la reproductora y comencé a escuchar en su recia y tierna voz los versos nutridos de verdades del cantor de la Revolución Bolivariana, esas que Chávez estaba intentando hacer realidad y que habían desatado las conspiraciones que ahora se cernían sobre el poder revolucionario:

Basta de mentes hipócritas/ basta de mentes estólicas/
que nos quieren mandar/ levantemos para siempre la es-
palda/ destrocemos el látigo/ que nos quiere marcar.

Campesino, por tu propia tierra/ obrero, por tu propia
fábrica/ estudiante, por tu propia idea/ busquemos lo que
ha de emancipar.

Sequemos el sudor de nuestra frente/ y busquemos
tras las nubes al sol/ busquemos con alborozo/ el sol ma-
ravilloso de la liberación.

Ciertamente, la situación venezolana en marzo de 2002 había evolucionado hacia un escenario muy diferente a la primera vez que hablara con el Presidente sobre el tema del golpe de Estado, en mayo de 2000. Torrentes de aguas turbias —visibles y subterráneas— inundaban los espacios de la vida política nacional e internacional con la rapidez de una tormenta en la montaña.

Mientras disfrutaba las canciones de Alí en el trayecto hacia mi casa, discurrían en mi mente —a más velocidad que las 24 imágenes por segundo del cine— muchos de los acontecimientos que comenzaran a ocurrir desde el 2 de febrero de 1999. Y comencé por recordar un momento estelar.

—¿Cuándo se te ocurrió calificar de «moribunda» a la Constitución de 1961? —le pregunté a Chávez un año después de aquel 2 de febrero, en que hiciera su juramento de primer mandatario ante el Presidente del Congreso y al lado del expresidente Rafael Caldera, quien quedara pasmado: «Juro ante Dios, ante la Patria y ante mi pueblo, sobre esta moribunda Constitución, que haré cumplir e impulsaré las transformaciones democráticas necesarias para que la República nueva tenga una Carta Magna adecuada a los nuevos tiempos».

—Fue algo espontáneo, me surgió en el instante en que hacía el juramento, al mirarla la imaginé así, postrada, moribunda... —dijo Chávez con naturalidad.

Todo resultó vertiginoso: esa tarde del 2 de febrero de 1999 Chávez sale hacia Miraflores y allí firma su primer decreto, que convoca a un referendo para preguntarle al pueblo si quería o no Constituyente; el 25 de abril, el 92 por ciento de los votantes la apoya; el 3 de agosto queda instalada la originaria Asamblea Nacional Constituyente, con 130 miembros, de ellos 125 pertenecientes al Polo Patriótico; el 15 de diciembre la nueva Constitución es aprobada por una amplia mayoría: el 72 por ciento de los electores; y el 30 de julio de 2000 se realizan elecciones para votar al Presidente, los diputados de la Asamblea Nacional y estatales, gobernadores y alcaldes. El líder bolivariano es reelecto con el 60 por ciento de los votos y los candidatos de su alianza obtienen vasta mayoría en los demás cargos y escaños.

En apenas 18 meses la Revolución Bolivariana había creado un nuevo escenario político y estatal, favorable para iniciar los cambios económicos y sociales y afianzar el poder político. Chávez disponía de una certera carta de navegación: la Constitución Bolivariana, que él no cesaba de explicar al pueblo cada día —como ningún otro gobernante en el mundo—, con énfasis en su formidable Preámbulo:

El pueblo de Venezuela, en ejercicio de sus poderes creadores e invocando la protección de Dios, el ejemplo histórico de nuestro Libertador Simón Bolívar y el heroísmo y sacrificio de nuestros antepasados aborígenes y de los precursores y forjadores de una patria libre y soberana;

con el fin supremo de refundar la República para establecer una sociedad democrática, participativa y protagónica, multiétnica y pluricultural en un Estado de justicia, federal y descentralizado, que consolide los valores de la libertad, la independencia, la paz, la solidaridad, el bien común, la integridad territorial, la convivencia y el imperio de la ley para ésta y las futuras generaciones; asegure el derecho a la vida, al trabajo, a la cultura, a la educación, a la justicia social y a la igualdad sin discriminación ni subordinación alguna; promueva la cooperación pacífica entre las naciones e impulse y consolide la integración latinoamericana de acuerdo con el principio de no intervención y autodeterminación de los pueblos, la garantía universal e indivisible de los derechos humanos, la democratización de la sociedad internacional, el desarme nuclear, el equilibrio ecológico y los bienes jurídicos ambientales como patrimonio común e irrenunciable de la humanidad [...].

¿Qué significación tiene la Constitución Bolivariana en el inicio de la actual etapa histórica venezolana?

Se trata de una Ley de Leyes que define un nuevo estatuto de democracia auténticamente participativa y protagónica, un sistema económico de orientación antineoliberal, que promueve el cooperativismo y la autogestión y una axiología humanista y solidaria; enfatiza la responsabilidad social del Estado, por ejemplo, en garantizar la salud, la educación y empleo para todos los ciudadanos. Además, en un país donde era común que se violaran

los derechos humanos, la nueva Carta Magna establece una sólida plataforma en defensa de esos valores. Y algo muy importante: Chávez logra que se apruebe el nombre de República Bolivariana de Venezuela. Más que símbolo, un proyecto histórico de alcances colosales.

Cuando el líder bolivariano asume la presidencia hereda un Estado quebrado, una economía dependiente, improductiva y desarticulada, y una sociedad donde más del 70 por ciento de la población vive en la pobreza y había sido manipulada y estafada por los partidos políticos y la oligarquía; el barril de petróleo a 8 USD; altos niveles de desempleo y subempleo; inflación por encima del 80 por ciento; tendencia decreciente de los salarios reales; y pasos hacia la privatización de las empresas estatales —incluida PDVSA—, que había comenzado con la venta de la empresa del acero dos años antes y tenía en proceso la del aluminio. Además, Chávez debe gobernar con un Estado muy pesado, repleto de funcionarios y empleados que mantenían su adhesión —expresa o tácita— a los partidos Acción Democrática (AD) y Demócrata Cristiano (COPEI) y a los valores de la IV República. En rigor, esta no había muerto y la V República debía forjarse, aunque ya tenía el acta de nacimiento y recién comenzaba a andar.

Debido a la gravedad de los problemas de toda índole acumulados, en paralelo con los cambios políticos aludidos, Chávez empieza a encarar varias urgencias sociales. ¿Cómo lo hace, si no tiene recursos? Decide apoyarse en uno de los soportes principales que él concebía para garantizar el avance de la Revolución Bolivariana: las Fuerzas Armadas. Para ello crea el Plan Bolívar 2000, en varias fases, e involucra a más de ciento quince mil militares y decenas de miles de civiles, contratados y voluntarios.

El Plan Bolívar 2000 empieza a construir escuelas y viviendas, a reparar hospitales y viales, a brindar servicios médicos, a alfabetizar jóvenes y adultos, a promover actividades deportivas y de

estudios de oficios, esto último con el fin de generar empleos y crear nuevas microempresas. Con este primer plan social, Chávez se propuso generar beneficios rápidos a la gente más necesitada, aprovechar las fortalezas de la institución castrense —disciplina, organización, medios materiales y humanos— y utilizar con el máximo de eficiencia los escasos recursos de que disponía el Estado, vincular la Fuerza Armada a los humildes y acelerar la alianza cívico-militar.

También el gobierno bolivariano adopta otras decisiones de amplia repercusión y bajo costo. Por ejemplo, la eliminación del cobro de la matrícula escolar, que permitiera incorporar a más de medio millón de niños y la instauración paulatina de la doble sesión escolar, con almuerzo incluido.

El quid de los programas económicos y sociales de mayor alcance —que Chávez sabía que era menester implementar— dependía en buena medida del ingreso petrolero y de lograr una reinsertión de Venezuela en el ámbito exterior. Por eso, él se propuso de inmediato priorizar los nexos con la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), a fin de recuperar su papel en la regulación de los precios mundiales de los hidrocarburos. Y al unísono, lograr una readecuación del país en el escenario internacional, muy condicionado entonces por el poder unilateral de los Estados Unidos.

Chávez viaja a todos los países de la OPEP y en pocos meses concilia las posiciones encontradas de varios de sus miembros, logrando que se celebre en Caracas, en septiembre de 2000, una Cumbre de la OPEP, la segunda desde su fundación más de veinte años antes. En 2001 los precios del petróleo inician una tendencia alcista, debido en primer lugar a los acuerdos de ese cónclave, y después influyen otros factores del mercado. Lo más importante: la OPEP comienza a reponerse del control que los Estados Unidos había logrado sobre el cartel en los últimos diez años.

A fin de fortalecer la independencia frente al predominante dominio global y bilateral de los Estados Unidos, el líder bolivariano emprende una política exterior muy activa, secundada con destreza por el canciller José Vicente Rangel, que prioriza los nexos con potencias emergentes y otros países del sur, de intereses económicos y políticos convergentes con Venezuela.

En la América Latina y el Caribe, el gobierno impulsa nuevas formas de cooperación e integración y Chávez toma la iniciativa de firmar un Convenio Petrolero con varios países caribeños y centroamericanos, otorgándoles cuotas con un descuento en forma de créditos blandos a largo plazo. Y el más relevante y novedoso: el Convenio Integral de Cooperación entre Venezuela y Cuba, que firmara con Fidel Castro en Caracas el 30 de octubre de 2000, de amplio espectro y beneficio mutuo, sin precedentes en el hemisferio.

Durante aquellos primeros tres años de su mandato, de manera sostenida Chávez acrecentó su protagonismo internacional junto a su liderazgo interno, en especial entre los sectores humildes de la población y en la abrumadora mayoría de los militares. Gracias a sus incesantes y fecundos contactos directos con el pueblo civil y uniformado y a su denodada y brillante utilización de los medios de comunicación, Chávez ejerció una influencia decisiva en la conciencia política e histórica de la base popular de la Revolución y en la creación en los hechos de su idea estratégica de lograr la alianza cívico-militar, como soporte esencial de los cambios revolucionarios.

¿Cómo se reactivó la oposición en aquellos tres primeros años? Todo lo que avanzó la Revolución Bolivariana en ese período, debió hacerlo a contrapelo de una descomunal campaña de los medios de comunicación privados. De manera abrumadora ellos se pusieron al servicio de los intereses de la oligarquía —de la que los grandes propietarios de los medios forman parte—, de los Es-

tados Unidos y otros adversarios externos de la Revolución, como el gobierno reaccionario español de José María Aznar.

Ante el desprestigio, disgregación y repliegue de los partidos políticos tradicionales, vencidos una y otra vez en las urnas y en la confrontación de ideas con Chávez, los medios asumieron el papel de oposición política del gobierno y desplegaron un tenaz ataque ideológico al proyecto bolivariano. Arrancaron desde el 2 de febrero con el boicot a la Constituyente, después se opusieron a la aprobación de la nueva Constitución y de inmediato a todas las medidas encaminadas a su implementación. Sin ningún pudor usaron los burdos artificios de la Guerra Fría y campañas mentirosas de corte fascista. Entre ellas, por cierto, la idea matriz de que Chávez quería «cubanizar» a Venezuela, basándose ex profeso en una imagen falsificada del socialismo en la isla, al que daban por fracasado y lo pintaban como la antítesis de la democracia, la libertad, la felicidad y hasta del reino de Dios.

Chávez heredó un país polarizado hasta el tuétano: una polarización estructural, que provocara contrastes extremos entre miseria y riqueza, una injusta redistribución de la renta petrolera e infinidad de paradojas en la vida social, política y cultural. Y cuando emprendió acciones para revertir tales antípodas, los causantes seculares de ellas desplegaron sus fuerzas y engendraron más división —ahora en el escenario político— entre dos polos de la población, al pretender retomar por cualquier medio los mecanismos de poder que les permitieran sostener durante largo tiempo esa sociedad de disparidades e injusticias.

Y así surgió una pugna singular entre el aferramiento al pasado de algunos y la esperanza en el porvenir de muchos. Ese futuro no se veía cerca, mas era creíble debido a que ya se habían iniciado los cambios y a la inefable relación entre el pueblo humilde y su proverbial líder, que se sintetiza en esta emblemática consigna de entonces: «¡Con hambre y sin empleo, con Chávez me resteo!».

La jerarquía de la Iglesia Católica fue otro de los vehículos que salieron al ruedo político, a suplir el vacío de los partidos desvencijados y sin capacidad de influencia. De manera agresiva e impúdica, sus principales dirigentes —entre ellos el cardenal Ignacio Velazco y el presidente de la Conferencia Episcopal, Baltazar Porras— devinieron personeros de la contrarrevolución, sumándose a casi todas las campañas contra el gobierno y el Presidente, y generando sus propias matrices de opinión. Y, al igual que los dueños de los principales medios, a partir del segundo semestre de 2001 estos jerarcas católicos comenzaron a conspirar para derrocar al presidente Chávez por la vía de un golpe de Estado.

Otras dos instituciones que temprano se alinearon en el proyecto contrarrevolucionario fueron la organización empresarial Federación de Cámaras de Venezuela (Fedecámaras) y la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), una mafia sindical temerosa de desaparecer controlada por los partidos Acción Democrática y COPEI.

Chávez adoptó la postura de responder a todos los ataques de sus enemigos —medios de comunicación, Iglesia, Fedecámaras, CTV, partidos, gerentes de PDVSA y adversarios internacionales. Los encaró por separado, en grupo o de conjunto, siempre de manera resuelta y apoyándose en la Constitución, en el pensamiento bolivariano, en los preceptos auténticamente cristianos y en ideas y valores ecuménicos favorables al progreso, la equidad y la justicia. En ese período Chávez mantuvo la iniciativa no solo en la muda acelerada de los escenarios políticos y de poder institucional, sino además en la confrontación de ideas. Su programa dominical Aló Presidente servía la mesa del debate nacional al comenzar cada semana y pocas veces tuvo que actuar a la defensiva, hasta diciembre de 2001.

Por otra parte, este proceso ascendente de lucha de clases, que se desboca en abril de 2002, fue depurando la composición

de fuerzas de la alianza que había llevado a Chávez al triunfo electoral de 1998. Las más notorias deserciones fueron primero el Movimiento al Socialismo (MAS), a mediados de 2001, y después Luis Miquilena con sus seguidores en la Asamblea Nacional, el Tribunal Supremo y otras instituciones.

El gobierno de los Estados Unidos de América estimuló y respaldó a la oposición por vías diplomáticas, financieras, políticas y de presiones directas al Presidente bolivariano. Chávez no cedió en sus posiciones esenciales de entonces. Tampoco aceptó las prebendas de la oligarquía venezolana, que trató de cooptarlo igual que hiciera con otros mandatarios. Recuerdo, porque me lo contó uno de ellos, que el director y propietario de un importante diario nacional y su socio en una inversión hotelera en la isla de Margarita, que habían apoyado a Chávez en las elecciones de 1998, pasaron a ser enemigos del Presidente cuando este se negara a apoyarlos en una gestión para obtener un préstamo estatal de 10 millones de USD.

El líder bolivariano no cesó de buscar variantes para impulsar la Revolución. Por medio de la Ley Habilitante, que le concedía facultades legislativas, en noviembre de 2001 aprueba 49 leyes que crean enorme irritación y zozobra en los sectores pudientes venezolanos y en el gobierno estadounidense. En particular les molestan y preocupan tres leyes: Tierras y Desarrollo Agrario, Pesca y Acuicultura y la de Hidrocarburos. Esta última fue objeto de especial rechazo por parte de las transnacionales petroleras vinculadas a los Estados Unidos, el sector privado petrolero nacional y la dirigencia de PDVSA.

Septiembre de 2001 es un mes clave. Bush lanza su cruzada mundial reaccionaria y utiliza el pretexto de enfrentar el terrorismo. Chávez es uno de los enemigos a eliminar, por varias razones: sus posiciones impiden que los Estados Unidos puedan apropiarse o al menos controlar el petróleo venezolano; en el ámbito internacional devino líder de la OPEP, logró unirla y reactivarla y

que retomara ciertas posiciones independientes de la hegemonía del gobierno norteamericano; es un mal ejemplo para otras naciones de la región, al desarrollar un proceso antineoliberal, democrático y pacífico, legitimado por una nueva Constitución, siete actos comiciales y un amplio respaldo popular; además, Chávez tiene un atributo riesgoso para el tradicional dominio hemisférico de los Estados Unidos: su liderazgo en las Fuerzas Armadas y la creación exitosa de una alianza cívico-militar, lo que garantiza que la revolución sea pacífica, mas no desarmada, a pesar de que en esa etapa la institución militar tenía varios traidores que quedarían al descubierto en abril de 2002.

En esa coyuntura de la política imperial, los dirigentes de la oposición que apuestan a la salida inconstitucional de Chávez vislumbran la oportunidad de avanzar. Se intensifican y amplían los contactos entre los dirigentes civiles golpistas —incluidos los principales jefes de la Iglesia— y con algunos generales sediciosos, entre ellos el Agregado de Defensa de Venezuela en Washington.

¿El rechazo que la oposición promueve contra las 49 Leyes Habilitantes fue el pretexto para realizar el ensayo del paro nacional del 10 de diciembre de 2001, o un motivo real?

Pareciera que resultó una excusa, en tanto la existencia de un paro nacional se preveía como el escenario indispensable del plan golpista que se urdía. Esas leyes no desconocían la propiedad privada ni implicaban un cambio del sistema económico dominante, aunque los enemigos internos y externos de Chávez se sentían molestos por los avances del proceso bolivariano y las decisiones que comenzaban a afectar algunos de sus intereses. Y más aún los atemorizaba que la Revolución Bolivariana siguiera adoptando acciones de beneficio para el pueblo, con el apoyo creciente de este en alianza con las Fuerzas Armadas, que para sorpresa de la oligarquía y los Estados Unidos, cada vez se comprometían más con el proceso de cambios. Y decidieron impedirlo a toda costa y en breve plazo...

ENSAYO

El tanteo del golpe del 11 de abril de 2002 fue el paro empresarial del lunes 10 de diciembre de 2001, convocado por Fedecámaras y respaldado por la CTV. La fecha fue seleccionada porque ese día Chávez promulgaría la Ley de Tierras, en la simbólica Santa Inés de Barinas, sitio donde Ezequiel Zamora librara su victoriosa batalla a mediados del siglo xix e hiciera temblar a los oligarcas de entonces. Por primera vez, Pedro Carmona Estanga, presidente del gremio empresarial, aparecía como la figura principal de la conspiración en curso.

Apenas dos meses antes, fui testigo del que tal vez resultara el último encuentro personal entre Pedro Carmona y el presidente Hugo Chávez. El martes 2 de octubre de 2001 la Cámara de Comercio de Cuba y nuestra embajada inauguramos en el Salón Venezuela del Círculo Militar la Exposición de Productos Cubanos, a la que fueron invitados el primer mandatario y el presidente de Fedecámaras. La inauguración estaba prevista para las 8 de la noche y Chávez arribó solo 15 minutos más tarde. Lo esperaba en la acera y al bajarse del auto enseguida me preguntó si habían llegado todos los invitados.

—Solo falta Carmona, pero no sabemos si vendrá; ni ha llamado para excusarse por la tardanza, así es que ya podemos comenzar el acto si lo decides.

—Empecemos, pues —fue su concisa reacción inicial y agregó—: Carmona está muy crítico, porque ya sus empleadores y él mismo conocen los alcances de las Leyes Habilitantes y tienen pánico de que se afecten sus intereses. La Ley de Tierras, por ejemplo, los aterra, al igual que las de Hidrocarburos y Pesca.

—Bueno, Presidente, invitamos a Carmona porque esta es una actividad empresarial y él siempre ha sido cordial con los

representantes comerciales cubanos, desde que tenía el cargo de vicepresidente de Fedecámaras —le argumenté algo apenado, entretanto avanzábamos hacia el primer piso del salón, donde todo estaba listo para comenzar.

—Me parece muy bien que lo hayan invitado y ojalá que se incorpore al acto, e incluso sería conveniente que dijera unas palabras, a él le gusta hablar bastante, aunque aún más escucharse... —apenas pude oír la última frase, eclipsada por los aplausos cerrados del público al verlo entrar.

En pocos minutos iniciamos el evento. Cuando llamaron al presidente de la Cámara de Comercio de Cuba, Antonio Carricarte, para pronunciar su discurso, llegó Carmona a paso ligero y algo sofocado. Fue directo a su asiento, reservado a mi izquierda, y el Presidente se encontraba a mi derecha. Al saludarme, Carmona aprovechó para excusarse, dijo estar en una reunión empresarial y que había mucha congestión de vehículos en la ciudad. Enseguida miró al Presidente y ambos extendieron los brazos y unieron sus manos delante de mi pecho, con evidentes pocos deseos.

—Me complace verlo personalmente, Presidente —sonrió a medias Carmona y Chávez recíprocó de inmediato.

—Me alegro que estés en este acto, ojalá que tu presencia sirva para desprejuiciar un poquito a muchos empresarios que están siendo engañados por la campaña contra Cuba...

Carmona hizo un gesto incoloro, sin decir nada, y los tres fijamos la atención en el discurso de Carricarte. En breve, le susurré a Carmona que habíamos previsto unas palabras tuyas. «No vine preparado, pero estoy dispuesto», musitó e hizo silencio. Minutos después observé de soslayo que se movía inquieto en su asiento, como si le picaran bachacos de la selva amazónica, hasta que no pudo aguantar la comezón y me soltó su amargura en tono muy seco:

—Embajador, le soy sincero, las cosas no marchan bien con el gobierno, el presidente Chávez no quiere escuchar al empresariado ni a los productores del campo. Las Leyes Habilitantes atentan contra la propiedad privada y si él no rectifica pronto, el país va hacia una confrontación...

En ese instante anunciaron que hablaría Carmona, quien se paró con tanta agilidad que me hizo sonreír, pues ciertamente era notorio que lo estaban picando y fuerte, aunque no precisamente hormigas selváticas. Pronunció un breve discurso acorde con la ocasión, refiriéndose a la necesidad de ampliar los nexos comerciales entre ambos países. Al concluir el acto, bajamos la escalera para cortar la cinta de acceso al recinto de la exposición. En ese momento todavía Carmona estaba visible en el grupo principal, aunque se movía escurridizo y cuando nos acercamos al primer *stand* junto al presidente Chávez, de repente desapareció en el tumulto como el conejo en el sombrero de un mago.

Dos meses y ocho días más tarde Carmona fue el instrumento más visible del paro empresarial del 10 de diciembre de 2001, concebido para ensayar y adelantar el golpe militar, aún sin fecha definida. Tal vez en ese momento él ya sabía el premio que obtendría en la hora cero, que resultó ser el 11 de abril del siguiente año, aunque con seguridad en ese instante sí desconocía su aciago destino del 13 de abril.

Aquel día del paro empresarial me encontraba en la isla de Margarita, formando parte de la delegación cubana que asistiera a la Cumbre de la Asociación de Estados del Caribe prevista para inaugurarse el siguiente día. Con el fin de cerciorarme de los reales alcances del paro en la cálida isla, decidí recorrer en la mañana la ciudad de Porlamar, donde se desenvuelve buena parte del comercio margariteño, y de ese modo estar en condiciones de responder las preguntas que seguramente me haría Fidel, quien debía llegar de La Habana durante la tarde o la noche.

Pude apreciar que hasta el mediodía la actividad económica era casi normal, aunque en las calles había pocas personas, aún más tratándose de los días previos a la Navidad. Sin embargo, cuando decidí regresar al hotel alrededor de la una de la tarde, de manera sucesiva y casi rítmica los comerciantes comenzaron a cerrar sus puertas como si fueran olas del Caribe: una tras otra al sonar anunciaban lo que parecía un acuerdo de permanecer abiertos hasta esa hora. Al marcharme hacia el hotel, visualicé una singular guayabera panameña de color azul oscuro dentro de una tienda; entré, ansioso por adquirir la prenda, en el exacto segundo en que el dueño se disponía a cerrar y al verme tan entusiasmado, dio instrucciones a un empleado para que me atendiera y se quedó cerca de mí a la expectativa.

—¿Y por qué hoy los comercios trabajan solo una sesión? —le pregunté haciéndome el ingenuo al dueño, un hombre de algo más de cincuenta años, cuyo acento y aspecto indicaban a las claras su origen árabe, tal vez libanés, muy numerosos en la isla.

—Es que preferimos quedar bien con Fedecámaras y también complacer al gobierno —reaccionó sin tardar y agregó con humor margariteño—: Además, este día tan caliente lo hizo Alá para disfrutar la playa con la familia.

JUDAS

En la mañana siguiente, antes del acto inaugural de la Cumbre, salí a trotar por las calles cerca del hotel Margarita Hilton, donde nos hospedábamos los delegados. Los lugareños estaban felices por el acontecimiento y en especial se referían, en muchas partes, a la presencia del presidente Chávez, de Fidel y otros líderes del Caribe, al que ellos se sienten orgullosos de pertenecer; más aún, consideran que son la vena cardinal venezolana de esa cultura.

Al arribar sudado al lobby del hotel me coloqué algo distante de la puerta del ascensor donde esperaban algunas personas. De repente, oí a mis espaldas la voz conocida de un anciano.

—Embajador, te estoy esperando hace media hora —clamó Luis Miquilena, en ese entonces ministro de Relaciones Interiores y Justicia, con quien había establecido una estrecha comunicación amistosa desde que lo conociera en septiembre de 1994, durante un almuerzo en su apartamento de Altamira, ocasión en que por primera vez yo hablara con Chávez.

Giré mi cuerpo y pronto nos estrechamos las manos. Me impresionaron enseguida sus exaltados ojos, y la piel del rostro reflejaba como nunca antes sus 82 años de edad.

—Acabo de venir de Caracas y me urge conversar contigo —dijo bajito, para evitar que las personas cercanas lo escucharan.

Lo invité a tomar un café en mi habitación y luego que cerré la puerta él no demoró en espetarme su intención: necesitaba dialogar con Fidel antes de que se reuniera con Chávez.

—Fidel es el único que puede evitar que Hugo cometa el error fatal de querer hacer en estos tiempos una revolución en Venezuela —soltó el sapo y en ese instante aprecié que sus manos le temblaban y no quería dejar de hablar, mas decidí interrumpirlo.

—¿Y por qué un error fatal?

—Sí, así es, Hugo se ha vuelto loco, en vez de sacar una lección del paro de ayer, me ha dicho que no va a detenerse, que va a aplicar de manera radical las Leyes Habilitantes...

—Luis, me disculpas, creo que estás alterado, tal vez necesitas un descanso en esta propia isla. Me alarma lo que dices, por el contenido y por ser tú quien lo expresa.

—Es que las Leyes Habilitantes son muy duras para los productores del campo y para el sector privado petrolero y pesquero. Han provocado el pánico y la ira de todos los empresarios y el gobierno de los Estados Unidos tampoco lo admite.

—¿Y existe otro camino para cumplir la Constitución Bolivariana que tú mismo ayudaste a redactar? —le hice esta pregunta, que él sabía tenía solo dos posibles respuestas: avanzar o claudicar.

—Pues te anticipo que si Hugo no rectifica, estoy seguro de que lo tumban pronto; él no tiene cómo enfrentar a los empresarios, al gobierno de Bush, a la CTV, a la Iglesia y a muchos altos oficiales que no están de acuerdo con esas decisiones. Incluso conozco que hay varios jueces del Tribunal Supremo que están inconformes y la gente del Movimiento al Socialismo le quitó el apoyo...

—Bueno, la otra opción es hacer lo mismo que los gobiernos de la IV República. Tú que has estado tan cerca del Presidente, ¿crees que él va a traicionar sus ideales y la palabra empeñada con el pueblo?

—Mira, embajador, yo conozco cómo piensan todos los que están en contra de Chávez y sé la fuerza que tienen. Para mí es evidente, o Hugo rectifica y atempera sus políticas o se acaba el gobierno bolivariano. Así de simple.

Mientras Miquilena hablaba yo seguía el énfasis de sus palabras, el humo del tabaco que expulsaba a borbotones, su cara redonda que brillaba por el sudor que despedían sus entrañas revueltas. Sus ojos, ocultos tras los cristales circulares montados en

lentes de metal, daban la sensación de que aquel octogenario se encontraba frente a una encrucijada existencial inesperada al final de su vida. Antes de ese día habíamos dialogado sobre variadas situaciones y los más disímiles temas políticos; nunca lo había percibido en ese trance, pusilánime y acobardado, como si el diablo le hubiese anticipado sus macabras intenciones.

Trasladé el mensaje de Luis y la respuesta fue que oportunamente se le respondería. En la mañana del 12 de diciembre fue recibido por Fidel y Chávez en el propio hotel Hilton donde ambos se hospedaban. Cuando terminaron el encuentro, aún sin yo conocer los detalles de lo ocurrido, me percaté de que el desenlace no había sido el que Miquilena esperaba. Salió contrariado del local, al extremo de que en vez de ir para la puerta del ascensor torció el sesgo hacia la derecha dando tumbos hacia la salida de la escalera y al darse cuenta del equívoco, el propio Chávez que, junto a Fidel tuvo la gentileza de acompañarlo hasta el elevador, le indicó el rumbo correcto: todo un símbolo.

El ministro se despidió molesto y huidizo, y casi sobraron las palabras para entender quienes no participamos en la reunión lo que había acontecido. Supe más tarde que Chávez le reiteró que no claudicaría ante el chantaje y que su reacción frente al paro empresarial sería continuar el curso de la Revolución Bolivariana.

Un rato después coincidí con Miquilena en el *lobby* del hotel, cuando él salía hacia Caracas, y solo me dijo: «Tengo que contarte... las cosas no salieron bien», y me pidió que lo invitara a almorzar en mi casa al concluir el evento previsto en la Asamblea Nacional por el segundo aniversario de la Constitución Bolivariana, el 15 de diciembre.

Esa tarde, esperé a Miquilena viendo el acto en la televisión. Él habló al final, en su carácter de presidente de la Asamblea Constituyente de 1999, y según recuerdo su discurso no dio señales de lo que ya estaba en su mente. Por fin, a las 5 de la tarde arribó a mi

residencia y enseguida nos sentamos a almorzar; ambos teníamos exacerbado el apetito y durante la primera hora nos dedicamos a degustar el típico plato cubano a base de congri, carne de cerdo asada y yuca con mojo, junto a las siempre exquisitas hayacas navideñas venezolanas, todo ello coronado por dos bolas de helado Coppelía y el infaltable café de estirpe cubana. Y con el fin de distenderme al máximo, en vísperas del que estaba seguro sería un diálogo difícil, opté por acompañar a Miquilena y también encendí un habano Churchill.

Repasamos el proceso bolivariano desde la rebelión del 4 de febrero, los alcances de la nueva Constitución, el contenido de las Leyes Habilitantes y él me contó su versión de la reunión con Chávez y Fidel, explicándome que este había sido muy respetuoso mientras que Chávez le reiteraba las mismas posiciones intransigentes que antes le había expuesto en Caracas, a raíz del paro empresarial. Su comentario final fue alarmante:

—Dile a Fidel que yo nunca traicionaré a Hugo, pero tampoco voy a comprometerme con su loca decisión de radicalizar las posiciones del gobierno. Eso es suicida —aseguró con el rostro tirante, tomó otro poco de café y mordió el tabaco—. En este tiempo no es posible una revolución en Venezuela... ¡ni en ningún país de América Latina!

—¿Y qué piensas hacer? —lo miré para interpretar todos sus gestos del lenguaje extraverbal, porque en verdad yo tenía duda respecto a cuál sería su conducta.

—He pensado que lo mejor es renunciar al cargo de ministro, sin hacer olas, y me excusaré diciendo que estoy enfermo —desvió su atención hacia una jaula colgada en el jardín, donde se encontraba un loro que de vez en vez gritaba ¡viva Chávez!, y luego expresó sin mirarme a los ojos—: Sí, yo estoy muy viejo para traicionar y tener que empezar... Mejor es abandonar el *ring*.

Sentí pesar en ese momento e imaginé que esta conducta de Luis debía dolerle mucho a Chávez, quien más de una vez se había

referido a él como si fuese un padre, reconociéndole sus aportes al triunfo electoral de diciembre de 1998 y en el arranque de la revolución en 1999. A la vez, recordé que había escuchado afirmar a Chávez que Miquilena trató siempre de convencerlo de que no era necesario convocar una Constituyente y redactar una nueva Carta Magna, defendiendo la idea de introducir modificaciones a la de 1961 y no alterar radicalmente el *statu quo*. Repasé además las dos veces que fui invitado por numerosos grupos de empresarios para homenajear a Miquilena, primero en el amplio Salón Venezuela del Círculo Militar y después en el aristocrático salón principal del hotel Eurobuilding, donde le ofrecieron espléndidas fiestas que reflejaban su porosidad a esos sectores. Pensaba todo esto y lo miraba frente a mí, y sentía un casi incontrolable deseo de expresarle que su decisión de renunciar significaba regresar a la orilla cuando el río estaba crecido mientras Chávez, los demás dirigentes y el pueblo bolivariano seguían adelante, pese a los peligros. Y de pronto sentí que Miquilena me leía el pensamiento.

—El paro del 10 de diciembre fue el ensayo, embajador, les salió bien y ahora vendrán con todo...

—¿Y la Revolución Bolivariana no tiene fuerzas para afrontar cualquier arremetida y no perder la iniciativa?

—No lo creo. La mayoría de la gente no va a apoyar un gobierno que no tenga capacidad de maniobra para resolverles sus necesidades —hizo una pausa y continuó con su lengua suelta—. La gente lo que quiere es tener el estómago lleno y vivir sin sobresaltos y el camino que ha escogido Hugo conduce al caos. Es trasnochado suponer que son posibles nuevas Cubas.

—Pero una nueva Venezuela sí, Miquilena —lo interrumpí, porque ya estaba claro su derrotero y quería marcarle mi posición—. El presidente Chávez siempre ha defendido la idea de que la Revolución Bolivariana es auténticamente venezolana y este país si algo tiene es historia y cultura política suficientes, no necesita copiar.

—Repito, embajador, sé de buena tinta que las Leyes Habilitantes rebotaron la copa y como Chávez decidió no derogarlas ni cambiarlas, pues el choque de trenes es inevitable y yo no pienso estar en ningún vagón. Prefiero dar un paso al costado...

—Aunque podría interpretarse que ese paso tuyo es hacia atrás.

—Depende desde el lado del que se me observe.

—Es cierto, quienes están a la izquierda tuya percibirán que retrocedes.

Luego de despedir a Miquilena en la puerta de mi casa, me pregunté si efectivamente podría adoptar una posición neutral y conjeturé que él había oteado el campo enemigo y optó por abandonar el barco a tiempo, o peor, traicionar a Chávez. Y aunque pensé esto último, no lo creía posible, tal vez por confiar en su comentario de que a su edad no quería terminar ante la historia como un Judas. Me dije que es muy difícil anticiparse a las conductas humanas, tan vinculadas a las circunstancias, según nos legó el sabio español Ortega y Gasset. Esa noche cerré los ojos y musité para consolarme: «Es mejor esperar y ver lo que va a suceder...».

Chávez no pierde tiempo frente a la movilización enemiga. El 17 de diciembre, aniversario de la muerte de El Libertador, encabeza una concentración popular en la avenida Bolívar, con el fin de juramentar a decenas de miles de miembros de los Círculos Bolivarianos. Al llegar a la ancha y prolongada alameda, mira hacia la entusiasta multitud y le parece estar frente al río Amazonas en tiempo de lluvias.

Apenas ocho meses antes, el 21 de abril, había lanzado la idea —en su programa Aló Presidente— de crear Círculos Bolivarianos en todo el país, que debían convertirse en las células básicas de la organización popular y aglutinar todas las corrientes del gran movimiento bolivariano revolucionario. Llamó a organizarlos en

barrios populares y urbanizaciones de clase media, en centros de trabajo y estudio, en campos y ciudades. Los Círculos Bolivarianos podían surgir de grupos de ciudadanos que se pusieran de acuerdo, según los intereses específicos de cada colectivo. Debían servir de conexión entre las aspiraciones y necesidades de la población y las respuestas que el gobierno bolivariano está obligado a implementar, para cumplir con el mandato del pueblo. Chávez imaginó una organización social versátil y flexible, que también cumpliera funciones de índole política e ideológica, en defensa de la Revolución y para difundir la ideología bolivariana. Orientó que los Círculos registraran su existencia en Miraflores, vía telefónica, y precisó que desde Palacio se les dirigiría directamente, sin intermediarios.

Muy pronto los hombres y mujeres bolivarianos, ávidos de participar en las tareas de la Revolución y de organizarse según intereses disímiles, crearon miles de Círculos. El acto de juramentación convocado por Chávez el 17 de diciembre ocurrió una semana después de que los planes golpistas se activaran. Esa fecha no fue casual: él sabía que los Círculos Bolivarianos y el pueblo todo serían determinantes para derrotar a los exorbitados adversarios, que tampoco perdían tiempo.

ENERO

No olvidaré jamás cómo despuntó para mí el año 2002 en Caracas. El 2 de enero decidí comenzar a realizar actividades físicas al aire libre junto a mi esposa, temprano en las mañanas. Y nos fuimos a las siete con el entusiasmo del primer día al Parque del Este, a recorrer su larga trayectoria de trotar y caminar entre árboles y el trinar de los pájaros.

A los cinco minutos de nuestro rápido andar, notamos que frente a nosotros pasan, en sentido contrario, una mujer y un hombre que al vernos fruncen sus ceños y ponen caras de asombro. Al rato, vemos que se acerca y nos cruza por el lado un conocido periodista de Globovisión, que reacciona como si hubiera visto dos extraterrestres. Le digo a mi esposa: «A este lugar parece que no viene nadie de Petare, solo gente del este rico». Y no había terminado, cuando pasan dos hombres que no solo nos miran atravesados; además, cuando están a dos metros de nuestras espaldas moviéndose en dirección contraria, uno de ellos susurra al otro: «Es el embajador de Cuba», y eleva su voz para que lo oigamos bien: «¡Abajo Fidel!». «¡Ven, acércate, para que me lo digas de frente!», le grité con el brazo levantado hacia ellos, y sin siquiera girar sus cabezas comenzaron a trotar a gran velocidad mientras nosotros les decíamos bien alto: «¡Viva Fidel! ¡Viva Cuba!».

Seguimos nuestra caminata y pronto vislumbramos a treinta o cuarenta metros una señora cincuentona, de cara sufrida, que desde esa distancia empezó a clamar histérica: «¡Váyanse para Cuba, no los queremos en Venezuela!». Yo apresuré el paso y me le acerqué. Ella se turbó, y en voz suave y firme le dije: «Señora, respete a su pueblo y al mío, que son hermanos; Venezuela no es de usted,

así es que no se atribuya un derecho que no tiene». Ella escupió en el piso y avanzó dando tumbos. Entonces vi aproximarse a una joven de piel morena que también me había identificado. Reaccioné en guardia y ella sonrió con afecto: «Embajador, esa mujer es una escualida y aquí casi todos los que vienen por la mañana son opositores del Presidente, así es que le recomiendo que no venga más a esta hora...». Así hicimos.

Al arribar esa mañana a la embajada, tenía un mensaje urgente del Presidente, citándome para una reunión en la casa del ministro de Defensa, que radica en la loma más alta de las que existen en Fuerte Tiuna. Desde allí se aprecia el hermoso paisaje del Círculo Militar, que tiene en su centro un laguito con peces, cientos de tortugas y patos, y en derredor árboles cundidos de pájaros y guacamayos. Chávez había decidido trasladarse algunos días para esa instalación, a fin de usarla para trabajar y refrescar al menos la vista en medio de su intenso ajeteo.

Cuando llegué, estaban junto al Presidente el capitán de navío (r) Ramón Rodríguez Chacín y el jefe de la Seguridad e Inteligencia Política (DISIP), Carlos Aguilera. Pronto supe el tema: horas antes, la embajada de Venezuela en Costa Rica había informado acerca de un salvadoreño que se presentara en esa sede diplomática el 1 de enero a denunciar un presunto magnicidio contra Chávez. Vimos los detalles del diálogo que sostuviera el diplomático venezolano con el salvadoreño y el Presidente concluyó solicitándome que la información fuese valorada en Cuba por nuestros órganos especializados.

Chávez me invitó a almorzar, y luego de despedirnos de Chacín y Aguilera, de repente entré a una camioneta conducida por él y detrás iba su hija María Gabriela. En aquellos días Chávez imaginaba la posibilidad de trasladar la sede del Palacio Presidencial para esa zona elevada de Fuerte Tiuna, y construir allí, además, otros edificios del gobierno. Era una idea muy tentativa,

pero mientras manejaba el vehículo señalaba los posibles lugares de ubicación en el firme de la hilera de lomas por la que nos desplazábamos.

Llegamos a una casa donde hacían guardia cuatro soldados, y al ver a Chávez bajarse del vehículo saltaron de nerviosismo y alegría. Lo acompañé junto a María Gabriela en el recorrido de la pequeña instalación, percatándose él de ciertas cosas que podían mejorarse y así les prometió a los muchachos. Lo percibí gozoso y jaranero, como un soldado más. Y después recibí otra sorpresa: «¿Has jugado bolas criollas?», me dijo ya ubicados frente al rectángulo donde vi dispersas varias bolas, unas rojas y otras verdes. Y así, por primera vez, comencé a jugar bolas criollas, en pareja con el Presidente, mientras aprendía de él a hacer un arrime y un boche, y hasta el espectacular boche clavado: todo un arte deportivo que disfrutaría algunas veces más en Venezuela, casi siempre invitado por Chávez. Otra noche, observándolo jugar, pensé que si este deporte estuviese inscrito en las olimpiadas él hubiese roto algún récord Guinness, sobre todo en boche clavado, que es como un disparo certero de artillería en el punto y el momento neurálgico del partido.

Al terminar la intensa jornada fui hacia la embajada para enviar a Cuba la solicitud que nos había hecho el Presidente. Pensé que ese salvadoreño tenía todas las características de un «presentado», o sea, alguien que por su propia voluntad va a una embajada con el fin de denunciar un magnicidio o algún supuesto plan enemigo contra ese país. Casi siempre se trata de personas que lo hacen para obtener dinero, sin que en realidad exista el plan, o individuos de mente desajustada. De cualquier modo, hay que indagar. Y en el caso de esa información, relacionada con la vida del presidente Chávez y al iniciarse un año en el que ya se avizoraban los nubarrones, con más razón era menester usar una buena lupa. Incluso para saber si las intenciones de sus enemigos consistían en tratar de limitarlo en sus nexos con el pueblo y crearle focos de

preocupación, o sea, junto a la desestabilización del país que ya se intentaba, buscar desequilibrar al líder.

Otro indicio revelador del impulso que iban teniendo los planes para derrocar a Chávez fue la llamada telefónica que le hizo a principios de 2002 Carlos Ortega —secretario general de la CTV— al expresidente Carlos Andrés Pérez, quien se encontraba en los Estados Unidos en plena conspiración. Estos son algunos de los segmentos más reveladores del diálogo:

—¡Aló, Presidente!

—¡Mi querido amigo, un feliz año para ti!

—¡Feliz año para usted, caray! ¿Cómo está, cómo se siente?

—Ahora te toca, tú vas a ser el protagonista de esta etapa.

—Así es.

—Yo creo que allí van a hacer paros escalonados...

—Sí, vamos a meter, estamos trabajando en eso y va a culminar, definitivamente, si no hay cambios de actitud, de conducta del gobierno, en una huelga general, para allá es que vamos.

—Yo creo que eso es lo que hay que hacer. Tú actuaste con mucha sensatez y con mucha serenidad. No pierdas el contacto con Pedro Carmona.

—¡No, no, él está por allá!

—¿Ah, está por aquí?

—Sí.

—¿Tú no sabes el teléfono?

—No, no lo tengo ahora, pero él está por allá.

—Pues voy a tratar de localizarlo, voy a tratar de ubicarlo.

—Yo posiblemente esté viajando (a los Estados Unidos) en el transcurso de los próximos quince días.

—Bueno, ya nos pondremos de acuerdo.

Chávez decidió comenzar el año 2002 a la ofensiva: el 1 de enero promulga la Ley de Hidrocarburos en el sitio histórico donde funcionara la primera empresa petrolera venezolana, en el estado de Táchira. Al iniciar su discurso, dijo: «Yo tengo la certeza de que este año 2002 está señalado a ser grande, este año va a ser un año grande para nuestro pueblo [...]». Y el 10 de enero, a menos de un mes de juramentar los Círculos Bolivarianos, anuncia el Comando Político de la Revolución, formado por 41 dirigentes representantes de todos los partidos de la Alianza Bolivariana. Con ello busca avanzar en la consolidación de la unidad de las fuerzas políticas de la Revolución y crear un instrumento central de dirección del pueblo.

En términos de lidia política, el año 2002 despuntó el miércoles 23 de enero, aniversario de la caída del dictador Pérez Jiménez. Ese día, la oposición contrarrevolucionaria y el chavismo decidieron medir sus fuerzas en las calles de Caracas: la pulseada mostró que ambas partes tenían músculos para echar la pelea. La furibunda y bien orquestada campaña contra Chávez de los medios durante más de tres años no había logrado en igual densidad movilizar a los sectores sociales susceptibles de ser captados por los mensajes destinados a activar sus prejuicios. Entre ellos, por ejemplo, el temor a perder la propiedad privada, la libertad de expresión, los nexos dependientes de los Estados Unidos y a una nueva política petrolera e internacional soberana.

La emblemática fecha de 23 de enero signó el inicio de una nueva realidad, al lograr la oposición desplegar en las calles decenas de miles de personas y comenzar el forcejeo y la competencia entre las marchas y concentraciones chavistas y opositoras. Ese día, además, la dirigencia adversaria del gobierno movilizó a su gente en la zona oeste de la ciudad —tradicional coto chavista—, desde la avenida Lecuna hasta la Plaza O'Leary, a pocos metros del recorrido y el mitin de los bolivarianos, que transcurría en-

tre las avenida Baralt y Urdaneta, aunque en esa primera ocasión solo se intercambiaron ironías y bromas.

En rigor, lo más importante no fue el tamaño de una y otra concurrencia, sino que el antichavismo probara que había acumulado fuerzas y la clase media saliera de manera bastante masiva a realizar su bautismo de fuego. De ahí en adelante crecería como leche hirviente, en la misma medida en que subía la temperatura en torno al conflicto Gobierno-PDVSA y este alcanzara ribetes definitivos en la lucha por el poder.

Recuerdo que al regresar a mi residencia aquella tarde fresca y despejada venían del desfile tres vecinos, y uno de ellos dijo a otro en voz alta, quizás para que yo lo escuchara:

—No, vale, es mejor que el Presidente nos siga llamando «escuálidos», pues como él quiere cambiarlo todo va a tener que modificar el significado de esa palabra... ¡Si es que antes no lo sacamos!

El siguiente día, 24 de enero, Luis Miquilena anuncia por fin su renuncia a ministro de Interiores y Justicia: una inequívoca señal pública del inevitable choque de trenes y un aliento adicional a los golpistas. Con él abandonarían el convoy oficialista varios diputados, que pasaron al bloque parlamentario opositor, y un grupo de magistrados del Tribunal Supremo, puestos allí por Miquilena, que cambiaron en ese órgano la correlación a favor de los adversarios del gobierno.

FEBRERO

El chavismo decidió reiterar su superioridad popular en el aniversario décimo de la rebelión militar del 4 de febrero. El Presidente declaró esa fecha de celebración nacional y convocó a una gran marcha de sus seguidores, que vinieron de todo el país y sumaron alrededor de 600 mil personas, la más grande movilización de masas en muchos años. En su discurso en la tribuna frente a Miraflores, el líder bolivariano alertó al pueblo sobre las conspiraciones golpistas y denunció las pérfidas campañas mediáticas. La gente humilde, que constituía el grueso de los presentes, intuía que algo estaba sucediendo, pues en pocas semanas los enemigos del chavismo realizaron un paro empresarial y desplegaron diez días antes, el 23 de enero, una fuerza de calle inédita e inesperada. Por eso, ante las denuncias de Chávez, la gente gritaba con vehemencia: «¡No pasarán, no pasarán!». Y el Presidente de manera enfática advirtió a quienes pensaban en un golpe de Estado: «Bájense de esa nube...».

El 4 de febrero la jefatura adversaria no movilizó sus huestes, mas sí hizo gala de creatividad pidiéndole a los antichavistas que se vistieran de negro y que sonaran las cacerolas en la noche, todo ello aderezado por el perverso manejo mediático. Un hombre que solía pasar por la acera de la embajada junto a su mujer, trabajadora doméstica que servía en una casa contigua, le preguntó a ella con cierta ironía: «Dime, ¿por qué hay tanta gente de luto por aquí? ¿Es que cayó una bomba atómica?». Y ella, sonriente, le respondió: «No, ¡lo que cayó fue una bomba chavetómica!».

Tres días después, el 7 de febrero, en un acto en el hotel Caracas Hilton auspiciado por el diario opositor *El Nacional*, que tenía de presentador al humorista opositor Pedro León Zapata, el coronel de la aviación Pedro Luis Soto pide la renuncia del Presidente, y afirma que lo hace en nombre del 80 por ciento de los militares. Algunos de los presentes en el evento creían que se trataba de una broma por las payasadas de Zapata, mas la furiosa cara de Soto y las posteriores declaraciones del siguiente desertor, el capitán de la Guardia Nacional Pedro José Flores, hicieron ver a todos que lo sucedido era en serio. Se iniciaría de ese modo el llamado «goteo militar», ingrediente peculiar de la conspiración en curso que servía a la vez de incitación al anuncio del golpe en gestación. Ello ocurrió estando presente en Caracas una representación de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, que al siguiente día criticara al gobierno por los que consideró ataques a la libertad de expresión.

El 18 de febrero se sumó al goteo el contralmirante Carlos Molina Tamayo, quien había sido secretario permanente del Consejo de Seguridad y Defensa de la Nación (Seconasede), órgano adscrito a la presidencia de la República, y recién nombrado en aquellos días embajador en Grecia, tal vez un indicio de que existían informaciones que aconsejaban alejarlo de cargos militares. Cuando lo vi en la pantalla del televisor pasó por mi mente su imagen con el impecable uniforme blanco recibiendo con pleitesía al general de brigada y único cosmonauta cubano Arnaldo Tamayo Méndez. Con él tuvo una amena conversación en su despacho de Seconasede, en el Palacio Blanco, a 50 metros de Miraflores, y se interesó en particular por sus vivencias en el cosmos, aunque también por datos acerca de supuestos compromisos militares de Cuba con Chávez. Me pareció un hombre sibilino y calculador, tanto, que estuvo presente en el coctel que efectuara en mi residencia el 2 de diciembre de 2001, por el Día de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Horas después evalué con mis compañeros de la embajada de Cuba la declaración realizada por el contralmirante Molina Tamayo, que tuvo una amplísima repercusión en los medios de comunicación privados. Nos percatamos de que ese documento incluía todas las acusaciones y exigencias que venían formulando la oposición venezolana y los voceros oficiales del gobierno de los Estados Unidos. Se trataba de un texto elaborado por expertos políticos y jurídicos, quienes formaban una especie de cerebro oculto tras ese y otros militares. Los uniformados actuaban según el guion golpista: a quien conociera el limitado intelecto de Molina Tamayo y leyera su declaración no le era difícil llegar a esa conclusión.

El documento acusa a todos los órganos del Estado de violentar la Constitución, un anticipo para justificar su disolución; afirma que el Presidente ha dividido el país y ha deteriorado las relaciones internacionales «con nuestros aliados tradicionales»; argumenta al igual que los voceros del gobierno de los Estados Unidos, que Chávez sostiene nexos con la guerrilla colombiana y tiene la intención de instaurar en Venezuela una tiranía de extrema izquierda; dice que el Presidente puso la Fuerza Armada al servicio de su interés político y se propone crear una milicia al estilo cubano; además, deplora el acuerdo petrolero con Cuba y rechaza la «inminente posibilidad de derramamiento de sangre innecesario, instigado por personeros del chavismo y los mal llamados Círculos Bolivarianos». Ese último aserto prefigura el montaje que después sirvió de pretexto para el golpe del 11 de abril, con las imágenes trucadas por Venevisión de los «pistoleros» de Puente Llaguno disparándole al pueblo. Y, para que no quedaran dudas de sus intenciones, Molina exige la renuncia inmediata del Presidente y con ello anticipa lo que hicieron los generales golpistas el 11 de abril: cualquier parecido con la realidad, no es pura coincidencia.

Durante febrero de 2002, tampoco por casualidad, de manera sincronizada suben el tono y se incrementan las declaraciones de altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos. Los voceros del imperio contribuyen a estimular la asonada en preparación: Colin Powell, secretario de Estado, pone en duda que Chávez sea un demócrata; George Tenet, director de la CIA, expresa estar preocupado por Venezuela, «nuestro tercer suplidor de petróleo», y agrega que «la insatisfacción interna con la Revolución Bolivariana del presidente Chávez está creciendo, las condiciones económicas se han deteriorado con la caída de los precios del petróleo y la atmósfera de crisis probablemente va a empeorar»; Carl Ford, secretario adjunto de Estado, coloca otra piedra: «Washington observará cuidadosamente el panorama político venezolano, en virtud de las relaciones de Chávez con el presidente cubano Fidel Castro y con la guerrilla colombiana».

El escenario político interno tiende a polarizarse cada vez más. La campaña de los medios privados de información y de todos los dirigentes de la oposición es agresiva y sucia, busca enervar a los sectores pudientes y a las capas medias y confundir en lo posible al resto de la población. Alfredo Peña, alcalde mayor de Caracas y connotado periodista del Grupo Cisneros y del diario *El Nacional*, y acólito desenfadado de los Estados Unidos, con sus declaraciones del 10 de febrero sintetiza el sesgo golpista en apogeo: «Si Chávez radicaliza el proceso, provocará una guerra civil...», y adelanta la necesidad de un gobierno de transición de civiles apoyado por los militares.

Frente a las innumerables presiones y evidentes planes golpistas, el presidente Chávez ratifica su decisión de defender las medidas adoptadas en las Leyes Habilitantes. Responde al complot de los gerentes de la nómina mayor de PDVSA destituyendo el 13 de fe-

brero a su presidente, el general Guaicaipuro Lameda, quien desde hacía varios meses estaba involucrado en el plan golpista y cumplía el papel de enlace principal entre la directiva máxima de PDVSA y los militares que conspiraban con el mismo fin de derrocar al gobierno bolivariano.

Chávez nombra una nueva directiva de PDVSA, presidida por el profesor universitario Gastón Parra Luzardo y otros prestigiosos expertos petroleros, de consecuentes posiciones en defensa de los intereses de la nación y severos críticos de la petrocracia que se había adueñado de la empresa insignia. Entre los nombrados están el veterano Carlos Mendoza Potellá y el más joven, Rafael Ramírez.

El lunes 25 de febrero se inicia la campaña de los gerentes golpistas contra la supuesta politización de PDVSA y se desencadena de ese modo una nutrida artillería mediática en defensa de la llamada meritocracia de PDVSA. La mayoría de los gerentes de la llamada nómina mayor hacen público un documento, en el que de manera altanera rechazan la nueva Junta Directiva y desconocen la autoridad del Jefe de Estado para hacer tales nombramientos.

Y aquí recomiendo detenernos en la siguiente idea. Entre el paro del 10 de diciembre de 2001 y el de abril de 2002 hay una diferencia crucial: el papel que cumpliera en este último la directiva de PDVSA, en coordinación con los demás protagonistas del golpe. El conflicto que suscitaban los altos gerentes de PDVSA al desconocer la autoridad del presidente Hugo Chávez movilizó como nunca antes a todos los sectores de la oposición, al entregarles abundante combustible del tipo que necesitaban los medios de divulgación privados para mover a cientos de miles de personas en las calles, bajo la impúdica y reiterada consigna de sacar a Chávez del poder.

Los gerentes principales de la empresa estatal petrolera actúan en ese momento de acuerdo con la pauta que desde varios años antes ellos habían impuesto como algo normal: el poder en

PDVSA es igual al poder en Venezuela, o lo que es lo mismo, la empresa petrolera devino Estado dentro de otro Estado. Desde la nacionalización petrolera en 1976, los gerentes venezolanos de las compañías extranjeras estatizadas comenzaron a proceder de manera unilateral, en defensa de sus intereses corporativos y del capital petrolero foráneo, y descubrieron que el nuevo *status* empresarial sin la estricta dependencia a las instancias matrices de las transnacionales les permitía —en contubernio con los funcionarios de los gobiernos de turno— tener el control real del complejo sistema empresarial petrolero, dentro y fuera de Venezuela. En poco tiempo la empresa estatal PDVSA se convirtió en un poder en sí mismo, que actuaba según sus propios códigos e intereses, una especie de logia hermética que esgrimía el concepto de meritocracia como fundamento de sus quehaceres inescrutables.

Personalmente viví esa experiencia entre 1994 y el año 2002. Durante el gobierno del presidente Caldera (1994-1998), logramos una relación fluida y cordial con el ministro de Energía y Minas Edwin Arrieta. Cuba adquiría entonces de PDVSA, a través de intermediarios, alrededor del 50 por ciento del petróleo que consumía. Eso hizo que nuestro país se convirtiera en un cliente de mediana importancia para Venezuela. Poco después de llegar a Caracas, en agosto de 1994, fui invitado a un almuerzo por la directiva en pleno de MARAVEN, empresa de PDVSA que entonces se encargaba de vender el petróleo con destino a la isla. Mi experiencia con los gerentes de MARAVEN fue más bien positiva. Casi todos eran personas dialogantes e interesadas en relacionarse conmigo por ser el embajador del gobierno socialista de Cuba, que en aquella coyuntura muchos suponían en el mundo que tenía sus días contados. Entre sorbos de vino blanco y langostinos estilo hindú, algunas de las preguntas iban encaminadas a saber qué medidas y opciones tenía Cuba para encarar la terrible crisis que nos aquejaba, luego de la desaparición de la Unión Soviética.

Gracias al interés personal de Edwin Arrieta —quien por cierto tenía de consultor espiritual a un babalawo cubano—, en el año 1996 logramos un acuerdo para capacitar a varios ingenieros y técnicos cubanos en la refinería Amuay, en Falcón. El primer grupo de nuestros técnicos recibió la capacitación prevista durante tres semanas y según ellos me relataron, fueron atendidos con esmero por sus colegas de PDVSA. Sin embargo, 48 horas antes de llegar el segundo grupo, un funcionario de PDVSA me informó por teléfono que no podían seguir adiestrando a nuestros técnicos debido a otras tareas imprevistas que debían cumplirse en esa refinería. Pronto, un amigo me dijo la verdad: la decisión la había tomado el presidente de la empresa, Luis Giusti, quien en esa ocasión comentara en privado la razón verdadera:

—¡Qué molleja! —exclamó en perfecto maracuco el zuliano, con un rictus de preocupación en su alargada cara—. La embajada de los Estados Unidos supo que PDVSA estaba calificando a técnicos cubanos y nos recordaron que no es aconsejable violar el carácter extraterritorial de la Ley Helms-Burton.

Cuando conocí la noticia decidí llamar al ministro Arrieta, quien semanas antes había viajado a Cuba, e incluso lo recibí Fidel, y siempre fue amigable con Marcos Portal, nuestro ministro a cargo del sector, y conmigo. En ese instante yo estaba seguro de que Arrieta revocaría la decisión de Giusti, pues se trataba de un acuerdo entre dos entidades gubernamentales.

«No se preocupe, embajador, resolveré ese asunto en breve», prometió Arrieta con su hablar pausado y melodioso, cuando lo visitara en su amplio despacho de la torre oeste del Parque Central. Aquellas palabras se las llevó el viento procedente del Ávila con rumbo impreciso, desde las alturas del monumental edificio. Pude entender de una vez el enorme poder real de la directiva de PDVSA. Ella se prolongó hasta diciembre de 2002 cuando quemara sus naves durante el paro petrolero, que al ser derrotado por el

pueblo, el gobierno y las Fuerzas Armadas, facilitara a la Revolución Bolivariana el ansiado parto de la nueva PDVSA.

El aniversario de la explosión social del 27 de febrero de 1989 se convirtió en otro impulso para que el pueblo bolivariano y la oposición contrarrevolucionaria salieran a las calles de Caracas a demostrar sus fuerzas. Confrontarían además dos visiones sobre lo ocurrido en aquel volcánico febrero. La tradicional, irradiada por los defensores del *statu quo*, que identifica en el desborde popular de 1989 el resentimiento de los que no tienen bienes debido a su vagancia y desidia; ese enfoque considera que no hay nada que celebrar, pues se violó la propiedad privada, generándose un escenario de potencial rebelión popular contra el orden establecido. La revista *SIC* de mayo de 1989 analiza con suma lucidez la causa de la brutal reacción del gobierno de Carlos Andrés Pérez y de todo el sistema político e ideológico de las clases dominantes: «El objetivo no era controlar la situación, sino aterrorizar de tal manera a los vencidos que nunca les quedaran ganas de intentarlo otra vez. Era una acción punitiva contra enemigos, no un acto de disuasión dirigido a conciudadanos». Según la revista, había que lograr que a los vencidos «esa semana se les clavara a fuego, no como el día en que se adueñaron de las calles y compraron sin pagar, sino como las noches terribles e interminables en que llovían sin tregua las balas y se vivió agazapado en completa indefensión». Entre ese día y el 5 de marzo de 1989 se cometió en Caracas la masacre más bestial de cuantas se realizaran en América Latina en las últimas décadas del pasado siglo, incluso mayor que la matanza de Tlatelolco, en México, o en el aeropuerto de Ezeiza el día que regresara Perón a Argentina.

La segunda interpretación reivindica la osadía del pueblo humilde venezolano, que el 27 de febrero de 1989 se rebeló contra las cúpulas políticas y la exclusión a la que estaba siendo condenado

a consecuencia de las políticas neoliberales, mientras los ricos vivían cada vez mejor y los gobiernos favorecían a las transnacionales y a los políticos, militares, funcionarios, gerentes del Estado y empresarios privados corruptos. La mirada desde ese prisma muestra a los pobres en arrebatos contra la opresión y emitiendo reclamos y clamores de esperanza. No es casual que Chávez identifique el 4 de febrero de 1992 como la respuesta y el liderazgo que salieron a buscar los humildes el 27 de febrero. Resultó admonitorio su poema de emergencia en aquellos días, en homenaje al capitán del ejército Felipe Acosta Carlés, uno de los fundadores del movimiento bolivariano dentro de las Fuerzas Armadas, que todo indica lo mandara a asesinar un jefe militar.

Mataron a Felipe Acosta, /a Felipe Acosta Carlés/ quien lo mató no imagina/ lo que vendrá en adelante/ y muchos menos sabrán/ los verdaderos culpables/ de la miseria de América,/ de Simón la Patria Grande,/ la fuerza que ahora palpita/ dentro de la tierra madre/ en el alma de estos pueblos/ que tienen siglos con hambre,/ buscando sobrevivir/ al explotador infame,/ esos, no tendrán perdón,/ llámense como se llamen.

Aquel 27 de febrero de 2002, otra vez Caracas devino escenario de la discrepancia entre esas dos maneras de ligarse con las realidades del país. Diez años después el gobierno, casi todos los militares y buena parte de los funcionarios del Estado, lejos de oponerse al pueblo, defendían sus intereses. Y en reciprocidad, la mayoría de este había hecho sinergia con los dirigentes bolivarianos, quienes alcanzaron el poder a través de las propias reglas democráticas, que sirvieron años antes para justificar el asesinato de miles de personas.

Liderados por una pareja que no dejaría de estar y actuar junta hasta el día del golpe, Carlos Ortega y Pedro Carmona, el 27 de

febrero de 2002 los opositores se juntaron en los alrededores de la Plaza Morelos, en el este de la ciudad, y de ahí desfilaron durante dos horas hasta la sede de la Asamblea Nacional. Varias de sus pancartas decían: «No hay nada que celebrar» y muchos de los participantes lucían vestimentas de color negro para realzar lo que ellos llamaron durante esos días «luto activo». En comparación con la asistencia a la marcha del 23 de enero, esta otra resultó menos nutrida, lo que comenzó a provocar zozobra en la jefatura golpista.

Por su parte, el pueblo bolivariano se dio cita en el Parque del Este, en plena zona geográfica donde predominan los adversarios, y marcharon casi diez kilómetros hasta el Palacio de Miraflores, sitio emblemático en el que gobernara 13 años antes Carlos Andrés Pérez, quien había dado la orden de masacrar al pueblo, y ahora los esperaba complacido el presidente Chávez. «¡Nunca más!» y «¡No pasarán!» eran las consignas más reiteradas y todos los chavistas sabían el significado de ambas: nunca más los soldados disparando contra el pueblo y no pasarán los que quieren volver a usurpar el poder para oprimirnos. En su discurso, el líder bolivariano exaltó la fecha como el despertar del pueblo venezolano contra los desmanes de la IV República. En las siguientes ideas queda sintetizado:

El 27 de febrero lo hemos dicho, es una fecha que abre y que señala un camino. El 27 de febrero es una fecha de esas que no se pueden olvidar jamás, es consecuencia de la traición que al pueblo le hicieron quienes gobernaron al país, desde el 23 de enero de 1958.

Esas dos fechas: 23 de enero y 27 de febrero, están indisolublemente unidas en la historia venezolana. Y, por otra parte, el 27 de febrero está también unido de manera directa y profunda a otra fecha que ya conmemorábamos hace pocos días [...]. El 27 de febrero funcionó como un

disparador de lo que habría de ocurrir en estas mismas calles, en esta misma Caracas, debajo de este mismo cielo el 4 de febrero de 1992.

Ese 27 de febrero de 2002 será también histórico por otra singularidad: sería la ocasión en que por última vez antes del 11 de abril se medirían en las calles de Caracas las fuerzas de la Revolución y las de sus enemigos. Las condiciones estaban creadas para desencadenar la etapa final de la asonada contra el Gobierno Bolivariano. La masa crítica de la contrarrevolución había sido formada por los artífices de la manipulación mediática y los dirigentes políticos de la oposición, quienes aunados de forma desenfadada con los dueños del poder económico privado, los altos gerentes de PDVSA, los oficiales golpistas y el gobierno de los Estados Unidos, habían decidido que las condiciones estaban creadas para desencadenar el asalto al poder.

Faltaba un buen pretexto que permitiera catalizar y poner en su máxima velocidad y al nivel más alto de fanatismo a los cientos de miles de personas de las clases media y alta, a quienes se había logrado inculcar la idea de que había llegado el momento para derrocar a Chávez. Restaba el clímax emocional que permitiera a los trasnochados imitadores del flautín de Hamelin los niveles de sugestión necesarios para manipular a sus seguidores.

MARZO

¿Cayó del cielo el conflicto suscitado por la gerencia mayor de PDVSA o fue inducido por ella misma, en contubernio con los demás factores involucrados en el proyecto golpista? Sin duda, ocurrió lo segundo y eso resultó evidente en aquellos días. Las acciones de los gerentes de la llamada nómina mayor, con el apoyo del resto de la oposición lograron convertir un aparente conflicto gremial en una plataforma política de enfrentamiento al gobierno, en primer lugar contra el presidente Chávez. Gracias al extraordinario patrocinio mediático, los tecnócratas consiguieron la complicidad activa de toda la oposición, que mudó su escenario de *shows* políticos de la Plaza Francia en Altamira para la sede de PDVSA en Chuao. La coartada de los caciques de PDVSA fue rechazar la Junta Directiva nombrada por el presidente Chávez, argumentando que ella politizaría la empresa y antepusieron a la decisión del mandatario el principio de la «meritocracia», que según ellos regía el funcionamiento de la entidad.

La pugna entre el Gobierno Bolivariano y la nómina mayor de PDVSA se encontraba latente desde 1999, debido a las posiciones que venía adoptando Chávez en el campo energético. En particular, su decisión de priorizar la reactivación de la OPEP y la recuperación de los precios en detrimento de la política que siguiera PDVSA en el pasado, durante los gobiernos de Pérez y Caldera, consistente en aumentar la producción en perjuicio de los precios, acorde con los intereses de los Estados Unidos. Esos gerentes, que usaban a PDVSA como su empresa privada, mantenían estrechos compromisos con las transnacionales de las que se beneficiaban, haciéndoles concesiones diversas en la comercialización y explotación de los hidrocarburos. Ellos auspiciaban una apertura

progresiva a los capitales foráneos y la autonomía con respecto a la OPEP; también defendían la independencia respecto del Estado a favor de una empresa que se guiara solo por el lucro, sin subordinarse a las políticas y planes energéticos estratégicos del país.

Hasta la crisis descrita, el gobierno de Chávez había logrado detener el proceso de apertura neoliberal que se había iniciado bajo el auspicio de Luis Giusti, durante el gobierno de Caldera. Además, como ya expliqué, Chávez logró entre los años 1999-2000, reactivar la OPEP e iniciar una importante recuperación de los precios, y con la Ley Habilitante sobre los Hidrocarburos aumentó el ingreso fiscal por medio de un incremento de los impuestos a la extracción. Los altos gerentes de PDVSA no pudieron evitar esas decisiones del gobierno, pero seguían manejando buena parte de los hilos del poder petrolero venezolano. Esos tecnócratas eran al mismo tiempo gerentes, asesores, proveedores y contratistas, despachándose y dándose el vuelto.

La llamada «caja negra» de PDVSA resultaba cada vez más insondable. En los últimos años los costos de producción aumentaron de manera alarmante, a consecuencia del tejido descompuesto de la corrupción y el despilfarro, y a ineficiencias deliberadas de muchos gerentes, a fin de justificar las privatizaciones en el momento en que los costos sobrepasaran el extremo admisible, que en 1998 estaba muy cerca. Por ejemplo, comparativamente PDVSA aportaba al país ese año solo el 13 por ciento de los ingresos del Estado, mientras que en 1976, año en que ocurrió la nacionalización, aportaba el 76 por ciento.

Todo ello motivó que la aristocracia gerencial de PDVSA entrara en pánico al conocer la noticia del nombramiento de la nueva Junta Directiva, compuesta por honorables especialistas, que tenían la calificación idónea y la honradez indispensable, sin compromisos con esa burocracia deformada. Temían que la nueva Junta pusiera al descubierto la podredumbre existente y

diera al traste con su bien estructurado poder. De esa encrucijada salió su consigna de guerra, que en verdad escondía un compromiso mafioso: «¡Ni un paso atrás!». Ellos optaron por agregar a las confrontaciones en marcha el dilema suyo con el gobierno, creándose así una inesperada situación que catalizó el escenario propicio al golpe, que había sido previsto para ejecutarse antes de finalizar abril.

En aquellos días, los gerentes insubordinados de PDVSA buscaron los pretextos políticos que consideraron pertinentes para armonizar sus posiciones con el resto de la contrarrevolución, que había decidido a cualquier precio la restauración de la IV República. Con cinismo inaudito argumentaron que los costos de la empresa se dispararon a consecuencia del convenio petrolero con Cuba y por la política de fortalecer la OPEP; dos exigencias inscritas entre las primeras a revertir en el guion golpista escrito en Washington. De ahí el grito de complacencia del gerente fascista Edgar Paredes, en la mañana del 12 de abril, a pocas horas del golpe: «¡Ni un barril más de petróleo para Cuba!». De esa historia hablaré más adelante.

Lo cierto es que el conflicto de PDVSA no habría tenido igual repercusión, si no hubiera sido porque el comando principal de los golpistas se percató de que tal pugna ofrecía sin costo y en el momento oportuno un combustible del más alto octanaje, capaz de mover a elevadísima velocidad y en la dirección deseada a la clase media caraqueña y de otras ciudades del país. Y enseguida que apareció en el escenario, los jinetes del apocalipsis mediático venezolano, encabezados por Venevisión, Radio Caracas Televisión (RCTV), Globovisión, *El Nacional* y *El Universal* emplearon su descomunal poder de fuego a fin de convertirlo en el nervio dinamizador más importante para darle el jaque añorado a Chávez, que incluía el asalto a Miraflores desde la sede de PDVSA en Chuao. Todo un símbolo.

El 5 de marzo la oposición sorprende con un paso audaz: el Pacto de La Esmeralda, firmado por los máximos dirigentes de Fedecámaras y la CTV, en el holgado salón de fiesta homónimo del este de la ciudad, que varias veces yo había visitado en ocasión de recepciones diplomáticas, en especial las que hacía el embajador de México para celebrar el Grito de Independencia, que él convertía en espléndido jolgorio con mariachis y otras sorpresas. Nuevamente los organismos burocráticos del empresariado y de los sindicatos asumían el liderazgo del plan opositor, y los partidos se mantenían tras bastidores a sabiendas del rechazo que existía hacia ellos.

Y para reforzar el alcance público del documento, que se presentó como un «pacto de gobernabilidad» sin Chávez, la jerarquía de la Iglesia Católica se hizo representar en la firma del rector de la Universidad Católica Andrés Bello, el sacerdote Luis Ugalde: nacía de ese modo el documento programático del golpe, bendecido por los jefes de la Iglesia venezolana. Pasaría a la peor historia del país ese fugaz instante en que el sacerdote Luis Ugalde, parado entre Carlos Ortega y Pedro Carmona, uniera las manos de estos con las suyas, mientras los rostros de los tres mostraban sonrisas de triunfadores.

Iluminado por los *flashes* de cientos de equipos fotográficos y con pose resuelta ante los numerosos micrófonos y cámaras, Carlos Ortega declara: «Consideramos inminente la salida del señor Chávez de la primera magistratura...», y agrega, otra vez sin ambages y siempre estimulado por el eufórico estribillo: «Se va, se va, se va», coreado hasta el cansancio por los empresarios que parecían celebrar su día de fiesta: «Por eso hoy nace este pacto, con miras a un gobierno de transitoriedad...».

El documento Bases para un acuerdo democrático, expone en diez puntos la estrategia para superar el «estado de emergencia nacional». Es un enmascarado proyecto de restauración poscha-

vista concebido como ingrediente principal de los preparativos del golpe de Estado, junto a la crisis desatada por los gerentes subversivos de PDVSA y el «goteo militar». El texto encubre el plan violento, con el terciopelo de la facundia pacifista:

Expresamente rechazamos toda forma de violencia y de alteración del orden constitucional. Nos preocupa que el malestar degenera en agresiones de grupos armados y en anarquía o que bloquee las salidas institucionales. Creemos que el cauce del diálogo, la discusión y la participación es el camino para que los venezolanos resolvamos los conflictos y negociemos las diferencias.

Horas después, tuve la oportunidad de conversar a solas con el entonces ministro de Defensa, José Vicente Rangel, hombre de diversos méritos y excelsa historia política, cuya virtud más pródiga ha sido su lealtad a la Revolución Bolivariana y a Chávez, sin disminuir un ápice la inmensa sagacidad que lo caracteriza, que ha puesto también en función del proyecto bolivariano.

—Mira, vale, el texto del documento es pura paja retórica que casi cualquiera puede suscribir, lo que importa son las intenciones subversivas ocultas; ya no tengo duda de que se está gestando un golpe contra el orden constitucional —me dijo José Vicente con su estilo lacónico y enseguida concluyó de un solo tajo, sin inmutarse—: Está claro que lo que quieren es tumbar a Chávez.

Yo asentí con la cabeza y de inmediato me vino a la mente una advertencia luminosa de nuestro Apóstol, que compartí con el ministro.

—¿Recuerdas este apotegma de Martí?: «En la política lo real es lo que no se ve».

—Así es, vale —dijo él a secas.

Así era. Horas después la embajada de los Estados Unidos de América enviaría un informe al Departamento de Estado, la CIA y otras instituciones similares, cuyo resumen decía: «Con mucha fanfarria, lo que más vale y brilla de Venezuela se congregó el 5 de marzo para escuchar a los representantes de la Confederación de Trabajadores Venezolanos, la Federación de Cámaras de Comercio y la Iglesia Católica en la presentación de sus Bases para un acuerdo democrático, diez principios por los que se guiaría un gobierno de transición. Este acuerdo constituye un importante paso para la oposición que nunca ha vacilado en condenar a Chávez, pero hasta el momento no había ofrecido una visión abarcadora de sí misma». Y en otro mensaje de la embajada gringa, firmado por un tal Cook, se traslada a Washington una idea clave: «A falta de una figura o un partido opositor único capaz de nuclear el sentimiento público, los empresarios y los líderes sindicales, con el apoyo de la Iglesia Católica, han venido a llenar este vacío». Y concluye que el documento de marras «bien pudiera constituir el marco de referencia y el código de conducta para un gobierno de transición».

El siguiente día, un conocido dirigente demócrata cristiano, Oswaldo Álvarez Paz, divulga sin pudor en el diario *El Universal* las intenciones ocultas del acuerdo: «[...] El esfuerzo superior tiene que estar dirigido a cambiar de presidente». Sin demora y al unísono, los cabecillas de los partidos opositores, los formadores de opinión adversarios de la Revolución y los medios privados alaban el pacto y potencian aún más su artillería promocional, a fin de acelerar la creación del ambiente para el embate final. Todos, de una forma u otra expresan la misma idea: la inminente salida de Chávez de la presidencia.

Una inmensa fuerza se alistaba y cohesionaba cada vez más ante los ojos de todos, y tal vez ello no se valoró con suficiente claridad por los líderes bolivarianos, confiados de las sucesivas

victorias desde 1998 y de contar con el apoyo del pueblo humilde y de buena parte de las Fuerzas Armadas.

Chávez denunció el pacto como una alianza de sectores golpistas y sentenció: «En Venezuela se acabaron los pactos de élite». Quiso decir que ningún arreglo de la élite venezolana, como este de La Esmeralda, podría repetir el Pacto de Punto Fijo suscrito en 1958: porque ahora el pueblo en revolución tenía experiencia, fuerza y liderazgo para impedirlo.

El 6 de marzo, en una asamblea general de gerentes de la nómina mayor y ejecutiva de PDVSA, se discute el plan estratégico para enfrentar la Junta Directiva nombrada por el presidente Chávez, e insertar esas actividades en el proyecto golpista de la oposición en acelerada marcha. Se trata de un documento con 125 puntos concretos, que combina aspectos gremiales, políticos, de sabotajes a la producción, propaganda, coordinaciones internas y externas de PDVSA y otras muchas acciones; un verdadero plan de actividades bien identificadas para arremeter con todo, e incluso cambiar la legislación que otorga poderes al Presidente de nombrar las juntas directivas.

Los ideólogos de ese documento actuaban sin recato en dirección al golpe de Estado. Solo el acápite 2 («Establecer estrategia y plan jerarquizado de acciones futuras») contiene ¡sesenta tareas! Entre ellas: «2.1. Continuar las iniciativas hasta obtener resultados. **No flaquear.** 2.2. Definir un plan de acción para después de las 48 horas. **Aprobado.** 2.3. Establecer alianzas estratégicas y definir plan de acción correspondiente (sindicatos, cámaras, organizaciones civiles, etc.). **Aprobado**».

Otras decisiones adoptadas dan cuenta de la insubordinación: ignorar a la Junta Directiva; coordinar acciones de calle simultáneas a nivel nacional; designar un comité que prepare el paro

operacional de la empresa; radicalizar el conflicto; actuar según una estrategia comunicacional... La petrocracia sabía que disponía de poder y decidió emplearlo a plenitud en la etapa decisiva para tumbar a Chávez. ¿En qué otro país una empresa del Estado ha desempeñado un rol semejante, contra un presidente electo según las normas constitucionales?

Durante el mes de marzo, los gerentes insubordinados aparentan negociar con la Directiva de PDVSA nombrada por Chávez, para ganar tiempo, mientras avanzan en la ejecución de sus planes golpistas acordados de modo secreto. El día 24 comienza la ofensiva final de los gerentes con actos de sabotaje, destrucción de documentos, mítines dentro de los locales en los que se proclama abiertamente sacar a Chávez y marchas en los estacionamientos de PDVSA. Estas acciones las acompañan de la exigencia al gobierno de que rectifique, lo que vociferan a los cuatro vientos a través de los medios de comunicación opositores. Por fin, el 4 de abril, deciden abandonar las conversaciones con la Junta Directiva y ese mismo día paralizan las operaciones de la refinería El Palito, en Carabobo, y pronto comienza a escasear la gasolina en Caracas. Había llegado el instante de accionar el disparador.

ABRIL 6, 7 Y 8

Cuarenta y ocho horas después, el 6 de abril, un informe TOP SECRET de la CIA, refleja con suma claridad lo que acontecía en Caracas: «Facciones militares disidentes, que incluyen a algunos oficiales descontentos y a un grupo de oficiales radicales de menor rango, están intensificando esfuerzos para organizar un golpe contra el presidente Chávez, posiblemente tan pronto como este mes». Y otra parte del documento afirma: «El nivel de detalle en los planes reportados [...] apuntan al arresto de Chávez y de otros diez altos funcionarios». Y continúa: «Para provocar la acción militar, los que conspiran podrían intentar explotar conflictos y violencia durante las manifestaciones de la oposición, que tendrán lugar este mes». Al documento solo le faltó colocar el letrerito de algunas películas de Hollywood: «Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia».

Ese sábado 6 de abril la CTV convoca a un paro por 24 horas a partir del 9 de ese mes, sin consultar siquiera a sus reducidas bases sindicales y de inmediato recibe el aval de Fedecámaras —que lo formaliza el lunes 8— y de los gerentes de PDVSA. Un «arroz con mango» típico del antichavismo, repleto de paradojas: los empresarios apoyan un paro de los «trabajadores», incluso deciden pagarles los salarios; el sector privado favorece las demandas de una empresa estatal; una parte minoritaria de la ciudadanía, aunque más pudiente en recursos económicos e idiotizada por las campañas mediáticas se autodenomina «sociedad civil» y cree poseer poderes omnímodos; los partidos opositores van de últimos en la cabalgata sediciosa y los propietarios de los grandes medios de comunicación ocupan el lugar de estos en la orientación del séquito, todos bendecidos y apoyados sin recato por la alta jerarquía de la Iglesia Católica.

Se trataba de un paro ilegal, al no contar con reivindicaciones laborales reales y por sus propósitos sediciosos contra el gobierno y el Presidente. El conflicto en PDVSA sirvió de acicate y pretexto, y si no hubiera existido, los golpistas habrían inventado otro, pues estaba decidido que el plan se ejecutara antes de finalizar abril. Todos los caminos conducían al golpe: los actores civiles y militares avanzaban a su máxima velocidad, acorde con el guion acordado. El odio y el temor a Chávez y a la Revolución Bolivariana, y la acción solapada de los Estados Unidos entregando mucho dinero a la CTV y a los partidos opositores, e influyendo en la unidad de estos y en la orientación de los factores subversivos durante varios meses, habían logrado aglutinar una importante fuerza contrarrevolucionaria, que hacía suponer a los autores intelectuales del proyecto un triunfo demoledor.

El mafioso sindical Carlos Ortega, luego de anunciar el paro de 24 horas, destiló más odio en su grotesco semblante y con su ruidosa voz adelantó que este podía convertirse en huelga general, lo que ya estaba concertado.

El domingo 7 de abril en el programa Aló Presidente, Chávez anuncia un aumento salarial de un 20 por ciento (ya previsto) y decide dejar cesantes a los gerentes complotados en el plan golpista. Con un pito de árbitro entre sus labios y cara de satisfacción, el mandatario lo sonaba cada vez que mencionaba un nombre de la lista y luego decía: «Muchas gracias por sus servicios». Esas palabras del Presidente y el uso de aquel silbato humillante, intensificaron hasta el paroxismo el conflictivo escenario y tanto los medios privados como los demás voceros de la oposición radicalizaron al máximo sus posiciones, y más que nunca se escucharon los tambores del golpismo.

En nuestra embajada seguíamos los hechos con especial preocupación, pues además de lo que veíamos en la superficie, teníamos mucha información de la parte no visible de la política a que alu-

día Martí. Las fuentes directas más creíbles en todos los sectores, nos hacían vislumbrar que en el transcurso de la siguiente semana la fiera lanzaría el zarpazo. Nuestro debate interno consistía en prever el día y las posibilidades o no de éxito.

Aquella tarde primaveral del domingo 7 de abril fui con mi esposa e hijo al Centro Comercial Ciudad Tamanaco (CCCT), lugar donde suelen ir de compras y a divertirse muchas personas de la clase media y alta. Quería palpar directamente sus estados de ánimo, que se reflejaban hasta en la forma en que nos miraban y en ocasiones por medio de comentarios en voz alta para que los escucháramos. Sin embargo, el CCCT estaba desierto y casi no pude satisfacer mi curiosidad, por lo que decidí irme. Al buscar mi auto en el estacionamiento que está frente al edificio de PDVSA en Chuao, me detuve unos minutos a mirar al todavía pequeño grupo de personas que manifestaban, todas ellas de piel blanca y vestidas con ropas deportivas de marca, quienes bajo el estímulo de las cámaras de televisión y los micrófonos de la radio coreaban eufóricos una y otra vez: «¡Se va, se va, se va...!».

—¿Quién se va? —preguntó con ingenuidad a sus padres, muy cerca de nosotros, una preciosa infante de crespos rubios.

—Chávez, mi reina, ese hombre malo que no quiere a los niños —dijo el progenitor sin que le creciera la nariz y mi hijo, que recién había cumplido 17 años, no pudo contenerse.

—¡Quien no quiere a los niños es usted, que es un mentiroso...! —dijo y el hombre, turbado, optó por no sentirse aludido, apretó en cada una de sus manos las de la esposa e hija y aceleró los pasos de los tres hacia una inmensa camioneta Land Rover estacionada a pocos metros.

El lunes 8 de abril evaluamos en la embajada la dinámica y compleja situación y afinamos las medidas previstas en nuestros

planes de defensa, en caso de ser objeto de agresiones, lo que sabíamos que sucedería. Más aún, porque nuestras tres sedes principales, la residencia, el consulado y la embajada radican en barrios del este, plagados de escuálidos. Además, el sitio principal donde estos se congregaban, en los alrededores del moderno edificio de PDVSA-Chuao, distaba apenas 800 metros de las dos últimas. De manera que oíamos los clamores de la gente cada vez más desorbitada por la ofensiva mediática y desde ese lunes comenzó a ser frecuente que nos gritaran improperios al pasar frente a nuestras edificaciones en sus lujosos vehículos. Durante la reunión comparé la embajada cubana con un barómetro que medía la presión antichavista y un compañero, medio en broma completó el símil:

—¡Miren, apúrense, observen cómo sube el barómetro en estos momentos! —dijo señalando un auto que pasaba frente a la embajada, desde el que nos gritaban: «¡Cubanos coño e' madre, pronto se les va a acabar Chávez!».

Esa tarde distribuimos a nuestro personal en las tres sedes y adoptamos las acciones que corresponden en situaciones de extremo peligro, incluyendo el alerta y las medidas de seguridad para los 1000 compatriotas que realizaban actividades sociales en todos los estados del país, en especial 230 médicos y 600 instructores de deportes. Al hablar por teléfono con los enlaces en cada lugar, su reacción parecía que había sido coordinada entre ellos y, en realidad, traslucía el mismo sentimiento: «No se preocupen, aquí el pueblo nos protege y estamos seguros de que estas personas no permitirán que saquen a Chávez y regresen al poder quienes durante mucho tiempo los engañaron y explotaron». Al despedirse, una y otra vez nos reiteran con emoción la certeza del pueblo bolivariano, que ellos hicieron suya: «¡No pasarán!».

Hay anécdotas que lo dicen todo. En la noche del lunes 8 de abril, los agregados militares acreditados en las embajadas en Caracas despedían a su colega chino en el salón de recepciones del lujoso hotel Meliá Caracas. Como es usual en tales actividades protocolares, también están presentes varios altos oficiales venezolanos, entre ellos el general de brigada Roberto González Cárdenas, subdirector del Instituto de Altos Estudios de la Defensa, donde tuve el placer de conocerlo en ocasión de impartir una conferencia sobre Cuba. El general González Cárdenas es de tez blanca, sonrisa amable y buen conversador. Su sello más peculiar es la calvicie que decidiera esfumar rasurándose totalmente su cabeza. González Cárdenas se encuentra en animado diálogo —vaso de whisky en la mano, cargado de hielo y agua—, cuando se le acerca el oficial de la Marina de los Estados Unidos, David Cazares, quien le pregunta en tono de queja: «¿Por qué no han contactado con los barcos y el submarino que tenemos cerca de la costa en La Guaira? ¿Por qué nadie me ha contactado? ¿Qué están esperando?». González Cárdenas no sabía de qué le hablaba el militar estadounidense, y algo turbado, decide ganar tiempo y sorber un trago del licor; en ese instante se le aproxima a despedirse un agregado militar brasileño y Cazares aprovecha la ocasión para preguntarle al capitán de navío venezolano Moreno Leal, si ese general González era el mismo que había estado destacado en la frontera. Moreno, sin titubear, le responde: «Sí, ese es el general González, pero no sé si estuvo en la frontera». Cazares, que había observado la extrañeza de González Cárdenas en su semblante, luego de verificar la identidad del general le reitera las mismas preguntas. Esta vez el general González sí reacciona: «Le preguntaré al general en jefe», dijo con sobriedad y observa molesto a Cazares, quien sin embargo no declina otro trago de whisky y tequeños bien calientes que le brinda un sonriente mesonero.

Al cabo, los dos militares toman rumbos diferentes dentro del salón. El general González se detiene a observar en el centro

del espacioso recinto la inmensa figura de un pez de hielo, que poco a poco se derrite, y trata de descifrar, mientras cuenta las gotas que caen por minuto, las palabras del diplomático del Norte. Al abandonar la fiesta, dentro del ascensor vuelve a encontrarse con Cazares y otra vez su tono es áspero: «Recuerde lo que le dije, esto tiene un costo operativo; espero su respuesta», dice en voz baja el gringo y le entrega su tarjeta a González Cárdenas, quien ya sabe que Cazares está confundido pero le sonríe y calla, mientras ojea los datos: capitán de navío David H. Cazares, agregado naval, embajada de los Estados Unidos de Norteamérica. Tel.: 58-212-975.9620. Fax: 58-212-975.6542. Caracas, Venezuela. Y arriba, el escudo de la Marina estadounidense.

¿Qué había sucedido? El diplomático estadounidense creía haber hablado con el general Néstor González González, de similar complexión que González Cárdenas, piel blanca, el mismo uniforme y grado, similares condecoraciones e igual chapilla de identificación en el pecho: «González». Y algo muy notorio, que los hace parecerse mucho: también el golpista González González tiene su cabeza rapada...

ABRIL 9

El martes 9 de abril fue un día febril. Las televisoras y estaciones de radio opositoras, que tenían bajo su control más del 90 por ciento de esos medios, hicieron lo indecible para que se creyera que el paro había sido efectivo, aunque la huelga no logró ni el 30 por ciento de parálisis en Caracas y las principales ciudades. Por ejemplo, los bancos prestaron sus servicios de manera normal, al igual que el transporte colectivo, la educación pública y buena parte de los pequeños y medianos comercios abrieron. Por su parte, el gobierno enfrentó la agresión de los medios privados con una ofensiva de 16 cadenas de radio y televisión, desde las 6:10 de la mañana hasta las 9:30 de la noche, que permitieron mantener informado al pueblo sobre lo que en verdad estaba ocurriendo, lo que potenció la ira de los contrincantes.

En paralelo, la llamada Plaza de la Meritocracia en PDVSA-Chuao, devino escenario contumaz de la movilización opositora, donde los principales voceros clamaban una y otra vez por el final del Presidente: «¡Ni un paso atrás!», decían. Los medios privados mantenían una permanente cobertura de ese acto, solo interrumpida por las cadenas que hacía el gobierno en legítima defensa. Estas permitieron aclararle al público las medidas para evitar el desabastecimiento de gasolina, el normal funcionamiento del transporte, los bancos, la educación pública y buena parte del comercio, así como el rechazo de varios sindicatos a la huelga y los verdaderos causantes de los actos de violencia. Frente al Palacio de Miraflores, miles de personas expresan su apoyo ferviente al Presidente: «No pasarán», coreaban. En algunos puntos de la ciudad ocurren enfrentamientos entre partidarios de ambos bandos, casi siempre provocados por grupos adiestrados de la oposición;

sobre todo de Bandera Roja y Acción Democrática, que buscan generar una imagen de caos, crear disturbios y suscitar muertos.

En la noche de ese primer día del paro, sus convocantes en vez de interrumpirlo ante la evidencia de la baja participación, deciden extenderlo 24 horas más y reiteran la posibilidad de declarar una huelga indefinida. El libreto se hacía más claro, aunque aún permanecían ocultas las acciones decisivas para alcanzar el objetivo final.

Aquel martes, nuestra embajada trabajó con normalidad, pese a que funcionarios y empleados teníamos conciencia de la peligrosa situación. Algo después de las 7:00 de la noche fui hasta mi residencia a compartir un rato con mi esposa e hijo y para pasar cerca del edificio de PDVSA-Chuao, a fin de percibir con mis propios sentidos lo que allí ocurría, siempre de manera sigilosa detrás de los cristales oscuros del vehículo, para evitar las reacciones de muchas de aquellas personas embriagadas de odio y euforia revanchista.

Alrededor de las 7:30 p.m. me encontraba en mi casa en espera de la comida, sentado junto a mis familiares frente a un televisor, viendo el inicio del mitin nocturno en la mencionada plaza. Había comenzado a hablar desafortadamente una señora, enjuta de cuerpo y más escuálida aún de ideas, y observé que un joven detrás de ella le entregó repentinamente un papelito y le dijo algo. La oradora interrumpió su discurso y de manera histérica anunció con sus venas del cuello infladas: «¡Me acaban de informar que desde horas de la tarde están saliendo de la embajada de Cuba personas con maletines negros cargados de armas!».

Se trataba de Ruth Capriles, quien decía ser presidenta de una organización civil de «veedores» y era capaz —sin haber verificado—, de hacer una acusación pública tan desmesurada, solo

leyendo un papel que le acababan de entregar. Por primera vez desde el inicio del conflicto, un vocero de la contrarrevolución aludía a Cuba asociándonos al posible uso o trasiego de armas.

En voz alta le dije a mis compañeros que estaban en la residencia: «Lo que acabamos de escuchar es muy grave, pues evidencia que van a utilizar armas contra esa gente y responsabilizar al gobierno y también a Cuba». Y sin apenas despedirme de mi esposa e hijo, solo atiné a aconsejarles a ellos y a todos los compatriotas: «Cuídense y redoblen desde ahora la vigilancia, pronto van a pasar por aquí los escuálidos y esta vez no solo van a lanzar gritos...».

—¡Vamos de prisa para la embajada! —le dije a mi chofer Mario Pérez, que no conocía todavía las declaraciones de la «veedora». Y con el auto en marcha, al notar que él no entendía la causa de mi exaltación le expliqué: —Esa mentira indica que existe un plan para emplear armas, en el que pretenden involucrarnos y debemos prepararnos para cualquier eventualidad.

Tomamos el camino algo más distante de las lomas de San Román y así evitamos pasar cerca del mitin; no quise perder tiempo, llamé por el celular a la embajada y hablé con el funcionario Elio Perera, a quien le dicté una nota de prensa desmintiendo la burda información y pedí que llamara personalmente a todos los diarios, emisoras de televisión y cadenas principales de radio, que nunca emitieron nuestra aclaración, salvo los medios del Estado.

Al llegar a nuestra sede decido comunicarme con el presidente Chávez, y un edecán me informa que se encuentra en ese momento reunido en Miraflores. A los pocos minutos el Presidente me llama y le ofrezco mi criterio sobre la nota que leyó Ruth Capriles. Él coincide en las intenciones macabras que podía tener esa acción mediática. «En este momento estoy reunido con mi equipo evaluando la situación, el día fue muy tenso, está claro que el paro va en declive, hoy resultó un fracaso y mañana miércoles debe

resultarles peor, pero lo que están buscando es que haya muertos en las calles, por eso hemos decidido que no salga gente nuestra a manifestar y evitar que haya choques entre los dos bandos», dijo él y yo le comenté: «Presidente, tenemos la apreciación de que las cadenas sucesivas del gobierno fueron decisivas para contrarrestar hoy la intensa campaña mediática de la oposición». Y él explicó: «Sí, es cierto, aunque decidí disminuirlas mañana miércoles, para tratar de bajar la presión y que no tengan excusas...», hizo una pausa y concluyó: «Es importante evitar que sigan envenenando a la gente del este de Caracas, el fanatismo que han logrado es muy peligroso y pueden hacer cualquier barbaridad».

Respiré lentamente y pensé cómo trasladarle a través del teléfono nuestra convicción de que el golpe ya estaba ejecutándose.

—¿Recuerdas la última conversación que tuvimos en La Casona hace 15 días, al despedirnos...?

—Sí, entiendo, pero podemos abortarlo —me dijo luego de meditar unos segundos, y reiteró—: Tenemos que impedir el pretexto que están buscando, que son los muertos en la calle, por eso es mejor que nuestra gente no salga mañana...

Sentí su voz tensa y con un tono de preocupación que nunca le había escuchado, aunque terminó con el ánimo distendido, enviándole saludos a los compañeros de la embajada y a todos los colaboradores cubanos, pidiéndonos que nos cuidáramos.

De inmediato informé a La Habana, por teléfono, los hechos públicos y las valoraciones posibles, y por la vía cifrada nuestras impresiones íntimas y otras informaciones sensibles. Enfatizamos una idea: el plan golpista está en ejecución y la situación puede decidirse en los próximos dos o tres días.

Casi al terminar de hablar con Chávez, algo después de las 8:30 p.m., se incrementan las acciones verbales contra la embajada; desde autos y motos nos gritan improperios o los emiten transeúntes que se dirigen o regresan de la concentración en PDVSA-Chuao,

que continúa en su apogeo. Alrededor de las 10:00 p.m. el barómetro da un salto y comienza a marcar una situación nueva. Desde una camioneta en marcha lanzan un coctel molotov que se incendia en la puerta principal de la embajada. De inmediato, dos compañeros salen y sofocan el conato de incendio. Al rato, cuatro sujetos colocan dos cauchos humedecidos de alcohol al lado de la puerta de nuestro estacionamiento y les prenden fuego. Otra vez actuamos de bomberos y pocos minutos después escuchamos disparos en la calle. Ante nuestro llamado de auxilio, dos autos de la DISIP comienzan a patrullar la zona y cesan las perturbaciones durante el resto de la noche y la madrugada. Frente a la residencia y el consulado ocurren situaciones similares.

Esa noche del 9 de abril Chávez le habló al pueblo bolivariano que se había congregado en la avenida Urdaneta, frente a Miraflores. En su breve discurso, recomendó evitar las provocaciones en la calle y alertó sobre la ejecución de un plan golpista:

Yo nunca me cansaré de repetirlo, tomando las palabras de nuestro líder histórico, el General en Jefe y Libertador Simón Bolívar, cuando dijo: «Unámonos y seremos invencibles». Unámonos y seremos invencibles. En estos momentos cuando está en marcha —lo repito— una conspiración para tratar de derrocar a Hugo Chávez, pido unión por sobre todas las cosas al pueblo heroico y aguerrido de la Venezuela de Simón Bolívar, el Libertador de Libertadores.

El plan que tienen estas cúpulas, la conspiración que está en marcha es casi similar, pretende seguir el mismo libreto de otras conspiraciones contra otros gobiernos en otros países y en otro tiempo, pero muy especialmente

pretenden seguir el mismo libreto que le aplicaron a Salvador Allende, allá en el Chile de 1973, tratando de desestabilizar la economía y de allí el intento de paralizar a la empresa petrolera venezolana.

Ellos pretenden crear pánico en la población, con las campañas comunicacionales, pretenden generar disturbios artificiales, pretenden generar un caos en las calles, de violencia, bajarle la moral al pueblo bolivariano. Por eso nosotros cada día debemos tener la moral más alta, no importa las campañas comunicacionales que hacen contra el pueblo, moral y espíritu de batalla y de victoria.

[...] Los militares venezolanos están comprometidos con la democracia venezolana, ahora cuando estamos naciendo al mundo con una República verdaderamente democrática, justa e igualitaria.

ABRIL 10

Amanecí el miércoles 10 de abril con deseos de volver a cerrar los ojos, pues apenas pude dormir tres horas, al igual que los demás compañeros que permanecieron en vigilia en la embajada, buscando y procesando información telefónica procedente de amigos, haciendo guardia en lugares clave del inmueble, en contacto con nuestra gente en la residencia, el consulado —que vivían la misma situación— y con los colaboradores cubanos, además terminando de destruir la documentación confidencial.

A las 7:00 a.m. la calle adyacente a la embajada estaba desierta y los noticieros de televisión y radio repetían las noticias del día anterior: «El paro ayer fue un éxito y ante la intransigencia de Chávez, seguirá hoy y puede continuar...». Una compañera me trae a la oficina un vaso de café con leche, que me espabila, y a las 7:15 a.m. comenzamos una reunión del Consejo de Dirección de la embajada. Había dos criterios: quienes consideraban que el golpe se realizaría con éxito, y quienes pensábamos que ciertamente ese plan ya estaba ejecutándose mas no sería viable, pues Chávez tenía el apoyo de la abrumadora mayoría de las Fuerzas Armadas y contaba con un enorme respaldo del pueblo humilde.

El segundo día del paro, transcurrió más tranquilo del lado oeste de la ciudad. El pueblo bolivariano acató la orientación de no manifestar durante el día para evitar la confrontación con los grupos de choque de la oposición golpista, aunque en la noche varios miles de chavistas, muchos de ellos miembros de los Círculos Bolivarianos, se concentraron frente a Miraflores. También las cadenas de televisión y radio del gobierno se redujeron al mínimo.

En realidad, el paro seguía secundado solo por los grandes empresarios, la educación privada y la mayor parte de los sectores medios; en comparación con la primera jornada, el miércoles se apreciaba en las calles más movimiento de personas, vehículos y de comercios abiertos.

Sin embargo, los medios de comunicación privados, ahora sin el contrapeso de las cadenas gubernamentales, arreciaron su campaña de mentiras y pintaron una realidad diferente; según ellos el país estaba parado y la gente en las calles reclamaba en voz alta la salida del Presidente. Convirtieron las imágenes con las furiosas manifestaciones en PDVSA-Chuao y en otras ciudades donde son fuertes los sectores medios, en una estampa generalizada del país. La prudencia del lado chavista se interpretó por los golpistas como un signo de debilidad y decidieron dar el paso final, que ya estaba programado.

Todas las informaciones que recibíamos procedentes de fuentes de la oposición, nos indicaban que antes de caer la noche se anunciaría la prolongación indefinida del paro, señal inequívoca de que el plan era derrocar a Chávez con el apoyo de un segmento de las Fuerzas Armadas.

Esa tarde me encontraba en la embajada, cuando recibí una llamada de Julio Montes, entonces embajador de Venezuela en Cuba, quien desde hacía varios días estaba en Caracas, en contacto con grupos bolivarianos de los barrios populares. «Estoy en el auto con María Cristina Iglesias, muy cerca de tu residencia y queremos verte», dijo él. «¿Y por qué no vienen para la embajada?, yo no quiero moverme de aquí», argumenté con énfasis. Él le pregunta a María Cristina, entonces ministra del Trabajo, y me reitera el interés de vernos en mi casa; yo deduje que era porque la embajada radica próxima a PDVSA-Chuao y querían evitar provocaciones. Accedí y nos encontramos 15 minutos después.

Evaluamos la situación en la sala de mi casa. Coincidimos los tres en que la oposición se había envalentonado aún más ese segundo día del paro; observé a Julio y a María Cristina muy preocupados. Les dije: «Nosotros no tenemos dudas, si en la alocución que harán dentro de un rato Ortega y Carmona anuncian una huelga indefinida, eso significa que habrá golpe». Casi al terminar de hacerles este comentario, uno de nuestros funcionarios de guardia en la residencia nos avisa que ya estaba en la pantalla la imagen de Ortega.

Escuchamos de pie a los dos bribones, uno primero y otro después, en sus respectivas sedes, argumentar la necesidad del paro indefinido ante el hecho de que el Presidente no aceptaba rectificar, o sea, claudicar. También convocan a una gran marcha de la oposición para el siguiente día, que se concentraría a las 10 a.m. en el Parque del Este y llegaría a PDVSA-Chuao. Los rugidos de los presentes en las sedes de la CTV y Fedecámaras, y luego la euforia de los congregados en PDVSA-Chuao, evidencian que las fieras pronto darían el salto.

Les dije a María Cristina y a Julio que de inmediato regresaría a la embajada y les insistí en que el golpe estaba a las puertas. Me comentaron que iban para Miraflores y ella precisó: «El Presidente citó a los ministros y otros compañeros esta noche para evaluar la situación».

—María Cristina, dile al Presidente de parte nuestra que el intento de golpe debe ocurrir en las próximas 24 a 48 horas —le pedí a la querida amiga, cuando ellos salían a su destino y yo al mío. Y agregué—: Por favor, no dejes de darle ese mensaje a Chávez.

En el momento en que los abracé, ambos me expresaron igual convicción. Días después, cuando volvimos a encontrarnos, María Cristina me dijo que había cumplido con la encomienda y también el Presidente aquella noche tenía la misma opinión, aunque ella acotó que los hechos se precipitaron y tomaron un

curso inesperado: «Creo que ninguno de nosotros suponía que sería tan rápido», dijo con su habitual sinceridad.

Esa tarde en el Salón Andrés Eloy Blanco de la alcaldía de Caracas, se reunieron con carácter urgente diversas organizaciones populares, que percibían con suma preocupación la ofensiva conspirativa que se cernía sobre el Palacio de Miraflores. Los allí presentes decidieron crear la Asamblea Popular Revolucionaria y de inmediato realizar un conjunto de acciones para hacerle frente a la conspiración. Entre ellas, y la más inmediata, convocar al pueblo a que se concentrara en Miraflores desde la mañana del siguiente día. Esa misma noche comenzaron a circular en varios barrios populares de Caracas decenas de miles de volantes que llamaban a defender el Palacio a partir de las 7:00 a.m. del 11 de abril.

En la noche y parte de la madrugada del 10 al 11 de abril, se realizó en Miraflores una reunión del Consejo de Ministros, el Comando Político de la Revolución y el Alto Mando de la Fuerza Armada. Entre los participantes se encontraba Rodolfo Sanz, integrante del Comando Político y uno de los dirigentes que ha escrito los análisis más lúcidos sobre el proceso bolivariano. Él no deja de observar a los altos oficiales, y le llama la atención que ninguno hablara en un encuentro de varias horas. Y más aún que los generales Vázquez Velazco y Manuel Rosendo estuviesen muy serios, con visos de molestia cuando se hacían planteamientos firmes. En la evaluación predomina el criterio de que habría una situación difícil y contradictoria durante el siguiente día, que comenzaría en pocas horas. Sin embargo, no se muestra suficiente preocupación por la continuidad del paro ni respecto a la concentración anunciada para esa mañana en la sede de PDVSA-Chuao. Algunos plantean convocar al pueblo chavista a la calle, en previsión de cualquier intento de asalto al Palacio de Miraflores, mas no se adopta ningún acuerdo.

Aquella noche de marras, en cadena nacional, el ministro de Defensa José Vicente Rangel, cataloga la huelga general indefinida como una acción de claras intenciones insurreccionales, «una estupidez ilimitada», «un salto al vacío». Y remata: los sectores de la oposición «deben bajarse de esa nube, no habrá golpe de Estado contra el Presidente, no va a ser derrocado».

Minutos después de escuchar a José Vicente, el corresponsal en Caracas de CNN, Otto Neustald, recibe una llamada de la periodista de Televen, Lourdes Ubieta, quien le dice: «Otto, la marcha se va al Palacio de Miraflores, va a haber unos muertos y aparecen 20 militares de alto rango pronunciándose contra el gobierno de Chávez y pidiéndole la renuncia al Presidente...». Otto se rasca la cabeza, duda qué hacer y decide informar a sus jefes; esa noche duerme inquieto, imagina escenarios, sabe que pronto vendría un día impredecible.

También al comenzar la noche, los generales Néstor González González y Rafael Damiani Bustillos, cumpliendo instrucciones del estado mayor golpista del cual forman parte, con sus uniformes bien acicalados y los rostros coléricos, exigen la renuncia del Presidente. «O verán lo que va a ocurrir», amenaza González, con su rostro de fascista desbocado y la cabeza brillándole como una bola de billar al sol. De ese modo, los jefes del golpe buscan evitar que Chávez viaje a Costa Rica el siguiente día 11 de abril, para participar en la Cumbre del Grupo de Río.

ABRIL 11, VÍSPERAS

Al despuntar la madrugada del jueves 11 de abril, escuálidos a pie, en autos y motos, agreden la embajada, el consulado y la residencia con piedras y botellas, y nos gritan frases groseras y fascistoides: «¡Cubanos coños de madre, les queda poco!», «¡los vamos a quemar vivos!». Nuestras sedes una vez más funcionan como un barómetro para medir la presión de los acontecimientos. Los golpistas habían logrado crear en la madrugada del «día D», la atmósfera ideológica y emocional indispensable para mover a cientos de miles de individuos —sugestionados por las profusas campañas mediáticas— hacia el asalto del poder.

Ese jueves el diario *El Universal*, estrechamente vinculado a la embajada de los Estados Unidos, despliega en su primera página el cintillo CONFLICTO TOTAL y debajo de este tres notas, una al lado de la otra, también muy bien calculadas: DECISIÓN EXTREMA (dice que la CTV y Fedecámaras calificaron el momento de «propicio» para extremar las acciones); VIOLENCIA («La agresividad se hizo sentir en nueve estados del país; piedras, palos, cohetones y gases lacrimógenos fueron los protagonistas»); PRONUNCIAMIENTOS («El general de brigada del Ejército, Néstor González González, pidió al teniente coronel Hugo Chávez respeto para los generales y almirantes y criticó sus relaciones con la guerrilla colombiana. Asimismo, el general de división Rafael Damiani Bustillos solicitó a sus compañeros de armas que no tomen acciones de una locura presidencial que empañará el nombre de la FAN y en especial de la Guardia Nacional»). Otra vez la misma pauta: Cualquiera semejanza con los hechos posteriores es pura coincidencia.

Más audaz y desenfadado fue *El Nacional*. En la mañana, luego de hacer circular su edición normal, saca otra tirada que arriba reza EXTRA y un enorme titular: «La batalla final será en Miraflores», voceada y vendida como arepa caliente entre los miles de participantes en la marcha del este.

Algo después de las 9:00 a.m. decido recorrer en el auto algunas de las urbanizaciones cercanas a la embajada y a la residencia. Para evitar que me identificaran por la placa diplomática, la cambié por la normal. Visité Prados del Este y Santa Rosa de Lima, crucé hacia El Cafetal por Lomas de San Román y regresé 40 minutos después a nuestra sede en Chuao. Otros compañeros de la embajada se mueven por otras zonas cercanas al Parque del Este, entre ellas Altamira y La Castellana. Nunca antes habíamos visto salir tanta gente de sus confortables casas y apartamentos en los diversos barrios de la clase media y alta caraqueña. En las aceras de las calles caminan montones de personas de todas las edades que confluyen en las avenidas y devienen ríos humanos, hasta desembocar en el sitio previsto para la concentración inicial y también en el supuesto destino final de la marcha, PDVSA-Chuao. Los rostros de muchos reflejaban odio, agresividad y en ocasiones euforia de triunfo. A un funcionario de nuestra embajada le llamó la atención que esta vez los concurrentes a la marcha, procedentes de Aragua y Carabobo, no llegaran a Caracas en autobuses sino en cientos de autos de alquiler y privados.

Me impresiona observar que en los barrios del este se desplazan familias enteras, incluidos niños y ancianos, que vocean una reiterada consigna: «¡Se va, se va, se va, se va...!»». Quizás porque los percibía con especial interés y ellos nunca se habían lanzado a las calles en tal magnitud, me resulta tan llamativo que todos fueran personas de tez blanca, muchos con rasgos de origen europeo. De

repente, al bajar por la avenida principal de El Cafetal, un grupo de escuálidos comienza a gritar una y otra vez, entre eufóricos e iracundos: «¡Hoy es el día, hoy es el día...!».

—¡Es un secreto a voces; hoy es el día del golpe! —dije a mi esposa y al chofer, que asintieron con sus rostros severos.

ABRIL 11, MARCHA

Al filo del mediodía sentíamos en la embajada los rugidos de la enorme concentración en PDVSA-Chuao y de súbito escuchamos en el televisor una voz desafiante; vemos a Carlos Ortega, más prepotente que nunca, gritar desde la tarima por el micrófono lo que muchos marchistas sabían y deseaban:

—¡Vamos a Miraflores!

—¡A Miraflores! —grita la muchedumbre en su clímax de sugestión, aunque la mayoría suponía que las acciones frente a Palacio serían pacíficas.

José Vicente Rangel ve por televisión aquella virtual declaración de guerra y exclama: «¡Estos se volvieron locos!». Orienta de inmediato que lo comuniquen con Marcel Granier, Federico Ravell y otros dueños de las cadenas privadas de televisión y radio. Conversa con ellos, insiste en la gravedad de lo que está sucediendo y les pide su colaboración para desalentar el inevitable enfrentamiento. Ellos aceptan colaborar. Sin embargo, nunca hacen nada pues forman parte de la componenda. José Vicente lo sabe, mas quiere medir sus reacciones simuladoras y también advertirles su responsabilidad.

El general en jefe de la Fuerza Armada, Lucas Rincón, luego de escuchar la declaración de Ortega sobre el desvío de la marcha, trata de comunicarse con los responsables de esa decisión y consigue hablar con Carmona Estanga:

—Señor Carmona, usted debe evitar que la marcha vaya a Miraflores, pues allí hay mucha gente que apoya al Presidente y será inevitable una confrontación, habrá violencia, es necesario dialogar... —le dice con voz respetuosa, aunque exaltado.

Y Carmona que está a punto de subir a la tarima reacciona en tono altanero:

—General, ya el tiempo para dialogar se agotó.
 —Siempre hay tiempo para dialogar —responde Lucas Rincón.
 —Mire, no hay marcha atrás y yo no tengo más tiempo para hablar.
 —Por favor, usted puede influir, haga un llamado a la población por la televisión. Usted puede pararse en una esquina y decir: «Hasta aquí llega la marcha...».

—No, general, esto no tiene vuelta atrás... —dice Carmona, corta la comunicación, se ajusta la corbata y sube a la tarima con ímpetu de triunfador; allí reitera la consigna de ir a Miraflores, solicita la renuncia del presidente Chávez y anuncia la ruta que seguirá la marcha.

Por último, el contralmirante Molina Tamayo agarra el micrófono y empieza a gritar y gesticular, como si estuviera en una batalla campal: «¡Salgan, vamos a marchar, a Miraflores, a Miraflores!». Y el paroxismo de aquellos seres embrujados lo sentimos retumbar en las paredes de la embajada. Tambores, pitos, rugidos de ira y muchas consignas: «¡Se va, se va, se va!». «Que se vaya hoy»...

De inmediato, grupos de choque de Bandera Roja y varios policías vestidos de civil de las alcaldías opositoras, muchos de ellos con armas de fuego, junto a oficiales golpistas retirados como Guaicaipuro Lameda y Molina Tamayo, que se encuentran en la avanzada, inician el desplazamiento de la arrebatada muchedumbre, que debía recorrer 11 kilómetros hasta su objetivo. Una valla publicitaria de Subway ofrece en la autopista una recomendación que parecía destinada a los marchistas: «Come más, preocúpate menos».

Entretanto, al conocerse el nuevo destino de la marcha opositora, desde los cerros aledaños a Palacio y otros puntos del oeste de la ciudad se movilizan miles de personas hacia el Palacio Presidencial, dispuestas a todo. El alcalde del municipio de Libertador, Freddy Bernal, con voz resuelta y el rostro surcado de tensión denuncia a Ortega a través del canal estatal:

Señor Carlos Ortega, acaba de llamar que marchen hacia Miraflores, lo cual es una inmensa irresponsabilidad. Desde hace dos días aquí, frente a Miraflores, están concentrados miles de hombres y mujeres, de niños, de ancianos, de gente que sueña, de gente que cree en la Revolución, gente dispuesta a defenderla. Ahora, señor Carlos Ortega, fíjese bien en lo que usted está haciendo. Hoy lo hacemos responsable ante el pueblo de Venezuela de cualquier alteración del orden público que ocurra en el municipio de Libertador, lo hacemos responsable de cualquier hecho de violencia, hoy ante el pueblo y mañana ante los tribunales.

En esos momentos tengo ante mis ojos dos televisores, por uno veo la cadena de los seis canales privados y en el otro, el canal estatal Venezolana de Televisión; a la vez, intercambio opiniones con compañeros de la embajada y evaluamos numerosas informaciones procedentes de personas que se encuentran en la marcha y de amigos chavistas.

Poco después de la 1:00 de la tarde recibo desde La Habana una llamada del Comandante en Jefe Fidel Castro, quien considera que el desvío de la marcha supone una confrontación inevitable. Hace varias preguntas y comenta que se encuentra atendiendo una delegación oficial del País Vasco —presidida por el Lehendakari— que días antes había sido invitada a un almuerzo. Insiste en que se mantendría al tanto de lo que estaba ocurriendo en Caracas y lo tuviera informado. En el diálogo con el Comandante —a sabiendas de que él volvería a comunicarse con nosotros—, me percaté de que debemos tener a la vista un buen mapa de Caracas, para darle seguimiento al curso de la marcha y los lugares donde ocurrieran incidentes y choques.



11 DE ABRIL

- 1 PDVSA-Chuao se convierte desde tempranas horas en el principal punto de concentración de la marcha opositora.
- 2 Resultan heridos a quemarropa Carmen León y Eleazar Narváez, ambos manifestantes opositores.
- 3 Puente Llaguno. Símbolo de la resistencia popular, que se esgrimió mediáticamente de pretexto para justificar la masacre de los francotiradores golpistas.

- 4 Palacio de Miraflores, desde donde el presidente Hugo Chávez resistía el embate fascista.

○ Zona de los principales enfrentamientos y represión.

12 DE ABRIL

- 5 Embajada de Cuba, objetivo del plan golpista. Asediada desde tempranas horas del 12 de abril.

La enardecida multitud desemboca por diferentes arterias a la amplia avenida Bolívar rumbo a la Plaza O'Leary, pasando por el túnel debajo de las Torres del Silencio, y desde allí se desgaja en dos partes, una toma por la avenida Baralt para acceder a Urdaneta —calzada donde está Miraflores— y otra avanza por el oeste de Palacio, hacia El Calvario, apenas a 200 metros de la entrada principal del objetivo.

A la 1:20 p.m. es herida la primera víctima en la autopista Francisco Fajardo, a la altura de Chacaíto, cerca del hotel para parejas Aladino. Carmen León, directora de administración de la Escuela de Educación de la Universidad Central, como muchos otros de la marcha distingue la silueta árabe del conspicuo hotel, y piensa que avanzará apenas dos kilómetros más, hasta Plaza Venezuela, y de ahí retornará a su oficina en la UCV. De súbito, siente una ardencia en la pierna izquierda, se detiene y al mirarse descubre una aureola oscura en su pantalón: parecía sangre. Verifica con su mano, palpa la mancha y queda impávida; sí, es sangre: «¡Me hirieron!», grita. «¡Me dispararon!», vocifera despavorida y razona: «¿Cómo?... ¡Ni siquiera escuché el disparo!». Casi al unísono es herido muy cerca su compañero de la UCV, Eleazar Narváez, también a quemarropa, por un arma silenciosa. Por suerte, ninguno es de gravedad.

Estas dos primeras víctimas son silenciadas por la prensa, pues son heridos antes de la hora fijada para comenzar la parte oscura del plan y no se quería atemorizar a los marchistas para que llegaran hasta el sitio donde sería la masacre.

Se decía que la marcha llegaría a Miraflores desde el este por la avenida Urdaneta. Por eso, alrededor de la 1:30 p.m. un primer autobús verde de la Guardia Nacional entra de prisa en sentido contrario a esa calzada y un pelotón de sus efectivos armados,

con cascos y escudos protectores y bien dotados de granadas lacrimógenas, se despliega frente al edificio del Banco Central, a 200 metros del Palacio Presidencial, y sus integrantes forman una barricada humana. Otros pelotones hacen hileras para impedir el paso en las calles que desembocan en las cercanías del este y el oeste de Miraflores.

Miles de chavistas habían empezado a llegar frente a Palacio desde horas tempranas y al conocerse la noticia pública del desvío de la marcha multiplican su presencia desde el mediodía, desplegándose a lo largo de Urdaneta desde el Puente Llaguno, que está encima de la avenida Baralt, hasta los predios de las escaleras de El Calvario a más de quinientos metros. «¡No pasarán, no pasarán!», corean enardecidos y un gran letrero encima de la tarima de oradores resume el sentimiento de esa gente: «A Venezuela no la para nadie».

El presidente Chávez permanece en Miraflores, al tanto de todos los acontecimientos e impartiendo instrucciones. Alguien le dijo que la oposición generó el rumor de que él había renunciado. Le orienta enseguida a Lucas Rincón que realice una cadena oficial y a las 2:15 p.m. el general en jefe sale al aire acompañado de los demás miembros del Alto Militar, salvo el jefe del ejército Efraín Vázquez Velazco, quien a esas alturas cumple la parte final de su guion en el golpe de Estado ya desatado y se quita la careta, escondiéndose en el baño. «Sentimos en las Fuerzas Armadas que no es hora de estar alimentando controversias», dice Lucas Rincón y desmiente las versiones de que Chávez había renunciado y estuviera preso en Fuerte Tiuna o Miraflores: «El señor Presidente está en su despacho», asegura.

ABRIL 11, SEDICIÓN

Entretanto, el corresponsal de la CNN Otto Neustald recibe otra llamada sorpresiva después del mediodía, y lo invitan a grabar el pronunciamiento que haría un grupo de altos oficiales, sobre el que la noche antes le alertaran. El lugar: una confortable oficina del moderno edificio El Palacio de Cristal, en el municipio de Cacao. Neustald forma parte de un selecto número de canales de televisión que grabarían a los golpistas. Poco a poco van llegando en grupos o de manera individual los generales y almirantes convocados. El jefe reconocido por todos es el vicealmirante Héctor Ramírez Pérez, comandante del Estado Mayor General de la Armada. Neustald se percata de que Ramírez está muy nervioso y le recomienda ensayar el mensaje, ya escrito, e incluso filmarlo, antes de realizar la lectura definitiva cuando llegase el equipo de microonda previsto. Ramírez Pérez está de acuerdo, sin poder controlar un extraño temblor en sus piernas. «Qué difícil es ser actor», parece pensar mientras ve con sus ojos parpadeantes las dos cámaras de televisión que empezaban a probar cómo enfocar a los generales en forma de racimo y a él en el centro, vestido con su impecable uniforme blanco de gala que pronto mancharía de sangre.

Es la 1:15 de la tarde. El vicealmirante ensaya, pone su rostro adusto y sin mover un músculo de la cara con sus lentes tiesos encima de la nariz describe los hechos ¡con dos horas de anticipación!: más de seis muertos y varios heridos motivados por francotiradores, todo ello atribuido al presidente Chávez. La segunda grabación, con el mismo texto, se realiza a las 2:30 p.m. al llegar la microonda. Se orienta esperar el momento preciso para sacarla al aire, después que ocurrieran las macabras acciones planificadas.

El mensaje es la primera proclama golpista de los militares complotados:

Hemos decidido dirigirnos al pueblo venezolano para desconocer el actual régimen de gobierno y la autoridad de Hugo Chávez Frías y del Alto Mando Militar. El Presidente de la República ha traicionado la confianza de su pueblo, están masacrando a personas inocentes con francotiradores, para este momento van seis muertos y decenas de heridos en Caracas. Están pretendiendo utilizar unidades de nuestro glorioso ejército para reprimir una marcha cívica que se está llevando a cabo, cuando él juró y lo ha repetido en innumerables oportunidades que jamás utilizaría la Fuerza Armada en contra de su pueblo. Esto no lo podemos permitir, no podemos aceptar un tirano en privado, este país está bañado en sangre.

Este burdo argumento, concebido por lectores trasnochados de *Técnicas de un golpe de Estado*, de Curzio Malaparte, sirvió de base para desencadenar la poderosa campaña de los medios de prensa privados y la acción directa de los militares golpistas sobre los demás oficiales y subalternos de las Fuerzas Armadas, a fin de consumir el artero golpe, cuyos artífices hasta ese momento no habían dejado nada al azar.

Todas las televisoras privadas siguen con sus cámaras y reporteros el recorrido de la marcha, abren los micrófonos para que se escuchen las consignas y destacan las principales en cintillos debajo de las pantallas: «¡Ni un paso atrás!». A las 2:25 p.m. una joven periodista de Globovisión, Karla Angola, con voz suave y talante angelical comenta desde los estudios del canal: «La mar-

cha protagonizada por la sociedad civil se ha caracterizado por la tranquilidad, por no registrar ni un solo hecho irregular».

Y en esos momentos, exactamente antes de que la marcha se aproximara a la zona y hora de la masacre previstas por los golpistas, Carlos Ortega abandona su puesto y parte hacia la CTV; de igual modo Carmona se había ido antes a la sede de Venevisión, a realizar la otra parte suya del libreto.

En la lujosa residencia de Gustavo Cisneros, dueño de Venevisión, ubicada en el exclusivo Country Club, a dos o tres kilómetros del impetuoso recorrido de los opositores, a partir de las 11:00 a.m. ocurre algo a primera vista insólito. El acaudalado empresario comienza a recibir a sus invitados al almuerzo en honor del embajador de los Estados Unidos Charles Shapiro, con el fin de darle la bienvenida por su llegada a Venezuela para asumir el cargo, que había ocurrido en febrero, ¡dos meses antes! Además, en la situación que vivía el país era una obvia imprudencia realizar una actividad diplomática de cualquier género. Ello solo se explica por la complicidad del embajador, el anfitrión y los convocados, para tener la cubierta que les permitiera conversar en intimidad. Al almuerzo asisten dirigentes políticos, otros dueños de canales de televisión privados, representantes de la comunidad judía y líderes religiosos. Entre ellos, destacan el alcalde mayor de Caracas, Alfredo Peña; el exministro del Interior, Luis Miquilena; el presidente de la Conferencia Episcopal, Baltazar Porras y tres diplomáticos que acompañan a Shapiro para dividirse el trabajo conspirativo.

En la sala principal de la residencia, una enorme pantalla de televisión les permite seguir los pormenores de la dinámica situación y en particular los de la marcha opositora, mientras intercambian opiniones en pequeños cenáculos y sorben *whisky* de 18 años, champaña y copas de vino tinto y blanco de la bodega espe-

cial de Cisneros. Cuando Carlos Ortega anunció en Chuao el desvío de la marcha hacia Miraflores no hubo reacciones de sorpresa, sí aplausos y exclamaciones de satisfacción e incluso consignas en los labios sonrientes de algunos: «¡Se va, se va, se va, se va...!».

Todos sabían que habría enfrentamientos inevitables al arribar la marcha a la zona chavista de Miraflores, pocos conocían los detalles del diabólico plan, y la mayoría lo consideraba necesario para facilitarles a los militares golpistas su desempeño.

Alrededor de las 12:30 p.m. los comensales ocupan sus puestos y hacen un brindis en honor a Shapiro, que se veía satisfecho de las palabras lisonjeras de Cisneros, quien invitó a los demás a que hablaran; casi todos lo hacen y cada uno a su manera se refiere a la situación del país, culpan a Chávez y enfatizan la necesidad de una salida urgente a la crisis. Minutos después de la 1:00 p.m. les llega la información de que el Presidente había ordenado activar el Plan Ávila. La misma fuente militar que les soplara el dato desde Fuerte Tiuna les explica que el primer paso suponía que los ciudadanos no podían moverse de un lugar a otro, ni salir o entrar a Caracas. Entonces Cisneros sugiere que cada quien regresara a su domicilio. Sin embargo, el astuto empresario y Miquilena se dirigen a la sede de Venevisión, donde también estarían Carmona Estanga y otros dirigentes del golpe, para desde allí monitorear los acontecimientos y tomar decisiones.

La marcha se divide al final de la avenida Bolívar. La estrategia de los jefes golpistas consistía en formar una especie de tenaza sobre Miraflores, una parte buscaría aproximarse por la avenida Urdaneta desde la avenida Baralt y otro grupo por la calle del Palacio Legislativo; la otra iría por la Plaza O'Leary hacia El Calvario y desde allí accedería por la parte trasera de Palacio. En realidad, antes de dividirse, numerosos marchistas habían decidido regre-

sar a sus hogares, fuera por el cansancio o debido al temor que empezara a generalizarse ante la creciente atmósfera belicista. En especial ello ocurre cuando se genera el pavor, después de las 3:20 p.m., al caer las primeras víctimas; muchos de los marchistas creían que su papel consistía en participar en la movilización de manera pacífica y que la porción sucia del golpe le correspondía a los uniformados. En verdad, el plan violento solo lo conocían algunos jefes civiles y los militares golpistas.

ABRIL 11, CHOQUES

Edgar Márquez tiene 48 años y es de compleción fuerte y buen nivel educacional: economista, con maestrías y especialidades. Fue fundador del movimiento V República en 1997 y dirigente sindical en el Instituto del Seguro Social, su centro laboral en Caracas; se convirtió en uno de los forjadores de la Fuerza Bolivariana de Trabajadores y siempre se mantuvo activo en las luchas de calle. Por eso, él y varios de sus compañeros del movimiento popular de Caracas lo sabían. Desde el paro del 10 de diciembre de 2001 veían a la oposición en un ánimo belicoso y después del pronunciamiento del coronel Pedro Soto contra el gobierno, el 7 de febrero, decidieron armar una estrategia de defensa del Palacio de Miraflores. En los primeros días de abril crearon un equipo de dirección de ocho personas, escogidos por su solvencia y compromiso, al que se subordinarían los diferentes grupos involucrados en el plan.

El objetivo consistía en organizar un corredor defensivo a lo largo de la avenida Urdaneta, entre el edificio de Carmelitas —sede del Ministerio de Interiores y Justicia, a 100 metros del Palacio de Miraflores— y la parte este del recinto presidencial. Les llegaban rumores de que los sífrinos del este de Caracas vendrían en sus potentes motos a asaltar el Palacio y que los escuálidos organizarían una movilización hacia el centro de la ciudad con algún pretexto y lo tomarían por sorpresa. Edgar Márquez y decenas de compatriotas suyos, cujeados en las luchas populares, deciden asumir el compromiso de precaver a cualquier precio que ocurriera esa situación.

Para ellos era un punto de honor impedir que las movilizaciones de la derecha penetraran en el centro de la ciudad, al que

consideran territorio chavista, y menos en las inmediaciones de Miraflores. Estaban seguros de que si los escuálidos lo intentaban, irían allí decenas de miles de revolucionarios de todos los barrios, para preservar la vida del Presidente y la integridad de Palacio. Sin embargo, los integrantes de la red tenían una situación ventajosa para movilizarse con urgencia, en caso de acciones imprevistas. Ellos podían hacer una especie de colchón humano con miles de chavistas que trabajaban en los alrededores de Palacio, la mayoría empleados en instituciones del Estado. Y durante los días 9 y 10 de abril así actuaron. «Debemos estar mosca», se decían, pues tenían la certeza de que podía ocurrir cualquier cosa en cualquier momento.

En la noche del 10 de abril se reunieron y apreciaron una situación muy compleja y peligrosa. Disponían de varios informes provenientes de los diferentes colectivos que habían organizado, incluso uno que llamaban «red de altura», encargado del monitoreo de la ciudad desde la parte elevada de varios edificios de ubicación estratégica. Conocían más o menos los comercios que acataron el paro y el número de personas que no fueron a trabajar en los lugares donde funcionaban las redes. A la una de la madrugada del 11 de abril, todos los partícipes en la reunión, luego de analizar los escenarios posibles, llegan a la conclusión de que la jugada de la oposición sería ese mismo día. ¿Cuál? ¿Cómo? No importaba. La misión de ellos era proteger Miraflores. Y a esa misma hora deciden comunicarse con todas las organizaciones que conocían del movimiento popular, a fin de erigir una barrera humana alrededor de Palacio desde las 6 de la mañana. A las 10 ya se habían concentrado más de 20 mil personas.

Cuando en horas del mediodía reciben la confirmación de que la marcha ciertamente se disponía a salir para Miraflores, adoptan la iniciativa de marcarse el rostro con dos rayas rojas, para identificarse y distinguirse de los opositores en caso de enfrentamientos.

Lo que no podían prever en ese momento era que tales marcas los harían más visibles para los francotiradores, cuya existencia desconocían.

Edgar y otros de sus compañeros del equipo de dirección deciden ir al liceo Fermín Toro y a El Calvario, muy cerca entre sí y ambos sitios contiguos a la parte de atrás de Miraflores. Fue ese el lugar hacia donde se dirigió una de las dos porciones de la marcha, que a estas alturas, pasadas las 3 de la tarde, solo la integran algo más de cinco mil individuos, casi todos miembros de los grupos de choque de Bandera Roja, algunos oficiales golpistas encabezados por Molina Tamayo y Guaicaipuro Lameda y policías vestidos de civil, respaldados por la poderosa Policía Metropolitana, con más de diez mil efectivos, que actúa bajo la orientación del alcalde mayor, Alfredo Peña. Al frente de los opositores en esa zona cerca de Miraflores están los oficiales sediciosos Molina Tamayo y Guaicaipuro Lameda, en zafarrancho de combate. Es allí, a saber, donde ocurren las primeras escenas de violencia.

Los marchistas en ese punto se dividen en dos grupos, uno avanza hacia la puerta trasera de Palacio y el otro actúa enfrente del liceo Fermín Toro, con ánimos de atacar a los chavistas. Edgar y sus compañeros conocían bien las tácticas y actitudes de esas pandillas de Bandera Roja. «Nosotros sabemos a qué vienen ustedes y ustedes saben lo que nosotros vamos a hacer», piensa Edgar; surge la dinámica conocida: gritos, consignas, insultos recíprocos, cara a cara. De pronto, los buhoneros que se encontraban en los portales y en las aceras se enardecen porque los marchistas les tumban sus mercancías, incluso roban algunas y los maltratan de palabra, ante la evidencia de que muchos simpatizan con Chávez.

Y vino el enfrentamiento. «Se formó la coñaza», dice Edgar a uno de sus compañeros y ambos se enrolan en el caos. Con el

inesperado refuerzo de cientos de buhoneros, los bolivarianos logran hacer retroceder a los escuálidos. Es entonces que interviene la Policía Metropolitana, acompañada de su temible Ballena, el conocido camión cisterna que lanza poderosos chorros de agua y donde también viajan o se protegen policías que suelen disparar plomos. La policía hace un cordón entre ambos bandos y comienza a arrojar bombas de gases lacrimógenos contra los chavistas, mientras los de Bandera Roja se dedican a demoler el muro del liceo para usar los escombros en la contienda. La Guardia Nacional encima del Puente República inunda de gases lacrimógenos a los marchistas, para impedir que avancen por ese puente que queda detrás de Palacio. Los sediciosos Lamedo y Tamayo, que se encuentran al frente de ese grupo, actúan como si estuvieran en una batalla campal. Tamayo ordena con voz militar a los demás marchistas: «¡Hay que superar las bombas lacrimógenas y seguir a Miraflores!»». Sin embargo, pocos lo intentan y finalmente se repliegan, incluido él mismo y su par Lamedo.

El enfrentamiento había comenzado alrededor de las 3:00 p.m. y terminó antes de las 4:00 p.m. A pesar de las escaramuzas, en esta zona de El Calvario no hubo heridos ni víctimas fatales: los oficiales golpistas sabían muy bien dónde estaban a esa hora los francotiradores. Y también conocían que su misión consistía en distraer la atención de la Guardia Nacional, a fin de que la Policía Metropolitana, los francotiradores y los marchistas que irían hacia la Urdaneta por la Baralt, ejecutaran la otra parte del plan respecto al acoso de Miraflores y los asesinatos que permitirían culpar al Presidente. Por eso, ellos se retiran satisfechos.

Después, Tamayo y Lamedo aparecen juntos a las 5:15 p.m., aseados y vestidos de traje y corbata, ofreciendo una animada entrevista en Venevisión. Allí ya se encontraban junto a Gustavo Cisneros —dueño del canal—, Carmona, Miquilena y otros

complotados en el golpe, quienes no participaron en la marcha o caminaron un pequeño trayecto. Así proceden todos los demás dirigentes de la oposición que no reciben ni un arañazo en la jornada. Ni siquiera el gobernador del estado de Miranda, Enrique Mendoza, que se había paseado encima de un camión por la zona de El Calvario, exhortando con un altavoz a los marchistas, y dijo después haber ido a un centro médico porque los gases le habían afectado. El colmo de la desfachatez es que él mismo se colocó una curita de esparadrapo en el pómulo izquierdo, para aparentar al menos un rasguño...

Entretanto, en la Plaza O'Leary permanece un grupo de algunos cientos de marchistas sin decidirse a seguir el avance. Están en el sitio hasta que a media tarde las balaceras y el ulular de las sirenas les hacen comprender que es hora de retirarse. Son casi todas personas bien vestidas, rubias de concurso, jóvenes de imagen prepotente en bermudas y *jeans* de marcas, hombres más maduros con rostros expectantes y señoras exaltadas, con el maquillaje sudado. De todos modos, aunque se trata de una exigua parte de la enorme marcha que había salido de Chuao, ellos y los otros miles de habitantes del este de Caracas que se atrevieron a pisar las zonas del centro con predominio chavista, demuestran osadía. Muy cerca de allí, en la puerta del metro de Caño Amarillo, transporte que habían declarado ese día de uso gratuito, salían enjambres de cientos y cientos de mujeres y hombres con franelas y boinas rojas rumbo a Palacio, para defender a su Presidente...

—¡El que quiera hacerle algo, tendrá que vérselas con nosotros! —vocea a sus compañeros una morena de andar resuelto que enarbola orgullosa un letrero de identidad: «Los Guerreros de La Vega».

Por su parte, Edgar y los demás bolivarianos no pueden seguir el rumbo hacia Miraflores, porque se lo impide una barrera de la Guardia Nacional apostada en la esquina de Bolero, a escasos 100 metros por el este de la entrada principal de Palacio. Deciden irse para la esquina de Muñoz, en la avenida Baralt, y luego bajan hacia la estación del metro de Capitolio, cerca del Palacio Legislativo, y aprecian que allí hay algunos pequeños grupos de la marcha sin saber qué hacer, luego de haber sido repelidos por la Guardia Nacional en la calle Conde, y otros con intenciones de avanzar hacia la Baralt en dirección a Urdaneta rumbo a Miraflores, protegidos por policías.

Edgar y su grupo resuelven moverse por la Baralt hacia arriba, para llegar a Puente Llaguno. Al hacerlo, ven a varios motorizados de la Policía Metropolitana disparándoles a chavistas que se dispersan; los guardias nacionales tenían un punto de contención en la esquina de Piñango, pero recibieron la orden de algún jefe golpista de hacerse a un lado y dejar avanzar a la Metropolitana hacia el puente. Pronto, aparecen la Ballena y el Rinoceronte, otro camión blindado de la Policía Metropolitana donde se protegen y disparan sus armas largas y cortas los represores. La balacera crece. De repente, policías en motos le abren fuego al grupo de Edgar en el medio de la avenida y algunos logran protegerse. Edgar ve un kiosco a pocos metros y piensa: «Allí me escondo y no pueden verme», pero no tiene tiempo de guarecerse y siente un golpe en el brazo izquierdo: el mundo empieza a discurrirle en cámara lenta.

En el instante que advierte el impacto está agachado y cuando se levanta ve su brazo extendido hacia abajo, en la última posición en que lo tenía un minuto antes, pero estirado como si fuera de goma y estuviera pegado al pavimento; además, el radio que usaba para comunicarse permanece destrozado en su mano izquierda. Intenta entonces soltar el radio y la mano no le responde; su cerebro ordena de inmediato a la mano derecha abrir

los dedos de su par, pues la izquierda estaba muerta y seguía sosteniendo el equipo. Coloca el brazo herido dentro de una manga de la chaqueta, y tiene la sensación de que está metiendo en una bolsa algo que compró en el mercado. Le parece que el húmero suena dentro de la carne del brazo igual que cuando se organizan unas bolas de jugar *pool* con una piña. En ese trance, le corre sangre en la espalda. Cuando va a tocarse, un compañero le dice: «Edgar, tienes una perforación atrás, tenemos que llevarte urgente a un hospital». Él queda pasmado, pues sabe de primeros auxilios y deduce la peor variante: «Ya está, ahora sí me jodí, seguro que me perforaron una arteria, hasta aquí llegó el hijo de Elba...».

Echan a caminar de prisa debajo de las balas que silban y sueñan en todas partes. Él no puede más y sus compañeros lo cargan, le golpean en la cara a fin de que no se desvanezca, angustiados porque Edgar volteaba los ojos y creían que iba a morir, hasta que sufre un desmayo y solo vuelve a estar consciente cuando lo atienden en el punto sanitario instalado en el Palacio Blanco, frente a Miraflores. Unas horas más tarde, Edgar supo en el hospital que una de las balas llamadas *dum-dum*, que estallan dentro del cuerpo y expulsan allí todas las placas del plomo, le había pulverizado el húmero —ese hueso grande que conecta el brazo con el hombro. Una de las esquirlas del proyectil salió por la espalda, y otra, del tamaño de una uña, le perforó el tejido que recubre el pulmón izquierdo y se le quedó pegada en un músculo muy cerca del corazón.

Edgar creía haber sido el primer herido en arribar al Palacio Blanco. Al despertar se vio tendido sobre una colchoneta militar de lona, la única que había en ese momento, y también apreció que el personal de salud se reducía a un médico y una enfermera de cara bonita y muy asustada. De súbito aquello se arremolinó, al comenzar a llegar otros heridos y muertos, víctimas de los francotiradores que empezaron su cacería a las 3:20 p.m.

disparando desde los hoteles Edén, en la Baralt, cerca de Puente Llaguno, y el Ausonia, en Urdaneta, próximo a Miraflores: el policía de la DISIP, escolta del vicepresidente Diosdado Cabello, a quien le dieron un tiro en la cabeza y se le daba por muerto; una mujer embarazada, con un disparo en el estómago, y un hombre con un proyectil en el abdomen, que sí falleció desangrado en pocos minutos, sin poder siquiera quejarse.

ABRIL 11, MASACRE

A esa hora de la tarde, miles de mujeres y hombres del pueblo bolivariano que se habían movilizado procedentes de los barrios de Caracas, La Guaira y Miranda, cubren el espacio de 400 metros al frente y a ambos laterales del Palacio de Miraflores. Abarcan desde la esquina Bolero hasta Puente Llaguno, armados de sus convicciones y también de palos, tubos, piedras, cohetones y algunos pocos con revólveres y pistolas. El puente atrajo a varios cientos de chavistas, que observan desde aquella estratégica posición el posible avance por la Baralt de algunos cientos de marchistas opositores —en verdad casi todos policías vestidos de civil—, que mantenían su empeño de llegar a Miraflores por esa ruta. Debajo del puente y desbordados varios metros hacia el sur de la Baralt, más de mil bolivarianos con piedras, tubos y palos expresan a los contrincantes que no les permitirían el paso.

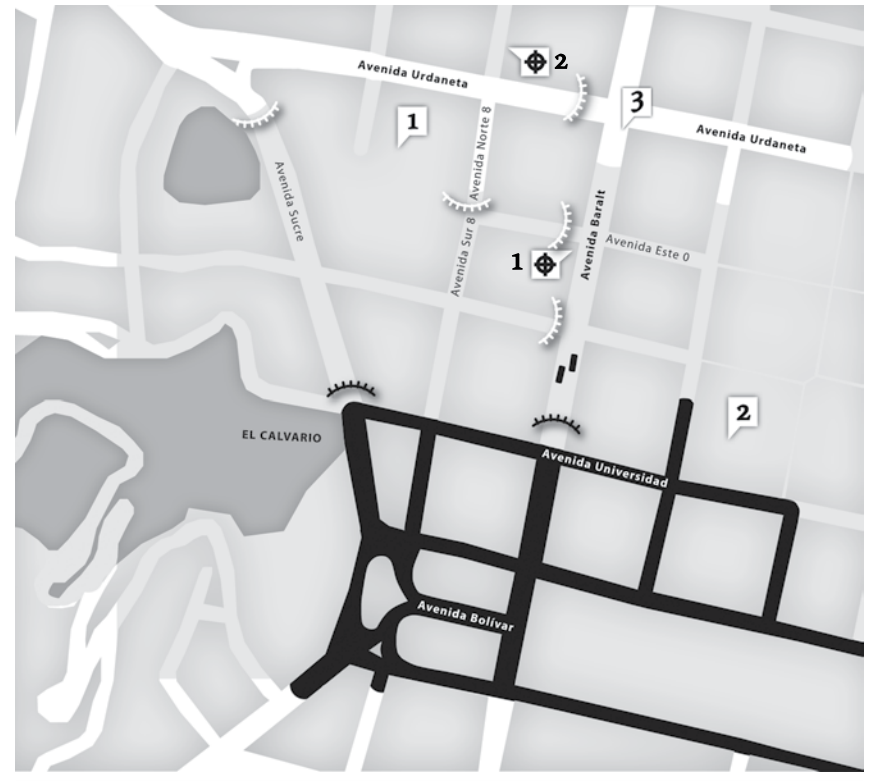
Justo a las 3:20 p.m. es mortalmente herida en la cabeza la primera víctima en la esquina de Muñoz en la Baralt. En pocos minutos son alcanzadas por las balas de los policías metropolitanos y los francotiradores otras personas, tanto chavistas como opositores, que se encuentran en esa avenida, separados apenas por 200 metros de distancia. Los heridos y muertos en ambos bandos exacerban más los ánimos de todos. Los rostros de los integrantes de la marcha que llegaron a ese lugar indican a las claras que la mayoría son jóvenes del sexo masculino, con experiencia en acciones callejeras. Los bolivarianos arremeten con piedras y palos. Dos unidades blindadas de la Policía Metropolitana deciden avanzar, mientras disparan con armas largas hacia los grupos de personas que están arriba y abajo de Puente Llaguno y en la Baralt, entre las esquinas de Pedrero, Muñoz y Piñango. Como si

fuesen tanques de guerra en una operación ofensiva, la Ballena y el Rinoceronte se desplazan impetuosos hacia el puente y detrás de ellos se aglomeran decenas de policías y algunos civiles, escudándose en su blindaje.

El fuego graneado procedente de los policías de ambos vehículos y los proyectiles de los francotiradores ocasionan numerosos muertos y heridos en breve tiempo. Solo entre las 3:10 y las 3:40 de la tarde hay más de veinte víctimas: un pandemio fascista. Sobre Puente Llaguno comienza la resistencia a la salvaje arremetida de la Policía Metropolitana y los francotiradores que están en el hotel Edén; mientras encima y debajo de Llaguno caen heridos y muertos por doquier, algunos de los luchadores bolivarianos resuelven utilizar sus armas cortas y comienzan a dispararles desde el puente a los blindados que deben detener su marcha y continúan su agresión a 300 metros de distancia. Por su parte, los marchistas que iban resguardados detrás de los blindados optan por retroceder y dispersarse ante la evidencia de que podían ser alcanzados por los certeros disparos de francotiradores ocultos, que ellos creen que son chavistas.

Precisamente a las 3:50 p.m. el fotógrafo del *Diario 2001*, Jorge Tortosa —quien acababa de hacerle una instantánea a los policías de la Ballena disparando—, recibe un balazo mortal procedente de alguien que lo observaba en ese instante. De inmediato un individuo a paso ligero, seguido de cerca por su compinche, agarra la cámara que está en el piso cerca del cadáver y ambos desaparecen del lugar. Segundos después de desplomarse Tortosa, recibe un plomazo en la cabeza la marchista Malvina Pesate y en pocos minutos son abatidos otros dos del mismo modo. El último opositor asesinado es el joven Jesús Espinosa Capote, que cae a las 3:55 p.m.

«¿Cuál es nuestra inocencia? ¿Cuál es nuestra culpa? Todos estamos desnudos, nadie está a salvo», dice con voz trémula un



- | | | | |
|---|-------------------------------------|---|-------------------------------|
|  | Fuerzas Chavistas |  | Asamblea Nacional |
|  | Fuerzas Opositoras |  | Puente Llaguno |
|  | Fuerzas de la Guardia Nacional |  | Francotiradores Hotel Edén |
|  | Fuerzas de la Policía Metropolitana |  | Francotiradores Hotel Ausonia |
|  | Palacio de Miraflores |  | Ballena y Rinoceronte |

marchista a su pareja cuando llegan a su casa en Prados del Este y rememoran lo que vivieran esa tarde. Y ella, que otras veces le había escuchado a su esposo esa frase de la poetisa Marianne Moore, se ciñe a él y murmura con sus ojos repletos de ira: «Nuestra culpa es haber sido tan inocentes de creer que esta marcha no iba a terminar así...».

Sobre Llaguno la gente se guarece tras las edificaciones que existen a ambos lados del puente o se lanzan al pavimento para esquivar las balas. Los pocos que tienen armas, después de las 4:30 p.m. asoman uno a uno su cuerpo, desde la pared de la librería El Faro, apuntan hacia los blindados, disparan todo el cargador y van rotándose en una resistencia heroica y llena de simbolismo, que no podía infligir daños a los policías que además de protegidos por el acero, estaban a una distancia fuera del alcance de las armas cortas empleadas.

La batalla es muy desigual; los disparos de la Policía Metropolitana, junto con los francotiradores que siguen en los hoteles Edén y Ausonia, y al menos en dos edificios de la Baralt y en algunas posiciones clave de esta avenida, hacen estragos en las filas bolivarianas provocándoles decenas de heridos y otros muertos, sobre todo por disparos en la cabeza. Sin embargo, los combatientes de Puente Llaguno y todos los enardecidos hombres y mujeres que allí resisten, logran impedir el paso de los golpistas hacia Miraflores. Y hacen valer así, a un elevado costo en sangre, su preciado juramento: ¡No pasarán!

«Tienen las gentes humildes sacrificios heroicos, a las veces más altos que los que por circunstancias de azar logran premio y renombre». Lo dice José Martí —quien en su tiempo caraqueño anduvo a pie por aquellos sitios—, como si hubiese estado ese aciago día en Puente Llaguno.

ABRIL 11, MIRAFLORES

El presidente Chávez sigue desde su despacho la evolución de los sucesos, convencido de que los dirigentes de la oposición arrastran a cientos de miles de personas a un choque con el pueblo bolivariano. El martes 9 de abril él tenía datos exactos de que los golpistas querían provocar muertes de civiles, y que en las filas opositoras estaban infiltradas personas armadas con ese propósito. Por eso había orientado a los Círculos Bolivarianos y a todos los grupos que apoyan la Revolución, que no salieran a manifestar en lugares del este donde pudiese haber reyertas y que solo estuvieran frente a Miraflores. Está convencido de que los artífices de la nutrida marcha que avanza hacia Palacio usaron la coartada de apoyar a los gerentes de PDVSA y en realidad su objetivo es derribar el gobierno. Chávez sabía que muchas personas de las capas medias habían sido engañadas y creían de verdad que los altos oficiales que se pronunciaron desde semanas antes con posturas sediciosas representaban a todas las Fuerzas Armadas. Esto —pensaba Chávez— movió a buena parte de la clase media, que confiaba en la estocada militar última, sin imaginar los riesgos físicos que corrían.

Desde Fuerte Tiuna, mientras la marcha avanza hacia Miraflores, el líder bolivariano empieza a recibir informaciones sobre posturas sediciosas de ciertos oficiales y, en particular, que el comandante del Ejército, Efraín Vázquez Velazco, desconocía la autoridad del general en jefe Lucas Rincón. Al comenzar la tarde, Chávez decide activar el Plan Ávila, que tiene un carácter defensivo con varias fases. Su idea era mover con urgencia una mayor cantidad de guardias nacionales y miembros de la Policía Militar, para proteger tanto a los marchistas como a los bolivarianos que

estaban frente a Palacio, colocando sendos cordones militares que impidieran la pugna directa de los dos contingentes. En ese momento solo había menos de mil efectivos de la Guardia Nacional, por demás dispersos en varios puntos en los alrededores de Miraflores. Chávez orienta que le localicen al general Manuel Rosendo, jefe del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional (CUFAN), a quien le corresponde desplegar el operativo. Rosendo no responde y varios miembros del Alto Mando manifiestan sus dudas sobre esa decisión. Pasa el tiempo sin que ello suceda.

Chávez habla entonces a través del radio con el general García Carneiro, jefe de la Tercera División a cargo de Caracas, con sede en Tiuna, quien por su propia decisión había concentrado a todas las unidades bajo su mando en el patio del Batallón Bolívar y tenía 35 tanques listos con sus municiones. Carneiro le informa que allí había una situación extraña, que un grupo de generales quiere detenerlo y algunos militares habían desviado el tránsito de la autopista hacia vías del interior del fuerte para crear congestiones e impedir la movilización de tropas y vehículos militares. Simultáneamente, el alcalde de Chacao, Leopoldo López —dirigente del partido Primero Justicia—, al frente de la policía de su municipio le quita las llaves a decenas de autos que venían por la autopista del centro, para impedir que llegaran a Caracas vehículos con civiles y militares a favor del gobierno, desde Maracay y otras regiones de la estratégica zona central y occidental.

Casi al unísono, le dicen a Chávez que un grupo de generales de la Guardia Nacional ha desconocido la autoridad de su comandante, le informan que en la Base Aérea Francisco de Miranda, al este de Caracas, hay varios generales insubordinados que tomaron el mando y en Fuerte Tiuna Vázquez Velazco está reunido en la Comandancia del Ejército con un grupo de generales golpistas. «Vamos a hacer una cadena, quiero hablarle al país», dice Chávez con notoria inquietud a la siempre dispuesta

viceministra de Comunicaciones Teresa Maniglia. Y mientras se preparan condiciones en el Salón Ayacucho, el líder bolivariano cavila unos minutos sobre su mensaje. «Este será mi último esfuerzo para tratar de evitar una tragedia», medita y comienza a caminar con paso enérgico hacia el salón.

«Faltan quince minutos para las cuatro de la tarde», dice el líder bolivariano de manera serena mirando su reloj y así inicia la alocución, para que nadie dude que lo está haciendo en vivo. El alegato dura 1 hora y 41 minutos, hasta las 4:26 p.m. Casi a los trece minutos, un fuerte ruido afecta la nitidez del sonido y los técnicos de Venezolana de Televisión utilizan un celular para continuar la transmisión de la voz, ante el boicot cuyo origen se desconoce. A las 3:39 p.m. le hacen señas a Chávez para indicarle que los canales de televisión han dividido la pantalla en dos: del lado izquierdo la imagen del Presidente y en la derecha escenas de la marcha que avanza hacia Miraflores. Y comienzan a transmitir el inicio de la masacre frente a Miraflores, y debajo cintillos como este: «2 personas muertas y 23 heridas arrojan hasta ahora los enfrentamientos que se desarrollan en los alrededores del Palacio de Miraflores...».

Chávez desconoce los hechos de violencia que están ocurriendo en esos momentos, y los canales privados los divulgan en vivo con el obvio fin de contradecir su persuasivo alegato, que busca dar confianza y tranquilidad al pueblo. De inmediato, el Presidente orienta interrumpir las señales de los canales privados. Los dueños de los canales están preparados y en breve vuelven a sacar su señal abierta, pues la del sistema vía cable y satélite se había mantenido activa. Momentos después, le pasan un papel que contiene la lista de los muertos, con ese título; sin embargo no le elucidan bien, él no capta el mensaje ni nadie le insiste en la gravedad de lo que está ocurriendo y sigue hablando sin conocer

la masacre en desarrollo, ni tampoco que los canales privados la están transmitiendo en directo, al lado de su imagen.

La extensa intervención de Chávez es un persuasivo llamado a la paz y la convivencia, demuestra que la mayor parte del país no había sido detenida por el paro, explica las intenciones insurreccionales de sus organizadores, el nefasto papel manipulador de los medios privados, indica que estos actúan fuera de la ley e insiste sobre los altos riesgos que correría la vida de los civiles de la marcha y los que están frente a Miraflores, en caso de que aquella llegue a Palacio. Dos ideas son clave en su intervención. La primera: «Yo llamo al pueblo venezolano, a todos los sectores, a la calma, a la ponderación, a la reflexión; a todos, los que me apoyan, los que me adversan y aquellos que son indiferentes». Y la segunda: «Nosotros condenamos la violencia, yo condeno la violencia, y he dado instrucciones precisas a la gente que me sigue de que no haga uso de la violencia, que no caiga en provocaciones».

ABRIL 11, GOLPE

Al terminar la alocución, a las 5:15 p.m., le dicen al Presidente que hay varios fallecidos y muchos heridos cerca de Palacio, víctimas de francotiradores y de la arremetida de la Policía Metropolitana. Enseguida comenta a sus colaboradores: «Ya tienen los muertos que andaban buscando...». Y empieza a dar órdenes por radio a diferentes jefes militares y a la Guardia de Honor de Palacio: «Ustedes son soldados, no deben disparar a los civiles, tírense al suelo, protéjanse el pecho con chalecos antibalas». Le insiste al comandante de la Guardia Nacional, general Belisario Landis, y al jefe de la Casa Militar que tomen esas previsiones y detecten a los francotiradores cuanto antes. También se actualiza sobre la situación en Fuerte Tiuna, que seguía complicándose. Aunque casi todo el Alto Mando se mantiene leal, la mayor parte de los generales y un grupo de otros oficiales o forman parte del plan o están confundidos por las reiteradas imágenes de la masacre que transmitían los canales privados, de la que responsabilizan al Presidente, diciendo que él había orientado a los Círculos Bolivarianos y a los miembros del movimiento V República que cometieran los crímenes.

Carmona permanecía en los estudios de Venevisión, junto a Gustavo Cisneros, el traidor Luis Miquilena y otros empresarios y políticos. Avanzada la tarde recibe una llamada y dice que se va a descansar al hotel Season, porque está muy fatigado. En realidad va para Fuerte Tiuna donde lo esperan los militares golpistas, Isaac Pérez Reao —su jefe empresarial—, Daniel Romero —ex secretario privado de Carlos Andrés Pérez— y otros compinches que forman el núcleo principal que dirige la conspiración.

La jugada mediática más aberrada y en ese momento la de mayor impacto, precisamente la hace Venevisión a las 7:25 de la

noche, al proyectar un video que tergiversa imágenes grabadas por un periodista y un camarógrafo del canal alrededor de las 5:00 de la tarde, apostados en la azotea de un edificio en Urdaneta, que con premeditación la gerencia del canal había alquilado el día antes. En esas imágenes aparecen cinco bolivarianos disparando desde Puente Llaguno hacia el sur de la avenida Baralt y por medio de un trucaje y el relato del locutor se les presenta haciendo fuego contra la supuesta marcha pacífica de la oposición y les adjudican los muertos y heridos de esa tarde, como si hubieran sido víctimas de sus proyectiles. Ellos en realidad actuaban contra los francotiradores y los blindados de la Policía Metropolitana, que masacraban con sus armas largas al pueblo bolivariano; todas las víctimas del bando opositor estaban a no menos de trescientos metros de los que disparaban en Puente Llaguno, fuera del alcance de sus armas cortas.

El video fue la oportunidad que esperaba el general Vázquez Velazco para justificar su traición ante las cámaras de televisión, junto a varios generales del ejército, e iniciar la última fase del golpe: «Le fui leal hasta el final, le serví hasta esta tarde, pero los muertos de hoy no se pueden tolerar». A su lado izquierdo está el general Manuel Rosendo, que tiene el rostro congelado y la mirada perdida, como su alma.

Minutos después de terminar su alocución, Chávez supo que en Fuerte Tiuna les estaban mostrando las escenas de la masacre a decenas de oficiales y también desde allí llamaban a las guarniciones para que vieran la televisión y les repetían: «Vean, ese es el que nos decía que no debíamos dispararles a los civiles». El líder bolivariano comprende que los golpistas habían creado con las patéticas escenas transmitidas en vivo y la incontenible ofensiva embustera de la televisión el contexto ideal que tenían previsto para el asalto al poder. Los sediciosos lograron la iniciativa de forma vertiginosa. ¿Qué hacer? Chávez concluye que el próximo

paso de los golpistas sería atacar Palacio, y ordena que traigan los tanques del Batallón Ayala, con sede en Tiuna, para resguardar Miraflores junto al regimiento de la Guardia de Honor y los guardias nacionales que están dispersos en los alrededores y muy fatigados. Inmediatamente sube a su habitación en el primer piso, se pone un uniforme de combate y agarra su pistola y un fusil. A partir de ese momento, pasa a un primer plano el escenario militar.

Al anoecer llegan los tanques. El líder bolivariano habla con el comandante de la Infantería de Marina y este le dice: «Presidente, estoy con usted, tengo dos batallones de Infantería listos», y Chávez le ordena que le prepare uno. Sigue llamando a las guarniciones, pero comienzan a fallar las comunicaciones y solo logra dialogar con el general Baduel, en Maracay, que le expresa todo su apoyo, y el coronel Clíver Alcalá, comandante de un batallón de tanques en Maracaibo, que está decidido a avanzar sobre esa ciudad. Hace un balance de lo que ha podido conocer: a esa hora, al comenzar la noche, 12 comandantes han mostrado su disposición de defender el orden constitucional y el gobierno; a todos les dice lo mismo: «No acepten sino las órdenes mías».

En Fuerte Tiuna, la mayoría de los comandantes de tropas se mantienen leales; sin embargo, los golpistas han avanzado mucho a nivel de generales y de algunos coroneles y despliegan al máximo su jerarquía en medio de la confusión reinante, en particular por las insistentes repeticiones de las escenas trucadas de Venevisión sobre los hechos en Puente Llaguno: una especie de autopista despejada que Cisneros le tendió a los verdaderos asesinos, que avanzaban a toda velocidad en Fuerte Tiuna hacia la usurpación del poder. Desde allí el Presidente recibe una llamada del general Carneiro, quien le dice: «Me andan buscando para detenerme, yo perdí el control...». A los pocos minutos el general Wilfredo Silva le informa: «Me tienen rodeado y solo dispongo de dos tanques, ¿qué hago?». «Entrégate, no te vayas a sacrificar», le responde

Chávez y casi al unísono le dicen que los tanques que protegían Miraflores habían sido retirados por los golpistas.

El cuadro no podía estar más cerrado. Al avanzar la noche Chávez había perdido las comunicaciones con las guarniciones, los sediciosos tenían el control de Fuerte Tiuna, varios de los principales generales en las cuatro armas habían declarado públicamente su adhesión al golpe, y solo disponía para defender el Palacio entre trescientos y cuatrocientos hombres del regimiento de la Guardia de Honor, agotados por la descomunal jornada, y grupos de civiles bolivarianos en los alrededores. Chávez comprende que la situación es muy adversa y compleja, y decide no perder tiempo. «Debemos evaluar bien todo», piensa y ordena llamar al Alto Mando, que está en Tiuna, y a los ministros, el presidente de la Asamblea Nacional y el jefe de la Casa Militar, que se encuentran en Palacio. Del Alto Mando solo falta el general Vázquez Velazco, que era el golpista de más alto rango. Fue una reunión tensa.

Al terminarse la evaluación, comienza el dilema: «¿Qué piensan ustedes?», pregunta Chávez con mirada inquisitiva y presta atención a las reacciones de cada uno, sentado en una silla verde de brazos tapizados. José Vicente y otros ministros le dicen que hay que resistir; en especial Rangel insiste con firmeza en que en el interior del país hay mucha fuerza militar leal y que el pueblo bolivariano, que es mayoría, va a dar la pelea. Chávez los escucha a todos, mientras de vez en vez su mano izquierda golpea lentamente el borde del brazo de la butaca. Los generales presentes, con matices, son cautelosos; varios muestran talantes abrumados, confundidos por la situación, y algunos simulan su adhesión al plan golpista. La discusión se prolonga un rato y hasta se analiza la variante de trasladar el gobierno a Maracay, pero se declina al no existir posibilidad de que ese convoy llegara a la ciudad: debía recorrer 100 kilómetros por la autopista y lo podían interceptar, pues la única salida hacia allí estaba a pocos metros de Fuerte Tiuna.

Para completar el adverso escenario, a las 9:30 p.m. los facciosos interrumpen la señal del canal estatal Venezolana de Televisión y toman sus instalaciones y el director de la radio oficial cesa las transmisiones, complotado con ellos, quedándose el gobierno sin posibilidad de transmisión pública.

ABRIL 12, MADRUGADA

A las 12:38 a.m. un edecán le dice a Chávez algo ansioso: «Presidente, tiene una llamada del Comandante Fidel Castro». Chávez coge el teléfono de inmediato. Desde temprano en la tarde del 11 de abril Fidel había estado tratando de comunicarse con él y sin perder tiempo se interesa por conocer la situación en ese minuto. Chávez le responde:

—Aquí estamos en el Palacio atrincherados —comienza diciéndole—. Hemos perdido la fuerza militar que podía decidir. Nos quitaron la señal de televisión. Estoy sin fuerzas que mover y analizando la situación...

—¿Qué fuerzas tienes ahí? —le pregunta Fidel rápido.

—De doscientos a trescientos hombres muy agotados.

—¿Tanques, tienes?

—No, había tanques y los retiraron a sus cuarteles.

—¿Con qué otras fuerzas cuentas? —inquiere Fidel.

—Hay otras que están lejanas, pero no tengo comunicación con ellas —responde Chávez, en alusión al general Baduel y los paracaidistas, la división blindada de Maracaibo y las demás fuerzas leales.

Fidel hace una breve pausa y con mucha delicadeza le dice: —¿Me permites expresar una opinión? Y Chávez le responde de inmediato: —Sí.

—Pon las condiciones de un trato honorable y digno, y preserva las vidas de los hombres que tienes, que son los hombres más leales. No los sacrifiques, ni te sacrifiques tú —le dice Fidel con el acento más persuasivo posible.

—¡Están dispuestos a morir todos aquí! —responde Chávez con énfasis y emoción.

—Yo lo sé, pero creo que puedo pensar con más serenidad que lo que puedes tú en este momento —le añade Fidel sin perder un segundo, mientras Chávez lo escucha concentrado en cada palabra—. No renuncies, exige condiciones honorables y garantizadas para que no seas víctima de una felonía, porque pienso que debes preservarte. Además, tienes un deber con tus compañeros. ¡No te inmoles!

Cuando Fidel le dijo estas últimas palabras, tenía muy presente la profunda diferencia entre la situación de Allende el 11 de septiembre de 1973 y la de Chávez en ese instante. El presidente chileno no disponía de un solo soldado. Chávez contaba con una gran parte de los soldados y oficiales del ejército, especialmente los más jóvenes. Con esa idea crucial en su mente, Fidel le reitera al líder bolivariano:

—¡No dimitas! ¡No renuncies!

Después el diálogo se extiende a otros temas. Fidel le expresa a Chávez la forma en que debía salir provisionalmente del país, comunicarse con algún militar que tuviera realmente autoridad en las filas golpistas, plantearle su disposición a salir del país, pero no a renunciar. También le comenta su idea de tratar de movilizar al Cuerpo Diplomático en Cuba y en Venezuela, y enviar dos aviones desde La Habana en los que viajarían el canciller cubano y un grupo de diplomáticos, a recogerlos a él y a sus compañeros. Chávez lo piensa unos segundos y finalmente acepta la proposición de Fidel. El líder cubano tenía la convicción esa madrugada de que un dirigente carismático popular como Chávez, derrocado de esa forma traicionera en aquellas circunstancias, si no lo mataban, el pueblo y lo mejor de sus Fuerzas Armadas lo reclamarían con mucha más fuerza, y sería inevitable su retorno.

Minutos después de conversar con Chávez, el Comandante en Jefe me llama a la embajada. Comienza explicándome lo esencial de su diálogo con el Presidente y me dice que dejara todo lo que estaba haciendo y que me pusiera en función de lo que enseguida me orientaría. Yo debía llamar a los embajadores de un grupo de países que el Comandante me indicó, y pedirles que me acompañaran a Miraflores, para servir de garantes en el traslado del Presidente hacia el aeropuerto de Maiquetía, hasta que este tomara un avión cubano rumbo a La Habana.

Al terminar de hablar con Fidel, miré el reloj y me sorprendí al ver que estaba iniciándose la madrugada del nuevo día. Dos compañeros me auxiliaron en la faena de localizar por teléfono al grupo de embajadores. Todos con los que pude comunicarme me explicaron que debían consultar a sus gobiernos para responder nuestra solicitud. Los de Argelia y Brasil al rato contestaron positivamente. El embajador de España me dijo algo que revela a las claras quiénes para el gobierno de Aznar eran en ese momento los mandantes en Venezuela, con quienes además habían colaborado en los preparativos del golpe: «Te informo que mi gobierno está de acuerdo, pero me orientaron que hablara antes con el general Vázquez Velazco para saber si la Fuerza Armada acepta la propuesta...».

Evaluadas las aciagas circunstancias en la aludida reunión en Miraflores y luego de la conversación con Fidel, el Presidente opta por iniciar negociaciones. Pide al Alto Mando y en particular al general Manuel Rosendo y al general (r) Eliécer Hurtado Soucre que transmitieran sus posiciones a los golpistas en Fuerte Tiuna. Propone un posible acuerdo que estaba dispuesto a firmar en aras de evitar más derramamiento de sangre, partiendo de sus valores humanistas y de ética militar.

Chávez tiene muy presente dos principios básicos que aprendió en su tiempo de comandante de tropas: primero, cumplir la misión y, a la vez, poner en la balanza un segundo concepto muy importante, el bienestar y la vida de sus hombres. «Por querer cumplir la misión no se puede cerrar los ojos y provocar una mortandad innecesaria», la idea discurre una y otra vez en su mente. Eso hizo el 4 de febrero de 1992, y de repente tenía ante sí la misma disyuntiva: dadas las dramáticas circunstancias, un concepto y otro parecen opuestos. Aquella vez le dijo al pueblo la breve frase que le brotó segura, frente a las cámaras de televisión: «Por ahora». Y diez años después, en la madrugada del 12 de abril, acorralado por los traidores y todos los enemigos del pueblo concertados, siente la misma convicción: «¡Por ahora!».

Por eso no le resulta difícil elaborar su posición y le expresa a los emisarios que la transmitan en Fuerte Tiuna. Primero: respeto a la vida y la integridad de las personas. Segundo: acatar la Constitución y en particular los pasos que ella establece para proceder a la renuncia del Presidente, entre ellos hacerlo delante de la Asamblea Nacional. Tercero: informarle al pueblo a través de los medios de comunicación, a fin de explicarle su decisión. Cuarto: salir del país con un grupo de compañeros que están dispuestos a ir con él.

A la espera de una respuesta de los golpistas, Chávez llama a varios embajadores para explicarles la situación, entre ellos los de Francia, China, México y a mí. Cuando me avisan que el Presidente está al teléfono yo me encontraba en el trajín de contactar a los colegas para trasladarles la orientación que me había dado Fidel.

—Hola, hermano, cómo están ustedes, tu familia, los compañeros de la embajada, los colaboradores cubanos, todos... —sentí su voz adolorida y pensé: «Sin embargo, a pesar de sus vicisitudes no deja de preocuparse por nosotros».

—Al tanto de todo, Presidente; nuestro afecto y solidaridad de siempre, los cubanos y cubanas que vivimos en Venezuela sabemos lo que está ocurriendo —le dije y sin rodeos agregué—: Fidel me llamó y me comentó la conversación que tuvo contigo...

—Es así, la situación es muy difícil, ya envié a Fuerte Tiuna mis propuestas, seguro que no las van a aceptar, ellos se sienten vencedores, tenemos que negociar, hay que evitar que corra más sangre... —hizo una pausa, y sentí que en su garganta crecía la energía—. Aunque no voy a ceder en mis principios, yo estoy dispuesto incluso a ir preso y que ellos asuman esa responsabilidad.

—Hugo, estamos seguros de que saldrás de este momento tan difícil, como siempre hizo en su tiempo «el hombre de las dificultades» —le dije en alusión a Bolívar y agregué—: Ya empecé a conversar con los embajadores para acompañarte al aeropuerto. Como nos insistió Fidel, es fundamental preservar tu vida y las de tus acompañantes.

—¿Sabes? —murmuró, hizo silencio, y su verbo le salió apenado—. Yo no sé cómo darle la cara al pueblo cubano en estas condiciones...

—Nuestro pueblo te va a recibir orgulloso de que hayas decidido aceptar la propuesta de Fidel y de darte la solidaridad que mereces como hijo auténtico de Bolívar, y estamos seguros de que seguirás la lucha y vencerás pese a las dificultades.

—Gracias, Germán, nos mantendremos en contacto. La llamada de Fidel y sus razonamientos me han ayudado mucho, díselo, que ocurrió en el momento más oportuno y que yo estoy preparado para todas las variantes sin renunciar a mis principios. Un abrazo a todos, cuidense... ¡Hasta la victoria siempre!

—Así será, hermano, cuídate tú en primer lugar, y cuenta con nosotros, ¡un fuerte abrazo!

Fuera de Palacio, al avanzar la noche disminuye el número de personas; muchos de los que participaron en la heroica contienda regresan a sus casas, agotados, a recuperar fuerzas, a la espera de orientaciones. De los que quedan varios se agolpan en las tres puertas de entrada y con furia golpean las rejas y repiten a gritos una sola palabra: «¡Chávez, Chávez, Chávez!».

En el interior de Miraflores, los ministros, militares de la Casa Militar, los demás dirigentes bolivarianos que allí se encuentran y el personal auxiliar viven momentos muy tensos, todo el tiempo a la expectativa, sin poder influir en el devenir de los hechos que iban ocurriendo, como si estuvieran atrapados por los efectos de un terremoto. En el patio central la fuente ha cesado de echar agua. «El pez que escupe el agua» es callado testigo de lo que acontece en su derredor. Se hablaba poco; en las oficinas, algunos de los presentes contraían sus mandíbulas al mirar las televisoras, que competían con una sarta de mentiras y calumnias contra el Presidente. Otros observan el piso o un punto fijo de la pared, como tratando de encontrar una respuesta al cataclismo. Cerca de la puerta dorada que da acceso a la antesala del despacho del Presidente, en el pasillo contiguo, se sientan en el suelo, de cara a la fuente, Teresa Maniglia y el ministro de Educación Superior Héctor Navarro. Sus silencios se juntan al del pez, hasta que Teresita necesita desahogarse: «Héctor, ¿qué va a pasar ahora?». El ministro parece no escucharla, sigue en su posición, concentrado, mirando sus pulgares que hacía girar y girar, tal vez buscando la respuesta en algún astro de su universo interior.

—Hemos vivido con dignidad, Teresita; durante todo este tiempo de Revolución pensamos, trabajamos y luchamos por lo que creemos, siempre con dignidad —dice Héctor sin verle los ojos acuosos a su amiga, que lo seguía deseosa de encontrar en su pausada reflexión una pista que explicara tanta felonía—. Queríamos un mundo mejor para nuestro pueblo, y se nos olvidó que

hay una fuerza de maldad que no quiere ver un pueblo surgir. Vamos a morir con dignidad.

Teresita entonces mira tiernamente al pez, que parecía estar triste, y se imagina la fuente con su agua fluyendo, en los días de Navidad, rodeada de luces y muy próxima al esperanzador niño Jesús en el nacimiento, y ve allí a Chávez salir por la puerta dorada, gozoso y deseándole a todos felicidades, con su hijita Rosainés al lado, deslumbrada por el agua que salía de la boca de aquel inmenso pez que le sonreía.

Teresa no pierde de vista a sus compañeros, inquieta y amable. Observa que el ministro Jorge Giordani, a quien todos llaman con afecto Profesor, guarda un íntimo mutismo, recostado a una columna, con los brazos cruzados y su mano en la boca, en una típica postura suya de meditación, y tras sus lentes aprieta a menudo los ojos, tal vez para darle coherencia al torbellino de hechos que se desplegara en tan poco tiempo y parecía que haría cambiar todo. La viceministra se para del suelo y va hasta él. Giordani le toma con fuerza la mano y mira al cielo. Y ella comienza a rezar el Padre Nuestro, segura de que también Giordani lo hacía, aunque ninguno se lo dice al otro: solo el silencio dialoga.

Los casi cuarenta civiles que se encuentran dentro de Palacio sin ponerse de acuerdo se turnan cerca de la puerta dorada para preguntar a los que salen de ver al Presidente cómo está él. «Está tranquilo», es la respuesta más común.

Algunos de los amigos que permanecían en Miraflores nos llaman a la embajada, o nosotros a ellos, y así nos enteramos de lo que allí acontecía. Julio Montes, entonces embajador en Cuba, es uno de ellos. Me timbra al celular, cuando Chávez evaluaba qué decisión adoptar, y me dice que la única alternativa que tenían era resistir y se despide serenamente, persuadido de que pronto iba a morir.

A su lado, María Cristina coge el teléfono y me conmueve con su voz melodiosa, diciéndome que siempre recordaría el azul del cielo cubano y las virtudes de nuestro pueblo, y tengo la sensación de que también habla como si fuera la última vez que lo haríamos.

Poco después me llama Adán Chávez. «Escogiste un mal día para nacer», le digo cuando comenta que era su cumpleaños. «La culpa es de mamá», replica él, y ambos hacemos lo posible para sonreír. Adán habla sosegado y yo se lo atribuyo a su carácter flemático, aunque en verdad sus palabras me alientan algo. «Hugo pidió que lo dejaran solo en el despacho, y ese carajo debe estar pensando en una salida, yo lo conozco, él posee una intuición que lo ilumina en las situaciones extremas», me dice el hermano mayor de la familia Chávez Frías, y percibo en sus palabras una lucecita que se enciende en el horizonte.

Durante el tiempo en que los generales hacían sus gestiones de mediación en Fuerte Tiuna, el Presidente llamó al nuncio apostólico, decano del Cuerpo Diplomático, quien no se encontraba en Venezuela; también se comunicó con el presidente de la Conferencia Episcopal, Baltazar Porras, a fin de crear una especie de Comisión de Verificación que garantizara los acuerdos y facilitara su implementación. Porras nunca llegó a Miraflores, pues él conocía muy bien las posiciones íntimas de los golpistas y temía además que pudieran atacar Palacio o lo tomaran a él de rehén.

Los intermediarios entre los golpistas y Chávez iban y venían. Algo después de las 3:00 a.m. le informan al Presidente que en Fuerte Tiuna están de acuerdo con su propuesta; en ese momento Chávez habla con Lucas Rincón —que había estado en Miraflores hasta una hora antes y se encontraba en Tiuna cumpliendo instrucciones suyas—, diciéndole que habían aceptado sus condiciones y siendo así él firmaría la renuncia. Lucas decide entonces

convocar a la prensa y sale al aire desde su despacho, a las 3:35 a.m., rodeado de otros miembros del Alto Mando:

Pueblo venezolano, muy buenos días. Los miembros del Alto Mando Militar de la Fuerza Armada de la República Bolivariana de Venezuela deploran los lamentables acontecimientos sucedidos en la ciudad capital en el día de ayer. Ante tales hechos, se le solicitó al señor Presidente de la República la renuncia de su cargo, la cual aceptó. Los miembros del Alto Mando Militar ponemos a partir de este momento nuestros cargos a la orden, los cuales entregaremos a los oficiales que sean designados por las nuevas autoridades.

A los diez o quince minutos después de que Chávez conversa con Lucas Rincón, los golpistas cambian de postura y le hacen saber al Presidente que no aceptan sus condiciones. A la vez, le envían por fax el texto de la renuncia para que lo firme. Chávez lo lee, y con un gesto rápido lo aparta. «Yo estoy dispuesto a firmar la renuncia, si se cumplen las condiciones que he planteado», dice secamente.

De pronto se abre la puerta del despacho. Todos la miran: es Elena Frías, que ha convencido a los guardias para que le permitan pasar. ¡Ella intuía el peligro! El recinto se inunda de silencio. Chávez se para, la abraza:

—Mamá, ¿qué haces aquí? Yo les había dicho que se fueran a Barinas.

—¡No, cómo nos íbamos a ir! Tu papá está ahí afuera, nosotros nos quedamos aquí hasta el final —le responde Elena.

Chávez y todos se impresionan con la entereza de la madre, sin rabia ni miedo, pletórica de ternura.

—El pueblo te ama. No te dejará solo, y que Dios te ilumine para la decisión que tengas que tomar, hijo; aquí nos quedamos tu papá y yo para lo que sea.

—¡Ay, vieja, yo sí te he hecho sufrir! —Chávez, conmovido, la abraza.

—No digas eso, que el sufrimiento ha sido pequeño y el orgullo de ser tu madre es grande —ella, sin perder una lágrima, lo corrige. Lo bendice, lo besa y sin decir más nada da media vuelta y sale rápido, porque el llanto no podía brotar delante de él.

Pasadas las 3:15 a.m. cruzan la puerta dorada los generales Hurtado y Rosendo, con el propósito de trasladarle en persona a Chávez el ultimátum de los golpistas y que debía ir preso antes de las 4:00 a.m. para Fuerte Tiuna. Hurtado recibe una llamada por su móvil y comienza a ofrecerle al interlocutor los argumentos que había expresado el Presidente. «¡Llamo para dar una orden, no para negociar!», afirma tajante la persona que está del otro lado de la línea, y cuelga.

—Me habló el general Fuenmayor y me dijo que si usted no firma la renuncia, en quince minutos van a enviar los batallones Ayala y Bolívar a bombardear y tomar Miraflores —revela Hurtado contrariado.

Y en ese momento Rosendo sale de su mutismo.

—Presidente, yo recibí una llamada del contralmirante Molina Tamayo y me dijo exactamente lo mismo: o usted firma la renuncia o bombardean Miraflores —expresa poniéndose de pie con aparente aire marcial y el rostro atemorizado, tratando de ocultar su misión de presionar a Chávez para que firme.

El Presidente los escucha con aplomo y al terminar de hablar los dos generales, de súbito, pregunta a un oficial: «¿Cuánta gente hay fuera de Palacio?». El militar responde: «Diez mil, mi comandante». Y Chávez dice enseguida: «Yo no voy a sacrificarlos, yo me entrego, y desde que salga de aquí me considero prisionero, ¡pero no renuncio!».

El líder bolivariano comprende que la situación existente y su dilema personal son aún más difíciles que el 4 de febrero: ahora es

Presidente y por ende jefe supremo de la Fuerza Armada. Mira el fusil y aprieta la pistola en su mano; una orden suya puede desatar una pugna sangrienta imprevisible. Sabe que preso en Fuerte Tiuna va a correr riesgos, incluso piensa en la posibilidad de que lo maten, mas es solo su vida. Y por eso, en medio de la adversidad se siente tranquilo, porque está seguro de que su decisión es la correcta. Tiene una intuición, y las intuiciones surgen como un manantial del espíritu. Además posee razones que soportan su osadía, y por eso su proceder coincide con una máxima de Kant: «Conceptos sin intuiciones son vacíos, intuiciones sin conceptos son ciegas».

Entrega la pistola al ministro Rodríguez Chacín y pide que lo dejen solo unos minutos; quiere ganar tiempo a fin de que llegue monseñor Porras, quien le había prometido servir de garante, y comienza a hacer otras gestiones para que algunos embajadores lo acompañen a Fuerte Tiuna. En ese lapso me llama Adán, pidiéndome que fuera con Chávez al fuerte, y así nos enteramos de que los golpistas no habían aceptado las propuestas del Presidente. Cuando en breve me autorizan desde Cuba, llamo a Adán y me dice que el Presidente había decidido salir del despacho e ir hacia la guarida de los golpistas; en el escritorio queda el papel sin firmar y un sándwich frío que no quiso probar...

José Vicente, que junto a los demás ministros se encuentra en el despacho muy próximo al Presidente, comenta en su estilo lacónico: «Si no hay renuncia, esto es un golpe de Estado». Y en ese instante al general retirado Jacinto Pérez Arcay le viene a la mente una frase en latín: *Verba volant, scripta manent* (Las palabras vuelan, lo escrito permanece). Este hombre de casi setenta años, que había sido profesor de Chávez en la Academia Militar, bolivariano de estirpe, tiene su oficina al lado del Presidente, y cuando ve que su discípulo se despide en calidad de preso, va hacia allí y busca un crucifijo suyo de origen italiano, una cruz azul muy sencilla de bordes nacarados. Regresa junto al Presidente y espera a que

consuele a la ministra Ana Elisa Osorio, quien un instante antes había clamado furiosa en el pasillo: «Se va a entregar, se lo llevan preso, pero no ha renunciado, ¡que lo sepa el mundo! ¡Es un golpe de Estado! ¡El Presidente no ha renunciado!».

Luego que Chávez abrazara a Ana Elisa, el profesor Pérez Arcay se le acerca con ternura de padre y le pone el crucifijo en las manos: «Hijo, llévate a Cristo». Y Chávez lo ilumina: «Mi general, al regreso hablamos, al regreso hablamos...». Así Pérez Arcay supo que su mejor alumno tenía la certeza de que volvería.

Había una fila de todos los dirigentes y colaboradores que estaban en Palacio. Cada uno quería abrazarlo. Y el líder los fue despidiendo uno a uno, a los ministros Aristóbulo, María Cristina, Rodríguez Chacín, Rafael Vargas, Navarro, Merentes, Giordani... a los diputados Willian Lara, Víctor Hugo, Nohelí Pocaterra... A casi todos les decía algo. Las miradas expresaban tristeza, preocupación por la vida del líder, esperanza, acuerdo o dudas con la decisión... A José Vicente quiere apretarlo y no puede, porque hay mucha gente; se toman las manos y Chávez aprecia en los ojos del fiel amigo una mirada enigmática, entre dolor y expectativa, como diciéndole: «Aquí nos vemos», al parecer conforme con la decisión final de ir preso, a pesar de que antes había sugerido resistir en Palacio. Nohelí, bañada en llanto le dice: «¿Y ahora qué vamos a hacer los indios sin ti?». Cuando ve a Teresita Maniglia: «Perdóname por todo lo malo, los regaños, los momentos en que me puse bravo contigo. Yo te quiero mucho». Y escucha con amor las palabras de ella, mirándole a los ojos: «Los amigos nunca se piden perdón. Usted es el Presidente y juro por Dios, mi Patria y mi padre que no reconoceré a nadie más». Y al ver a su hermano mayor, no se olvida de que había estado de cumpleaños el 11 de abril: «Feliz cumpleaños, Adán, el próximo será mejor...». Alguien le acerca una taza de café. «Gracias», dice, se detiene unos segundos y la disfruta como si fuera la primera del día.

Un joven militar, asistente suyo, al abrazarlo llora de rabia y los demás uniformados también lo rodean con afecto y a nadie le apena que le vean las lágrimas, porque saben que expresan un juramento de lealtad. Las gargantas empiezan a cantar «Gloria al Bravo Pueblo», y con Chávez en el centro todos recorren la antesala del despacho, pasan la puerta dorada, giran a la derecha, abren la otra puerta dorada que da acceso a una calle que está dentro de Palacio y dista pocos metros de la gran reja principal. Desde allí la gente lo ve junto a un montón de personas que lo envuelven, y también escuchan las voces erguidas: «¡Y si el despotismo levanta la voz, seguid el ejemplo que Caracas dio...!».

Y entonces alguien del pueblo grita desde la avenida Urdaneta: «¡Se llevan al Presidente, se llevan al Presidente...!».

«¡Chávez, Chávez, Chávez...!».

corean y las rejas empiezan a sonar igual que los tambores de la selva cuando los indígenas intuyen el peligro y se disponen a pelear. Y de pronto un militar vocifera: «¡Chávez, por ahora! ¡Chávez, por ahora!». Y todos quienes lo rodean al unísono repiten su frase promisoria del 4 de febrero, y ansían que él la reitere, hasta que se detiene junto al auto negro que lo aguarda, voltea el cuerpo como en cámara lenta, levanta su brazo izquierdo con el puño cerrado y mira hacia la reja:

—¡Por ahora! —truenan la voz grave, solo una vez, bien alto, para que la escuchen hasta los sordos en los cerros de Caracas y en toda la patria. De inmediato se vira hacia su madre, que llora desconsolada y pugna por entrar al vehículo—: Bendición, mamá, quédese tranquila.

A las 3:55 a.m. sale el auto hacia Fuerte Tiuna. Delante, junto al chofer, el general Rosendo, entre satisfecho y preocupado; detrás, Chávez en el centro, a la derecha suya el general Hurtado y a la izquierda el jefe de su escolta, el mayor Jesús Suárez Chourio, el fiel combatiente que había estado junto con el teniente coronel hasta el último momento, en un edificio cerca de Miraflores, diez

años antes, en una fecha azarosa que abrió la senda a la Revolución Bolivariana.

Todos en la embajada nos sentimos muy agitados por los diversos sucesos del día y el desenlace de saber que Chávez había salido de Miraflores preso hacia Fuerte Tiuna nos generó incertidumbre y desazón. Habíamos estado al tanto de las informaciones que ofrecían las televisoras y nuestros amigos. Podíamos valorar bastante bien lo que acontecía. Sin embargo, nadie era capaz de vislumbrar todos los estragos y la posible evolución de aquella vorágine, que parecía un huracán de máxima severidad y de trayectoria errática. Durante ese lapso, por cierto, frente a nuestras tres sedes diplomáticas reina la calma: igual que sucede en vísperas de llegar a tierra un ciclón caribeño.

Al filo de la medianoche, en la fase final de la asonada militar, pequeños grupos de fascistas emprenden las primeras acciones contra nuestros autos estacionados en la calle Roraima, ante la fachada de la embajada: escriben en ellos amenazas y consignas anticubanas y a algunos les pinchan los cauchos y deforman parte de su carrocería. «¡Cubanos castristas, fuera, les llegó la hora!», oímos a alguien desde un vehículo en marcha. Y otro: «¡Se acabó Chávez, ahora prepárense!». Y lo que más escuchamos son los reiterados gritos de la victoria escuálida: «¡Se fue, se fue, se fue, Chávez se fue...!».

Cuando en la madrugada Lucas Rincón informa que el Presidente había renunciado, la euforia en el este es mayor que si hubiera ganado el campeonato nacional de béisbol el equipo Caracas: se escuchan por todas partes gritos, cohetones, disparos y cacerolazos. A las 5:00 de la madrugada solo algunos perros se oían en esta región, y nos imaginamos que casi todos sus amos dormían felices. Y yo, que desde joven admiré tanto al pensador griego Epicuro, recordé esta máxima suya escrita hace más de dos mil años:

«En una disputa filosófica, gana más el que es derrotado, porque aprende más». Y me dije, tendido sobre la alfombra de la oficina para descansar un poco la espalda: «También sucede así en todas las demás pugnas de la vida...».

En la residencia en San Román, lugar donde tenemos el mayor número de niños y adolescentes, se vive una azarosa situación. Al comenzar la madrugada, varios autos y una moto con dos sujetos frenan ante la casa. Las cámaras de seguridad muestran a varios de sus ocupantes, que se bajan en son de guerra. Los de la moto, con sendas pistolas en sus manos intentan subir el muro principal que es bastante bajo; son detectados por el compañero Rafael Hidalgo, quien se encuentra de guardia en la terraza del primer piso, cuyo ángulo hacia abajo le permite visualizar a los intrusos desde la oscuridad, oculto detrás de las cortinas de unos amplios ventanales de cristal.

Los sujetos actúan como fieras al asalto de la presa, y en el momento en que van a poner sus cuerpos sobre el muro para penetrar en el interior, sienten la ráfaga de una subametralladora USI y retroceden despavoridos, aunque ellos no saben que son disparos hacia puntos distantes, solo de advertencia. Los asusta aún más el estruendo de los cristales que vuelan en pedazos y caen hacia abajo, porque nuestro compañero no dispuso de tiempo para abrir las ventanas. Mi esposa y nuestro hijo Carlos Ernesto, de apenas 17 años, que están en la habitación contigua, se lanzan de inmediato al piso y luego se asoman al balcón con Rafael para verificar que los atacantes han sido repelidos. A Carlos Ernesto, con el humor inherente a los adolescentes, una vez que todos en la residencia, niños, mujeres y hombres supieron la causa de las ráfagas, se le ocurre inventar una broma relajante: «Yo creía que de repente a Rafael le había dado el mal de zambito, parecía que tenía un ataque de Parkinson moviendo la USI...». En verdad, el remedio fue santo: al menos durante el resto de esa madrugada, en las adyacencias de la residencia hubo calma.

ABRIL 12, PRESO

El automóvil de Chávez avanza de prisa en la oscura madrugada y solo lo acompaña otro vehículo, donde van el jefe de la Casa Militar y otros oficiales de ese órgano. En la vía, Chávez evoca el 4 de febrero: otra vez lo llevan preso a Fuerte Tiuna, es la misma ruta... Primero ve el liceo Fermín Toro, luego los túneles y la autopista; también aquella vez tenía el uniforme de paracaidista, solo que entonces ocurrió al mediodía y podía disfrutar a la gente en las calles. Ahora el pueblo está en sus casas, respirando la espesa noche. Muchos sufren despiertos la pesadilla que acaban de vivir, otros duermen un rato con la expectativa de conocer qué pasó después que se llevaron al Presidente y movilizarse a como dé lugar para salvar a Chávez y preservar la Revolución. Ahora en los cerros hay un silencio muy elocuente, similar al que Cicerón le expresara a su enemigo Catilina: *Cum tacent clamant* (Cuando callan, gritan).

Al filo de las 4:00 a.m. los dos autos entran en el estacionamiento del sótano del edificio de la Comandancia General del Ejército y acceden desde allí por el ascensor hasta el segundo piso. Chávez camina muy despacio, respira hondo, ordena sus ideas y no se siente perdido en un laberinto: tiene conciencia de que está entrando al mundo de los militares, que tanto él conoce. Aunque las aguas allí se han puesto turbias, él confía en sus instintos y en la hermandad que lo une a los uniformados patriotas que respetan la Constitución Bolivariana, y está seguro de que son mayoría.

Lo trasladan al salón de reuniones, donde lo esperan alrededor de cincuenta altos oficiales, casi todos generales y almirantes. Chávez saluda, y percibe odio en los rostros y gestos agresivos de algunos, y también aprecia que buena parte lo trata con respeto.

Saluda a los monseñores Porrás y Azuaje, se sienta al lado de ambos y coloca sus dos brazos sobre la larga mesa. El primero en hablar es el general Fuenmayor León, quien minutos antes había llamado a Miraflores para amenazar con el bombardeo. Chávez le mira el alma, y su color lo estremece. Fuenmayor solicita en nombre de todos que firme la renuncia y utiliza el argumento de la supuesta situación de ingobernabilidad que se ha creado. Chávez espera sereno a que Fuenmayor termine y eleva el tono de la voz para que lo escuchen bien:

—Ustedes deben pensar en la responsabilidad que están asumiendo ante Venezuela y el mundo —dice y pasea su acusadora mirada por los ojos de casi todos, cierra unos segundos sus labios y señala el documento que los golpistas tenían listo—. Les ratifico que yo no voy a renunciar, ni siquiera voy a leer ese papel, ya lo conozco, les puse cuatro condiciones y no las aceptaron.

El silencio es la respuesta y Chávez continúa: —Ustedes tienen una sola alternativa: me meten en una prisión o me fusilan.

El general Vázquez Velazco toma la palabra: —Usted no puede salir del país; va a ser juzgado aquí y queda bajo custodia de la Fuerza Armada Nacional.

—Yo no estoy muy seguro de que ustedes tengan capacidad para controlar las fuerzas militares, hablé con varios comandantes y me aseguraron que no aceptarán un golpe de Estado —dice Chávez y agrega—: ¿Ustedes no se dan cuenta de lo que están haciendo? Va a amanecer en un rato y ahí está un país. ¿Qué le van a decir a ese país?

El general González percibe que el verbo de Chávez capta la atención de varios oficiales.

—Aquí no hemos venido a discutir nada. Nosotros sabemos lo que tenemos que hacer, así que yo les invito a pasar al salón de al lado... —dice en forma destemplada y hasta el brillo de su lisa cabeza destila rencor.

Y en ese instante de tensión, alguien clama:

—¡Hay que matarlo!

—Bueno, hagan lo que ustedes quieran —dice Chávez antes de callarse.

De inmediato los golpistas se levantan y quedan en el salón junto a Chávez el general Vietri, los dos sacerdotes y el coronel Julio Rodríguez Salas, una especie de cancerbero, de semblante agresivo. En un salón contiguo espera a los militares para deliberar Carmona Estanga, quien había sido presentado a los medios de prensa a las 5:00 a.m. por Vázquez Velazco como presidente del nuevo gobierno de transición. También en la Comandancia del Ejército se encontraban desde la tarde anterior el empresario Isaac Pérez Recao, un joven multimillonario, hijo de un vendedor de armas, ambos vinculados a cuerpos de policía de otros países.

Pérez Recao es el dueño de la empresa petrolera VENOCO y Carmona es uno de sus gerentes. Los escoltas de Carmona, que despiertan la curiosidad de los televidentes al aparecer con fusiles de última generación en sus primeras imágenes públicas en Fuerte Tiuna, son precisamente hombres de Recao. Se hizo claro en ese instante que uno de los principales financistas del golpe había sido Recao, quien incluso había elaborado la lista de los miembros del gabinete de Carmona, junto a Daniel Romero, marioneta de Carlos Andrés Pérez.

Chávez aprovecha para dialogar con los curas. Le pregunta a monseñor Porrás por qué no había ido a Palacio para mediar y este se excusa en la inseguridad reinante en esos momentos. Porrás indaga por su bienestar y Chávez le responde: «Espiritualmente me siento bien». Porrás lo mira, intrigado.

—Me siento bien, monseñor. Sea cual fuere mi destino, yo estoy aquí por haberle sido fiel a un pueblo que me eligió no para beneficiar a una minoría; estoy preso por ser fiel a los mandatos de Dios, porque no me dejé doblegar el brazo por los poderes económicos,

mediáticos, como se llamen... —y se detiene, para no nombrar a la jerarquía de la Iglesia—. Si yo me hubiese rendido ante los dueños del poder en Venezuela, no estaría aquí. Habrían dicho: «¡Qué lindo es Chávez, hasta la verruga en su frente le queda bonita!».

Chávez advierte el interés de los sacerdotes y continúa:

—La *Biblia* dice que no se puede estar bien con Dios y con el diablo; yo hubiese tenido que traicionar a millones y primero prefiero la muerte a plegarme a los amos del dinero. Pase lo que me pase, cargo por dentro el amor de un pueblo.

—¡Qué lástima terminar con una página como la de hoy, con estas muertes! —dice Porras con talante cínico, pero sutil.

—¡Esas muertes fueron obra de la oposición: Bandera Roja, Acción Democrática y la Policía Metropolitana del alcalde Peña! —riposta Chávez y agrega—: Ya se conocerá la verdad.

Y les deja claro que él es un católico practicante y que sus críticas a ciertas conductas de sus jefes venezolanos no buscaban un choque con la Iglesia. Entonces le pide perdón a Porras por algunos excesos contra la cúpula eclesiástica y en particular contra él. «Pero les recuerdo que ustedes también han puesto una parte en esta pugna, que no es un conflicto religioso sino político».

Al rato los golpistas regresan y toma la palabra el vicealmirante Ramírez Pérez para ratificar que ellos no aceptan las condiciones de Chávez.

—Usted no puede salir del país y debe responder al pueblo por los crímenes cometidos —dice con tono acusatorio. Y el general Fuenmayor, creyéndose triunfador, coloca la renuncia ante la vista de Chávez, al lado de su brazo izquierdo.

—No voy a firmar ninguna renuncia, ustedes me mandan preso, pero no se les olvide que están haciendo preso al Presidente de la República —replica Chávez molesto.

—Bueno, no importa que no firme, de todas maneras ya está hecho —dice altanero uno de los generales y en breve salen todos, salvo el irritante coronel Rodríguez Salas, quien le recuerda a Chávez que debe cambiarse el uniforme militar y vestirse de civil. Minutos antes, el contralmirante Daniel Comisso Urdaneta se lo había exigido con prepotencia a lo que había añadido el general González: «No te preocupes, que ya le tenemos una ropa de civil para que no ande más uniformado». De inmediato lo llevan a un local y se coloca un mono deportivo que le entregan, de los que usan los soldados.

Son las 6:30 a.m. Sopla el viento en Fuerte Tiuna, el gigantesco complejo militar levantado sobre una explanada a los pies de las Cumbres del Curuno, al oeste de Caracas. A esa hora lo trasladan a una habitación en la sede de la Policía Militar. Chávez escucha los ruidos que tanto conoce de la tropa, que ya se desplaza a desayunar, y piensa: «Comenzó el nuevo día, ahora veremos qué sucede».

Es una habitación modesta de oficial, al final de un pasillo largo, y en ella hay una cama pequeña; uno de los oficiales ordena que la cambien por otra más grande y él le dice que no es necesario, pero en minutos la traen. Chávez abre el maletincito, en el que antes de salir de Palacio sus ayudantes le habían puesto ciertas pertenencias: había unas botas, unos *jeans*, una franela... Registra bien: «¡No me pusieron ni un solo libro! ¿Cómo voy a hacer, preso y sin libros?», se pregunta. «Yo, que siempre estuve en la cárcel rodeado de libros por todas partes...», suspira molesto. Pide una mesa y una silla, con ganas de escribir, pues aunque lleva dos noches sin dormir no se siente cansado. Le sirven el desayuno, come algo y al rato le traen un televisor. No es un gesto de buena voluntad; en realidad trataban de doblegarlo, querían que viese los canales nacionales y la sarta de mentiras que desde temprano transmitían. Él conoce las intenciones; de todos modos

lo enciende, respira hondo. Los canales emulan entre sí: imágenes de la masacre, del paro, de la marcha... Mentira tras mentira, cada una edificada sobre hechos reales, pero manipulados. También el supuesto apoyo militar, fabricado por los medios con las declaraciones de altos oficiales y el invento del «vacío de poder», basado en la falacia de que él había renunciado.

Gracias a la adrenalina que secretó su cuerpo durante tantas horas de tensión, Chávez sigue despierto. Observa en la pantalla a los analistas tempraneros, a Napoleón Bravo en Venevisión, diciendo con una sonrisa cínica: «Tenemos nuevo presidente... Ustedes se preguntan cómo fue la renuncia de Chávez. Les voy a leer la carta que firmó». Y toma en sus manos el decreto sin firma:

De conformidad con lo establecido en el Artículo 236, Numeral III de la Constitución, remuevo al ciudadano Vicepresidente Ejecutivo de la República, Diosdado Cabello, y a todos los ministros que conforman el Gabinete Ejecutivo. Asimismo, con fundamento en el Artículo 233 de la Constitución de la República, presento ante el país mi renuncia irrevocable del cargo de Presidente de la República, que hasta el día de hoy, 12 de abril de 2002, he detentado. Dado y firmado en la ciudad de Caracas a los 12 días del mes de abril del año 2002. 191 de la Independencia y 142 de la Federación. Hugo Rafael Chávez Frías.

Y agrega Napoleón: «Está firmado, está firmado», pero no muestra el texto a la cámara. Chávez también ve en la pantalla al jurista Herman Escarrá hablando del «derecho de facto» y a otros farsantes que sin pudor justifican el golpe. Asqueado, recuerda la canción de Alí Primera, que alude a los que perfuman la mierda...

De súbito, le viene una idea: «Estos me van a matar». Razona: «Si repiten con tanta insistencia que he renunciado, la única

manera que tienen de evitar que yo desmienta esa mentira es matándome». Deja de mirar el televisor y observa unos segundos al oficial que está dentro de la habitación vigilándolo: «De esta noche no paso...», se dice y le sobreviene un bostezo. Sin embargo, no quiere dormir. Pide que venga el coronel golpista y le dice que necesita noticias de su familia, llamarlos, explicarles cómo está. Le prestan un celular y al no saber los números —en Palacio siempre se los localizan— solicita que los averigüen.

Con los números anotados en un papelito llama a sus padres a la gobernación de Barinas. Nadie responde. Intenta con los móviles respectivos del papá y la mamá, mas están apagados. Se desespera un poco, hasta que logra comunicarse con su esposa María Isabel y le pregunta por los hijos. Ella le responde que están bien y Chávez la nota serena, aunque muy preocupada por los niños. Se cae la llamada, vuelve a comunicarse y ahora sí no demora más:

—María Isabel, necesito que busques a un periodista, un medio de prensa de aquí o del exterior, y tú misma que eres la Primera Dama le digas que el Presidente no ha renunciado, que está prisionero y que cree que lo van a matar —dice con tono grave, y agrega enfático—: Sí, esta noche seguro me van a sacar del fuerte para matarme, si esto no se denuncia antes... Muévete rápido, besos, cuídate mucho, la bendición a los niños y hazlo rápido.

Enseguida procura a las hijas.

—¿Cómo estás, papá? —le dice la menor, María Gabriela.

—Preso aquí otra vez —le responde él en broma, para relajarlas—. ¿Y ustedes dónde están?

—En casa de unos amigos, estamos bien, Rosa ahí, llorosa, y la niña dormida.

—Bueno, mi vida, oye lo que te voy a decir, no tengo mucho tiempo. Necesito que hables con alguien, llámame a algún periodista, escoge a alguien, pudiera ser Fidel, haz un esfuerzo, de alguna manera que el mundo sepa que no he renunciado, y expresa con

tu voz que yo no he renunciado, que tu papá te dijo que está prisionero y que no va a renunciar. ¿Entendiste?

—Bueno, papá, no te preocupes, enseguida lo hago, Dios te cuide y te bendiga...

Trata otra vez de localizar a sus padres y no puede. El coronel, que le había permitido hablar a solas, no espera más y le retira el móvil y al rato otro oficial le presta el suyo, pero tampoco logra comunicarse. «Listo, voy a darme un baño», discurre.

Luego de asearse, algo más distendido, Chávez se acuesta en su celda-habitación y duerme tres horas hasta que lo llaman: «Hay dos fiscales que desean hablar con usted». Son dos muchachas muy jóvenes, subtenientes de la fiscalía militar, quienes lo saludan con respeto. Pero el coronel se entera de que están con Chávez y las manda a buscar; en breve entra junto a ellas con cara hosca, para escuchar la conversación.

—Miren, lo primero que quiero que anoten ahí es que yo no he renunciado —les dice Chávez, mientras los cuatro escuchan en la televisión a una persona que lee una supuesta renuncia firmada por él—. Eso es mentira, yo no he firmado ninguna renuncia, sigo siendo el presidente de Venezuela —afirma molesto.

Las jóvenes fiscales en tono amable se interesan por su estado físico y le entregan la hoja escrita a mano. Chávez la lee y se percata de que no pusieron su declaración de que no había renunciado; deduce que lo hacen porque está allí el coronel, que parece un perro de presa, y no las presiona ni les reclama nada: firma y se despiden cortésmente. Lo que Chávez no imagina es que al salir del lugar la joven fiscal completaría el documento con una especie de posdata, con letra pequeña: «Manifestó que no ha renunciado». Y enseguida ambas le envían una fotocopia al fiscal general Isaías Rodríguez.

María Gabriela no demora en llamar a Fidel y a las 10:02 a.m., hora de Cuba (las 9:02 a.m. en Venezuela), le cuenta lo que le dijo su padre. Fidel inquiere: «¿Tú estarías dispuesta a informar eso

al mundo con tus propias palabras?». Y ella reacciona de manera decidida y admirable: «¿Qué no haría yo por mi padre?».

A las 11:00 a.m. Randy Alonso, conductor del programa Mesa Redonda de la Televisión Cubana, le graba su declaración, que es transcrita y entregada de inmediato a las agencias cablegráficas acreditadas en Cuba. A la vez, la cinta con la voz de María Gabriela se le traslada a las televisoras internacionales con representación en La Habana, incluida CNN. A las 12:40 p.m. el Noticiero Nacional de la Televisión Cubana transmite el mensaje de la hija de Chávez, que en su parte principal dice:

Hace dos horas logramos comunicarnos con mi papá. Nos llamó por teléfono y nos dijo que por favor le comunicáramos al mundo entero que él en ningún momento ha renunciado, que en ningún momento ha firmado ningún decreto presidencial que destituya al vicepresidente Diosdado Cabello y mucho menos ha renunciado él. Simplemente fueron unos militares y lo detuvieron y se lo llevaron a Fuerte Tiuna, a la Comandancia General del Ejército, y en estos momentos está detenido en el regimiento de la Policía Militar de Fuerte Tiuna.

Lo tienen completamente incomunicado. Solo le permitieron hablar con nosotros, sus hijos, y nos pidió que buscáramos un abogado, que habláramos con los amigos, con los familiares, para exigirles el respeto a sus derechos y para que lo podamos ver, porque no sabíamos cuándo podíamos volver a hablar.

Las revelaciones de María Gabriela son censuradas por los canales y la radio nacionales, aunque llegan al país a través de medios internacionales y junto a las que realiza el Fiscal General en Cara-

cas, dos horas después, provocan un gran impacto en Venezuela. Mientras avanza la tarde el pueblo bolivariano empieza a entender mejor lo que sucede y el riesgo que corre la vida de su presidente.

Chávez no se entera de las declaraciones de su hija porque su televisor no tiene acceso a los canales extranjeros, mas sí puede oír al fiscal Isaías Rodríguez hasta el segundo en que los canales transmiten sus palabras. «Ese sí es un varón», piensa, mientras ve a Isaías muy sereno, con el pecho erguido, rodeado de periodistas que habían acudido a la cita pensando que iba a anunciar su renuncia:

El Ministerio Público tiene tres fiscales en Fuerte Tiuna. El propósito es entrevistar al presidente, o al expresidente Chávez, como quieran llamarlo. ¿Entrevistarlo por qué? En primer lugar porque tenemos información por parte de fiscales militares que lo entrevistaron que el Presidente no ha renunciado. Si efectivamente el Presidente no ha renunciado, si no se nos ha mostrado en ningún momento al Ministerio Público la constancia escrita, expresa, de esa renuncia, el presidente Chávez sigue siendo el presidente de la República.

Mientras escucha a Isaías, solo en su habitación, Chávez abre más los ojos para no perder ni un gesto ni una sílaba de su locución parsimoniosa y coherente:

Pero además, hay un hecho más significativo. Si está privado de libertad, ¿qué delito cometió? ¿El delito de renunciar? ¿Es que la renuncia es un delito, en el supuesto caso de que esa sea la situación? Y si renunció y eso es un delito, ¿por qué se le ha incomunicado y por qué no se le permite de ninguna manera al Ministerio Público entrevistarle a través de la directora de Derechos Fundamentales y de los fiscales que la acompañan?

Chávez se mueve en su asiento, respira profundo, se oxigena, y casi le grita a Isaías: «¡Así es, muy bien, vale, pégales más...!». Y recuerda el rostro suave de la joven fiscal que tomó nota y ahora comprende mejor su astucia para burlar el severo control del coronel Rodríguez Salas.

Enseguida, Isaías centra sus argumentos en la cadena de sucesión:

Por otra parte, al Presidente quien lo sustituye es el Vicepresidente. No hay constancia de que el Vicepresidente haya renunciado, ni de la destitución del Vicepresidente. Lo que quiere decir que los hechos en Venezuela violan el protocolo de Washington y la Carta Democrática Americana. Es decir, no hay ninguna duda de que se ha violentado totalmente el Estado constitucional y de que estamos ante una situación que no puede calificarse sino de golpe de Estado...

En ese instante, apenas cinco minutos después de comenzar Isaías, las televisoras y emisoras de radio interrumpen la señal. Fue suficiente, habían transmitido lo esencial: Chávez no ha renunciado y existe un golpe de Estado.

ABRIL 12, REPRESIÓN

Desde la madrugada los órganos represivos de la naciente dictadura comienzan a desplegarse en todas partes; en especial actúan la DISIP y la Policía Técnica Judicial (PTJ), que no habían sido transformadas por el gobierno bolivariano, así como la Policía Metropolitana, las policías de los municipios del este de Caracas y la del gobernador golpista de Miranda. El recién nombrado jefe de la DISIP, general Ovidio Poggioli, le confiesa temprano en la mañana sus planes a un amigo íntimo en una conversación telefónica:

Ahora es cuando viene lo bueno. Vente, que voy a asumir la DISIP. Hoy voy a brindar, compadre. Voy a tirar la casa por la ventana. Voy a buscar a José Vicente Rangel, al otro hijo de puta del MAS, a los Otaiza, compadre. Así sea en China, mando a buscar a ese que está escondido en la embajada de China. Diosdado Cabello en la de Cuba, Bernal en la de Libia. Bueno, con unos comandos. Y que pongan presa a Cilia Flores. Mando que se cojan [o sea, violen] a la esposa del embajador de Cuba...

A las 5:06 a.m. 100 funcionarios de la PTJ ocupan la sede de la policía del municipio de Libertador y a las 7:00 a.m. allanan la sede del comando élite de esa policía, a cargo de proteger la seguridad del alcalde Bernal. También asaltan siete alcaldías del estado de Miranda, una de ellas la del municipio de Sucre, del que es titular Pepe Rangel, a quien buscan para asesinarlo. Decenas de casas de familias vinculadas al partido V República y al gobierno son requisadas y centenares de personas resultan vejadas. Más de treinta de ellas son ejecutadas por los diferentes cuerpos policiales que responden a los golpistas.

A las 8:00 a.m. llega a la puerta de la embajada de Cuba Ricardo Koesling, el primero de los jefes que conduciría el asedio y la agresión fascista contra nuestras sedes, con el pretexto de que allí se encontraban asilados el vicepresidente Diosdado Cabello y otros dirigentes bolivarianos.

En pocas horas se desarrollan diversas acciones represivas: al ministro Ramón Rodríguez Chacín lo llevan prisionero, y también al diputado Tareck William Saab. Allanan varias oficinas de la alcaldía de Libertador y Freddy Bernal es perseguido, al igual que los diputados Juan Barreto, Nicolás Maduro, Cilia Flores y Omar Mezza, cuyas viviendas son invadidas. Registran la casa de la madre de Aristóbulo Istúriz y este, sin temor, llama a la prensa y afirma que se encuentra en su casa en un barrio popular y no teme a la policía que actúa fuera de la ley. Junto a María Cristina Iglesias, ambos ministros, denuncia que está en marcha un golpe de Estado y aclara que el presidente Chávez no ha renunciado.

El veterano dirigente Guillermo García Ponce, en ese momento jefe principal del Comando de la Revolución (que integran todos los partidos que apoyan el proceso), recibe amenazas diversas en su casa, pero decide quedarse allí con su maleta lista para ir preso si lo fueran a buscar, y no perder tiempo para promover la resistencia al golpe. Él sabe que el Comando de la Revolución, como sus partidos integrantes, carece de un plan de contingencia, y como otros dirigentes bolivarianos empieza a actuar sobre la marcha. Por ejemplo, el vicepresidente Diosdado Cabello se mueve en diferentes sitios, a fin de evadir la persecución.

También los órganos represivos logran retener a tres de los cuatro llamados «pistoleros de Puente Llaguno», a quienes acusan de asesinos basándose en el video manipulado por Venevisión. En casi todos los casos los policías actúan con el apoyo de uno o dos fiscales antichavistas, sin anuencia institucional.

El gobernador de Táchira, Ronald Blanco, es destituido y hecho prisionero por los jefes militares del lugar, no sin antes denunciar valientemente que hay un golpe de Estado. Algo similar ocurre con el gobernador de Mérida, Florencio Porras, y se intenta hacer lo mismo con Luis Reyes Reyes, titular de Lara, quien moviliza al pueblo y los tres generales golpistas no pueden tomarlo preso.

Los dos casos de mayor repercusión pública son el del ministro de Interior y Justicia, Ramón Rodríguez Chacín, y el del diputado y poeta Tareck William Saab, víctimas de sendos operativos que transmiten en vivo de manera impúdica las emisoras de televisión y radio.

El 12 de abril, aproximadamente a las 4:00 a.m., cuando el Presidente salió hacia Fuerte Tiuna, Rodríguez Chacín había decidido unirse a la resistencia armada que él sabía surgiría luego del golpe fascista. Opta por reposar unas horas y esperar la noche para movilizarse, ante el agotamiento físico que presenta por no haber descansado ni dormido en los últimos días, pues además de la convulsión política había acompañado y velado a su padre, quien falleciera el 9 de abril. Despide a su escolta y se dirige solo a un apartamento que creía seguro en la urbanización de Santa Fe, en el este de Caracas. En el momento de abrir la reja del estacionamiento, el vigilante —que se encuentra en la caseta del edificio— lo identifica y avisa a la policía de la alcaldía de Baruta.

Los alcaldes Henrique Capriles Radonski (Baruta) y Leopoldo López (Chacao), reciben la información y resuelven ellos mismos conducir el operativo policiaco, ansiosos por ganar méritos ante el gobierno de facto. La policía de Baruta rodea el edificio donde se encuentra el ministro, bloquea sus salidas y coloca francotiradores que cubren las ventanas del apartamento de Chacín. Los alcaldes orientan llamar a los canales de televisión y correr la voz

entre los vecinos para que se aposten en la entrada del edificio y azuzarlos contra el gobierno depuesto y el ministro acorralado.

Creadas las condiciones, tocan a la puerta diez policías fuertemente armados y conminan al ministro a entregarse, diciendo que cumplían órdenes de los alcaldes Capriles Radonski y Leopoldo López. Chacín les dice que no se entregará y exige que los alcaldes se presenten a detenerlo. En un principio estos se niegan, pues tienen miedo. Él les traslada confianza de que no les hará daño, y aunque muy nerviosos, entran solos al apartamento. El ministro les pide una orden de allanamiento de la morada o de aprehensión contra su persona, formalidades que no habían cumplido, y los alcaldes le expresan que no podían satisfacerlas. Ante los hechos consumados, Chacín solicita por lo menos la presencia de un fiscal del Ministerio Público, a lo que ellos acceden y al rato traen a un joven fiscal que no había sido comisionado por ninguna autoridad superior, y llega con una actitud muy agresiva, por lo que Chacín decide calmarlo, recordarle que él debería ser un garante de sus derechos, aun cuando no había sido designado por autoridad competente alguna. Cumplido ese requisito, Chacín le entrega al alcalde Radonski una pistola de su propiedad y otra que le había dado en custodia el Presidente de la República, cuando decidiera presentarse en Fuerte Tiuna.

Es en ese momento cuando se plantea la salida del edificio. Los alcaldes le recomiendan que utilice la puerta del frente, porque allí es donde están las cámaras de televisión, y Chacín advierte el riesgo físico de esa alternativa, pues debía atravesar una turba exaltada, que los propios alcaldes se habían encargado de agitar. Les propone por ello abandonar el edificio por el estacionamiento del sótano, en un vehículo. Los alcaldes no estuvieron de acuerdo, pues querían presentar al ministro como un trofeo y aparecer ellos como los héroes que lo habían capturado. Aun sabiendo el riesgo que corre, el ministro decide salir por el frente, esposado y a pie,

porque no le dejan otra alternativa y, además, razona: «Cualquier agresión que yo sufra va a revertirse en contra de los golpistas y en particular de estos alcaldes fascistas, que desconocen el estado de derecho y no tienen ningún impedimento ético o moral para lograr sus objetivos». Así ocurre: es víctima de bruscos empujones y golpes en la cabeza y otras partes de su cuerpo, sometido además a improperios y gritos de: «¡Asesino, asesino!». Un espectáculo típico de las hordas fascistas, cuyas imágenes le dieron pronto la vuelta al mundo.

Inicialmente lo trasladan al comando de la policía de Baruta en La Trinidad y después tratan de llevarlo a la DISIP. Chacín se niega, pues supone que lo van a asesinar: «La derecha fascista sabe quiénes son sus enemigos, y en consecuencia busca eliminarlos físicamente, como lo ha hecho siempre». Cuando arriba al sitio de reclusión solicita que le informen los cargos y ambos alcaldes convocan a un equipo de fiscales golpistas. Estos deliberan durante varias horas y no encuentran ningún delito que imputarle; no obstante, lo mantienen privado de libertad e incomunicado. Luego se le acusa de porte ilícito de armas y él muestra tres autorizaciones vigentes, hecho que es desestimado. También lo culpan de tener indebidamente un bien del Estado, o sea, el vehículo asignado como ministro.

En el lugar de detención, Chacín recibe la visita del general Ovidio Poggioli, quien alborozado le informa que es el nuevo director de la DISIP y que el presidente Chávez había renunciado, cosa que el ministro rebate de inmediato. Horas más tarde, el general Poggioli le comenta al exjefe de la DISIP Carlos Aguilera: «Oye, vale, te tengo una mala noticia, Rodríguez Chacín se suicidó en un calabozo de la policía de Baruta...». ¿Conocerían los alcaldes de Baruta y Chacao este macabro plan?

La detención de Tareck William Saab no fue menos arbitraria. Al igual que Chacín, había estado en Miraflores y de allí se trasladó para el apartamento de su amigo Luis Gómez —presidente del Poliedro— junto al diputado Pedro Carreño. Tareck decide irse para su casa al filo de las 8 de la mañana sin haber dormido ni un minuto. Quería ver a sus dos adorados niños, Yíbran y Sofía, y a Francis, su esposa. Los dos amigos le recomiendan que se quede. Carreño, uno de los capitanes que participara en la rebelión del 4 de febrero junto a Chávez, con más experiencia conspirativa que Tareck, le dice: «Te van a buscar a ti, por ahora tu esposa y los niños no corren peligro». El joven poeta y diputado, que además siempre fue un tesonero defensor de los derechos humanos, necesita ese encuentro afectivo y no escucha los consejos, decide buscar un taxi —que le resulta difícil conseguir— y se dirige a su casa propiedad de los suegros, sita en La Lagunita, uno de los barrios de la más rancia burguesía caraqueña. Iba, sin saberlo, a meterse dentro de la cabeza de una fiera exorbitada.

Al llegar, ve en la puerta un papel escrito a mano: «La Junta de Gobierno te solicita. Tareck, asesino». Los niños salen enseguida a besarlo, junto a la esposa que lo espera muy ansiosa. «Oye, vale, mira el papel que me dejaron», le dice a Francis y ella queda estupefacta. «Lo mejor es que yo me vaya de aquí», y prepara rápido la maleta.

Ya estaba despidiéndose de Yíbran y Sofía cuando Francis le dice: «Tareck, el vigilante del barrio está informando algo», y en pocos minutos llega una camioneta y un auto grande que cierran la entrada de la casa por la izquierda. Otra camioneta bloquea la salida del garaje y una más el acceso por la derecha. Había quedado sitiado. Eran cinco personas y empezaron a gritarle «asesino», «palestino», «terrorista», «vete para Arabia». Tareck piensa: «Coño, estos tipos son fascistas». Le dice a Francis que lo ayude a llamar a los medios, para denunciar esto, pero no le conceden la más mínima atención, a él, que siempre ha tenido excelentes nexos con la prensa.

Se asoma a la ventana del frente y ve con asombro que en pocos minutos la calle se llena de gente del barrio con palos, piedras y cadenas. Incluso, vecinos que conocían por años a su esposa y los niños, ahora parecían también bestias. El alcalde del municipio de El Hatillo habla con Tareck, y de forma respetuosa se dispone a buscarlo en una patrulla para ayudarlo a salir ileso, pero la turba no lo deja pasar y casi lo linchan aun siendo de la oposición. «Si eso es así con el alcalde, ¿qué será de mí?», se dice Tareck.

Al rato aparecen 20 motorizados de la DISIP, desplegados, con cascos, ametralladoras y las cabezas cubiertas con pasamontañas. «Son puros Rambos», le dice a Francis. «Mejor llévate los niños para su habitación, para que no vean ni corran peligro». Pronto irrumpen en la casa y el jefe del grupo mira a Tareck de frente: «Usted debe acompañarnos, tiene una entrevista con el nuevo director de la DISIP y después con el presidente Carmona». Tareck le dice que él es diputado y goza de inmunidad. El policía le responde con ironía: «Mire, diputado, colabore, es mejor para usted, pues si no viene, a esa gente que está afuera nosotros no la vamos a poder controlar...». El jefe de los Rambos señala hacia afuera y murmura con fingido aire paternal: «Es por el bien de su familia...».

Tareck se despide de los niños y de Francis, que los protegía uno a cada lado suyo, temblorosos. Tareck, como Chacín, atraviesa el callejón de la turba que también se ensaña con su generoso espíritu, gritándole barbaridades y tratando cada quien de golpearlo. Al comenzar a moverse dentro de la camioneta, Tareck observa que en la calle hay cámaras de televisión y periodistas. «Es increíble cómo actúan estos tipos; ahí están los camarógrafos, llegaron en minutos..., lo que nos viene es lo peor», razona y se queda en silencio hasta que llega al Helicoide, sede principal de la DISIP.

Sale esposado del vehículo y también ve que allí hay prensa. Él, que es un experto en el manejo de los medios, como un lince aprovecha la oportunidad y empieza a gritar que están cometiendo

un atropello a sus derechos humanos, que hay una dictadura. Un periodista le dice: «¿Usted va a renunciar?». A lo que contesta: «¡No, yo no voy a renunciar, el Presidente no ha renunciado!».

Lo llevan a una oficina que reza en la puerta Dirección de Investigaciones, destinada a los delincuentes comunes. Enseguida le caen encima unos policías que intentan quitarle la cartera, el celular y demás pertenencias, y él los enfrenta con los puños y clama por un fiscal. Cuando este entra, Tareck le dice: «Oye, vale, me están violando todos mis derechos como diputado y ciudadano. El trato que recibo es degradante». El funcionario es parco: «Tareck, colabore». Y el poeta comprende enseguida que es otro de los tantos fiscales adecos y copeyanos de la IV República, que apoyan sin pudor el golpe.

A tanto insistir Tareck, el fiscal le averigua de qué lo acusan.

—Estás en algo muy grave, apareces metido en un paquete.

—¿En qué paquete estoy yo?

—Te están investigando por posesión de armas de guerra.

Después de ese diálogo, queda incomunicado durante dos horas. Al cabo, entra el segundo jefe de investigaciones de la DISIP y le dice:

—Te vamos a sacar pronto, disculpa lo que ha pasado, hubo un error.

Tareck lo mira indignado: —¿Un error? ¿Y quién va a pagar las consecuencias?

—Tranquilo, colabora; no te pongas a decir que te metimos preso, o que te tratamos mal.

Pero no lo liberan. Lo llevan a una oficina donde hay un televisor y, de pronto, el diputado ve la señal de una transmisión en cadena, con una voz y una imagen diferentes a las del gobierno bolivariano. De inmediato, percibe el Salón Ayacucho y observa indignado el acto de autojuramentación de Carmona. Al cabo, el

policía lo mira, sonrío y le dice con sorna: «Bien, señor Tareck, como vio, ya usted no es diputado y no tiene inmunidad». El poeta respira hondo y hace silencio. «¿Y ahora qué, me irán a matar...?» Y en ese instante le sobreviene un verso suyo, como si fuera rócío del alma, que humedece su afable sonrisa y espanta todo lo sombrío:

[...] ya nunca el sueño será igual para vosotros/
después que secaron la afluencia del río/
apagaron el verdor/ y espantaron los pájaros/
un ruido de matanza flota en estos aires/
Ahora andamos por las calles desnudos/
Con sal en los ojos/
Caminamos/ Y entre dientes un cuchillo adorna
nuestra boca.

Pasan las 12 de la noche y en la madrugada Tareck sigue incomunicado, sin comer nada, aunque esperanzado porque ya habían pasado por la DISIP a interceder por él varios diputados, representantes de grupos de derechos humanos y algunos periodistas.

A las 4 de la madrugada entra un policía: «Nosotros no respondemos más por usted; se puede ir para su casa». Tareck reacciona sin odio. Imagina a sus niños con sus sonrisitas ingenuas y piensa que la hora no es tan mala, pues los vecinos estarían durmiendo. Le permiten llamar a algunos amigos; trata de conseguir que alguien lo lleve, mas ninguno quiere arriesgarse. «Es muy tarde, mejor espera a que amanezca», dicen, y con cuidado le comentan la represión desatada en Caracas. Tareck no entiende bien. De repente se ofusca y les exige a los carceleros: «Oye, vale, yo no tengo cómo irme de aquí. Ustedes me trajeron y ahora me llevan». Los policías consultan y autorizan a un chofer y un custodio.

Por el camino el chofer le dice: «Señor, no hemos comido nada, ¿por qué no nos convida a unas arepas?». Ya en la arepera,

le piden otras para los policías que quedaron en la DISIP. En total compra doce arepas. «¡Coño, increíble!, estos tipos te meten preso y después piden que les des comida...», piensa Tareck con una media sonrisa y también se dice, mientras deglute una arepa con carne mechada que le sabe a gloria: «Bueno, Tareck, al final ellos también son víctimas de la tragedia».

Tibisay Planchart es una mujer joven, de mirada amable y de temple resuelto. Su esposo Nicolás, de 26 años, fue detenido esa noche del 12 de abril por la Policía Técnica Judicial y ella está angustiada, sola con los niños, unos morochitos de cuatro años, Atahualpa y Jonás, y una bebé de dos años, Génesis. Ella permaneció el día anterior en su casa en Caricuao, al oeste de la ciudad, cuidando a sus hijos y vio con amargura por televisión todo lo que ocurría, mientras Nicolás estaba cerca de Miraflores como reportero de Radio Perola, un medio comunitario.

El 12 de abril en la noche Nicolás fue a su trabajo en un centro de rehabilitación de jóvenes, donde es maestro-guía, y ambos ya estaban preocupados, porque en la tarde habían allanado otro medio comunitario, TV Caricuao, y hasta torturaron al vigilante para ocupar el lugar. Al despedirse esa noche, Nicolás abraza a Tibisay con ternura y le dice: «Cuida a los niños y no vayas a salir, la vaina está mal». Ella lo besa en calma y le advierte con dulzura: «Cuídate tú también».

A las 9:30 p.m. Tibisay había dormido a los niños y veía la televisión cuando recibe una llamada inquietante de una compañera de Nicolás: la PTJ se lo había llevado detenido en el propio centro de rehabilitación de jóvenes donde hacía guardia. La amiga le cuenta los detalles: «Se lo llevaron encapuchado con su propio suéter y después lo movieron en un auto por la ciudad, mientras lo golpeaban». También le explica que con los «petejotas» no ha-

bía ningún fiscal, ni tenían orden de arresto; solo dijeron que se llevaban a Nicolás por orden de Miguel Dao, director de la Policía Científica y del presidente Carmona.

Una hora más tarde los petejotas llevan a Nicolás a su casa de Caricuao, que forma parte de una vivienda multifamiliar, en los altos de su madre. Tibisay los siente y ve que en el auto traen a su esposo. Tocan a la puerta y preguntan por la suegra. Tibisay les dice que esperen un momento y ellos le gritan: «¡Abre esa mierda de una vez!». Con sus manos temblorosas ella acciona el picaporte y de inmediato los policías ordenan que los adultos se queden en la sala y preguntan por la esposa del detenido. Tibisay, con decisión, les dice: «Soy yo», y esconde el miedo tras una mirada de ira. Enseguida le indican ir al dormitorio y ella les pide que primero le permitan sacar a los tres niños; pero los policías no le hacen caso, penetran con brusquedad y el ruido despierta a los infantes y la bebé comienza a llorar. Los agentes coaccionan a la joven: «¿Dónde está el armamento? Dinos en qué lugar está escondido el alcalde Bernal». Ella trata de sedar a la niña, le da un beso, la acaricia: «Génesis, tranquila, duérmete...». Y luego les responde: «Yo solo he visto a Bernal por televisión y nunca en mi vida he tocado un arma». Entonces la golpean en la cabeza con un zapato, le dan varias bofetadas y la halan por el cabello. Ella, aturdida, les pregunta: «¿Y ustedes por qué me golpean, no ven que mis niños están ahí?». Y un policía, con su cara surcada de muecas, le dice: «¡Tú como que crees que esta vaina es un juego!».

Tibisay observa que otro petejota saca de su chaqueta negra una bolsa transparente que contiene balas y la mete entre las ropas de un armario, creyendo que ella no lo había visto. «Mira lo que tu marido tiene aquí», le dice con mirada acusadora. «Eso no es de mi esposo, porque yo te vi cuando metiste la bolsa en las ropas». En respuesta el policía la cachetea con más saña, la lanza

al piso y la levanta por el cabello. Ella resiste el dolor, con rabia, desconcertada... mas no le corre una lágrima. Y enseguida trata de consolar a sus tres niños, que sí no cesan de llorar.

Uno de los esbirros le dice que va detenida y al bajar a la sala de su suegra ve que a los hermanos de Nicolás, que son menores de edad, los tienen con las manos en la cabeza, como si fueran delincuentes. La llevan al patio y allí está Nicolás, esposado y con la cara magullada. No los dejan hablar, ni tocarse; los golpean con sadismo, uno frente al otro, y ambos se cruzan miradas de amor, y resisten con dignidad. A él lo acusan de que había disparado en Puente Llaguno y finalmente deciden llevárselo solo, sin ninguna prueba o documento legal. Lo único que encuentran en su casa son dos discos con discursos de Chávez, una bandera nacional y la pequeña Constitución Bolivariana de Tibusay.

ABRIL 12, CARMONAZO

Al salir el sol, Carmona sale de Fuerte Tiuna hacia su residencia en la urbanización Santa Eduvigis con el propósito de descansar una hora, bañarse, cambiarse de ropa e ir para Miraflores. Varias llamadas telefónicas lo demoran, entre ellas la del expresidente Carlos Andrés Pérez, quien desde los Estados Unidos seguía eufórico cada detalle y estaba ansioso por aconsejar a su amigo. «Cambie toda la guardia de Palacio», le dice con su voz de acento tachirense, más altanera que lo habitual.

Al llegar a Miraflores, cerca de las 9:00 a.m., el regimiento de la Guardia de Honor, bajo el mando del comandante Jesús Morao, le rinde a Carmona los honores militares de rigor —enseña nacional y banda de guerra mediante—, y la voz de Morao suena igual que una sinfonía celestial en los oídos de Carmona: «¡Con vista al ciudadano Presidente de la República!» El nuevo jefe de la Casa Militar, el contralmirante Molina Tamayo, había asumido su cargo temprano en la mañana, acompañado de los integrantes de la unidad de Operaciones Especiales de la Armada, grupo entrenado para cumplir misiones en condiciones extremas. Una apreciación equivocada les hizo suponer a los golpistas que con esos militares y algunos civiles que Isaac Pérez Recao puso a disposición de Carmona, con armas largas y poses estilo Rambo, podía garantizarse la seguridad del flamante «presidente». Lo que no sospecha Carmona es que los muchachos de la Guardia de Honor aguantan sus lágrimas de rabia cuando le rinden honores y no han dejado de ser leales al presidente Chávez y a la Constitución Bolivariana.

Carmona traspasa la puerta dorada y respira el aire del despacho del primer mandatario con una sonrisa de satisfacción. Lo acompañan Molina Tamayo y un coronel del ejército de su

absoluta confianza, que nombrara subjefe de la Casa Militar. Allí están también Daniel Romero, quien fuera secretario de Carlos Andrés Pérez, y otros auxiliares. Carmona ya sabe que las computadoras no están activas, y solo funciona un teléfono, y que como es lógico el personal de confianza de Chávez no ha venido a Palacio. Antes de las 10 arriban a Miraflores el vicealmirante Ramírez Pérez, el general de brigada de la aviación Pedro Pereira, el general de división de la Guardia Nacional Carlos Alfonso, y le comunican a Carmona que el presidente Chávez se encuentra bajo custodia en una habitación de oficiales de la Policía Militar. Carmona sonrío. Le dicen que todo está bajo control y hasta su frente cansada parece destellar.

Después de las 10 llegan a Miraflores decenas de militares y civiles, casi todos en busca de ascensos, prebendas y cargos. Los primeros son el coronel Rodríguez Salas y el general del ejército Henry Lugo Peña, que le había pedido a Carmona su ascenso a general de división, alegando su papel en el golpe, y además que lo nombrara jefe del ejército, o adversaría al gobierno de transición. Por su parte, el coronel Rodríguez Salas dejó de custodiar a Chávez en Fuerte Tiuna y corrió para Miraflores a exigirle a Carmona su ascenso a general de brigada, esgrimiendo sus servicios a la conspiración golpista durante meses, su quehacer como abogado en la elaboración del decreto que se leería esa tarde, y también con la argumentación de que él había escrito la noche anterior el texto con la renuncia de Chávez. Carmona los escucha sin interrumpirlos y solo atina a decirles que él no conoce de asuntos militares: «Por favor, diríjense al ministro de Defensa que voy a nombrar esta tarde, que está aquí a mi lado». Y el vicealmirante Ramírez Pérez de manera hosca les responde: «No es el momento para esas cosas». Otros tienen mejor suerte, como Guaicaipuro Lameda, que se presentó a solicitar la presidencia de PDVSA y Carmona y los demás golpistas estuvieron de acuerdo.

Media hora después Carmona recibe a la dirigencia de la CTV, encabezada por Carlos Ortega, quien no podía ocultar el resentimiento en su cara de tortuga extraviada, porque hasta la mañana anterior el acuerdo era nombrar una junta de tres miembros: Carmona, él y un militar. Pero después en su ausencia, y con la anuencia del cardenal Velasco, se decidió que una sola persona encabezara el gobierno provisional golpista. Aunque en la reunión discuten el tema de mantener o no el aumento del salario mínimo anunciado por Chávez —por encima de la inflación anual—, Ortega sale molesto con Carmona porque no le asigna ningún cargo relevante, ni tampoco a otros dirigentes de la CTV. Después de ese encuentro, Ortega toma un avión privado y se va para el estado de Falcón, a su lujosa residencia, no sin antes declarar a la prensa en Miraflores su apoyo anticipado a la disolución de la Asamblea Nacional y la necesidad de integrar «un grupo plural, que dé viabilidad al nuevo país nacional».

Monseñor Porras es otro que pronto se acerca a Miraflores. Lo hace al mediodía, para hablarle a Carmona en nombre de varios diputados y dirigentes políticos, que supuestamente le garantizarían una mayoría calificada si decidía juramentarse en la Asamblea Nacional. A las 4:00 p.m., una hora antes de la autojuramentación, se presentan en Palacio esos diputados —miembros de Acción Democrática, COPEI, Convergencia y Primero Justicia—, pero Carmona no los recibe. Sus asesores le habían recomendado mantener la idea de disolver la Asamblea, pues al decir del jurista Allan Brewer-Carías —a quien Carmona llamó desde Miraflores para consultarle—, de lo contrario aquella después disolvería al propio Carmona. En verdad, los diputados aceptaron que se violara la Constitución respecto a la cadena sucesora del Presidente, y aunque insistían en propiciar que la imagen internacional fuera la mejor a fin de darle legitimidad al «cambio», su real preocupación era no quedarse desempleados.

Carmona lee antes de su autojuramentación las declaraciones que esa mañana del 12 de abril realizara el vocero del gobierno de los Estados Unidos, Ari Fleischer, sobre los sucesos del 11 de abril en Venezuela, y sonrío satisfecho:

Hubo una manifestación pacífica. La gente se reunió para expresar su derecho de pedir al gobierno venezolano una rectificación. Simpatizantes de Chávez dispararon contra esa gente y ello condujo rápidamente a una situación en la que él renunció. Yo no hablaría de interrupción constitucional en Venezuela, sino de rectificación constitucional.

Chávez presencia por televisión el acto bufonesco de la «autocoronación» de Carmona. Repugnancia y dolor agitan su espíritu. Percibe que en el Salón Ayacucho no está el cuadro de Bolívar, que los usurpadores habían retirado en simbólica decisión: en el fondo, fue lo mejor, porque de ese modo ellos reconocen que no podían ampararse en El Libertador. Allí está el ambicioso presidente de los empresarios, con su cara de ratón huidizo, bajito, de amplia calvicie y mirada que pretende ser pícara, entre asustado y eufórico, como el roedor de los experimentos, indeciso entre el apetecible queso y el temor al castigo eléctrico.

El Palacio que Chávez desbordara de pueblo y de fidelidad al Padre de la Patria se llenó de pudientes vestidos con ropas exclusivas de marcas, de medio centenar de altos oficiales con sus uniformes de gala manchados y políticos de la IV República, quienes junto a los otros invitados emitían pútridos olores, a pesar de la mezcla de perfumes exóticos que las señoras y caballeros se habían untado para la añorada ocasión.

Chávez ve a Daniel Romero leer el Decreto, y no sabe en ese momento que ese hombre vestido con elegante traje Armani, corbata

Sulka pinchada con una perla sostenida en un alfiler de oro, es la persona de confianza de Carlos Andrés Pérez. El enlace del expresidente con los demás golpistas es también uno de los artífices del documento, que ahora lee ufano, con su rostro de mayordomo macabro, o peor, de frío sicópata en el instante de cometer un horrendo crimen.

Mientras Romero vocifera el asesinato de la Constitución Bolivariana, los dueños y altos gerentes de empresas y bancos, los políticos de ultraderecha, militares traidores, algunos renegados de izquierda y oportunistas de toda laya que se empujan para ser visualizados por el usurpador, hacen retumbar el salón venerable con su algarazara de odio, venganza y felicidad. Tras los anuncios del vocero de Carlos Andrés gritan gozosos consignas de talante fascista con sus puños en alto, en gesto de victoria revanchista contra quien se atreviera a desconocer sus poderes y levantar la fuerza amorosa de un pueblo que al morir Bolívar, generación tras generación, se empeñó en no sepultarlo.

Chávez, por curiosidad, pulsa el control remoto y comprueba que todos los canales ahora sí respetan la cadena «presidencial» que divulga el «solemne e histórico acto de juramentación». Escucha los trece «Considerando», al igual que el resto del «Acta de Constitución del Gobierno de Transición Democrática y Unidad Nacional», que pronto devendría acta de defunción del régimen de facto.

Romero eleva su voz al leer la mentira número trece: «Considerando; Que Hugo Chávez Frías en el día de hoy presentó su renuncia al cargo de Presidente de la República ante el Alto Mando de la Fuerza Armada Nacional y que el Vicepresidente Ejecutivo de la República abandonó su cargo, con lo cual se ha configurado un vacío constitucional de poder».

El líder bolivariano lo oye atento y no se sorprende, solo murmura «farsantes» y sigue mirando la pantalla de cristal. «Artículo 1.-Se designa al ciudadano PEDRO CARMONA ESTANGA [...] Presidente de la República de Venezuela [...]». Exaltados aplausos,

vítos, puños en alto, sonrisa de pláceme del golpista. «Artículo 2.-Se restablece el nombre de REPÚBLICA DE VENEZUELA [...]». Otra vez euforia en todos los rostros. «Artículo 3.-Se suspende de sus cargos a los diputados principales y suplentes de la Asamblea Nacional [...]».

Y así, con bulla aprobatoria generalizada se reitera artículo tras artículo, hasta que Romero enuncia el 8: «Se decreta la reorganización de los poderes públicos, a los efectos de recuperar su autonomía e independencia y asegurar una transición pacífica y democrática, a cuyo efecto se destituyen de sus cargos ilegítimamente ocupados al Presidente y demás Magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, al Fiscal General de la República, al Contralor General de la República, al Defensor del Pueblo y a los miembros del Consejo Nacional Electoral [...]».

En ese instante la algarabía llega al clímax, mientras Carmona sonríe nervioso y levanta su bracito corto y así, en medio del entusiasmo revanchista, el vocero de los golpistas hace el último anuncio que esperan todos los presentes: «Artículo 9.-Se suspende la vigencia de los 49 decretos con fuerza y valor de ley dictados con la Ley Habilitante de 13 de noviembre de 2000».

Al final, Romero nombra una lista de «representantes de la sociedad» y pide que ellos avalen con su firma el «Acta» y que también lo hagan todos los presentes. Antes, Carmona se pone de pie, toma en su mano izquierda la autojuramentación, levanta el brazo derecho casi a noventa grados con la mano abierta de frente al público, empuja su testa sudada a pesar del frío aire acondicionado y emplea su mejor tono gutural al hacer una de las bufonadas más conspicuas de la historia contemporánea:

Yo, Pedro Carmona Estanga, en mi condición de Presidente del Gobierno de Transición de la República de Venezuela, juro ante Dios Todopoderoso, ante la Patria y ante

todos los venezolanos, restablecer la efectiva vigencia de la Constitución de la República de Venezuela de 1999 [...].

Muy cerca del bufón, siempre sonriente y con sus palmas desbordantes de satisfacción, Chávez ve al cardenal Ignacio Velasco, que es el primero en firmar el acta, «en representación de la Iglesia Católica». Luego lo hace el gobernador de Zulia Manuel Rosales, dizque por encargo de los demás colegas y así le siguen José Curiel, secretario general de COPEI, que se aboga el mandato de los partidos políticos, los presidentes de la Cámara de Comerciantes, de la Asociación Bancaria, de la Cámara Binacional Empresarial Venezuela-Estados Unidos, el vicepresidente de Fedecámaras, y la «comisionada de la sociedad civil». Alfredo Ramos, que estaba previsto lo hiciera por la CTV, recibió la orientación de Carlos Ortega de no firmar y se marchó. Después se armó una larga cola que duró dos horas, y casi cuatrocientos eufóricos triunfadores que se sentían en el Olimpo firmaron el documento, incluidas las acicaladas esposas de empresarios, militares y políticos quienes también querían dejar constancia de su regocijo y anotarse el punto.

Chávez deja de mirar el televisor un rato e indignado por aquel evento grotesco y los irritantes clamores de la jauría, delirante: «Gritan ¡democracia!, y están apuñaleando la democracia. Dicen ¡viva la Patria! Y están enterrándole el puñal por la espalda a la Patria».

ABRIL 12, MOVILIZACIÓN

Esa tarde, en Maracay, el pueblo chavista se despliega en torno a la Brigada de Paracaidistas, donde el general Baduel mantiene su firme posición de rechazar el golpe. Por su parte, el general Carneiro retorna a Fuerte Tiuna temprano en la mañana e inicia los contactos con los comandantes de unidades y algunos altos oficiales, que coinciden en que se haga respetar la Constitución y exigen que se les muestre la renuncia firmada por el presidente Chávez. El primero que se lo expresa es el coronel Lameda Hernández, a quien los golpistas habían designado sustituto de Carneiro al frente de la estratégica Tercera División: «Mire, mi general, a usted lo quieren detener; me han pedido que yo me quede al mando de la División y dicen que me van a ascender, pero mi decisión es mantenerme junto a usted hasta las últimas consecuencias».

Después del acto en Miraflores, en Fuerte Tiuna aumenta el desorden. La situación se hace más incontrolable a los golpistas cuando Carmona anuncia esa misma noche los miembros del Alto Mando, y ello suscita frustraciones y rencores diversos entre los propios militares golpistas. El primer marginado fue el general Vázquez Velazco. Los comandantes de regimiento y otros oficiales constitucionalistas, al conocer la noticia de que Chávez no había renunciado, levantan sus voces para solicitar ver el documento firmado. Además, cuestionan la abolición de todos los poderes y comienzan a decir que se había establecido una dictadura. Los comandantes, puestos de acuerdo, llaman por teléfono a Vázquez Velazco y le proponen una reunión y este, que a su vez está molesto, acepta convocarla para el siguiente día, sábado 13, a la 1:00 p.m. Así, el escenario militar inicia un giro vertiginoso.

El acto de autojuramentación derramó aún más combustible a la llama de ira popular que empezara a propagarse en el transcurso de la tarde, al par que entre la mayoría de los militares. De manera rápida la gente supo de las declaraciones de María Gabriela e Isaías. Llamadas telefónicas y por celulares, mensajes de texto, correos electrónicos, la emisora radial Fe y Alegría y algunos medios comunitarios que sí informan, junto al más importante, «radio bamba», van disipando con rapidez el misterio.

Guillermo García Ponce, que preside el Comando de la Revolución, desde su casa realiza diferentes gestiones para contribuir a la movilización de los Círculos Bolivarianos y ponerse de acuerdo con los demás dirigentes de los partidos que forman esa instancia política. Habla, por ejemplo, con María León, secretaria permanente del Comando; con Emma Ortega, dirigente campesina; con algunos gobernadores y con Adán Chávez, quien le expresa que se haga cargo de la conducción, por sus experiencias en organizar luchas en el pasado. Adán hace saber a otros el papel de Guillermo y este comienza a recibir constantes llamadas. Por su parte, varios dirigentes bolivarianos, aunque con extremo cuidado y la mayoría ocultos para evitar la represión desatada, se van comunicando entre sí y coinciden en promover por sus vías la movilización popular.

Desde los barrios de Caracas próximos a Fuerte Tiuna, durante la tarde avanzan hacia allí miles de personas, que se congregan en la alcabala 3 y repiten una frase principal: «¡Queremos ver a Chávez!». También en otros puntos de la ciudad se movilizan miles de chavistas, que son reprimidos por la Policía Metropolitana, con un saldo de decenas de muertos y heridos.

Manuel Antonio Chirino es una de esas víctimas a sus 38 años recién cumplidos el 11 de abril. Es un hombre muy delgado y de talante optimista, tal vez por la dicha de tener ocho niñas entre tres y trece años. Vive en el barrio de La Morán, en una humilde casa de paredes de madera y otras de adobe.

Son las 8:30 p.m. y Manuel Antonio ve desde su morada en lo alto del cerro que están quemando cauchos en la avenida Morán y gritando: «Liberen a Chávez», porque ya se sabía que lo tenían secuestrado. Cuando Manuel Antonio vio lo que sucedía en la calle, enseguida pensó que su esposa estaba allí con el carrito que ellos utilizan para vender cachapas, que tiene un recipiente de gas para cocinar, y corría el riesgo de que explotara con la candela.

Ya junto a ella, mientras guardan el carrito, perciben que se acercan policías metropolitanos y todos los que están en la avenida corren a guarecerse en sus viviendas del cerro mientras les disparan como si fueran conejos en estampida, con armas largas y cortas. Ellos tratan de protegerse en cualquier parte, pues aquello parece la balacera de una película de gánsters. Por fin hay unos minutos de calma y Manuel Antonio decide avanzar hacia su casita con la esposa, pensando en sus niñas que deben estar muy asustadas; de repente se reinicia la cacería y una bala de fusil impacta su columna vertebral, y queda inmóvil.

Desbordes populares y represiones policiacas como la de La Morán se repiten durante la noche en diversos barrios y parroquias: Coromoto, Sucre, 23 de Enero, Propatria, Blandín, San Martín, Catia, Petare, autopista Caracas-La Guaira, Guarenas y Guatire, y otros sitios, donde habitan más de dos millones de personas, casi todas chavistas.

Una de las manifestaciones más nutridas ocurre en El Valle, al otro lado del puente que conduce hacia Fuerte Tiuna. La gente asegura que los militares tienen secuestrado al presidente Chávez y piden que lo liberen. El número de personas crece raudo en varios miles junto con la ira, porque los militares no dicen nada y los medios audiovisuales están ausentes. «Nosotros queremos un país en paz, digno y decente; deben respetar que nuestro Presidente ganó con cuatro millones de votos», dice Pablo Brito al diario *El Nacional*, que sí reportó en parte los hechos del día 12 de abril, aunque ocultó la criminal represión policiaca.

Cerca de las 9:00 p.m. los manifestantes que están en las adyacencias de Fuerte Tiuna deciden atravesarse en la autopista Valle-Coche, frente a la instalación militar, y allí ondean banderas venezolanas y gritan con fuerza atronadora: «¡Chávez, Chávez!». Algunos enarbolan pancartas, hechas con cartulina, en las que denuncian que Chávez está secuestrado y exigen su libertad. Otros letreros dicen: «Chávez, amigo, el pueblo está contigo», «Queremos que salga, para que nos diga la verdad sobre su renuncia», «Lo queremos en la calle, para seguir luchando», «Lo queremos luchando a nuestro lado»... Pronto llegan las jaulas de la Policía Metropolitana en compañía de la Ballena. Apostados en la alcabala 3 de Fuerte Tiuna, lanzan granadas lacrimógenas por doquier y algunos policías disparan con rencor sus armas de fuego, impactando quién sabe a cuántos seres humanos como Manuel Antonio.

Chávez oye a lo lejos un rumor y se persuade: «Ese es el pueblo». Así como los llaneros aprenden a oír el deslizamiento de una serpiente entre las hojas o intuyen la lluvia por «el viento de agua», él tenía sus oídos aguzados para escuchar cualquier señal del pueblo. «Ese es el pueblo», murmura seguro y orienta su oreja a la alcabala 3, que da hacia las barriadas de Coche y El Valle, a un kilómetro en línea recta de la Policía Militar, donde él se encuentra. En ese momento entra a su habitación un joven oficial, le entrega una piedra de cuarzo triangular y le dice muy serio: «Téngala y frótela, que eso le da fuerza». Chávez le agradece y sigue atento a los ruidos. Escucha soldados caminando rápido, que al parecer iban para la alcabala del fuerte desde donde venía el rumor de pueblo y oye también un disparo. Se alarma. «¿Irán a masacrar a esa gente?», duda impaciente. «¿Qué es eso que se oye por allá lejos?», indaga al oficial. El joven sale, mira, regresa y le dice: «No, no se preocupe, no es nada, son unos soldados que están trotando», y Chávez al mirarlo percibe que no le está diciendo la verdad por temor a una represalia.

Los golpistas se inquietan. En los cerros, el silencio nocturno y la brisa que corre del Ávila hacen que los clamores y cacerolazos de respaldo a Chávez se escuchen con más nitidez. También se acercan a Palacio los primeros grupos de personas a protestar contra Carmona y reclaman ver a Chávez. Los sediciosos temen que el pueblo bolivariano ingrese al fuerte a rescatar al prisionero, y al anochecer deciden en forma apresurada trasladarlo de lugar. Conocen que en Maracay los militares y el pueblo rechazan el golpe, y las informaciones que reciben del resto del país les indican que esa misma posición predomina entre los comandantes de batallones, otros altos oficiales y la tropa.

ABRIL 12, TURIAMO

Al anochecer, un oficial le dice a Chávez: «Mire, lo vamos a mover de aquí para otro sitio, pero no se preocupe, va a estar bien». Y por segunda vez, ante la inesperada noticia, Chávez presiente que lo van a matar. Primero lo trasladan a un edificio donde radica el Batallón de Seguridad. Allí lo hospedan en la habitación del comandante, quien de inmediato entró a sacar su ropa, pero a los diez minutos le dicen: «No, la orden es ir a otro lugar». Entonces siente las hélices de un aparato que aterriza en el helipuerto del ejército y lo trasladan para allí. De pronto, se encuentra dentro de un helicóptero de la armada, que con sus luces especiales de vuelo nocturno se desplaza hacia un punto que Chávez desconoce.

El plan inicial de los golpistas consistía en trasladarlo a La Orchila en helicópteros de la aviación, pero supieron que los pilotos habían decidido ponerse de acuerdo con sus mandos de la fuerza aérea para conducir al Presidente hacia Maracay, donde radicaban los militares opuestos al golpe.

Nadie le explica a Chávez adonde lo llevan, ni él pregunta. Al principio le parece que el helicóptero va rumbo al aeropuerto de Maiquetía, y hasta supone que lo van a sacar por la fuerza del país; sin embargo, el equipo gira rumbo oeste y vuela sobre la línea de la costa, que él ve con nitidez porque la noche es clara. Entonces deduce que se dirigen a Puerto Cabello o Turiamo e imagina que ese inesperado traslado tan tarde en la noche es porque lo van a matar y los 40 minutos que dura el vuelo le parecen que son equivalentes a sus 47 años de vida. Lleva el crucifijo en las manos, lo acaricia tranquilo, listo para morir, y piensa en sus seres más queridos, en los amigos y sobre todo en el pueblo, y en los niños venezolanos por los que tanto había que hacer. Se dice: «Llegó

el momento». Y comienza a rezar el Padre Nuestro. «Me llegó la hora, pero voy a morir por ser fiel a mi pueblo».

Al aterrizar en la instalación naval de Turiamo no sabe dónde se encuentra y le martilla aún más en su cabeza la idea de que lo van a asesinar. El equipo se posa en un sitio oscuro, al lado del mar. Chávez respira el salitre y ve la arena de una playa. Le confirman que está en Turiamo, en el estado de Aragua, y calcula que ha recorrido casi cien kilómetros. Desplazándose en la penumbra, lo llevan a una casita pequeña y allí se queda solo, custodiado por unos inquietos marineros apostados fuera, a 5 metros. De repente, distingue que se aproxima desde más allá del helicóptero un vehículo con las luces encendidas, detiene la marcha frente a la casita, apaga las luces y entre las sombras Chávez aprecia que se acercan quince o veinte soldados con fusiles al hombro, y los percibe tensos. «Estos tienen órdenes de fusilarme», piensa ante la extraña situación. Al rato un oficial le dice que lo llevarán a la residencia presidencial, ante lo cual Chávez hace un gesto leve de asombro, porque no sabía que allí existía esa instalación.

Lo montan en una camioneta; él va detrás con un oficial y un soldado al timón. Avanzan por una estrecha carretera oscura, se paran frente a la casa de marras, el oficial se baja y dialoga en voz baja con otros que están allí y sale enseguida, diciéndole a Chávez mientras se movían otra vez en la camioneta: «Vamos hacia el regimiento de Operaciones Especiales de la Armada». Se trata de la misma unidad de acciones especiales que tenía un grupo de efectivos en Miraflores para proteger al usurpador Carmona, compuesta por hombres entrenados en misiones extremas de combate, a la que también le habían asignado custodiar al prisionero desde que saliera de Forte Tiuna. Chávez se entera de que a sus anfitriones en Turiamo les habían avisado a última hora que él iba hacia allí y por eso no tenían nada preparado, ni siquiera un cuarto, y las llaves de la residencia presidencial no aparecían. Incluso hasta

le piden disculpas. «No te preocupes, vale, me pones un colchón en aquel pasillo y yo duermo allí», dice en tono jocoso. «Preso es preso, yo he pasado por estas situaciones...».

Mientras espera en el patio le traen una silla y se sienta a pensar, mirando las estrellas con las que tantas veces ha conversado, y de soslayo, de vez en vez, percibe a los soldados que se asoman a verlo, extrañados, sin entender nada. Pide un café y lo sorbe con fruición, extasiado con el rumor de las olas y el radiante cielo. Se detiene en una estrella cercana, busca en su brillo las respuestas: «¿Cómo estará mi familia? Dios, ¡cuídamelos! Mis hijos, mi nieta, mis viejos, María Isabel, mis amigos y compañeros más cercanos...». Piensa en Diosdado, con quien había hablado por última vez en la noche del 11; en Rodríguez Chacín, que lo habían sacado esposado de su casa; se imagina la razia que se había desatado; al querido poeta Tareck William llevado preso a la DISIP; y teme que el pueblo estuviera sufriendo una terrible represión.

Y de súbito, sentado a la orilla de la bahía, absorto en aquella prodigiosa estrella con la que mantenía un solitario diálogo, un fulgor del astro ilumina su mente: «Tranquilo, Hugo, que ese pueblo y esos muchachos militares a quienes tan bien conozco no se van a calar este atropello. Algo tiene que ocurrir. No puede ser que tanto esfuerzo vaya a perderse así, no puede ser que el empeño de tanto tiempo y tanta gente, que dio nacimiento a la Constitución Bolivariana y a la V República, vaya a desaparecer de un plumazo, así facilito... ¡No puede ser!», murmura esas tres últimas palabras, y en ese instante el cielo le parece más cercano y presente que algo salvador tenía que ocurrir.

Esa noche, a las 11:00 p.m., el maestro Luis Herrera Ramírez, que es responsable de los servicios generales del lugar, recibe la orden de preparar el camarote 13 para el segundo comandante, y al instante informa que está muy deteriorado. Le insisten: «¡No! ¡Tienes que arreglarlo!». Sale a cumplir la orden y va a buscar

unos soldados para que lo ayuden. Al pasar por el patio ve sentada a una persona mirando hacia una estrella y le dicen: «Ese es el presidente Chávez, lo trajeron para acá». Y sin pensarlo dos veces, el maestre le comenta a los soldados: «No, al Presidente no podemos meterlo ahí, vamos a arreglar el número 12 que es donde yo duermo».

Al llegar Chávez al lugar tampoco está lista la habitación, y él les insiste a los muchachos: «Por mí no se preocupen, yo duermo en cualquier parte». Pero ellos se afanan en limpiarlo y arreglarlo bien, y al verlos Chávez toma la escoba y ayuda a barrer. Al rato le informan que tampoco se quedaría allí y lo conducen a la enfermería de la unidad, donde finalmente durmió. En ese sitio trabajan una doctora, una enfermera y otro muchacho también enfermero. Lo ubican en el área de reclusión de los pacientes, donde hay una cama, una silla, una mesita y el baño. Al conocer el maestre que Chávez no había comido, manda que le preparen un pollo.

A las 11:15 p.m. hora de Cuba (10:15 p.m. en Venezuela), la hija de Chávez llama a Fidel, esta vez aún más angustiada. La voz de María Gabriela tiene un acento trágico y Fidel no deja que termine sus primeras palabras:

—¿Qué ha ocurrido?

—A mi padre lo han trasladado de noche en un helicóptero, con rumbo desconocido.

—¡Rápido! —le dice Fidel—, en unos minutos hay que denunciarlo con tu propia voz.

El periodista Randy Alonso se encontraba en una reunión con el Comandante y este le orienta que proceda igual que en la mañana. Por primera vez se conocería así la noticia en el mundo sobre el misterioso traslado de Chávez, y también se filtraría pronto a Venezuela.

ABRIL 12, EMBAJADA

A las 8 a.m. del 12 de abril —apenas cuatro horas después de quedar preso en Fuerte Tiuna el presidente Hugo Chávez— un conocido terrorista de origen cubano realiza una llamada telefónica a la embajada. Afirma: «Soy Salvador Romaní, y me dirijo hacia la embajada a tomarla con un grupo de personas». De ese modo comienza la hora cero del plan fascista contra Cuba, sincronizado y coordinado por los jefes de Romaní en Miami con sus contrapartes de Venezuela.

Raudo, instruyo a un funcionario que informe —vía telefónica— a la policía de Baruta y que solicite custodia urgente. También pido que me comuniquen con el alcalde Henrique Capriles Radonski, y nos dicen que no se encuentra ubicable. Le dejamos el mensaje: nunca respondió.

Nuestro compañero habla con el jefe de operaciones de la alcaldía, el comisario Osvaldo García, quien queda en reaccionar en 10 minutos y no lo hace. Volvemos a insistir, y entonces García expresa que está en camino una comisión policial para proteger la embajada. Nuestra sorpresa es grande al ver que tal comisión la integran tan solo dos policías.

A las 8:30 a.m. aparece ante la puerta principal de la embajada otro connotado terrorista: Ricardo Koesling. Sintiendo y mostrándose parte del sangriento poder recién implantado, este abogado venezolano ligado a las peores causas y a sueldo de la mafia cubana de Miami, en tono arrogante le dice a un funcionario nuestro que en breve empezarían a acercarse muchas personas para tomar la embajada, en virtud de la presencia en ella del vicepresidente del gobierno derrocado Diosdado Cabello y otros dirigentes del régimen. Alude además al pretexto echado a rodar desde el

martes 9 de abril: la supuesta distribución de armas por parte de la embajada. Koesling, parado fuera de la puerta principal, intenta registrar a uno de nuestros funcionarios —Felipe Gil—, que venía de su casa con un maletín de artículos personales: «Tu no vas a registrar ni cojones, ¿oíste?».

Desde ese momento, y de manera orquestada, por varios medios de comunicación comienzan a repetirse las mismas infamias. Entretanto, los dos policías de Baruta, cruzados de brazos, escuchan impasibles las aseveraciones de Koesling y observan con la misma actitud displicente cómo empiezan a llegar decenas de personas para sumarse a las tropelías que crecen a gran velocidad. Uno de los policías pregunta al otro con cierta angustia: «¿Y aquí, qué va a pasar, vale?». Su colega mira a Koesling y a los primeros convocados que llegan, levanta los hombros y las cejas en gesto de preocupación y se aparta varios metros de la entrada indicándole al otro que haga lo mismo.

A las 11:00 a.m. aumenta de manera exponencial el tamaño de la turba, hasta alcanzar más de mil personas, a partir de las gestiones que realizan los fascistas venezolanos y de origen cubano, respaldados por varios de los principales medios de comunicación del país. La horda enardecida desborda por minuto sus furias y rencores. Antes del mediodía, algunos de sus miembros más salvajes cortan la electricidad y el agua de la embajada y el consulado.

Las cámaras de televisión filman los hechos violentos que ellos realizan y las muecas de sus rostros retorcidos por el odio: expresiones típicas de los sádicos de las peores dictaduras. Todo ello va quedando registrado en imágenes y voces; en vivo, primero, y después repetidas por las televisoras de Venezuela y el mundo: «¡Van a tener que inventar comida plástica!», proclama con placer inaudito Salvador Román. Mientras otro fascista, el joven Juan Cristóbal Romero Iribarren, expresa algunas frases

que pasarán a la historia más siniestra de Venezuela: «¡Se van a tener que comer las alfombras, las sillas y las mesas [...] porque no les va a entrar comida, no les va a entrar agua [...] les vamos a cortar la luz...!». En ese instante me encuentro hablando con el canciller cubano Felipe Pérez Roque y de repente nos quedamos sin electricidad; le digo a secas: «Ya no tenemos agua ni electricidad, de ahora en adelante puede suceder cualquier cosa». Y le agregó: «Estamos listos para todo».

Salgo al pasillo que está frente a mi oficina y me conmuevo en la penumbra a uno de nuestros infantes —Karel Díaz Linares—, de apenas nueve años, cargar junto a su mamá bolsas de nailon llenas de papeles destinados a incinerarse. Ante el peligro tan desmesurado e inminente, los niños cubanos que están con nosotros en la embajada y en la residencia son nuestro mayor dolor y, a la vez, el más hermoso orgullo. Recorro varios locales, reviso las posiciones de cada compañero y confirmo el quehacer sereno y consciente de todos. Nadie está descontrolado, a pesar de que llevamos cuatro noches sin dormir y sentimos la inmensa preocupación de que pudieran asesinar al presidente Chávez. A cada instante me venía a la mente su voz triste y firme, cuando hablamos al despuntar la madrugada.

Subo al segundo piso y desde una ventana bien protegida miro hacia la calle. El sol cae perpendicular y el calor sofocante pareciera acrecentar los ímpetus salvajes de los fanáticos. Román y Koesling participan en todo. Contemplan sonrientes a los demás fascistas, instigados por ambos, cómo despedazan varios automóviles; a alguien lanzarse hacia dentro de uno de los autos rompiendo con su cuerpo el parabrisas —y salir después en estado de éxtasis—; a una mujer golpear con furia a otro vehículo con el mástil de una bandera venezolana, que dejó así de ser la suya; a un tercer sujeto arremeter contra la puerta de la sede; a varios tirar piedras y partes de los vehículos hacia dentro de la embajada, o

pintar consignas y letreros amenazadores e incoherentes, propio de un manicomio exorbitado.

Un dato revelador. En el clímax de su arrogancia, Román declara por televisión frente a nuestra embajada la decisión pinochetista que Carmona anunciaría seis horas más tarde: la disolución de todos los poderes públicos. No es una mera coincidencia. Se trata de la inequívoca demostración de que quienes dirigen el asedio y asalto a la misión diplomática cubana son parte del mismo plan golpista.

Pasada la 1:30 p.m. el desenfreno llega al extremo más peligroso y crítico. La euforia y el rencor de los manifestantes transgreden los límites de la racionalidad, bajo los efectos de los líderes manipuladores y de la droga y el alcohol en no pocos. Fuera de sí y de manera ininterrumpida, gritan diversas consignas: «¡Vamos a entrar!» «¡Ni un paso atrás!» «¡Los sacamos esposados!» «¡Ase-sinos, saquen a Diosdado!» «¡Ni una gota de petróleo más para Cuba!», y otras irrepetibles. Algunos, ebrios de odio, golpean la puerta de entrada con el afán de derribarla.

Entretanto, detrás de la embajada un grupo de terroristas viola la propiedad de una vivienda deshabitada, con el fin de incendiar nuestra sede. Actúan así luego que los vecinos de ambos lados les negaran acceder a sus patios para desde allí lanzar los cocteles molotov y derramar gasolina contra las puertas del inmueble. Es el otro propósito macabro: quemar la embajada y todas las personas que allí estamos, entre ellas mujeres y niños. Por tratarse de una violación a una casa privada, los policías de Baruta deciden impedir el acceso.

Esa áspera realidad de violencia encegueda, de oscuras pasiones desbordadas, contrasta con la supuesta intención de los manifestantes de defender la libertad y la democracia. Quienes allí se ufanan de ser miembros honorables de la «sociedad civil» y auspiciadores de protestas y marchas pacíficas como la del día anterior, muestran —en el trance de sus conductas— sus verdade-

ras entrañas. Quedarán para la historia aquellas imágenes impactantes y deshonrosas en que el fascismo venezolano evidenció su presencia real en el país. Y nunca podrá olvidarse, tampoco, que aprovechó la coyuntura de unas horas, en que sus seguidores pensaban que había llegado el momento de la razia, para luego replegarse cobardemente ante el empuje del bravo pueblo venezolano.

Enseguida que empiezan a verse por televisión las imágenes de lo que acontece en torno a la embajada, nuestros teléfonos no cesan de sonar con llamadas de amigos y otras personas que nos manifiestan su solidaridad e intenciones de acercarse para repeler a los agresores. En todos los casos, agradecemos el gesto y pedimos evitar enfrentamientos. A las personalidades diversas que nos llaman u otras que nosotros contactamos, les informamos las agresiones que sufrimos y el peligro de que ocurra un asalto a las sedes. Los diálogos telefónicos de nuestros funcionarios abarcan varios centenares de personas: embajadores, autoridades de las alcaldías de Baruta y Mayor, agencias de prensa y televisoras extranjeras, organismos de derechos humanos venezolanos, empresarios, monseñor Baltazar Porras y otras figuras religiosas, autoridades de Naciones Unidas, dirigentes políticos, algunos jefes militares, figuras de la cultura, directores de medios de prensa nacionales y el gobernador de Miranda. Incluso nuestra funcionaria Amarilys Hernández habla telefónicamente a las siete de la noche con el dictador Carmona Estanga y lo conmina a solucionar —de inmediato— la agresión a nuestras sedes.

La situación tiende a complicarse por minutos. A través de un altoparlante oímos varias voces de los agresores, dándonos una hora de plazo para abrir la puerta y permitir el ingreso de la horda o irrumpirían violentamente. Miro el reloj: son algo más de las 3 de la tarde. Ese ultimátum exacerba más a los fanáticos, quienes repiten sin desmayo la nueva amenaza: «¡Vamos a entrar!», «¡vamos a entrar!».

Dentro de la embajada cada compañero tiene muy bien definida su misión. Estamos firmes, con los nervios tensos y dispuestos a actuar —incluso al precio de nuestras vidas— para impedir que se viole la soberanía de nuestra patria. Mantenemos una comunicación permanente con la dirección del Partido y el Gobierno, en especial con Fidel. El Comandante en Jefe no deja de orientarnos en ninguna circunstancia. Sus palabras e interés constante por todos los detalles nos alientan y fortalecen cada átomo de nuestras convicciones.

Al escuchar el ultimátum desde el segundo —y último— piso de la embajada, comienzo a recorrer los lugares donde se encuentran los distintos compañeros. Puntualizo a cada uno las orientaciones e imparto a todos la orden de estar listos para defendernos ante la inminente agresión, porque no íbamos a permitir que tomaran nuestra sede ni hacer ninguna concesión.

Solo podemos observar, de manera parcial, lo que acontece en la calle y en los alrededores. Nuestras cámaras habían sido ennegrecidas por el corte de la electricidad, y el muro nos impedía percibir parte de los movimientos externos, aunque ciertos amigos infiltrados allí nos informaban datos por los celulares, que completaban nuestra apreciación. Ni siquiera respondemos verbalmente a las agresiones. Desde las ventanas miramos con suma discreción la jauría humana y sentimos lástima hacia muchos de sus integrantes, que son instigados sin conciencia plena de sus actos aborrecibles. Sin perder un minuto recorro las posiciones de mis compañeros, y escucho que los fascistas recuerdan su amenaza: «¡Ya faltan 50 minutos!».

Me dirijo hacia la planta baja. Al descender las escaleras, de repente, me salen del alma las estrofas de nuestro Himno Nacional. Todos me acompañan desde sus posiciones y es cuando único se oyen bien alto nuestras voces, porque sin ponernos de acuerdo también queríamos que los fascistas escucharan el clamor:

¡Al combate corred, bayameses,
que la Patria os contempla orgullosa,
no temáis una muerte gloriosa,
que morir por la Patria es vivir!

De súbito, cuando llego al *lobby* a precisar los detalles finales con los dos compañeros que se encuentran a pocos metros de la puerta principal, listos para repeler a quienes intenten entrar, escucho unas voces procedentes de la calle, que por medio de un altavoz piden dialogar y dicen que son gente pacífica y no quieren que se usen las armas. Nos indican —con aparente seriedad— que allí se encuentra el general (golpista) Damiani Bustillo y funcionarios de las alcaldías de Baruta y Mayor. Insisten en dialogar y los escuchamos con atención, tratando de entender lo que ocurre afuera. Un compañero dice: «Eso es mentira, lo que quieren es que abramos la puerta para tomar la embajada». Y yo pensé: «Tenemos ante nosotros el escenario clásico, primero el empleo de la fuerza, después un ultimátum, y ahora la propuesta de conversar». Les digo a los compañeros que cuidan el acceso principal hacia el interior del edificio: «No se muevan y estén más atentos; puede ser una maniobra para sorprendernos».

Medito algunos segundos qué hacer y me doy cuenta de que aunque no teníamos ninguna garantía sobre las intenciones verdaderas de esas personas, de ningún modo debíamos declinar la menor posibilidad de impedir una tragedia. Por eso, en breve, llamo a La Habana a fin de solicitarle autorización al Comandante en Jefe Fidel Castro para dialogar. Con su proverbial sabiduría y experiencia de tantas batallas, él me formula las preguntas necesarias. De inmediato acepta que conversemos, pero antes debemos garantizar que esas personas entren sin abrirles la puerta. Fidel indaga si tenemos una escalera y al responderle que sí, orienta que la utilicemos puesta en el muro, y que de ese modo los supuestos dialogadores accedan a la embajada.

No pierdo un segundo y corro hacia el jardín. Allí estaba, sobre la hierba, la escalera de aluminio. Avisto a uno de nuestros más jóvenes funcionarios, Elio Perera, y le oriento su misión. Con ayuda de otros, se sube al muro y sentado a horcadas sobre este empieza a comunicarse con los interesados en conversar. La turba lo percibe desde la calle y comienza a lanzarle piedras y a ofenderlo: «Ya tienes un pie en la libertad, acaba de bajar». Luego que nuestro compañero, de manera serena y valiente, pacta el procedimiento, los presuntos dialogantes suben uno a uno por la escalera que con nuestra ayuda Elio había trasladado hacia el lado exterior del muro. Así, con las condiciones que establecimos nosotros, ingresan a la embajada quienes dieron el paso de intentar, por otros medios, conseguir el mismo fin de someternos a sus presiones y humillaciones, violar nuestra soberanía y lograr revisar la sede.

Entran, primero, los funcionarios de la Alcaldía Mayor y de Baruta, y un sargento de la policía municipal a quien pedimos dejara el arma afuera. Nos piden que un canal de televisión filme el diálogo como testigo. Aceptamos e ingresan los técnicos de Televen. Sentados en los sofás del lobby, los observo muy tensos y solicito que nos expliquen qué sucede. Y comienza a fluir el diálogo:

EMBAJADOR: Quisiéramos, ante todo, que ustedes nos expliquen la presencia de este grupo de ciudadanos venezolanos frente a nuestra embajada. Desde hace varias horas sentimos personas haciendo afirmaciones y diciendo improprios, e incluso han destruido varios vehículos que tienen inmunidad diplomática —lo que es un delito grave en cualquier lugar del mundo. Además, amenazan con ingresar violentamente a la embajada. Todo ello significa una violación flagrante de las normas internacionales, de impredecibles consecuencias.

Tengo la convicción de que la mayoría de esos ciudadanos no se percatan de la gravedad de ingresar por la fuerza a esta sede diplomática —o a cualquier otra—, porque sería violar la soberanía del territorio nacional cubano. De acuerdo con las leyes internacionales —así lo regula la Convención de Viena—, los estados están comprometidos a proteger la integridad de las sedes diplomáticas. Este es un principio inviolable y todos los estados tienen que cumplirlo y deben estar interesados en que no se rompa, porque es un valor sagrado del derecho internacional.

Si una embajada es violentada por ciudadanos del país donde ella funciona, la responsabilidad recaerá en las autoridades de la nación receptora, con todas las gravísimas implicaciones que ello tiene.

Quienes estamos en esta sede, nos sentimos como si estuviéramos en nuestra patria, y nosotros los cubanos, como ustedes los venezolanos quieren a su patria, amamos a la nuestra. Y, por consiguiente, vamos a defender este pedazo de Cuba hasta las últimas consecuencias.

De lo que se trata ahora es de esclarecer las razones que han provocado esta peligrosa situación. Algo totalmente anómalo, que no comprendemos, y, por supuesto, esta conversación es entre personas que desean entenderse y evitar que se viole la soberanía de Cuba en este instante.

REPRESENTANTE DE LA ALCALDÍA MAYOR: Nosotros respetamos esa ley y la soberanía y le pido disculpas de que haya habido signos de violencia y les destrozaran los carros. Nosotros ya sufrimos destrozos durante tres años, sufrimos destrozos a la moral y a la vida de los venezolanos. Un presidente que salió de forma inhumana. Nosotros estamos aquí, simplemente, porque esas personas que están en la embajada violaron la ley.

EMBAJADOR: ¿Qué personas?

REPRESENTANTE DE LA ALCALDÍA MAYOR: Las personas que, su-
puestamente, están aquí y en el consulado.

EMBAJADOR: ¿Ah? ¡Ese es el tema!

REPRESENTANTE DE BARUTA: Se va a salvaguardar en todos los
términos a la embajada del Estado cubano, tanto a sus per-
sonas, como a sus propiedades. Se escapó un poco de las
manos de quienes estaban salvaguardando la propiedad
privada, el destrozo que se les hizo a los vehículos que yo
sé que gozan de inmunidad diplomática.

Nosotros vamos a cumplir los acuerdos internaciona-
les que hayan sido suscritos por el gobierno venezolano.
Lo único que queremos es, primero, que se nos aclare si
hay ciudadanos venezolanos dentro del recinto de la em-
bajada cubana. Segundo, queremos que, por favor, usted
nos aclare si están dispuestos a darles asilo a ciudadanos
venezolanos que lo soliciten ante el gobierno cubano.

[En ese momento llegan el alcalde Henrique Capriles Radon-
ski y dos acompañantes, quienes utilizan la escalera para entrar,
previa autorización. Yo los saludo, y se incorporan de inmediato
al diálogo].

EMBAJADOR: Bueno, comienzo por la segunda pregunta suya.
Si usted conoce el derecho internacional, debe saber que
tanto Venezuela, como Cuba, tenemos derecho a evaluar a
cualquier ciudadano que califique para recibir asilo polí-
tico. Eso es válido en cualquier sede diplomática de Amé-
rica Latina. Es un acuerdo al que nos debemos todos los
estados de la región. ¿Usted es abogado, alcalde? ¿Y usted
también? [Ambos asienten con la cabeza]. Entonces cono-
cen que este es un principio sagrado en América Latina

y el Caribe, que tiene una tradición de varias décadas: el
derecho a dar asilo, y eso lo determina el gobierno que asi-
la. De manera que su pregunta tiene una única respuesta:
haríamos lo mismo que Venezuela, Brasil o cualquier otro
país de América Latina.

Sobre la primera pregunta, le puedo afirmar que no se
encuentra en la sede diplomática de Cuba en Venezuela
ningún ciudadano venezolano. Y, además, agrego que nin-
gún ciudadano venezolano ha solicitado asilo en nuestra
embajada. Podemos decirlo con la autoridad que repre-
senta un embajador y el respeto que merece una sede di-
plomática [...]. Lo que se está afirmando mediante rumores
es absolutamente falso.

REPRESENTANTE DE BARUTA: Y eso que dicen los vecinos que
vieron un carro en el que entraron a la embajada Diosdado
Cabello, Iris Varela y Nicolás Maduro.

EMBAJADOR: Yo le sugeriría a usted que le pregunte a los veci-
nos y ellos le podrán precisar si efectivamente es así [...].
Encuentren al vecino que haya visto a Diosdado Cabello,
tráiganlo ante nosotros y que mirándonos a los ojos nos
lo diga. Y que quede constancia: pongan una cámara de
televisión cerca de la embajada el tiempo que quieran. Ese
es territorio venezolano, tienen derecho a hacerlo y com-
probarán algún día que es una mentira.

ACOMPÑANTE DEL ALCALDE RADONSKI: Queremos decirle
en nombre de Venezuela, de la sociedad civil, de la gente
democrática, de la gente honesta, de la gente que vive en
concordia, que Venezuela va a cumplir la normativa inter-
nacional que rige las relaciones diplomáticas. Se va a res-
petar la inmunidad y los privilegios tanto de la cabeza de
la delegación diplomática, que es usted, como de sus otros
miembros y de sus bienes.

Al mismo tiempo le digo que es necesario que el pueblo de Venezuela constate, de una fuente seria, de una fuente real, que aquí no se encuentra ninguna de las personas que estamos discutiendo en estos momentos.

EMBAJADOR: ¿Alguien quisiera agregar algo más?

SEGUNDO ACOMPAÑANTE DEL ALCALDE [una señora cincuenta, delgada, rubia y de ojos claros alterados, que no cesa de fumar]: Sí. La persona menos indicada que debiera estar aquí soy yo. Pertenezco a la Coordinadora Democrática de Acción Cívica [...]. Estaba ayer a una cuadra de Miraflores y fuimos masacrados por francotiradores. Yo no quiero violencia, pero esa gente de afuera está reaccionando por lo que pasó ayer. Porque se ha dicho y se ha repetido miles de veces que hay «siembras» de armas que tienen el apoyo de Cuba y si esas personas que han instigado a la violencia, como Iris Varela, que me dijeron que está aquí, y Diosdado Cabello, si ellos están aquí, no se les debería dar el asilo diplomático. Mi pregunta es: ¿usted les daría el asilo político a esas personas?

EMBAJADOR: Quisiera reiterarles que hay un principio irreducible: cada Estado tiene la potestad de determinar a quién asila y a quién no asila. En primer lugar, hay que aclararles a esos venezolanos que se encuentran fuera de la embajada que están ante una sede diplomática, que es un pedazo de un país soberano que hay que respetar. Esas personas a quienes ahora escuchamos gritar sin cesar tal vez no saben que si irrumpieran en esta embajada, como están amenazando hacerlo en breve —o en cualquier otra—, los representantes de esa nación reaccionarían como lo hace un pueblo cuando es atacado por otro país. ¡No hay términos medios! ¡No hay otra posibilidad! ¡Es importante que se sepa eso! Muy importante, porque nosotros no deseamos

derramamiento de sangre, todo lo contrario. Queremos inmensamente a este pueblo, como si fuera nuestro propio pueblo, razones históricas y humanas son conocidas.

De lo que se trata, ahora, es muy concretamente de explicarles a esas personas que entre ellas hay algunos sujetos que las están manipulando. Yo quiero que usted sepa, señor alcalde, que en los actuales momentos nuestra embajada no tiene electricidad, no tiene agua. Esta sede está siendo asediada como nos asedian a nosotros desde hace 40 años los Estados Unidos de América, y jamás le hemos hecho una concesión a ningún imperio, ni a nadie que venga por la fuerza a imponerse a nuestro país. Hay que explicarles a esas personas que se está dialogando civilizadamente y que la violencia siempre deja saldos lamentables. Aquí se ha empezado con violencia, destrozando autos nuestros, golpeando puertas, lanzando cocteles molotov, diciendo, además, que se va a tomar la embajada de Cuba. Son palabras expresadas por Ricardo Koesling delante de un policía de Baruta. Y ese policía —nos consta— se comunicó con sus superiores e informó que se estaba amenazando con que se iba a tomar la embajada. Y siguieron viniendo personas, muchas confundidas, manipuladas por un grupo pequeño, que sí quiere y busca un hecho de sangre. ¡No podemos ser ingenuos, ni ustedes ni nosotros!

Ustedes han reconocido que debe respetarse cualquier sede diplomática. Los que se encuentran afuera deben saberlo también, porque los están dirigiendo a entrar violentamente por esa puerta y ello nos obligaría a nosotros a reaccionar como lo haría nuestro pueblo en caso de ser agredido. ¡Defenderíamos este pedazo de tierra hasta con nuestras propias vidas! Y esto no es un discurso. Los cubanos no hacemos discursos. Lo hemos demostrado muchas

veces. ¡Yo los invito a evitar una tragedia! Está en las manos de ustedes, alcalde. Aquí también hay niños, hay mujeres, nos están agrediendo, nos han cortado la electricidad, nos han quitado el agua; aquí hay niños sin agua, sin electricidad. Se nos ha afirmado que estamos bloqueados y que no van a entrar alimentos. ¡Aquí hay niños, mujeres y hombres que vamos a pasar hambre! ¿Por qué? ¿Qué derecho tienen a actuar de esa manera? ¿Es un principio justo, humanitario, democrático, sincero?

ALCALDE: Permítame, embajador. Lo primero que quiero decir es que yo no voy a alzar ni un solo revólver ni una sola pistola, ni un solo FAL, en contra de la gente que está allá afuera. Yo lo quiero decir de la mejor manera. Porque yo no voy a hacer lo que se hizo ayer en Venezuela, que fue disparar. A mí me dispararon ayer, embajador. Yo no estaba empuñando un arma, yo estaba en una protesta pacífica, pues en los regímenes democráticos existe la posibilidad de que la gente exprese lo que mejor le parezca...

EMBAJADOR: Alcalde, discúlpeme la interrupción. Esta manifestación frente a la embajada hasta ahora ha tenido expresiones no pacíficas; son, al contrario, muy violentas.

Nosotros hemos vivido este asedio desde muy temprano en la mañana. Aquí ha habido actos de violencia. Han destruido autos de esta embajada, han golpeado esa puerta y gritan que van a ingresar a esta sede por la fuerza. Estamos, en este instante, bajo la amenaza de un ultimátum. De manera que la situación creada incluye la violencia. De ahí la gran preocupación nuestra. Y es por ello que aceptamos este diálogo, para evitar que ese brote de violencia por parte de quienes están afuera manifestándose no pacíficamente se le escape de las manos a usted como máxima autoridad de este municipio, en cuyo territorio se

encuentra nuestra embajada. También, por supuesto, sería una responsabilidad de todas las autoridades venezolanas, encargadas de proteger las sedes diplomáticas. El pasado año, cuando se realizó una manifestación anticubana, usted me llamó y nos garantizó que solo lo permitiría a una distancia que no pusiera en peligro nuestra seguridad. Lamentablemente en esta ocasión se le ha ido a usted de las manos lo que está sucediendo.

ALCALDE: Yo estoy de acuerdo con que las sedes diplomáticas deben ser resguardadas. En ningún momento yo he dado órdenes de que aquí se corte la luz...

EMBAJADOR: ¿Y quién la cortó?

ALCALDE: Bueno, lo desconozco, lo desconozco...

EMBAJADOR: Es importante conocerlo, pues ha habido violaciones flagrantes de la ley, delante de las autoridades de Baruta y de las cámaras de televisión. Es muy importante saber quiénes son las personas que afirman que se va a impedir el ingreso de alimentos y que dicen que van a tomar la embajada.

ALCALDE: Le digo algo, embajador: cuando usted hace una fiesta, usted abre la sede de la embajada y la gente se mueve por la embajada y comparte cualquier cosa. Y apelando a su inteligencia, no vamos a poner en duda su palabra, porque si vamos a ver hay muchos informes que van y vienen. Porque —si usted quiere— yo creo que esto se termina ya si usted nos permite revisar la embajada para poder decirles a las personas que están allá afuera que —efectivamente— hemos comprobado que ni Diosdado Cabello ni ningún venezolano está asilado en la embajada. Mire, a mí me invitó el embajador de los Estados Unidos de América a visitar su embajada y él me mostró la sede, la pude recorrer con él...

EMBAJADOR: Disculpe, alcalde, si yo lo invito a usted a esta embajada como entran a diario muchos venezolanos en condiciones normales, sería distinto. Mas lo que no puedo aceptar y creo que no lo aceptaría ningún embajador, es que se revise su territorio, dudando de su palabra, de alguien que representa a su pueblo. Ustedes tienen el derecho de tomar estas cámaras y colocarlas fuera de la embajada durante siglos. Y, entonces, se comprobará la verdad. Pero lo que es inadmisibles para el honor, la dignidad y los principios internacionales es lo que usted nos pide. Eso es inadmisibles...

[En esos momentos, los representantes de la alcaldía de Baruta y de la Alcaldía Mayor insisten en la necesidad de recorrer la embajada y el alcalde los respalda con gestos].

EMBAJADOR: Ustedes me piden algo —revisar esta embajada— y con absoluto respeto les respondo: eso no está previsto en las normas del derecho de asilo. Déjenme decirles. Todos ustedes son personas educadas e informadas. Estoy conversando con ustedes porque son representantes de ese grupo de personas que están afuera, y lo hago con mucho gusto. Hemos dado este paso para tratar de evitar lo que un grupo pequeño está buscando. Ese grupúsculo violento, irreflexivo, manipulador, que no es precisamente el que pone los muertos, pues lamentablemente los muertos podrían ser otros.

ALCALDE: Fíjese en una cosa. Yo no puedo lanzar ni una sola bomba lacrimógena para disolver a la gente.

EMBAJADOR: ¡Pero ellos sí pueden violentar la integridad de esta embajada! ¡Ya lo están empezando a hacer! ¡Ya lo han hecho! ¡No es teoría, alcalde, entiéndame usted, llevamos horas sin agua, sin electricidad!

[En ese momento informan que viene en camino el comisario Henry Vivas, jefe de la Policía Metropolitana].

EMBAJADOR: Por favor, que pase, y que se acerque a conversar en estos términos.

ALCALDE: Mire, embajador, déjeme terminar...

EMBAJADOR: ¿Cuándo restablecen la electricidad? ¿Cuándo restablecen el agua? ¡Es un bochorno internacional lo que está sucediendo aquí en estos momentos! ¡Va contra los principios éticos, humanitarios! ¡Un demócrata, un humanista no puede admitir tener a niños sin electricidad, sin agua y sin comida!

FUNCIONARIO DE BARUTA: Nosotros nos comprometemos a restituir el agua y la electricidad lo antes posible, no lo podemos hacer nosotros. Tenemos que pedirles a las empresas que lo hagan.

EMBAJADOR: ¿Quién lo hizo?

FUNCIONARIO: No sabemos.

EMBAJADOR: ¿Y cómo se les ha ido de las manos a ustedes esa situación? ¡Eso se parece a lanzar gases lacrimógenos! ¡Peor! ¡Eso se parece a lanzar gases lacrimógenos a personas inocentes! Es exactamente lo mismo. ¡Y ha sucedido ante las autoridades de esta alcaldía! ¡Había policías! Hemos informado, se ha dicho: ¡y sigue sucediendo!

FUNCIONARIO DE BARUTA: Nosotros confiamos en su palabra, pero insistimos en la conveniencia de recorrer la embajada. Si quiere invite al nuncio para que nos acompañe.

[Se incorpora el comisario Henry Vivas, que también utiliza la escalera en el muro. Le sintetizo el diálogo hasta ese momento].

ALCALDE: Embajador, ¿qué propone usted?

EMBAJADOR: Yo propongo que ustedes cumplan con el deber que les corresponde. En primer lugar hablar con esas personas, decirles que ellos tienen el derecho de estar allá afuera el tiempo que perduren sus vidas. Y si quieren, que otras personas los reemplacen; si tienen la duda, ese es su derecho. Están en territorio venezolano. Y nosotros tenemos el derecho y el deber de decir lo que exactamente es.

Ahora, no aceptamos hostigamientos a la embajada, agresiones a vehículos, golpear la puerta, bloqueo al libre movimiento de los funcionarios, amenazas de asalto violento a nuestras sedes, intento de incendiarlas: ¡son actos demasiado violatorios del derecho internacional!

ALCALDE: Embajador, yo soy una figura política, la policía de Baruta y la Policía Metropolitana garantizan que no se va a trepar nadie por ese muro.

EMBAJADOR: Pero en estos momentos no pueden garantizarlo si esas personas deciden hacerlo.

HENRY VIVAS: Yo lo garantizo.

EMBAJADOR: ¿Cuántos policías tienen aquí?

HENRY VIVAS: Tengo ya 40 policías.

EMBAJADOR: No son suficientes.

HENRY VIVAS: Para mí es suficiente.

EMBAJADOR: ¿Cómo lo van a hacer? No admitiríamos que frente a nuestra embajada hubiese violencia, palos, golpes, heridos, quién sabe. ¡Sería muy triste!

Capriles Radonski y sus acompañantes «vinieron por lana y salieron trasquilados». Ante las firmes e irrefutables posiciones nuestras, el alcalde se ve obligado a salir de nuestra sede a encarar los reclamos de la turba. Ya en la calle, alguien le alcanza el alto parlante a Capriles Radonski. Molesto porque no pudo lograr su

propósito de requisar la embajada, exclama que no lo había podido hacer porque es una instalación diplomática y —sin aceptar nuestra palabra— deja abierta la duda de que allí podían estar los mencionados asilados.

Tanto Radonski como los demás funcionarios de las alcaldías muestran con ciertos gestos y palabras su preocupación por el enredo existente frente a la embajada. Durante el diálogo los percibimos inseguros, aunque altaneros. Después supimos que habían recibido llamadas y advertencias de varias personalidades del país —con muchas de las cuales hablamos— acerca de las consecuencias negativas que tendría para ellos la barbarie que estaban permitiendo, que de hecho los hacía cómplices. Incluso así comenzaron a pensar algunos golpistas en Miraflores y al anochecer el propio Carmona le indicaba al general Damiani Bustillos que encontrara una solución.

El escándalo internacional y nacional que esos desmanes provocaran y el derecho de Cuba a actuar a la altura de la agresión de la que estaba siendo objeto se convirtieron en un «detente» para los fascistas y en particular para el alcalde Radonski, que había sido permisivo desde los primeros instantes. Sin embargo, debido a sus compromisos con los atacantes se embrolló en un dilema que no pudo solucionar por su indecisa conducta, convirtiéndose en el principal responsable del asedio y la agresión a nuestra embajada.

El alcalde golpista Alfredo Peña fue uno de los que comprendió los nefastos efectos de los sucesos de la embajada y por eso orientó al jefe de la Policía Metropolitana que actuara. Es por ello que desplegó 40 efectivos en hilera a lo largo del muro —parados en la acera— para impedir que se intentara violentar las entradas.

Mientras tanto —al caer la noche— en el interior reforzamos la vigilancia y evaluamos que había una pequeña mejoría de la

situación, pero presumíamos que durante las siguientes horas y sobre todo en la madrugada cualquier cosa podía suceder. Las palabras de Radonski a la turba mantuvieron la confusión y no disminuyeron un ápice su agresividad, ni el volumen ni sus consignas terroristas.

Al salir el alcalde de la embajada, nos llama la atención un laconico comentario que le hace el comisario Vivas: «Los cerros empiezan a moverse de manera preocupante...». El alcalde hace un ademán de inquietud, sin comentarios. Y Vivas concluye su mensaje: «Por eso es necesario evitar aquí más problemas...», le dice poniéndole el brazo de manera paternal sobre su hombro derecho.

Cae la noche, los gritos continúan en la calle y, por mediación de algunos amigos que nos llaman por los celulares, sabemos que en Miraflores se autoproclamó el dictador fascista.

A oscuras, sin agua y bloqueados, alrededor de las 9:00 p.m. me informan que se encontraba fuera de la embajada, y deseaba verme, monseñor Baltazar Porras, presidente de la Conferencia Episcopal. Luego de adoptar las medidas de rigor, por tratarse de un sacerdote y por su investidura y edad, abrimos la puerta para que entrara de manera normal. A esa hora la horda había merchado en tamaño y agresividad y la presencia de Porras la apaciguó algo. Cuando entra me acerco a él enseguida, apenas a un metro de distancia del muro dentro de la sede, y para asombro suyo en el instante en que nos saludamos caen dos piedras, una a cada lado suyo, que pudieron haberle roto la cabeza.

Le digo: «Monseñor, sea usted bienvenido. Las piedras hablan, no son necesarias nuestras palabras... Disculpe, no podemos brindarle agua, no tenemos electricidad ni nos permiten ingresar comida, debemos recibirlo en estas condiciones precarias de vida y sin ninguna seguridad. Le agradezco el gesto de visitarnos y espero que usted contribuya a impedir que se continúe irrespetando las normas internacionales y los derechos humanos».

A los pocos minutos, se incorpora —otra vez— el comisario Henry Vivas. El canal Globovisión solicita ser testigo del diálogo y, al estar de acuerdo ambas partes, le expreso al periodista que preferíamos hablar a solas y después le podíamos conceder sendas entrevistas. Así hicimos. Sin embargo, ninguna de las dos fue transmitida, ni siquiera se dio la noticia de la visita de Porras.

Debo comentar antes de continuar que sentimos la abrumadora censura de casi todos los medios entre el 12 y el 15 de abril. Y después del 14 de abril, con honrosas excepciones, los hechos frente a la embajada fueron silenciados. La respuesta que me diera una periodista de Globovisión esa tarde del 12 de abril no la olvidaré jamás: «Toda Venezuela sabe cómo piensan los cubanos, y lo que a ustedes les sucede a nosotros no nos interesa». En hermoso desagravio, un grupo de jóvenes, conducido por el cineasta Ángel Palacios, en representación del honor y la reacción de repudio —casi unánime— a esos hechos por parte del pueblo venezolano, realizó meses después un documental que ya es antológico: *Asedio a una embajada*.

Casi al comenzar la conversación con monseñor Porras, el comisario Henry Vivas llama desde su celular al alcalde Alfredo Peña, quien se interesa en hablar conmigo. Como aún no le había informado al visitante, con esa doble intención le explico los detalles a Peña y lo corresponsabilizo con lo que sucedía y sus posibles desenlaces. En su exposición, monseñor es cuidadoso; en ningún momento hace solicitudes ni insinuaciones y gana más conciencia de que es urgente actuar. Al finalizar el diálogo el comisario Vivas reitera —esta vez sin subterfugios— que es imprescindible y urgente resolver «lo de la embajada», porque necesita a todos sus efectivos en los barrios a fin de «neutralizar» las protestas de los cerros y «los desmanes de los saqueadores de comercios». Con un altoparlante que alguien le sostiene, Porras disuade a los exaltados de continuar sus acciones y pide que abandonen el lugar. La

respuesta es el abucheo de muchos. Un compañero, en broma, me dice: «Oye, no le pediste la bendición al cura». «Se portó respetuoso», le aclaro, y para seguirle la broma y dejarlo intrigado agregó: «Yo digo como el cineasta español Luis Buñuel: soy ateo, gracias a Dios...».

A las 11:00 p.m. disminuye casi a la mitad el tumulto y solo de vez en vez se corean consignas. Alrededor de esa hora se presenta el general Damiani Bustillos y nos solicita pasar a conversar. Venía elegantemente vestido, luego de participar en el acto donde el dictador Carmona Estanga lo había nombrado «ministro del Interior». Conocí al general cuando él presidía el Instituto de Altos Estudios de la Defensa, donde anualmente impartía una conferencia sobre Cuba. Él trata de hacer grato el encuentro y alude las dos veces que me había recibido allí. Cuenta que tiene instrucciones de Carmona de tratar de normalizar la situación y que había decidido pasar por la embajada antes de ir esa noche a la boda de su hija. Le explico todo y lo emplazo a que empiecen por retirar a la gente que se encuentra frente a nuestra sede y restituir el agua y la electricidad. Él promete que se hará. Lo noto muy preocupado por la opinión pública y nos solicita trasladar los autos despedazados hacia el estacionamiento de la Policía Metropolitana. Afirma: «Es muy grotesca esa imagen». Le expreso que todo cuanto sucede u ocurra fuera de la embajada es de su responsabilidad y no pongo reparos a que muevan los carros, pero también exijo que se lleven a los causantes de tales fechorías. Cuando Bustillos sale, el número de personas es bastante menor. Él les habla y solicita respeto a la sede.

A las dos de la madrugada trasladan los autos y poco después restituyen la electricidad y el agua. Son signos de retroceso en los agresores.

Al filo de las 4:00 a.m. no escuchamos voces y logramos reactivar las cámaras externas. Solo queda en la calle, en conversación

íntima, una joven pareja debajo del farol de la esquina y los 40 policías metropolitanos. El compañero Tomás Díaz sale a visualizar el escenario y queda impactado por la sobrecogedora realidad: pedazos de automóviles, piedras, latas, basuras, botellas, palos, el muro pintado de letreros infames y otras marcas grotescas de aquella jornada infernal.

Tomás se acerca a los jóvenes, quienes —algo tímidos— reaccionan con curiosidad ante las palabras del cubano: «Buenos días..., ustedes que estuvieron aquí, díganme, por qué sucedió esta locura». Contrariados, a duras penas ellos repiten lo que oyeron. Nuestro compañero les explica que allí hay niños, mujeres y hombres, a quienes se les había quitado el agua, la electricidad, y se les impedía ingresar alimentos. Los jóvenes ponen cara de vergüenza, sinceramente abochornados. Se despiden y, al rato, regresan con varias hamburguesas y refrescos. Luego se retiran, pensando, tal vez, que de manera cándida habían sido victimarios y pudieron haber sido víctimas de otro plan diabólico, como el que provocó la muerte a 19 inocentes el 11 de abril.

ABRIL 13, TURIAMO

El reloj dejó atrás el viernes 12 de abril. Son más de las 12:00 a.m. y luego de cenar y conversar un rato con el personal de salud, Chávez se acuesta a dormir y logra conciliar el sueño avanzada la madrugada.

Después de descansar algunas horas, temprano en la mañana le dan ganas de escribir y le pide un cuaderno a la doctora:

Turiamo, 13 de abril de 2002.

Vuelvo a prisión, una vez más como hace 10 años, por la misma causa: el compromiso irrevocable con el pueblo venezolano, mil veces traicionado por oportunistas y cobardes. Yo no seré uno más de esos caballos de Troya y «enanos de largas trenzas», como lo llamó... en su oración a Simón Bolívar en la noche negra de América. Si la causa es la misma, las circunstancias en cambio son otras.

Y ahí deja de escribir porque la médico entra a saber cómo se siente y unos minutos después un soldado jovencito —que le recuerda a su hijo Huguito—, de apellido Montiel, le trae el desayuno y mientras lo ingiere le pregunta: «Presidente, ¿por qué usted renunció?». Él cesa de masticar y responde de inmediato: «No, hijo, yo no renuncié».

Al concluir el desayuno vuelve a entrar la doctora, una joven alférez de tez blanca y actuar pausado, quien le pregunta qué enfermedades padece y las medicinas que consume. Él le explica sus dificultades con el colesterol y que tiene los ojos muy irritados. Ella indaga por los nombres de los medicamentos; él no los recuerda, y de todos modos la galena se compromete a buscarlos.

Poco después accede la enfermera, también muy joven, de piel morena y cara afligida. Le habla de su bebé y de su madre; le dice que su niño tiene un añito, que está empezando a caminar, y ahora ella se siente angustiada por su futuro: «¿Qué va a ser de mi hijo, qué va a pasar aquí?», le dice con lágrimas. Chávez la consuela con palabras y le da un abrazo. Cuando la joven sale a él le empiezan a brotar imágenes de niños, como en ráfaga, y recuerda diversos rostros de infantes —sobre todo de niños pobres—, y decide irse a llorar al baño. Después se lava la cara y enciende un cigarro de una cajetilla que le habían regalado. Mira sus propios ojos en el espejo, levanta el ánimo y musita: «¡No, yo no puedo rendirme!». Y se pone a imaginar planes para el regreso...

Vuelve a sentarse frente al vetusto escritorio de madera, coloca sus puños encima con el ánimo de recomenzar a escribir y de repente siente que se abre la puerta y un joven cabo segundo de la Guardia Nacional se le para firme al lado y le extiende el saludo militar: «Mi Comandante, sácame de una duda. ¿Usted renunció o qué broma fue?». Chávez se levanta con buen ánimo y lo abraza. «¿Hijo, eres de la Guardia?». «Cierto, mi Comandante». Coloca su brazo izquierdo sobre el hombro del cabo, lo mira fijo y le dice: «¡Yo no he renunciado, ni voy a renunciar! Además, lo más seguro es que me quieran sacar de aquí o desaparecerme». El cabo reacciona rápido y le dice haber escuchado que piensan llevarlo para las montañas de San Miguel, dentro de la propia base de Turiamo, a un lugar donde solo acceden los helicópteros, o para la isla La Orchila. Después le aclara: «Mi Comandante, yo estoy haciendo el papel en contra suya, para poder entrar a verlo, pero yo no tengo nada que ver con esos muérganos». Y le dice, siempre de manera presurosa, como si el tiempo no le alcanzara: «Comandante, hágame una nota al pueblo y a su familia, diciéndole que usted no ha renunciado». Chávez lo mira y dice con interés de incentivarlo: «¿Y tú la puedes sacar?». De inmediato el cabo reacciona: «Juro ante

Dios, ante la Patria y ante mis hijos, que yo me fugo de la base y saco esa nota». Y le señala con el índice el cesto de los papeles desechados que está al lado del escritorio: «Usted eche esa nota en la papelería, doble el papel y póngalo en el fondo, que yo allí lo busco». Chávez le expresa otra vez su conformidad, y el cabo saca una tarjeta y le pide que le haga una nota a su familia, por si le ocurriera algo. Chávez lee los datos: Juan Bautista Rodríguez, cabo segundo de la Guardia Nacional, y escribe al dorso con su bolígrafo predilecto de tinta roja:

A Juan Rodríguez y su noble y digna familia. Turiamo,
13 de abril 2002
¡No he renunciado!
Hugo Chávez Frías

El cabo Juan Bautista es un muchacho de baja estatura y delgado, de andar resuelto, sonrisa sincera y afán solidario. Él no pertenece a la base de Turiamo. Su tarea es ayudar en el control de los usuarios de 18 casas de recreación pertenecientes al Instituto de Previsión Social de la Fuerza Armada que se encuentran a medio kilómetro de la base. Todos los viernes en la tarde suele llegar allí a controlar la lista de hospedados y a realizar labores de logística en las casas, y permanece hasta el domingo. Ese viernes, tarde en la noche, sintió el ruido de uno o dos helicópteros y el trasiego de hombres armados en la base, lo que nunca sucedía a esa hora, y se dijo: «Algo está pasando».

A las 6:30 a.m. del sábado carga cinco bombonas de gas GPL vacías en la camioneta pick up que siempre usa en esas faenas y se dirige a la base con el pretexto de recibir autorización para ir a comprar las llenas. Cuando arriba a la alcabala y le explica al maestro responsable de la entrada principal, este le dice con voz impositiva: «¡Negativo, cabo, estamos acuartelados, métase para

acá, no puede salir!». Estaciona la pick up y se dirige al comedor del personal de tropa a desayunar. Mira el reloj, son las 7:00 a.m. y en ese momento se encuentra con su amigo el maestro Luis Herrera Ramírez, quien como Juan, es ferviente cristiano, y le dice:

—¿Qué te pasa, Rodríguez, estás angustiado?

—No es para menos, no sé qué está pasando y todos me ignoran...

Entonces el maestro le dice bajito: —Es que trajeron para acá al presidente Chávez y lo tienen prisionero en la enfermería.

—¿Y cómo hago yo para verlo? —indaga Juan.

—Espérate, que yo le llevo un café, entramos juntos y hablamos con él.

Pero Juan Bautista, quien siente un destino que cumplir, hace su propio plan. Comienza a dar opiniones negativas sobre el presidente Chávez delante de los oficiales a cargo de su custodia, y de esa manera gana confianza para poder entrar por su cuenta a hablar con el Presidente, lo que logra por primera vez sin dificultad.

Al rato de hablar con el cabo, accede a ver a Chávez un joven teniente bien plantado, de apellido De la Sota, quien lo saluda militarmente y le dice:

—Presidente, ¿usted renunció?

Chávez piensa: «Siempre me preguntan lo mismo». Y le responde: —No, hijo.

Y el teniente, a quien al parecer ya le habían dado esa información, reacciona:

—Entonces usted es el Presidente y esa gente ha violado la Constitución, nos están engañando...

Chávez casi no lo deja terminar: —Sí, tienes razón, a ustedes los han estado engañando.

A seguidas, el teniente le ofrece una valiosa información, le dice que en Maracay salieron los paracaidistas.

—¿Salieron, cómo? Explícame eso.

—Salieron a respaldarlo a usted.

Y al escucharlo, a Chávez le entra como un frío, porque supone que si salieron fue a combatir.

—Infórmame qué está pasando, dime...

—Bueno, el general Baduel está muy firme y dice que no reconoce gobierno que no sea el suyo.

—¿Pero salieron?

—Sí, salieron.

—¿Para dónde?

—Tomaron Maracay —dice el teniente y Chávez lo sigue con especial interés.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Yo soy de Maracay, mi esposa está allá y hace un rato hablé con ella por teléfono y me dijo que el pueblo de la ciudad está en las calles.

—¿Y las otras ciudades? —sigue inquisitivo Chávez.

—Creo que el pueblo está en las calles.

—¿Y las otras unidades militares?

—No sé, pero aquí muchos estamos con usted, y hasta hemos hablado de un plan para sacarlo esta noche hacia Maracay...

Es así que Chávez solicita que le traigan a un oficial superior y le dice a este que le informe lo que está ocurriendo en el país, porque él podía evitar una tragedia:

—Llama a tus jefes allá en Caracas y diles que estoy dispuesto a dirigirme al país, si es que la situación se complica y es evidente que se está complicando. Yo puedo hablarle al país, eso sí, en vivo, y estoy presto a cooperar; esto puede terminar en un desastre y ustedes van a ser los responsables, porque van a masacrar a un pueblo.

El oficial contrae cada vez más su cara y no responde nada. Y Chávez vuelve a la carga:

—Escojan ustedes su destino, para que respondan ante el país y ante la historia.

El oficial baja la vista y vuelve a levantarla cuando Chávez le pregunta:

—¿Tú tienes hijos, tú tienes mujer?, ¿dónde está tu mujer?

—En Maracay —responde el oficial con voz nerviosa.

—¿Y tus hijos?

—También en Maracay —balbucea.

—¡Ajá, y ves cómo está Maracay! Te das cuenta de los riesgos...

Cuando se disponía a continuar escribiendo, regresa el oficial superior, ahora más deferente, y le dice: «Mire, si quiere usted puede salir a caminar o a trotar». Y Chávez, que no había pensado en esa posibilidad, enseguida es seducido por la propuesta: «Sí, vale, me gustaría salir, el sol está sabroso allá afuera». Y va a trotar en un patio contiguo, vestido con una franela blanca que le prestan y un short, acompañado por dos sargentos de custodia, quienes se pasan el tiempo hablando con él, apoyándolo.

A los diez o quince minutos, Chávez ve que se aproxima un helicóptero, aterriza y el oficial jefe de custodia, un capitán de navío, se acerca al equipo y habla con una persona que está dentro. Nadie se baja y el helicóptero se va. Chávez había detenido el trote y observa todo, intrigado. Por eso solicita que llamen al capitán de navío y le dice: «Oye, yo no sé qué te informaron, ni te voy a preguntar, pero diles a tus jefes que no me quiero marchar de Turiamo, ya me estoy acostumbrando, hasta ahora he aceptado ir a donde me han llevado, pero ya estoy aquí preso y aquí me quedo, no me van a mover más». Y el capitán solo le responde, algo nervioso: «No, no, es un mensaje que me trajeron». Chávez le agradece y sigue trotando. «Esos me van a mover otra vez, están como nerviosos», presiente.

Termina de correr, y en el punto donde se detiene se acercan varios muchachos; empieza a preguntarles por su familia, cómo pueden vivir en esas instalaciones tan viejas, descuidadas, con olores extraños, y así logra comunicarse de soldado a soldado con ellos, y lo disfruta mucho, como tantas otras veces.

Ya los rayos del sol caen verticales y Chávez decide regresar a su habitación. Se baña, y sigue cómodo, descalzo, en short y con franela. Mientras se asea, entra a la habitación con el almuerzo el soldado que se parece a su hijo. A los pocos minutos, otra vez abre la puerta de prisa el cabo Juan Bautista. Ahora el encuentro es más breve, porque el cabo observa movimientos nerviosos de oficiales fuera de la habitación y solo tiene tiempo para reafirmar y puntualizar el plan de la nota.

Chávez comienza a disfrutar el pescado que le trajeron de almuerzo, aunque se demora un poco quitándole la cebolla que le habían echado en abundancia y a él no le agrada. A la vez decide redactar el escrito. Algo después de la 1:30 p.m. siente que llega un helicóptero. Coloca la nota sin concluir debajo de otros papeles y próxima al plato con el pescado, sin terminar de almorzar. Se sentía relajado y seguro de que estaban ocurriendo cosas favorables. En breve, un contralmirante y otros oficiales ingresan a la habitación para hablar con él, acompañados de un sargento que porta una cámara para filmar el diálogo. El contralmirante, de apellidos Scetto Romero, le explica a Chávez que su misión es trasladarlo a La Orchila. Al comenzar a hablar, Scetto se para ante él casi en posición de firme y hasta le dice Presidente. Chávez discurre: «Algo está pasando para que este caballero me diga Presidente...». Y también se pregunta: «¿Para qué filman con esa cámara?».

—Los muchachos me han atendido de maravilla desde que llegué, son tremendos soldados, seres humanos que me han dado incluso su conversación. Acabo de trotar un rato y estaba... —comienza a decirle Chávez de buen talante a Scetto.

—Sí, bueno, me contenta mucho...

—Yo le estaba diciendo al capitán de navío Souza que hasta ahora no he preguntado por ningún abogado. Me encomendé a Dios y dije: «Ojalá que un rayo de buen juicio les llegue a los que están tomando decisiones». Me voy. Dejé mi fusil y mi pistola. No

he preguntado. No he hablado con mi mamá, ni con mi esposa, estoy incomunicado. Pedí un abogado. Me dijeron que no. Solo, aquí me vieron toda la noche. Ha llegado el momento en que yo necesito que me digan adónde voy a ir. Si no, yo no salgo de aquí.

—Mire...Yo estoy comisionado primero para brindarle la custodia y las intenciones son llevarlo a La Orchila, para su posible posterior traslado al exterior del país. Esas son las órdenes que me dieron —dice Scettro en tono respetuoso.

—¡Ojalá que la razón les entre y no caigan en una locura y generen un desastre mayor del que ya ha ocurrido! —replica el Presidente.

Hablan un poco más, entonces Chávez pide a los oficiales que salgan y le den un tiempo para vestirse y terminar de almorzar. Toma otra vez el papel y el bolígrafo de tinta roja con el que había empezado a escribir y termina la nota de un tirón. Detrás de la hoja, con otro bolígrafo de tinta negra dibuja un plano de la base y luego la dobla en varias partes y la deposita en el fondo de la papelera. En ese momento, a diferencia de un náufrago que echa una botella al mar con remota esperanza, él confía en la palabra del cabo segundo Juan Bautista, quien por demás es un genuino cristiano.

Chávez sale y comienza a caminar junto a Scettro y los demás oficiales hacia el helicóptero que está a menos de cuarenta metros. Se detiene dos veces y les hace comentarios. Detrás va el recluta Montiel, quien le lleva su maleta, y otra vez le hace recordar a su hijo Hugo por su estampa y el mismo corte de cabello; al despedirlo, antes de abordar el helicóptero, le da un abrazo.

No pudo evitar que lo trasladaran hacia La Orchila y al comenzar a desplazarse el vehículo de aspas ruidosas, cierra los ojos y una vez más entrega su destino a Dios. Sin embargo, a diferencia de la noche anterior cuando venía en el vuelo hacia Turiamo y presumía que lo iban a matar, esta vez se siente como Zaratustra, hecho fuego y persuadido de que regresaría. Detrás queda Turiamo, los paraes que él apenas pudo contemplar, la bahía despejada, el río

que desemboca en su límpida playa, orlada de esbeltas palmeras y sendas lomas verdes a sus lados, que la hacen aún más hermosa.

El cabo Juan Bautista es sorprendido por la cámara de video cuando se realiza el diálogo con Chávez y de manera habilidosa se escurre para no aparecer. Se mantiene atento, en espera del instante propicio para entrar a la habitación. Antes de despegar el aparato, cuando la atención de todos estaba centrada en ese lugar, el cabo Juan Bautista entra presuroso a la enfermería y busca en el fondo de la papelera: arriba ve restos del almuerzo y periódicos doblados, después otros papeles, y en el fondo palpa una hoja doblada. «¡Aquí está!», musita y la introduce en su bolsillo sin apenas leerla. Luego, febril, coloca otra vez los papeles en el cesto y sale del local rumbo a la pick up. Allí, de un vistazo, sus ojos ansiosos leen el breve texto en rojo:

Turiamo, 13 Abril 2002
a las 14:45 hrs.

Al pueblo Venezolano
(y a quien pueda interesar)
Yo, Hugo Chávez Frías, Venezolano,
Presidente de la República Bolivariana
de Venezuela, declaro:
No he renunciado al
poder Legítimo que el
pueblo me dió.
¡¡Para siempre!!

Hugo Chávez F.

Había un problema: existía prohibición de salir de Turiamo debido al acuartelamiento. Pero Juan Bautista tiene su coartada: decir que va al pueblo más cercano, Ocumare de la Costa, a

comprar cinco bombonas de gas que sustituirían igual número que él carga en la camioneta. Hay otro problema: Juan Bautista no sabe ir a Maracay, ni conoce la ciudad. Por eso se le ocurre buscar una amiga en Ocumare de la Costa que lo acompañe.

Juan se sentía iluminado por Dios. Se detiene en la alcabala que está en la puerta principal de la base y le dice al sargento que está allí: «Voy a comprar gas a Ocumare de la Costa, por instrucciones del Comandante de la base». El sargento mira los recipientes vacíos y sin comprobar más nada lo deja pasar. Continúa a gran velocidad y en la otra alcabala que está entre quince y veinte kilómetros de la base repite el mismo argumento y sigue raudo.

En Ocumare solo está unos minutos, recoge a su amiga Eucari Sarmiento, una señora que tiene un comercio de ropa íntima, que lo guía hasta Maracay, aunque Juan no le informa sobre la misión que va a cumplir. En ese momento él desconoce lo que está ocurriendo en Maracay, menos en Caracas, ni sabe tampoco las posiciones de Baduel y otros jefes en contra del golpe.

Eucari lo lleva a la 422 Brigada Nicolás Briceño, comandada por el teniente coronel Argenis Martínez Hidalgo. Al llegar a la puerta, le dice al oficial de guardia: «Mi teniente, necesito hablar con el comandante de la unidad. Tengo una emergencia, estoy cumpliendo una instrucción del presidente Hugo Chávez». Enseguida lo pasan a la oficina del comandante Martínez Hidalgo, quien al leer la nota le dice muy emocionado: «¡Está vivo, gracias a Dios, y con esto ya sabemos dónde se encuentra!». Luego mira a Juan y le dice: «Vamos conmigo, rápido, a informar al general Baduel». Martínez se hace acompañar de varios oficiales y con el iluminado Juan Bautista se trasladan a la 42 Brigada de Paracaidistas.

El pueblo había inundado la instalación de los paracaidistas dentro y fuera, y Baduel en ese instante le hablaba a la gente con un megáfono. El denso público había obstruido la puerta principal y deciden brincar la cerca. Martínez entrega la nota a Baduel

y le explica al vuelo. El general queda impactado y de inmediato, con una linterna que le facilitan, lee el texto. La enardecida multitud que desborda el lugar estalla de euforia y todas las gargantas y corazones entrelazados claman una y otra vez: «¡Chávez, Chávez, Chávez...!».

La noticia se expande a la velocidad de la luz por Venezuela y el mundo, a pesar de que los medios de comunicación nacionales siguen mudos. Cientos de faxes se envían desde la sala de operaciones de la brigada y en breve millones de personas reciben en Venezuela una copia del texto original: las bombonas que llevaba consigo el cabo Juan Bautista en su camioneta contenían un explosivo más potente que el GPL, de olor a pueblo y color rojo.

ABRIL 13, CONTRAGOLPE

A las nueve de la mañana los embajadores de los Estados Unidos y España, Charles Shapiro y Manuel Viturro de la Torre, visitan a Carmona en Miraflores, a quien acompaña su flamante «canciller», el ultrarreaccionario miembro del Opus Dei, José Rodríguez Iturbe. Carmona y Rodríguez lo saben. Esa visita significa el reconocimiento tácito de ambos gobiernos. Los embajadores informan a Carmona sobre el abrumador rechazo internacional que existía a varias decisiones anunciadas la tarde anterior y «recomiendan» guardar las apariencias de un gobierno democrático de transición. Antes, los gobiernos de Bush y Aznar habían realizado una declaración conjunta que justificaba el golpe.

A la misma hora de esa entrevista en Miraflores, radares venezolanos captan el ingreso, sin la debida autorización, de tres buques militares estadounidenses en aguas territoriales del país, que se mueven en las adyacencias de la pequeña isla La Orchila. También se desplazan en esa área un helicóptero que despegó de una de las naves y un avión con matrícula de los Estados Unidos.

Las movilizaciones populares del día anterior y los datos que se recibían de Maracay, Fuerte Tiuna y otras unidades militares en el resto del país, además de numerosas reacciones nacionales e internacionales en contra de la disolución de los poderes públicos y de la fiera represión desatada, generan preocupación en el gobierno de los Estados Unidos y nerviosismo en varios golpistas civiles y militares venezolanos.

Temprano en la mañana de ese sábado, los dueños y gerentes de los principales medios de comunicación deliberan en colectivo para decidir una vez más un modus operandi concertado. Aún no habían llegado a un acuerdo, cuando Carmona los cita para una

reunión urgente a las 11 de la mañana. Antes del mediodía están en Miraflores y esperan inquietos a Carmona en el salón de reuniones del Consejo de Ministros: Alberto Federico Ravell y Guillermo Zuluaga, por Globovisión; Gustavo, Ricardo y Guillermo Cisneros, por Venevisión; Omar y su hermano Omar Gerardo Camero, por Televen; Marcel Granier, por RCTV; Andrés Mata Osorio, de *El Universal*; Miguel Enrique Otero, de *El Nacional* Andrés de Armas, del Bloque de Armas y Patricia Poleo, por el *Nuevo País*.

Carmona se hace acompañar de un pequeño grupo de sus funcionarios designados, entre ellos el supuesto ministro de Defensa, el golpista Ramírez Pérez, a quien le pide que ofrezca un informe, luego de calificar la situación como delicada y pedirles apoyo. El militar golpista va al grano: «Señores, la situación es en extremo delicada. Al ejército no le permitieron cumplir con la condición que puso Chávez de ir para Cuba y en consecuencia él se negó a renunciar. De tal modo, nos encontramos ante un golpe de Estado y por eso vamos a hacer nuevas gestiones con Chávez para obtener su firma, permitiéndole la salida del país. La situación militar, especialmente en el ejército, se complica hora a hora. Si el 11 de abril los muertos los puso la sociedad civil, a partir de este momento los van a poner las Fuerzas Armadas...».

Los invitados se cruzan miradas de asombro y confusión. Después, el militar golpista les explica que los Círculos Bolivarianos seguían operativos al ciento por ciento, lo que calificó de muy grave, y que el general Baduel estaba alzado en Maracay. Los rostros de los magnates se van transformando mientras escuchan tales informaciones. Al terminar Ramírez, se disputan la palabra para recomendar variantes que eviten el fracaso del golpe. Algunos exponen críticas a la disolución de todos los poderes y la necesidad de introducir ajustes, por ejemplo, reactivar la Asamblea Nacional y acelerar la convocatoria a elecciones en el más breve plazo, sin retroceder en lo esencial, que era evitar el regreso de Chávez. También hablan

de silenciar las acciones del pueblo y de los militares en contra del poder golpista y a favor del regreso de Chávez, lo que en rigor los canales de televisión y las emisoras de radio ya cumplen.

Andrés Izarra, entonces gerente de producción del Noticiero de Radio Caracas Televisión, reaccionó con suma molestia desde la mañana del 12 de abril, cuando se percató de que desde la directiva del canal se estaba aplicando una férrea censura, por ejemplo, al prohibir que se emitieran las declaraciones de la hija de Chávez diciendo que este no había renunciado. También le provocó indignación cuando sacaron del aire al Fiscal General y otras burdas censuras, como silenciar las protestas frente al Fuerte Tiuna. La orden fue «cero chavismo en la pantalla», y aunque en aquel momento el joven Andrés Izarra no era un adepto de Chávez, sí comprendió de un fogonazo que el país había sido ultrajado por el golpe de Estado y que habían hecho añicos la Constitución. En consecuencia, optó por renunciar con suma dignidad y coraje al mediodía de ese 13 de abril y a partir de esa fecha su compromiso con la Revolución Bolivariana fue en ascenso y se hizo definitivo.

El escenario de la derrota del poder golpista se configura de manera vertiginosa durante la mañana del sábado 13 de abril y en las primeras horas de la tarde es irreversible. Ríos de gente embravecida comienzan a moverse temprano hacia Fuerte Tiuna y Miraflores: reclaman con consignas y pancartas que liberen al presidente Chávez y su retorno al poder. La Policía Metropolitana los reprime con crueldad en muchos sitios: utiliza gases y balas, mas a pesar de que caen muchos muertos y heridos, no puede detener al pueblo desbordado de ira y dispuesto a todo.

«¡Así nos cueste la vida, pero queremos que él esté aquí, en nuestros sueños. Por nuestros hijos, queremos a nuestro Presidente!», grita a un reportero uno de los congregados frente a Palacio.

Los escuálidos del este de Caracas, ante el zumbido del avispero, deciden guarecerse en sus casas y apartamentos, y sus dirigentes esconden la cabeza como el avestruz.

En Maracay se desplazan caravanas de autos, bloquean calles y una ola de pueblo cubre la Brigada de Paracaidistas, donde al mediodía el general Baduel ofrece una conferencia de prensa y define la postura constitucional de varios altos oficiales que allí se encuentran, bajo el mando del general de división Julio García Montoya.

Con el estímulo de la creciente presencia del pueblo frente a Palacio y las dinámicas militares en Maracay y Fuerte Tiuna, el jefe del regimiento de la Guardia de Honor de Miraflores, coronel Jesús Morao Gardona, decide al avanzar la mañana ponerse en contacto con Baduel y después con Carneiro, y expresarles que está de acuerdo con la posición de enfrentar el golpe. Alrededor del mediodía, cuando Morao habla con Carneiro, le dice: «Quiero ponerme a la orden suya, usted ordene». Y Carneiro de inmediato le orienta: «Tome el Palacio de Miraflores y meta a los golpistas presos en el sótano, mantenga bajo custodia de protección a esos conspiradores y a los demás ciudadanos presentes en el Palacio, y garantice la seguridad física de todos».

Minutos más tarde, mientras se alistan para ejecutar la orden, uno de los subtenientes que trabaja con Chávez en Miraflores me llama por el celular y con voz muy baja dice: «Embajador, pronto vamos a tomar el Palacio...». «¿Cómo...? Repítelo. ¿Eso es cierto?», reacciono atónito y él solo agrega: «Ya lo verá. ¡Patria o muerte!», y cuelga.

A partir de ese instante en la embajada sentimos un goce inesperado y conmovedor, y las turbulencias que aún persisten nos parecen diminutas, salvo la inquietud por la vida del presidente Chávez.

Cerca de la 1:00 p.m. comienza el operativo y el primer paso es retener a los miembros de la Unidad de Operaciones Especiales de la Armada que había llevado el contralmirante Tamayo a

Miraflores. Cuando inician la segunda etapa del plan, los demás golpistas y personas que se encuentran en Palacio —entre ellos los dueños de los medios de comunicación que están allí reunidos y los «ministros», quienes se disponían a tomar el juramento en el Salón de los Espejos— salen todos despavoridos, las mujeres soltando sus zapatos de tacones para correr más rápido y cada quien en busca de sus autos en el estacionamiento.

Isaac Pérez Recao, experto en seguridad y sabiéndose culpable de partes sucias del plan golpista, sin perder un minuto, con voz desahogada le dice a sus escoltas que le traigan el carro y se fuga hacia el aeropuerto, rumbo al exterior. Daniel Romero, estupefacto y aún sintiendo en sus oídos los clamores del público golpista la tarde anterior, les grita a todos los que corren: «¡Aquí no ha pasado nada, nosotros tenemos el control, seguimos siendo gobierno...!».

Daniel Romero es uno de los civiles retenidos en el Salón Ayacucho, a quienes después los pasan al sótano de la Guardia de Honor. Allí el fiscal general Isaías Rodríguez los visita y les da una lección de justicia: «No solo sus derechos ciudadanos y civiles serán respetados, sino su integridad moral; no serán vituperados, ni humillados, pero afuera hay más de un millón de personas, a las cuales no les garantizamos que podamos controlar; creo que lo más razonable es que se queden aquí hasta que podamos garantizarles la vida».

Frente a Miraflores, el pueblo truena y al sentir su cólera tan próxima a los lujosos vehículos cuando salen veloces del edificio, los culpables del desastre se atemorizan más. Sin percatarse del error, un miembro de la Guardia de Honor abre la puerta alterna de Palacio (Prevención 3) y por ella logra escapar Carmona en un Mercedes Benz que le activara enseguida Molina Tamayo. Aún sin conciencia plena de lo que está ocurriendo, Carmona acepta el consejo de Molina de irse para Fuerte Tiuna y toman rumbo a

Cumbres de Curumo, una lujosa urbanización del este donde no corren riesgos al atravesarla y tiene un acceso a la instalación militar. «Aquí todo está muy tranquilo», dice Carmona tal vez para consolarse, cuando observa las calles desiertas. Y desde allí ingresan al fuerte, donde otro avispero uniformado no les permitiría ni un segundo de tranquilidad, hasta que pocas horas después sucumbe la efímera, criminal y errática dictadura.

Cuando el atribulado usurpador llega a Tiuna se está efectuando allí la reunión de los comandantes de unidades —casi cincuenta tenientes coroneles y capitanes— con el general Vázquez Velazco, en el casino de oficiales del Batallón Ayala. Los tanquistas, afuera, esperan por una decisión. Asisten también muchos generales golpistas. Una lectura equivocada de lo que ocurría hizo que Carmona aceptara un rato antes la propuesta de sus acólitos militares de cambiar al ministro de Defensa, el marino Ramírez Pérez, por un general del Ejército, Antonio Navarro Chacón. Le dicen que la causa de la «intranquilidad» es por celos y roces entre los componentes militares.

En la reunión de los militares, Félix Ruiz Guzmán argumenta a favor del régimen de facto. Y por los comandantes toma la palabra muy irritado un teniente coronel: «A nosotros se nos ha engañado, nadie nos ha dicho dónde está el Presidente ni nos han enseñado la renuncia firmada por él». Varios comandantes de manera similar reiteran con vehemencia esa posición e insisten en reclamar el respeto a la Constitución.

El general Martínez Vidal expone las típicas críticas de la contrarrevolución al presidente Chávez y menciona que había creado los Círculos Bolivarianos armados, que dispararon contra una manifestación pacífica. El general Carneiro le responde: «Este no es el punto que estamos discutiendo. Y si de los cerros hablamos, hace 40 años que están armados de hambre y de miseria». Es evidente el rechazo abrumador de los comandantes al gobierno de

facto y en medio de mucha tensión se abre paso la idea de redactar un segundo pronunciamiento del ejército, que exigiera restituir la Constitución como condición para mantener el respaldo al gobierno de Carmona.

Temerosos de las implicaciones que tendría esa posición, los generales Chacón, Poggioli y Lameda sacan del salón a Vázquez Velazco, a quien le conocen su baja entereza, y lo presionan para que no acepte tal propuesta. En ese momento Vázquez ya tenía un proyecto de documento, que le había redactado poco antes un asesor, y al salir del local lo deja olvidado en la mesa. Carneiro se percata de ello y con prontitud lo lee y tacha partes que considera barbaridades, incluido un reconocimiento explícito al gobierno de Carmona.

Mientras Vázquez Velazco se encuentra en esa reunión —lo que yo desconocía—, a las 3:15 p.m. recibo instrucciones de Fidel de comunicarme por vía telefónica con aquel: «Usa mi nombre, exprésale de parte mía la opinión de que un río de sangre podría correr en Venezuela derivado de los acontecimientos. Dile que solo un hombre podría evitar esos riesgos: Hugo Chávez. Exhórtalo a que lo pongan de inmediato en libertad, para impedir ese curso probable de los acontecimientos».

En breve pude contactar con un asistente de Velazco, quien me dice que el general en ese momento está pasando revista a las tropas. Le expreso molesto: «Mire, yo necesito hablar urgente con él, para trasladarle un mensaje del presidente Fidel Castro». En un minuto oí la voz del golpista, más indeciso que lo habitual. Sin saludarlo, le trasladé el mensaje que me había orientado el Comandante en Jefe. Velazco afirmaba que él tenía bajo su control a Chávez, que garantizaba su vida, mas no podía acceder a la solicitud porque se disponían a cumplir el deseo de Chávez de salir del país. Le digo: «Nosotros sabemos que esa fue una condición que puso el presidente Chávez el 11 de abril, y ustedes se la negaron;

lo conozco porque su objetivo entonces era viajar a Cuba. Sin embargo, general, las condiciones han variado completamente, nosotros sabemos muy bien lo que está ocurriendo y al Presidente ustedes lo tienen incomunicado...». Le ofrezco otros argumentos, trato de persuadirlo, y sin responderme, de súbito, interrumpe la comunicación.

Informo de inmediato a Fidel y le pido autorización para llamar al general García Carneiro. «Hazlo», me responde. Fue en ese diálogo telefónico con el general Carneiro que supe sobre la reunión que en ese momento se estaba realizando en el Batallón Ayala. «Embajador, aquí estamos presionando a Velazco para retomar el hilo constitucional», me dice mientras escucho voces que debaten. Y agrega: «Mire, hemos sabido que el presidente Chávez ha sido trasladado para la isla La Orchila, dígame a mi Comandante Fidel que necesitamos que un avión cubano lo vaya a buscar y lo traiga para acá». No le adelanté opinión, aunque sabía de los inconvenientes de esa iniciativa. Consulto a Fidel y en tres segundos me responde: «Sugierele a Carneiro que sigan presionando, están a punto de lograr la victoria».

Vuelvo a llamar a Carneiro, que agradece el comentario de Fidel y trato de indagar cómo evoluciona la situación. Lo siento agitado, y para resumirme su opinión y seguir en su faena, me dice: «Mire, embajador, no se preocupe, esto lo va a resolver el pueblo..., el pueblo, el pueblo, embajador», repite tres veces con una convicción que me impresiona.

Debido a que Vázquez Velazco se demora en regresar, varios comandantes instigados por Carneiro salen a buscarlo. Cuando Vázquez entra al salón mueve sus pestañas cada vez más asustado por los clamores del pueblo que rodea el fuerte y la presión de los militares antigolpistas que lo tienen acorralado. Carneiro le dice: «General, lea el documento, practique, porque de inmediato haré pasar a la prensa». No hay señal, pues las televisoras y radios

seguían mudas. Y por iniciativa de una periodista se ponen en contacto telefónico con la CNN y por esa vía Velazco lee el documento. Su voz pusilánime pide establecer una transición pacífica que respete la Constitución, las leyes y los derechos humanos; modificar el decreto del 12 de abril, en particular la decisión de eliminar los poderes públicos; garantizar pluralidad y representatividad en el gobierno transitorio y el respeto a gobernadores y alcaldes. Expresa que deben continuar los programas sociales, pues no se podía «abandonar al pueblo, a los de más necesidad». Además, dice: «Queremos mantener la democracia. Amamos la democracia y queremos seguir en democracia». Y en otra parte: «Esto no fue un golpe de Estado. Queremos y respetamos un gobierno transitorio, que respete el derecho a todo lo que hemos tenido. El problema que se suscitó en Venezuela fue de pérdidas humanas donde el gobierno central perdió el control y la autoridad en un momento dado».

En el punto 11, el texto refleja de hecho la maniobra que a esa hora los golpistas tratan de implementar: «Garantizamos el trato y el respeto al teniente coronel Hugo Chávez Frías y solicitamos la petición [cantinflada textual...] de su salida del país en forma inmediata».

El general golpista Vázquez Velazco, molesto por no haber recibido la jerarquía que creía merecer, al menos como ministro de Defensa, y dándose cuenta de la acelerada bancarrota del régimen de facto, de manera oportunista decide romper la comunicación con Carmona. Al barco, que está a la deriva, cada vez le pesa más el embravecido mar de pueblo civil y militar que lo inunda por todas partes.

Desde La Habana, nuestro Comandante en Jefe —quien desde el mediodía del 11 de abril dedicara todas sus energías, sabiduría, experiencia y sentimientos a fin de evitar una peor tragedia al

pueblo venezolano y preservar la vida de Chávez y de la Revolución Bolivariana— llama a María Gabriela para darle a conocer las palabras de Vázquez Velazco en su conversación conmigo; en especial comenta el compromiso de garantizar la vida de su padre.

María Gabriela le facilita otra vez conversar con Baduel y a las 3:49 p.m. (hora de Venezuela) establecen el contacto. Fidel le cuenta la conversación con Vázquez Velazco y le dice que existen circunstancias propicias para presionarlo al máximo. En ese momento, Baduel y los demás jefes militares que se encontraban concentrados en Maracay se hallan en la faena de seleccionar los hombres y alistar los helicópteros que participarían en el rescate del Presidente. Durante el resto del día 13 y hasta las 12 de la noche, Fidel se dedica por entero a hablar con cuanta persona podía hacerlo sobre la preservación de la vida de Chávez y cómo lograr un desenlace victorioso.

Carneiro regresa a la Tercera División y al llegar se entera de que unos generales golpistas —le mencionan a González González— lo andan buscando para meterlo preso. «Bueno, que me hagan preso en la alcabala con el pueblo», dice a sus subordinados y en pocos minutos se sube en un tanque que está en la alcabala 3 del fuerte y con un altavoz le habla al pueblo que lo escucha jubiloso. Proclama que la Fuerza Armada desconoce al gobierno golpista y que el ejército lucharía hasta conseguir pronto el regreso de Chávez a la presidencia.

Por su parte, Carmona trata de salvar la situación. Desde que llegó al fuerte había recibido a varios civiles y militares, entre ellos Teodoro Petkof y Luis Miquilena, quienes coinciden en decirle que debía restituir la Asamblea Nacional y los demás poderes para preservar el gobierno de transición y acelerar la salida de Chávez del país. También entre las 3:12 p.m. y las 4:25 p.m. permanecen en la comandancia del ejército los tenientes coroneles del ejército de los Estados Unidos Ronald McCamon, agregado militar, y Ge-

rald George, jefe de contraterrorismo de la embajada, quienes, al menos, se reúnen con Vázquez Velazco.

Pronto le preparan a Carmona su segundo decreto, el cual lee minutos después que Velazco hiciera público el del ejército y que sorprendiera a Carmona. En él, Carmona convoca a sesiones extraordinarias de la Asamblea Nacional «a los efectos de juramentar al nuevo presidente de la República, restablecer su funcionamiento ordinario y que proceda a designar a los titulares de los órganos del Poder Público». Además: «Los actuales funcionarios continuarán en el ejercicio de sus cargos hasta que se produzca tal designación».

La maniobra es burda y tardía. Con seguridad, Carmona no había leído a Dostoievski: «El castillo de sus ilusiones se ha venido abajo sin estrépito, sin dejar rastro, se ha esfumado como un sueño; y él ni siquiera se percata de que ha estado soñando...».

En Maracay, desde el mediodía se había dado a conocer el Manifiesto del Rescate de la Dignidad Nacional, suscrito por el general de división Julio García Montoya —seleccionado como jefe del comando que se formó por los altos oficiales en Maracay—, el general Raúl Isaías Baduel —jefe de operaciones del comando y su vocero—, y los generales Luis Acevedo y Pedro Torres —jefes de la Base Aérea Libertador en Maracay—, Alí Uzcátegui y Nelson Verde Graterol, los almirantes Orlando Maniglia y Fernando Camejo, y respaldado por la mayoría de los jefes de guarniciones y todos los comandantes de batallones del país.

En total se agrupan en Maracay 14 generales al mando de 20 mil combatientes, unidades de tanques, aéreas y de artillería, paracaidistas, infantería y otras, que suman una fuerza incontestable a favor del orden constitucional. El manifiesto expresa cuatro demandas muy centradas: 1) Poner fin al terror desatado por la Policía Metropolitana en Caracas; 2) Restituir de inmediato el orden constitucional; 3) Evitar el enfrentamiento

entre las unidades militares y 4) Inmediata renuncia del gobierno usurpador. Y también plantea: «Exigimos acceso a los medios masivos de información, ya que en estos momentos no están cumpliendo su función de máximos defensores del derecho a la información veraz». El manifiesto también es objeto de esa censura: solo una emisora local lo difunde por la tarde. A esa hora, en Maracay, el comando había comenzado a organizar el rescate del Presidente, al saber que lo habían trasladado para La Orchila.

Restitución de la Dignidad Nacional es el nombre que le asignan a la misión que se propone reponer a Chávez. La fuerza está compuesta por una unidad de lanchas patrulleras con 30 efectivos y una cuadrilla de tres helicópteros con 60 hombres. El momento más tenso sucede cuando en el Comando de Maracay reciben la información de que en La Orchila había un avión con matrícula de los Estados Unidos y que la intención de los golpistas era sacar a Chávez al exterior.

Entonces García Montoya llama al vicealmirante Héctor Ramírez Pérez con el fin de exigirle la inmediata entrega del Presidente. Este no le responde y le pasa al general Manuel Rosendo, quien también enmudece y le traslada el celular al general Vázquez Velazco, que no atina a darle una respuesta coherente. Debido a la actitud pusilánime de Velazco, de manera enérgica y rotunda Montoya le exige que respete la integridad física del señor Presidente y que no cometa el grave error de sacarlo del país, y le advierte: «Devuelvan al señor Presidente sano y salvo antes de las nueve de la noche o aténganse a las consecuencias», y corta la comunicación.

Después Montoya se comunica con el embajador Charles Shapiro para preguntarle por el misterioso avión y le ofrece los detalles de la nave. «I'm sorry. I'm sorry», dice Shapiro, aunque él habla perfecto español, haciéndose que está al margen de todo, y se compromete a averiguar e informar después, lo que nunca hace.

La ambigua reacción del embajador hace que el Comando de Maracay acelere la salida de la unidad de rescate, que ocurre un poco antes de las nueve de la noche al mando del general Uzcátegui. Minutos más tarde Montoya recibe una llamada de los oficiales que tienen prisionero al Presidente y le informan que están dispuestos a entregarlo.

Por su parte, Carneiro en su emotivo encuentro con el pueblo, que repleta todas las adyacencias de Fuerte Tiuna, comprende que ha llegado la hora del jaque mate. Sube a un tanque, que gira 180 grados y entra con el pueblo escoltándolo a la instalación militar rumbo a la comandancia del ejército, donde están los generales golpistas, que no ofrecen resistencia. Carneiro le ordena al coronel José Gregorio Montilla Pantoja que proceda a detener a Carmona.

El coronel, acompañado de otros militares, encuentra al usurpador, confundido y temeroso, en una oficina del piso 5 del Ministerio de la Defensa. «Tengo la orden de detenerlo», le dice Montilla cuando entra al local y lo ve de espaldas. «¿Por qué?», pregunta Carmona haciéndose el sueco. «¡Por haber violado la Constitución Bolivariana de Venezuela!», le responde Montilla, con énfasis en «Bolivariana», y el huidizo roedor queda aturcido, sin cueva para escapar. Cerca de él está el general Manuel Rosendo —también abrumado y con fingida cara de arrepentido— y le pide a Montilla un breve tiempo a fin de que Carmona pueda presentar su dimisión y dirigirse al país para restablecer «el hilo constitucional».

Esa tarde y durante la noche, cientos de miles de personas bajan de los cerros y se movilizan desde otros barrios populares de Caracas, Vargas y Miranda hacia Miraflores y Fuerte Tiuna. Sus consignas son reveladoras: «¡Fuera el dictador Carmona Estanga! ¡Viva la Revolución y la democracia! ¡El pueblo arrecho, reclama su derecho! ¡El pueblo unido, jamás será vencido! ¡Viva Chávez! ¡Con hambre y sin empleo, con Chávez me resteo!».

Uno de los caminantes le habla a un periodista internacional, que se mueve en un automóvil con su cámara:

Hay una República Bolivariana de Venezuela, están diciendo que ya la bolivariana se acabó, a lo arrechó, porque así se dice, a lo arrechó, o sea, arbitrariamente ellos están haciendo cosas que aquí no habían ocurrido antes, están desconociendo el Estado de derecho.

¡Aquí hay un Estado de facto, señores, aquí hay un Estado de facto! No se está respetando la Constitución ni las leyes, disolvieron el Tribunal Supremo de Justicia, destituyeron al Fiscal General de la República, al Defensor del Pueblo, al presidente Chávez lo tienen preso, es el primer Presidente preso de este país...

¡Señores, él no ha renunciado, el Presidente está preso, aquí hay una total violación de los derechos humanos!...

Otro bolivariano es más escueto y también elocuente: «Chávez nos da esperanza pa' echá pa'lante. ¡No nos quiten la esperanza, que es lo único que nos queda!».

Miles de manifestantes que marchan hacia Miraflores son retenidos por un contingente de la Guardia Nacional, que tiene la orden de los golpistas de dispararle al pueblo para impedir su avance. Los marchistas encaran a los uniformados, y uno de ellos pide a los guardias que abran paso. El jefe militar les ordena irse o tendrán que actuar con violencia, y el hombre les responde: «¡Van a tener que matar al pueblo, nos van a tener que matar a todos!». Y como si fuera una bandada de guacamayos que salen de un monte cálido, un grupo de muchachas enarbola bien alto las banderas venezolanas que portan y corean una estrofa para convencer a los soldados a que les abran paso: «¡Soldado, sincero, únete a tu pueblo! ¡Soldado, sincero, únete a tu pueblo! ».

Surte efecto, algunos guardias desertan de las filas, entregan su fusil y se unen a la marcha.

El paso queda libre, la muchedumbre se dirige a Miraflores y un enardecido soldado que se queda en el lugar le dice al jefe: «¡Nadie nos convertirá en asesinos del pueblo!». Y el sargento le responde: «Yo jamás daré esa orden que orientó Molina Tamayo, ¡nací y vivo en Petare, no en el Country Club!».

En otros lugares la Policía Metropolitana sí dispara con saña en plena calle y a la luz del día. Otro periodista extranjero ve la escena y activa su cámara:

—¡Nos están matando! ¡Nos están matando! —le grita un manifestante.

—¿Por qué están protestando ustedes? —indaga el reportero.

—Secuestraron a Hugo Chávez Frías, él no ha renunciado, lo secuestraron, lo tienen secuestrado. ¡Libertad, libertad, libertad! ¡Chávez, Chávez, Chávez! ¡Abajo la dictadura!

—¿Qué es lo que está pasando aquí con el pueblo? —pregunta el periodista.

—Al pueblo lo están arremetiando los policías, ¿no viste al motorizado que le metió a ese hombre un poco de peinillazos ahí, sin él hacer nada? Nada más porque está protestando a favor de Chávez. ¿Entonces...? ¡Que suelten a Chávez, que suelten a Chávez! Lo tienen preso, el gobierno de Carmona lo tiene secuestrado y el pueblo lo quiere, esto es un golpe de Estado, porque él en ningún momento ha renunciado...

Miraflores ha sido retomado por el pueblo uniformado y afuera más de un millón de personas exigen el regreso de Chávez: «¡Queremos a Chávez!, ¡queremos a Chávez!», repiten sin descanso. Un joven militar desde la azotea de Palacio ondea la bandera nacional en sus brazos, mientras otros soldados hacen con sus dedos la señal de la V República, que es también el símbolo de la victoria. El goce de todos es supremo.

Entre las 4 y las 5 de la tarde comienzan a llegar a Miraflores varios dirigentes bolivarianos: Guillermo García Ponce, Aristóbulo Istúriz, María Cristina Iglesias y otros. José Vicente Rangel fue el primero en arribar, enseguida que la Guardia de Honor liberara el Palacio y continuó allí su infatigable coordinación de acciones con los mandos militares antigolpistas. También se comunica con los generales sediciosos: «Cualquier resistencia es inútil. Todas las unidades de la Fuerza Armada se han pronunciado por el respeto a la Constitución y a la restitución del Presidente».

A las 8 de la noche, el salón de reuniones del gabinete y otros espacios de Miraflores vibran por la alegría desbordante de los ministros, diputados y otros dirigentes bolivarianos. Sobre esa hora, comienza a salir la señal del canal estatal Venezolana de Televisión. Allí aparecen en cámara, felices, su director Jesús Romero Anselmi y el diputado Juan Barreto: un rayo de luz ilumina las mentes de los ciudadanos. La verdad ahora llegará sin rodeos ni demora.

Desde la tarde, cientos de personas habían sitiado las sedes de las televisoras privadas, exigiéndoles que transmitieran lo que sucedía en el país, y logran que en Venevisión les saquen un comunicado, por miedo a que ocuparan el canal. De tal modo, el pueblo también logra derrotar moralmente a los medios privados golpistas.

A la 1:00 p.m. Diosdado Cabello recibe una llamada del mayor Suárez Chourio, jefe de la escolta de Chávez, quien había participado en la toma de Miraflores. En su estilo parco Chourio le dice: «Ya tenemos el control de Palacio». Y Diosdado da un brinco: «¡Inmediatamente salgo para allá!». Chourio, quien conoce muy bien la rapidez de su amigo, lo contiene: «Aguántate un poquito, porque no sabemos cómo van a reaccionar ellos».

Diosdado se encuentra en una montaña del estado Vargas, cerca de Caracas, pero a casi dos horas en vehículo. Él había logrado con suma astucia evadir cuatro veces la persecución que sufriera desde el 11 de abril, cambiándose de sitio, moviéndose sin que nadie lo identificara, una vez incluso regresando al lugar donde un poco antes la policía había ido a buscarlo, deduciendo que no irían al mismo lugar. Y así llegó a la finca de un viejo colaborador de Chávez durante la campaña electoral de 1998, en un rincón de Vargas, que tenía un helicóptero ruso destartado, el que, para colmo, cuando iban a emplearlo a las 6:30 p.m. para volar a Caracas, no tuvo gasolina suficiente.

Además de no estarse quieto en ningún lugar, porque sabía el valor de su cabeza por ser el vicepresidente —en rigor el Presidente, mientras Chávez permaneciera preso—, Diosdado tampoco paró de hacer contactos con otros dirigentes bolivarianos, con los jefes militares de Maracay y con varios comandantes de unidades en Fuerte Tiuna, casi todos compañeros suyos de promoción. De ese modo se mantenía bastante informado del curso de la situación. Había realizado declaraciones a Unión Radio el 12 de abril, pero lo censuraron. Ese mismo día escribió y envió un documento a los principales medios nacionales y solo El Universal publicó una nota el día 13, esbozando que según Diosdado él era el presidente, sin mencionar la acusación de que había un golpe de Estado, que Chávez había sido secuestrado y que él sería el presidente aunque no estuviera en Miraflores, hasta tanto aquel fuera restituido. Por la tarde del 13, mediante gestión suya, logró que CNN le hiciera una entrevista telefónica, y por casualidad Globovisión estaba encadenada con esa emisora, conociéndose sus declaraciones por muchas más personas en Venezuela.

A las 7:00 p.m. Diosdado no espera más: «Bueno, Chourio, voy bajando en carro, hermano». Y pronto comprendería mejor los alcances de la movilización popular. La gente había bajado

de los cerros y bloqueado en varios puntos de la autopista la entrada a Caracas. Diosdado, viendo aquello, pensó: «Es increíble, armaron un plan de defensa de manera espontánea, intuitiva, sin líderes conocidos».

Carlos Aguilera lo acompaña y al percatarse ambos de que no podían seguir en auto, se bajan y corren 300 metros en paralelo a la cola de vehículos. Abordan otro auto, cuyo chofer los autoriza. Llegan a otra barricada y Aguilera grita: «¡Epa, es Diosdado Cabello, llevo a Diosdado aquí para Miraflores!». Y la gente: «No jodas, vale, sácalo para verlo». Y él se asoma por la ventanilla, su cabeza cubierta con un casco: «¿Qué pasó, vale? ¡Déjenme pasar! Voy a Miraflores a recibir mi vaina presidencial; tranquilos... ¡Chávez viene!». Y al escucharlo y verlo tan cerca, las personas dan gritos de alegría y quitan la barricada.

Así, sorteando obstáculos, incluso un tiroteo en Catia —ya en Caracas—, donde saquean un comercio, Diosdado oye que se aproxima una ambulancia que frena en seco y de ella se baja un negro alto y flaco, rebosante de energía. «¡Coño, qué alegría, es Chourio!». En la ambulancia también venía Otto Neustald, de la CNN, para filmar todo, y enseguida dos escoltas acuestan a Diosdado en el piso del vehículo y lo cubren con una «sábana» blindada de plomo. «¡Coño, ahora sí me voy a morir!», gritaba Diosdado, y todos, contagiados por el humor, se morían en verdad de risa.

Ya en Palacio, se realiza una sencilla ceremonia donde el presidente de la Asamblea Nacional, William Lara, toma el juramento a Diosdado por ausencia involuntaria del presidente Chávez, y queda investido con el cargo hasta que este fuera rescatado.

ABRIL 13, LA ORCHILA

La batalla moral, política y militar contra los golpistas está ganada cuando Chávez arriba a La Orchila, alrededor de las 5 de la tarde, aunque él desconoce lo que está ocurriendo. Distante 180 kilómetros al norte de Caracas, en la pequeña isla radican una base de la Armada y una casa de descanso presidencial que Chávez había visitado por primera vez en la Semana Santa del año anterior, junto a su esposa, la hijita Rosainés y Raúl, el otro niño de María Isabel.

En esa oportunidad, conoció al comandante de la Fuerza Naval en La Orchila, José Aguilera, quien fue muy atento. Chávez le hizo una visita al campamento en aquella ocasión y conversó con él y los soldados, conoció allí las condiciones de vida de todos y se percató de que necesitaban algunos recursos, por ejemplo, un vehículo en buenas condiciones para distribuir los suministros. Pidió que le hicieran una lista de las necesidades, y él mismo se ocupó de que desde Miraflores las resolvieran. Jamás un presidente venezolano había ido a compartir con los soldados de La Orchila en su albergue, y menos a interesarse en solventar sus problemas.

Aguilera se acercó al helicóptero aún con las aspas en movimiento, ansioso por ver a Chávez. Lo saluda y no puede hablar a solas con él, pero mientras caminan hay un momento en que ambos están cerca y los demás un poco distantes, y entonces aprovecha y le dice bajito: «Mire, le voy a poner un celular debajo de la almohada esta noche, para que pueda hablar con su esposa...».

La última carta que se juegan los golpistas es tratar de que Chávez acepte firmar la renuncia y para ello seleccionan al coronel Julio Rodríguez Salas —quien es abogado y había sido el jefe de la custodia de Chávez en Fuerte Tiuna—, al general Godoy Peña, de Justicia Militar, y al cardenal Ignacio Velazco, quien

supuestamente cumpliría el papel de garante del acuerdo y de los derechos humanos del prisionero. Ellos vienen a traerle el decreto de la renuncia con fecha 11 de abril y le dicen que hay un avión listo para sacarlo del país, una vez que lo firme.

Cuando Chávez conoce la propuesta, piensa: «Están en problemas... dos noches antes decían que no importaba que no firmara, y ahora vienen aquí a ponerme un avión a mi disposición, ¡algo muy serio debe estar ocurriendo!». Inmediatamente discute: «Debo ganar tiempo y averiguar qué está pasando...». Por eso pide primero hablar a solas con el cardenal. Permanece con él 20 minutos. «Bendígame, monseñor, ¡en el nombre de Dios!», le dice Chávez y se santigua y el cardenal le da la bendición y lo trata con afecto histriónico, realizando su sibilino papel en la trama. De inmediato, Chávez le pregunta: «¿Cómo es posible, monseñor, que la Iglesia Católica haya aceptado ese golpe que va en contra de los preceptos de Cristo?». Y el cardenal, sin respuesta ética posible, evade su mirada. Después comienza la reunión de Chávez con los tres enviados, siendo el más activo el coronel Rodríguez.

—Yo no puedo firmar ese documento. Hace dos días les dije que estaba dispuesto a renunciar con una serie de condiciones y ustedes no aceptaron —les espeta con voz serena y firme, y recuerda los cuatro puntos que propuso en Palacio, a sabiendas de que tampoco esta vez iban a aceptarlos.

Les menciona la primera condición, que era el respeto a la integridad física del pueblo y de todos los miembros del gobierno.

—Ustedes violaron eso, han atropellado y han detenido a muchas personas, quién sabe qué estará ocurriendo allá; por lo poco que vi en la televisión mientras estuve en Fuerte Tiuna, metieron preso al diputado Tareck, al gobernador de Táchira y han sacado al ministro Rodríguez Chacín de su casa arrestado y golpeado por una turba...

Recuerda después la segunda condición, el respeto a la Constitución.

—Ustedes patearon la Constitución, disolvieron la Asamblea Nacional, el Tribunal de Justicia, en consecuencia, ¿de qué vamos a hablar?

Entonces el cardenal intercede, para tratar de ablandarlo:

—Bueno Chávez, tienes que pensar en el país...

—Sí, estoy pensando en el país, precisamente, yo nunca he dejado de hacerlo...

Y en ese tono continúa la discusión, sin ninguna coincidencia. Chávez sigue con su táctica de ganar tiempo, porque cada vez se percata más del nerviosismo de sus contrapartes, incluso de los sargentos que estaban cerca con sus lanzacohetes y fusiles, mirándolo de reojo. Y también veía inquieto al contralmirante que lo trajo de Turiamo, quien entraba y salía de la casa haciendo y recibiendo llamadas por su celular. Por eso Chávez sospecha que algo importante está ocurriendo y se convence aún más de que necesita prolongar el debate.

Así, tal vez sin él saberlo, aplica una máxima del astuto general panameño Omar Torrijos, uno de sus paradigmas desde la juventud: «Cuando no puedas ganar una discusión, enrédala». Y es cuando les plantea una nueva variante: «Miren, yo no voy a firmar la renuncia, no insista, monseñor, ustedes violentaron todo esto», y les muestra la diminuta Constitución que siempre lleva en su bolsillo. «¿La falta absoluta de Presidente es lo que ustedes quieren? Esa falta absoluta puede ocurrir por la muerte. ¿Eso es lo que quieren? Otra es la renuncia, que depende de mí; la muerte, depende de ustedes». Sus interlocutores lo escuchan sin comentar nada y Chávez sigue esgrimiendo la Constitución en su mano izquierda. «¿O quieren acaso que una junta médica me declare incapacitado mental y que esa declaratoria sea aceptada por el Tribunal Supremo y avalada por la Asamblea Nacional? El problema

es que hoy no tenemos Tribunal, ni Asamblea Nacional...». Hace una breve pausa, y observa los rostros turbados de sus tres interlocutores. Sigue al ataque: «Les queda entonces una alternativa que se las propongo para facilitar esto, una fórmula constitucional: separación del cargo».

Los tres miran a Chávez, sorprendidos y sin entender bien la propuesta. Chávez sabía que ni el general ni el monseñor conocían de leyes, pero sí el coronel Rodríguez. «Él es abogado y yo no, pero él no conoce la Constitución y yo sí», piensa mientras veía en los ojos de tiburón del coronel golpista que le atraía la carnada. Comienza entonces a leer el artículo 23, referido a las variantes de la falta absoluta del Presidente, entre ellas el abandono del cargo, y omite la parte en que se indica que este «debe ser declarado como tal por la Asamblea Nacional».

—Yo soy capaz de abandonar el cargo, pero no renuncio —sentencia Chávez y el coronel dice que va a salir un momento para consultar la propuesta. Al cabo de algunos minutos el oficial regresa con una Constitución que alguien le prestara.

—Chávez, leí bien la Constitución, y en esa propuesta hay una dificultad: el abandono del cargo debe ser avalado por la Asamblea Nacional —afirma el golpista con el rostro adusto y en ese instante su cabeza rapada muestra como nunca antes las sinuosas venas inflamadas por la tensión.

—Ese es un problema de ustedes, y es la única manera en que yo acepto firmar —dice Chávez sin demora, y agrega—: Además, tienen que permitirme un teléfono, porque si me voy a México o a Cuba, yo necesito hablar con el presidente de ese país; y también requiero hablar con mi esposa, mis padres, mis hijos, y algunas otras pequeñas cosas...

Con la anuencia de los tres, Chávez toma un bolígrafo y un papel, y al rato les lee el documento:

Yo, Hugo Chávez Frías, C.I. 4258228, ante los hechos acaecidos en el país durante los últimos días, y consciente de que he sido depuesto de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela, declaro que abandono el cargo para el que fui elegido legítimamente por el pueblo venezolano y que he ejercido desde el 2 de febrero de 1999. Igualmente declaro que he removido de su cargo, ante la evidencia de los acontecimientos, al vicepresidente ejecutivo, Ing. Diosdado Cabello Rondón. En La Orchila, a los 13 días del mes de abril de 2002.

El coronel coge la hoja en su mano y lee el texto de prisa.

—Está bien, vale... Mi misión es llevar para Caracas una cosa firmada —dice con evidente desespero y le da instrucciones a un teniente para que pase el escrito en una computadora.

Al escuchar la respuesta del coronel, Chávez no hace más nada. «Mordieron el anzuelo», se dice. Él sabe que el texto es solo una ratificación de que había sido removido de su cargo por la fuerza, y para ser constitucional debía ratificarlo la Asamblea Nacional.

El teniente que escribe en la computadora teclea despacio, se equivoca, repite, gana tiempo, y el coronel inquieto lo apremia.

—Oye, apúrate, eso lo necesitamos ya, es medianoche, ¿oíste? ¡Ya!

ABRIL 14, RESCATE

Están sucediendo cosas. El coronel lo sabe, también el teniente. Todos en La Orchila están al tanto de los acontecimientos en Caracas y Maracay. La televisora estatal había comenzado a informar esa noche y en la CNN trascendían los sucesos: el golpe había sido derrotado. Chávez intuía algo, mas no podía imaginar que ya había ocurrido el desenlace. Observa que aumenta el nerviosismo entre los militares. Los sargentos armados asumen posiciones de alerta y decide preguntarle a Scettro.

—Almirante, ¿qué amenaza puede haber aquí? ¿Por qué los muchachos están sacando los lanzacohetes y asumiendo posición de defensa?

—No es nada, Presidente. No ha pasado nada. Usted sabe que hay que custodiar su vida —miente Scettro y Chávez sigue intrigado al verlo tenso y preocupado.

Luego queda solo unos minutos en la sala de la casa, en espera del documento. De repente ve entrar, sigiloso, al comandante de la Armada en La Orchila, José Aguilera, quien le murmura casi en el oído: «Mi Comandante, no renuncie, que ya las guarniciones están alzadas y todo está controlado». Y Chávez le dice: «Tranquilo, no voy a renunciar». La sorpresiva información lo induce a pensar con más rapidez. «¿Qué estará pasando?», se pregunta. Y decide sumar un poquito más de tiempo. Va al baño para estar unos minutos sin que lo molesten. Y allí resuelve no firmar tampoco el texto que un rato antes había escrito. Sale y le dice al teniente que está en la computadora: «Oiga teniente, no siga escribiendo». El cardenal y los oficiales golpistas también lo oyen y quedan desconcertados.

—Miren, yo no voy a firmar nada, eso es definitivo, así que muchas gracias por su visita —dice y al verlos molestos les hace

una broma—. Si quieren quédense esta noche aquí en mi cárcel, que es de lujo y mañana se van...

El cardenal y los golpistas, pasmados, solo atinan a escucharlo.

—Lo he pensado bien, no voy a irme de Venezuela, aquí están mi familia, mis hijos, mis seguidores, el pueblo. Estoy incomunicado, ni siquiera he tenido un teléfono para hablar con alguien. No sé qué está pasando y no confío en ustedes...

A Chávez le extraña mucho que ellos no opusieran resistencia a su idea y, por el contrario, expresaran entre dientes que aceptaban la decisión y salieran rápido, nerviosos, al parecer a tomar el avión que los esperaba en la pista, a pocos minutos de la residencia. Y su sorpresa es mayor cuando a los diez minutos los ve llegar agobiados, y se sientan silenciosos en el mismo lugar donde estaban antes de irse, y cuando iba a preguntarles qué sucedía, el almirante entra a la sala y le dice:

—Presidente, hay una situación nueva, viene un escuadrón de paracaidistas... Ya están llegando.

—Pero, ¿a qué vienen? —inquire Chávez sorprendido.

—Vienen a rescatarlo a usted —dice el almirante; Chávez respira hondo y reacciona enseguida:

— ¿Y tú qué piensas hacer?

— No, nada, nosotros estamos aquí para custodiar su vida, yo acabo de hablar con el general Baduel y le dije que informara a los helicópteros que aquí no va a haber resistencia, ni un disparo...

— ¡Ah!, me parece muy bueno. ¿Y esta gente por qué se devolvió hace unos minutos?

—Es que el avión que los trajo de Caracas se fue cuando los pilotos supieron que venían los helicópteros y los dejaron aquí...

Y Chávez, que estaba tan feliz al conocer en minutos tantas noticias buenas, se echa a reír y les dice al cardenal y a los dos oficiales en tono generoso: «No se preocupen más, vénganse conmigo, están rescatados...». Tal vez él pensara en ese momento que

el humor es algo muy serio y en lo que dijera su admirada Rosa Luxemburgo: «La venganza es un placer que dura solo un día; la generosidad es un sentimiento que te puede hacer feliz eternamente».

Otra vez entra el almirante: —Presidente, tiene una llamada telefónica.

—¿Quién me llama?

—El ministro de Defensa —responde Scettro.

—No quiero hablar con ese almirante —le dice Chávez, pues cree que es el golpista Ramírez Pérez.

—No, no, es su ministro de Defensa, el doctor Rangel.

Al oír la voz radiante de José Vicente desde el celular, Chávez ve salir el sol en la mitad de la noche:

—Bueno, Hugo, te estamos esperando.

—Pero dime, vale, ¿dónde estás tú?

—Aquí en el Ministerio de Defensa; la Guardia de Honor y el pueblo han retomado Palacio, tenemos a Carmona y a los generales golpistas presos, todo está bajo nuestro control. Para allá van los paracaidistas a buscarte, deben estar cerca, te estamos esperando, el pueblo está en la calle, cuídate mucho...

—¿Ha habido muertos?

—Sí, algunos, después te explicamos.

—¿Y con quién estás ahí?

—Con el general López Hidalgo.

—Pónmelo.

Chávez volvió a preguntar al general: —Oye, compadre, qué ha pasado, ¿hay muchos muertos?

—No, Presidente, no se preocupe, hay algunos, pero el pueblo está en la calle y nosotros controlamos el ejército y las demás fuerzas.

—Bueno, gracias, allá nos vemos —le dijo Chávez, quien a pesar del prodigioso desenlace, seguía angustiado por las víctimas.

Después habla con los generales Baduel y García Montoya, quienes condujeran el bastión de la resistencia en la Brigada de Paracaidistas de Maracay y ellos le proponen que vaya para allí, por razones de seguridad, pero Chávez declina. «Yo tengo que ir primero a Miraflores, allá me dicen que está todo controlado, un abrazo, pronto nos veremos».

Los tres helicópteros llegan a La Orchila a las 2 de la madrugada del 14 de abril. El general Uzcátegui y sus acompañantes se desplazan con cautela desde el sitio del desembarque hasta donde está detenido el Presidente. Cuando se acercan a la pista, próxima a la casa donde él se encuentra, ven un avión con siglas norteamericanas sin que nadie sepa explicarles el motivo de su presencia. Tampoco estaban visibles los pilotos. Parecía un avión fantasma.

Al escuchar el rítmico sonido de las aspas, Chávez siente una de las emociones más intensas de su vida. Desde que salió de Miraflores rumbo a Fuerte Tiuna había pensado en planes de lucha y aún en los peores momentos de su dinámico cautiverio se repetía su luminosa frase del 4 de febrero, «por ahora». Sin embargo, en ninguno de los escenarios que prefigurara pudo imaginar una victoria en menos de cuarenta y ocho horas. De súbito, supone que podría estar soñando. Abre bien los ojos y al ver las caras abatidas de los oficiales golpistas y del desvergonzado cardenal, confirma que está bien despierto.

Sentado entre el almirante Camejo y el general Alí Uzcátegui, jefe de la operación, y rodeado de varios jóvenes oficiales que alborozados le hablan y le hablan a pesar del ruido del helicóptero, hay un momento en que él dice: «Bueno, les pido por favor, déjenme pensar».

Detrás queda La Orchila, su quinto y último lugar de prisionero errante, la isla que en verdad es un archipiélago de 40 kilómetros cuadrados, que incluye diez cayos arenosos y arrecifes coralinos. Una joya natural que él recorrió en la Semana Santa de 2001 y

ahora solo quiere recordar aquellas vivencias, en vez de las horas azarosas que acaba de sufrir, aunque de espléndido final. Recuerda la laguna-bahía, llamada Los Americanos, rodeada de islotes coralinos que delimitan un amplio espacio de aguas tranquilas de color turquesa. Y evoca la playita que más le gustó a su niñita Rosainés, aquella que parecía una piscina enorme, porque el oleaje está contenido por una barrera coralina, que por decantación ha creado una arena blanca, de ínfimas partículas, desde donde puede apreciarse el mar profundo y claro detrás de los corales, de una fauna diversa que es el tesoro de los pescadores.

«Esa será La Orchila que recordaré», se dijo y cerró los ojos para pensar en lo que haría al llegar a Caracas. Y en esa intimidad decide hacer una cadena de radio y televisión, trasladarle al país un mensaje de concordia y proponer a todos iniciar una etapa de paz y respeto a las diferencias, dentro de las reglas constitucionales. Él sabía que sería complejo encauzar las cosas por ese camino, porque los principales actores que promovieron la criminal aventura del golpe seguían en pie, y no sería fácil terminar de noquearlos. Ahora era necesario ganar con astucia los siguientes asaltos. Todavía no podía conquistarse el espacio que requería la Revolución para avanzar más aprisa y se hacía necesario ganar tiempo —tal vez razonó basado en una ecuación militar que le es afín.

ABRIL 13 Y 14, EMBAJADA

Amanece el sábado 13 de abril y los pájaros en los árboles de los patios adyacentes no cesan de trinar. Al ver desde una ventana despuntar el día, disfruto el verdor multicolor del monte Ávila y siento en el palpitar de la naturaleza que la vida continúa pujante. Necesito respirar fuerte, con incipiente optimismo, porque nos percatamos de que los golpistas habían retrocedido en la agresión a la embajada y recibimos algunas noticias de que el pueblo caraqueño comenzó la noche anterior a movilizarse y tocar cacerolas.

En rigor, durante las primeras 24 horas después del golpe, apenas pudimos conocer qué sucedía ni enterarnos del paradero del presidente Chávez. Nuestra propia defensa nos obligó a concentrar los esfuerzos en preservar la soberanía y demostrarles a los fascistas que a Cuba había que respetarla.

A las 8:00 a.m. reaparecen los primeros provocadores. La Policía Metropolitana había aprovechado el despeje de la madrugada y desplegó un cordón a ambos lados de la calle, para así impedir que la turba ocupara el frente de la embajada. De todos modos, nos llama la atención que al avanzar la mañana el número de personas apenas asciende a treinta. «Algo sucede», comentamos entre nosotros, mientras tratamos de informarnos inútilmente por la televisión y la radio.

Sobre las 11:00 a.m. empiezan a llamar muchos amigos y nosotros a ellos. Todos dicen con enorme alegría: «¡El pueblo está en las calles y Fuerte Tiuna y Miraflores comienzan a ser rodeados por la gente!».

Apenas unos minutos después de la 1:00 p.m., cuando un amigo me llama desde Palacio para avisarme que la Guardia de Honor acaba de tomar Miraflores y de apresar a los golpistas, sube

corriendo las escaleras de la embajada un compañero para informarme que se habían ido los pocos manifestantes que aún quedaban. Además, me dice jadeante y a la vez alborozado, que detrás de ellos también se retiraron de prisa los policías metropolitanos y solo quedaron dos o tres de Baruta.

Tal estampida nos confirma que el golpe fascista está siendo derrotado y nuestra alegría se escucha en La Habana, en Santiago, en Pinar, en toda la isla. En breve, seguimos recibiendo nuevos y múltiples datos de lo que ocurría. Nos comunicamos con los compatriotas que están en la residencia y el consulado y todos compartimos el mismo sentimiento: nuestra victoria no era aislada; incluso, empezamos a disfrutarla plenamente, pues intuíamos que ese día también sería el triunfo del pueblo venezolano contra el fascismo.

De todos modos, no bajamos la guardia. Y tuvimos razón, porque aún a las 5:00 p.m. de ese sábado, en un acto de desesperación final, los fascistas lanzan ocho cocteles molotov y cuatro botellas de gasolina desde una casa detrás del consulado, y este casi arde. Y yo pensé en una paradoja: esa bomba casera fabricada con una botella de cristal llena de líquido inflamable lleva su nombre porque durante la Segunda Guerra Mundial un militante del Partido Comunista soviético conocido como Molotov, impulsó entre los partisanos rusos la fabricación en masa de esos explosivos incendiarios para resistir la invasión de las tropas nazis. Nuestros valientes compañeros en el consulado —Oneida, Mario, Marisol, Antonio y Mora—, quienes se encuentran en esa sede, a pocos metros de la embajada, actúan en todo momento de manera heroica; también ellos sufren los embates de la horda fascista, les cortan el agua, la electricidad y varias veces los fanáticos intentan ingresar al recinto.

Todo es inútil para los golpistas. Los destellos del desenlace son convincentes. Chávez está vivo y se dirige a Miraflores, donde lo esperan el pueblo y los militares que respetan la Constitución.

Decido ir a la residencia para disfrutar la buena nueva con mi esposa e hijo y demás compañeros que se encuentran allí; sin proponérmelo, me doy cuenta de que realizo el mismo recorrido que hice el 11 de abril, pero en dirección contraria. Y pienso: es una feliz coincidencia, porque a los golpistas las cosas les salieron al revés. Las calles del este de la ciudad parecen un cementerio en una noche sin luna. No se escuchan voces ni hay luz visible dentro de muchas casas y apartamentos.

Mientras el auto avanza, imagino la rabia y la frustración entre quienes —apenas 48 horas antes— suponían, gozosos, que habían logrado matar los sueños y los ímpetus del pueblo bolivariano. Muchos no son culpables. Fueron engañados por una minoría bien entrenada para mentir y manipular, que ahora, turbada y con escalofríos ante el inesperado desenlace, solo atina a hacer mutis. Las emociones cambian en menos de 48 horas. Al amanecer del viernes 12, dolor y turbación entre los bolivarianos; euforia y odio entre los opositores. Sábado tarde-noche y domingo, lágrimas de júbilo en el pueblo bolivariano; angustia, desconcierto y tristeza entre los escuálidos.

A lo largo de cinco kilómetros, solo vislumbro un auto en movimiento. Sus dos ocupantes parecen figuras de cera. Enciendo la radio: no hay noticias, y la estación estatal continúa fuera del aire. Llamo por el celular a un amigo y pone su telefonito cerca del televisor: Venezolana de Televisión sigue informando el inminente regreso del Presidente a Palacio. Escucho por esa vía una canción de Alí Primera y las voces animosas del pueblo agolpado en Miraflores, en espera del entrañable líder. Y entonces me contagio y grito con alborozo: «¡Volvió! ¡Volvió! ¡Volvió!». Aunque —medito— en verdad Chávez nunca se fue del alma de su pueblo, y por eso en tiempo récord este le propinó a sus enemigos tal fulminante derrota.

Al llegar a la residencia percibo que tiene las luces apagadas. Todos aguardan silenciosos en la sala. A oscuras y susurrantes

han vivido esos días de ansiedad. Y al encontrarnos, una mano invisible activa la luz y el bullicio eclosiona. Aplausos, abrazos, llanto, sonrisas radiantes, y cantamos Al combate corred... muy alto, para que nos escuchen desde San Antonio a Maisí. Una niña de siete años se despierta y se acerca, aletargada, a sus padres: «¿Qué pasó, mamá?», pregunta mirándonos asustada. «Chávez volvió, mi'jita, ¡ganó la Revolución!».

Envuelvo entre mis brazos a Carlos Ernesto y a Amarilys, y les doy las gracias a ambos, sin decirles por qué, pues ellos saben las razones. Desde la embajada estuvimos atentos a lo que acontecía en la residencia y nos sentíamos orgullosos de la conducta admirable de nuestros compañeros y compañeras, en especial de los niños y adolescentes. Ellos tuvieron un proceder de titanes: fueron más obedientes que nunca, no se quejaron por nada y los más pequeños aceptaron, sin chistar, que se les diera de a poco los escasos caramelos que un solidario cubano les envió.

Saludo a cada uno de mis compañeros y varios cuentan sus anécdotas; me refieren que los niños duermen en un cuarto de atrás, que se seleccionó para protegerlos de una posible agresión. Los espacios de mi casa parecen escenarios de guerra: todos en penumbras, colchones en el piso, compañeros de guardia... De repente, me hacen notar que llevaba tres días sin bañarme y opto por asearme antes de volver a la embajada. Mientras me ducho, Amarilys continúa haciéndome anécdotas. Narra que un grupo de nuestras compañeras decidió con dignidad y coraje ir hasta Miraflores, irrumpir allí durante el acto del carmonazo y denunciar la agresión fascista contra nuestra sede. Aún a regañadientes, ahora comprenden que fue correcta la orientación que recibieran de no proceder en aquellas circunstancias. Sin duda, la actuación de todos allí había sido ejemplar.

Casi al despedirme, llama desde La Habana nuestro Comandante en Jefe, para saber cuánto tiempo más suponíamos que de-

moraría Chávez en llegar a Caracas. Lo siento cansado y ansioso, y sobre todo muy feliz por la épica victoria del pueblo bolivariano. Desde el mediodía del 11 de abril, Fidel se mantuvo en comunicación telefónica con nosotros. Recibimos sus orientaciones precisas en cada momento, y hasta sus preguntas incesantes fueron aleccionadoras y un estímulo soberbio para encarar cuanto sucedía.

Sobre las 3:00 a.m., ya de vuelta a la embajada, nos contamos varias anécdotas de ocasión. Osvaldo Parlá recuerda a todos que el día anterior, sábado, había sido el cumpleaños de Marcel, el joven hijo del compañero Felipe Gil. ¡Y surge el pretexto! De algún lado aparece una botella de ron, le cantamos felicidades, nos abrazamos y repetimos en broma que Marcel, y quizá todos, habíamos nacido por segunda ocasión. Y entonces me detengo a pensar, en serio, que la República Bolivariana estaba otra vez «de parto».

Desde La Habana nos informan por teléfono que nuestro pueblo permanece despierto, al tanto de los acontecimientos en Venezuela y muy feliz en espera del regreso de Chávez. La gente está clavada frente a los televisores y la muy vista «película del sábado» había quedado relegada, pues desde que empezó a salir la señal de Venezolana de Televisión a las 9:30 de la noche, esta se transmitía en vivo en Cuba.

Nuestro pueblo había conocido en la mañana del viernes 12 la noticia del golpe de Estado y que Chávez estaba preso, y quedó estupefacto. Al parecer nuestros medios de comunicación no alertaron lo suficiente sobre la grave situación que se vivía en esos días del paro. Cuando en el transcurso del viernes conversamos con familiares, amigos y compañeros en la isla, corroboramos el alto grado de ansiedad y preocupación que existía. Las preguntas se repetían: ¿Y a Chávez lo pueden matar? ¿Cómo fue posible que le dieran un golpe? Y al conocerse en la tarde del viernes que la embajada estaba asediada por los fascistas y el peligro que corríamos, las muestras de solidaridad fueron constantes. Sentíamos en

cada diálogo el deseo de todos los compatriotas de estar junto a nosotros.

En la embajada nos contamos después las emociones de nuestros familiares y amigos en Cuba. Mi hija Anna, en La Habana, recibió un soplo de esperanza en medio de la pesadumbre familiar. Mi madre de 86 años les decía a todos sin soltar una lágrima: «Tan rápido como supimos estas inesperadas noticias, pronto nos vamos a enterar de otras buenas. Ustedes verán...». Y cuando así ocurrió fue entonces que ella se echó a llorar.

Tal vez ningún otro pueblo en el mundo sufrió tan suya la tragedia y las angustias del golpe durante el viernes 12 y hasta la tarde del sábado 13, en que se disipara la pesadilla. Y en esa escala sentimental, nuestra gente vivió uno de sus momentos más felices al saber que Chávez había sido rescatado y regresaba a Caracas, gracias a la movilización popular y a los militares dignos. El pueblo cubano estaba de fiesta. Nuestro abril, el de Girón, tenía una hermana. En palabras lapidarias y hermosas de nuestra inolvidable cantautora Sara González: «Girón y la victoria bolivariana, dos patadas...».

ABRIL 14, VICTORIA

Los brazos y sentimientos del líder resultan rebotados por su pueblo, al bajar del helicóptero a pocos metros de Palacio, que otra vez volvía a ser el mismo, rodeado de gente que corea mientras ríe y llora con arrebatos: «¡Volvió, volvió, volvió, volvió, Chávez volvió...!». Es la antípoda del «se fue, se fue», que cantaran altaneros los adversarios de la Revolución apenas dos noches antes. Nadie podía imaginar que el trágico sesgo del 11 de abril daría un giro vertiginoso y el 13 sucedería un desenlace tan venturoso, a contrapelo del fatalismo dramático de la tradición griega y shakesperiana.

Y en ese trance de radiante emoción, civiles y militares, dentro y fuera de Palacio, con sus corazones en sintonía entonan el Himno Nacional, que es la mejor manera de expresar el significado de la triunfal batalla librada por el pueblo civil y castrense en defensa de la Constitución y el futuro bolivariano de la patria: Gloria al bravo pueblo/ que el yugo lanzó,/ la ley respetando/ la virtud y honor...

Ya en el Salón Ayacucho de Miraflores, a las 4:40 de la mañana —34 horas después de que allí se efectuara el ominoso acto de autojuramentación de Carmona, y otra vez Bolívar encima de todos, con su mirada digna y promisoría, erguido en el cuadro restituido en el lugar más visible del recinto— Chávez le habla sin distinguos a todos los venezolanos. Sus palabras están cargadas de sinceridad, examina las causas y a los causantes de la tragedia, y hace un llamado a la concordia y la paz, pide respeto al orden constitucional y que todos rectifiquen los errores que cometieron, empezando —dice— por él mismo.

Aunque pueda resultar algo extenso, es menester evocar algunas partes de su alocución, pues ellas son acaso el mejor testi-

monio de las complejidades de aquella encrucijada de la historia reciente de Venezuela, que generara pugnas aún mayores, dificultades, deserciones, errores, y nuevas experiencias y victorias bolivarianas en el devenir de los años siguientes, hasta la actualidad:

Yo así lo digo, en nombre del gobierno revolucionario y bolivariano, pacífico y democrático: No vengo con ninguna carga de odio ni de rencor contra nadie, absolutamente, no cabe en mi corazón ni el odio ni el rencor. Pero claro que tenemos que tomar decisiones y ajustar muchas cosas. Siempre, siempre, y para siempre apegados a esta casi sagrada Constitución, después de la Biblia. La Constitución Bolivariana de Venezuela, las acciones del Gobierno Bolivariano estarán siempre apegadas a la Constitución, así que hago un llamado igualmente a los poderes locales: gobernadores, alcaldes, a todos los hombres y mujeres que me siguen en este camino, que no caigamos, yo sé que no vamos a caer, nadie va a caer en el extremo en que cayeron algunos sectores en los últimos días, a los que también llamo a la reflexión.

Aquí no habrá persecuciones, aquí no habrá atropellos ni abusos, ni irrespetos a la libertad de expresión o de pensamiento, a los derechos humanos en forma general.

Pero las cosas tienen que volver al marco constitucional de donde salieron por voluntad de una minoría engegucida, a lo mejor por la ambición, a lo mejor por el rencor. No sé por cuántos otros sentimientos, pero les hago un llamado a todos.

Se ha demostrado una vez más, lamentablemente, que aquí hay dos países: un país virtual y un país real. El país virtual lo veían ustedes, seguramente, aquí a lo mejor en este mismo salón hace pocas horas. El país virtual montó

una conspiración, con el desespero de la aventura, irrespetando todo. Pero el país real finalmente se impuso. Porque el país real tiene en sus manos las banderas de la razón, las banderas de la verdad y la fuerza infinita de la fe, y sobre todo la fuerza infinita del amor.

Este pueblo, ha quedado una vez más demostrado —glorioso pueblo el de Bolívar—, ahí está para los que dudaban, si es verdad que durante muchos años lo engañaron, si es verdad que durante muchos años lo manipularon, si es verdad que durante muchos años a veces lo llevaron como un borrego; ha quedado demostrado que ciertamente despertó como conciencia de su propia fuerza y se ha convertido en actor histórico que construye un nuevo camino.

La Fuerza Armada, sus cuadros de oficiales, la estructura central ha demostrado una vez más que por más manipulación, por más traición que haya en algunos sectores de la Fuerza Armada, como la hubo, sin embargo, ahí está la muchachada militar, que la conozco, está ahí. Así que mi reconocimiento y el de todos a esos dos entes a los que yo siempre me he referido, y que constituyen la fuerza más poderosa —después de Dios— de esta Venezuela de hoy, de este proceso de cambio indetenible. Esos dos elementos que en el fondo son el mismo, el mismo: el pueblo y los militares, el pueblo y la Fuerza Armada.

Ahora, voy a terminar repitiendo algo que me parece muy importante que debo repetir, y que esto no sea palabra hueca, le pido a Dios que esto no sea palabra que se la lleve el viento. Oye, hago un llamado de verdad a la unidad de los venezolanos, a la unidad respetándonos las diferencias, hago un llamado a la cordura, hago un llamado al entendimiento, hago un llamado a la Iglesia

Católica, Apostólica y Romana, a la Iglesia Evangélica, a las religiones. Hago un llamado a los empresarios del sector privado, hago un llamado a los partidos políticos, todos, a todos. Hago un llamado a los dirigentes de esos partidos, a los dirigentes sindicales, hago un llamado a los dirigentes empresariales, hago un llamado sobre todo —y agarro la cruz—, hago un llamado a los dueños de los medios de comunicación. ¡Por Dios! Reflexionen pero de una vez, este país también es de ustedes, yo también tengo que reflexionar muchas cosas. Sí. Lo he hecho en muchas horas. Y me traigo lecciones aquí que no voy a olvidar, de tanto pensar, de tanta angustia, de tanto dolor, de tanta incertidumbre.

Así que vengo dispuesto a rectificar donde tenga que rectificar, pero no solo debo ser yo el rectificador, todos tenemos que rectificar muchas cosas para que volvamos a la calma, al trabajo, al empuje y a la construcción de la Venezuela bolivariana, para que sigamos construyéndole la patria a nuestros hijos, a nuestros nietos, para que sigamos haciendo realidad el sueño de Bolívar.

ABRIL 14, ABRAZO

Cuando a las nueve de la mañana del memorable domingo 14 de abril salí con algunos compañeros a la calle Roraima —donde radica la embajada—, la luz era tan intensa que todas las huellas de la barbarie habían desaparecido.

De repente nos sorprende una alegre y bulliciosa caravana de hermanos venezolanos, entre ellos el embajador de Venezuela en Cuba, Julio Montes, quien desde el Palacio de Miraflores estuvo dispuesto a dar su vida por la Revolución Bolivariana y después junto al pueblo. Y entonces, en el mismo sitio donde horas antes los fanáticos gritaran sus improperios y nos agredieran, las voces de los auténticos hijos de Bolívar corean su magnífica epopeya y nosotros nos sumamos: «¡Volvió! ¡Volvió! ¡Volvió! ¡Volvió! ¡Chávez volvió!... ».

Un solidario venezolano de esa caravana expresa que habían venido a desagraciarnos, y agrega: «Como en los tiempos de Martí y Bolívar, Cuba y Venezuela vuelven a demostrar que solo es posible alcanzar el triunfo con la razón y la fuerza del pueblo, que es su dignidad». Lo aplaudimos y exclamamos al unísono: «¡Viva Cuba! ¡Viva Venezuela!».

Desde aquellos días de abril, he podido sentir en el rubor y la «arrechera» de miles de ciudadanos que se nos acercaron a pedirnos sus disculpas —incluso opositores y los llamados «ni-ni»—, la grandeza y el honor del pueblo venezolano. Después de todo, el asedio contra nuestra embajada ayudó a mostrar, sin máscara, el rostro siniestro del fascismo.

Y lo más trascendente: si las agresiones y el asedio a la embajada de Cuba formaron parte del plan golpista para implantar un régimen oprobioso en Venezuela, la indispensable y humilde

resistencia de todos los integrantes de nuestro colectivo y los demás cubanos que prestaban servicios en ese país, para honra del pueblo martiano, se abrazó con la epopeya de los patriotas bolivarianos. ¡Gloria al bravo pueblo!

EPÍLOGO

«Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡yo no sé!», expresó en verso el insigne peruano César Vallejo, refiriéndose al inefable destello espiritual que puede suscitar en un ser humano determinada adversidad en su vida.

El pueblo de Bolívar sí supo transformar el fuerte golpe del 11 de abril en certeza y laurel. Fue el actor principal que impidió el rebrote del proyecto fascista en América Latina y el Caribe —al comenzar el presente siglo—, y evitó que sucumbiera la Revolución Bolivariana, apenas en su tercer año de existencia. ¿Cómo fue posible?

Este libro no pretende agregar nuevas ideas a las correctas interpretaciones que han formulado analistas y dirigentes venezolanos y de otros países sobre el golpe de abril y la victoria del pueblo bolivariano; en primer lugar, las que ha realizado el presidente Hugo Chávez, artífice de la estrategia revolucionaria que dio al traste con el zarpazo fascista en menos de cuarenta y ocho horas. La narración de los hechos es la manera que escogió el autor para revelar las verdades y lecciones de esa página luminosa de la historia contemporánea de nuestra América. El lector, antes de abrir este libro tal vez tenía una opinión formada, que pudo confirmar o enriquecer. Sin embargo, sus criterios pudieron haber variado en uno u otro aspecto, o hasta en su visión conclusiva. Reine el albedrío. Por mi parte deseo solicitar licencia para exponer algunas ideas. Y lo hago con la prudencia de quien ha necesitado consultar un mar de glosas, testimonios, crónicas, entrevistas, materiales filmicos, entre otras fuentes, y recordar infinidad de diálogos con amigos —venezolanos y cubanos— que vivimos en disímiles escenarios aquellos aleccionadores días.

1. El golpe fue preparado y organizado durante al menos nueve meses. Cuando el bloque de fuerzas opositoras y sus mentores de los Estados Unidos llegaron a la conclusión de que Chávez no retrocedería en la ejecución del proyecto bolivariano, decidieron optar por la vía violenta e instaurar un poder que extirpara de raíz a la Revolución, comenzando por la anulación de los poderes constitucionales y la instauración de un gobierno de facto, que devino corporativo-militarista y de sesgo fascista.
2. Después del 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos no disimularon su rechazo al gobierno de Chávez y las intenciones de socavarlo. Los reiterados alegatos de voceros del gobierno de Bush evidenciaron el aval y el estímulo que los Estados Unidos les daban a los golpistas venezolanos, a fin de acelerar la caída de Chávez y la interrupción del proceso revolucionario en Venezuela. De manera creciente, el Gobierno Bolivariano venía convirtiéndose en un obstáculo para la política exterior de Bush, en especial hacia el hemisferio y el control del precio mundial del petróleo y de los hidrocarburos venezolanos, que suman la más importante reserva del planeta.
3. La estrategia del golpe y la secuencia de hechos prevista fueron diseñadas por los autores como piezas de un reloj suizo. ¿Acaso podían haber hecho esos planes los conspiradores venezolanos, sin los expertos yanquis? Es difícil creerlo. En lo que sí parece que hubo una relativa mayor autonomía de la parte sediciosa venezolana, fue en su ejecución.
4. Me sumo al criterio expuesto por Rodolfo Sanz en su libro *Dialéctica de una victoria*, en el que apunta la existencia de un diseño teórico del golpe. Había que provocar una masacre, con el propósito de responsabilizar al Presidente y que las Fuerzas Armadas pudieran invocar el Artículo 350 de la Constitución, deteniéndolo para ser juzgado por crímenes de lesa humanidad; para ello era necesario lograr que la orden causante de

los muertos fuese impartida por Chávez y que la autoría material recayera en las Fuerzas Armadas; por consiguiente, la marcha opositora debía llegar a Miraflores y así obligar a los militares de Palacio a contenerla con sus armas.

5. ¿Cómo ocurrieron los hechos? Recordemos.
 - Chávez jamás dio la orden de disparar a los opositores; al contrario.
 - Los muertos y heridos fueron provocados por francotiradores al servicio del plan golpista, y las víctimas resultaron ser de ambos bandos.
 - Una reducida porción de la marcha opositora logró acercarse a Palacio por el flanco oeste y fue repelida por la Guardia Nacional con gases lacrimógenos, sin víctimas; la parte destinada a avanzar sobre Palacio por la vía Baralt-Puente Llaguno-Urdaneta, abriéndole camino la Policía Metropolitana, no pudo lograr su objetivo debido a la movilización del pueblo bolivariano y en particular a la resistencia de un pequeño grupo de osados, que con armas cortas enfrentaron desde Puente Llaguno a la policía y a algunos francotiradores. O sea, la marcha nunca llegó a Miraflores, gracias a la heroica resistencia del pueblo movilizado en las inmediaciones de Palacio y de modo especial en Puente Llaguno.
 - Al no ocurrir lo previsto, Venevisión hace un montaje televisivo y responsabiliza a los Círculos Bolivarianos de las muertes, diciendo que habían actuado por órdenes del Presidente. De inmediato, se aplica la conocida técnica goebbeliana de convertir la mentira reiterada en verdad. El video trucado se transmite una y otra vez en todos los canales privados, utilizándose para incriminar a Chávez, confundir a la opinión pú-

blica nacional e internacional, inmovilizar a las fuerzas populares y lograr el apoyo de los mandos militares, a fin de sumarlos al golpe. En la noche del 11 de abril y durante la mañana del siguiente día, estos objetivos los lograron en parte. Más aún, por la confusión que causó en los sectores chavistas la alocución que leyó el general Lucas Rincón, jefe del Alto Mando, afirmando que el Presidente había renunciado.

- Cuando los golpistas rechazan las condiciones que puso Chávez para renunciar —en rigor, incumplibles por ellos, y Chávez lo sabía— y deciden entonces presionarlo, amenazando con bombardear Palacio, la valiente decisión de Chávez de no dimitir e ir preso para Fuerte Tiuna resultó ser la clave del rápido fracaso del golpe. A partir de ese momento, los jefes principales de este —civiles y militares— se enredan y en cuestión de horas, durante el día 12 de abril, pierden el control del escenario de manera vertiginosa y en la tarde del 13 ya están derrotados de hecho.
- Fue muy importante que apenas ocho horas después de ser apresado y aislado en Fuerte Tiuna, el pueblo venezolano y el resto del mundo supieran que Chávez no había renunciado. Primero a través del verbo y con la fuerza sentimental de su hija María Gabriela —idea de Chávez, que Fidel viabilizó en un santiamén desde Cuba— y poco después por medio de la valiente denuncia que realizara el fiscal general Isaías Rodríguez. A partir de ahí, todo cambió. Incluso, esto fue lo que impidió, junto con la movilización popular, que lo asesinaran, como se había decidido por el núcleo duro golpista.
- Otra vez el despliegue popular, a partir del 12 en la tarde, hasta la irrupción masiva del 13 de abril, re-

sultó determinante en el desenlace. Al igual que en las movilizaciones del 11, los Círculos Bolivarianos desempeñan un papel medular, y aunque no tienen instancias verticales de dirección, devienen pequeños motores que aglutinan y conducen a numerosos colectivos de las barriadas populares y centros de trabajo.

- La postura contra el golpe de varios generales y el rechazo casi unánime de los oficiales medios y de toda la tropa, en especial en Maracay, Fuerte Tiuna y la Guardia de Honor de Miraflores, en actuación conjunta con el pueblo no uniformado, provocó en tiempo récord la victoria bolivariana.
6. Sin duda, la bufonada que empleó Carmona para autoproclamarse y la decisión de volar en pedazos la Constitución Bolivariana lo incineró aún más. No obstante, aunque los golpistas hubiesen preservado ciertas normas constitucionales, por ejemplo, mantener activa la Asamblea Nacional —como trataron de hacer cuando se vieron perdidos, bajo la asesoría de la embajada yanqui—, de cualquier manera el curso de los acontecimientos habría sido muy parecido.

El golpe no tenía posibilidad de consolidarse debido a los siguientes hechos: Chávez no había renunciado; estaba preso y su vida corría peligro; él no tenía responsabilidad en las muertes, al contrario; la justificación del zarpazo estaba montada en mentiras y trucos mediáticos; los avances de la Revolución Bolivariana —incluido el desarrollo de la conciencia, la organización y el brío populares— y las esperanzas que ella despertó, así como el liderazgo simultáneo de Chávez en la mayoría del pueblo y en las fuerzas armadas. Por todo ello, desde que nació las horas del golpe estaban contadas, aunque sus autores se hubieran vestido de terciopelo.

7. ¿Quiénes formaron el bloque golpista? ¿Qué papeles cumplieron en cada etapa? ¿Cuáles fueron los conflictos de intereses entre ellos? En su excelente libro *El golpe de Estado del 11 de abril*, el siempre recordado dirigente bolivariano Guillermo García Ponce hace una certera caracterización:

Los grupos más extremistas, mitad fascistas y mitad irracionales, asumieron la dirección del golpe de Estado contra Chávez. Antiguas figuras de la política tradicional fueron desplazadas y sus puestos ocupados por patotereros del este de Caracas o aberrantes ejecutores de la visión apartheid de la política venezolana. Pasaron a primer plano: el contralmirante neoprusiano Carlos Molina Tamayo; el jefe patronal Carmona Estanga; el secretario privado del expresidente Carlos Andrés Pérez; el paramilitar Isaac Pérez Recao y altos ejecutivos de bancos y empresas extranjeras [...]. En segunda fila quedaron, bajo la influencia de los laboratorios de rumores y de las manipulaciones de *El Nacional* y *Globovisión*, los oficinistas de PDVSA, las acicaladas periodistas, los desorientados burócratas de la Alcaldía Metropolitana, los «niños bien» de la pequeña burguesía caraqueña, unos cuantos renegados de vieja data conocidos por sus correrías oportunistas y tres docenas de generales sin tropa...

A esa lista habría que agregar la alta jerarquía de la Iglesia Católica venezolana, la mafia sindical de la CTV y los dueños de los principales medios de comunicación privados. Los jefes de la Iglesia se mantuvieron en la primera línea de mando hasta el último momento, mientras que la CTV, encabezada por Carlos Ortega, al ser desplazada decidió aparentar su no compromiso con el gobierno de facto, a fin de lograr cargos y prebendas.

Por su parte, algunos dueños de medios de comunicación y al parecer también el gobierno de los Estados Unidos, al igual que un grupo de políticos opositores, se percatan en el transcurso del día 12 del pantano en el que habían caído los golpistas

al negarse Chávez a renunciar y estar preso e incomunicado. Se horrorizan al ver que el pueblo se lanza a rescatarlo y a protestar en las calles, a la vez que se producía una firme reacción militar de rechazo a la asonada en Maracay y Fuerte Tiuna, ambos sitios rodeados de gente que exigían la restitución de Chávez. Por eso, a partir de la mañana del 13 de abril, tratan de convencer a Carmona y al núcleo directivo de los golpistas de que reactiven la Asamblea Nacional y los demás poderes, salvo la presidencia, para enderezar el entuerto, ¡sin Chávez!

Lo primordial es que todos los integrantes de la oposición participaron en la ejecución del golpe, y tenían consenso respecto a dos objetivos centrales: anular la Constitución Bolivariana y sacar por la fuerza al presidente Chávez. Cada quien hizo su parte, pero es importante reiterar que todos estaban comprometidos: los militares sediciosos; Fedecámaras —a nombre de la oligarquía—; la CTV; los partidos Acción Democrática, COPEI, Proyecto Venezuela, Bandera Roja, Movimiento al Socialismo, Causa R, Primero Justicia y otros; los dueños de los medios de comunicación privados y sus principales directivos y voceros; la jerarquía de la Iglesia Católica; el expresidente Carlos Andrés Pérez; el traficante de armas y mafioso Isaac Pérez Recao; varios gobernadores, alcaldes, diputados, jueces, fiscales y muchos funcionarios públicos de la IV República; la nómina mayor de PDVSA y miles de tecnócratas de esa empresa estatal; los dirigentes de fundaciones y otras instituciones de la mal llamada «sociedad civil»; renegados de la izquierda, como Teodoro Petkoff, y una amplia gama de intelectuales orgánicos de la derecha y otros con ropaje progresista.

Ellos participaron en una, dos o varias de las siguientes acciones: las movilizaciones, defendieron la salida inconstitucional en escritos públicos y declaraciones, aportaron dinero o conspiraron en cuarteles y otros predios.

Un pequeño grupo diseñó el plan general y un núcleo duro más reducido lo aplicó según sus intereses particulares (Carmona, Pérez Recao, algunos altos oficiales...).

Pero insisto: todos por igual actuaron como cómplices del golpe y la mejor prueba fueron las declaraciones de políticos, los remitidos a la prensa de gremios empresariales y asociaciones de la mal llamada «sociedad civil», y los editoriales y artículos firmados que se publicaron los días 12 y 13 de abril: Desde el «Chao Hugo» de Petkoff, en su diario Tal Cual, hasta el editorial de El Nacional. Después, cuando el cielo se nubló con la derrota, trataron de desmarcarse y preservar sus fuerzas para nuevos intentos.

Algo muy sintomático: los cientos de miles de personas que participaron entusiastas en la marcha del 11 de abril, sin excepción, se quedaron en sus casas y ninguno de sus dirigentes tuvo el coraje de convocarlos cuando ocurrió el despliegue popular y militar contra el golpe. Las rotundas verdades —que a pesar de la censura también en el este de Caracas se iban conociendo— deprimieron y paralizaron a quienes horas antes habían marchado resueltos a asaltar Miraflores. Amanecieron felices el 12, pero esa misma noche y sobre todo el 13, comenzaron a preocuparse, y en muchos surgieron preguntas relacionadas con las manipulaciones de que fueron víctimas. Desde la tarde del 13 la inquietud derivó en angustia por el inminente fracaso, y amanecieron el 14 frustrados y perplejos.

Los sectores reaccionarios de la clase media venezolana mostraron así sus debilidades: decididos cuando se creen vencedores, timoratos en momentos en que se sienten en desventaja. Incluso sus integrantes fascistas, como los que agredieron la embajada de Cuba el día 12 —con la complicidad tácita del entonces alcalde Capriles Radonski—, cuando supieron en

la mañana del 13 que la situación había cambiado a favor de la Revolución, huyeron despavoridos.

El golpe de abril, como otras estrepitosas derrotas en la historia humana, quedó sin fuerzas de sostén ni defensores. Kennedy habría dicho que el golpe terminó «huérfano». En clave chavista: «escuálido». Y hay que revisar la historia de América Latina y el Caribe en los últimos cien años, plagada de golpes de Estado. ¿Cuántos fracasaron? Alguien hará el análisis. Parece claro que el desenlace en Venezuela tiene que ver no tanto con el diseño o la implementación del golpe: sus causas profundas se relacionan con la existencia de una singular revolución popular y armada, y un líder excepcional.

8. Es conveniente detenernos en la complejidad ideológica de los que condujeron el golpe hasta el final e integraron el gobierno de facto. En primer lugar, el sector empresarial, en la persona de su máximo representante corporativo; los principales jerarcas de la Iglesia Católica y en tercer término un pequeño grupo de generales reaccionarios. Ellos son los que definen la composición del llamado gobierno de transición, en el que incluyen también miembros del Opus Dei. Coincidió con Rodolfo Sanz: «Esta trilogía, Opus Dei, tecnocracia empresarial petrolera, militarismo y paramilitarismo, se convirtió en el núcleo hegemónico del golpismo en la etapa de abril».

Todos sus pasos en el breve plazo en que pudieron tomar decisiones los muestran en cuerpo y alma: se orientan hacia la plena restauración de la IV República, con acciones de corte fascista, incluidas las represiones en forma de razia contra dirigentes del proceso bolivariano, el pueblo chavista y un símbolo muy odiado por ellos: la embajada de Cuba. Entre el 12 y el 13 fueron asesinadas más de setenta personas, y centenares de ellas perseguidas y encarceladas. ¿Qué hubiera sucedido en una semana, un mes, un año...?

9. Otra pregunta indispensable: ¿Cuáles fueron las principales consecuencias del golpe?

La primera gran derrota que sufrió el bloque oligárquico-imperialista en Venezuela a partir del 2 de febrero de 1999 fue la aprobación de la Constitución Bolivariana. Y la segunda, el fracaso del golpe de abril de 2002. Después vendrían otras y con seguridad quedan algunas por ocurrir.

Los hechos de abril mostraron sin disfraces a los enemigos de la Revolución. En esos breves días, el pueblo civil y uniformado de orientación bolivariana entendió mejor los alcances de la Carta Magna y del proyecto de cambios encabezado por Chávez. La conciencia política del pueblo y de los militares se hizo más clara y los compromisos con el proyecto revolucionario se fortalecieron. El protagonismo de las masas se consagró y mostró en su esplendor que era decisivo, al igual que la alianza cívico-militar tan promovida por Chávez como factor estratégico clave de la Revolución Bolivariana.

El golpe representó una oportunidad para depurar las filas castrenses de los elementos golpistas y retrógrados. También reveló nuevas traiciones en el ámbito civil y pasaron al campo enemigo caballos de Troya que hacían mucho daño dentro del proceso.

La oposición quedó dislocada temporalmente, surgieron en sus filas nuevos motivos de división y los medios de comunicación privados sufrieron un porrazo a su credibilidad. No obstante, la traición de Luis Miquilena posibilitó que los adversarios controlaran la mayoría del Tribunal Supremo, al igual que ocurría con buena parte de los tribunales y la fiscalía en instancias inferiores, pero decisivas. Ello permitió que el Tribunal avalara el concepto de que no hubo golpe sino un vacío de poder y que muchos de los responsables no pudieran encausarse, mientras otros huyeron al exterior, en primer

lugar Carmona y Pérez Recao, y varios de los altos oficiales más comprometidos.

No hay palabras más elocuentes para explicar esta situación que las expresadas por Roy Chaderton Matos, nombrado canciller de Venezuela poco después del golpe: «Ocurre que en nuestra tierra mágica tuvimos un presidente secuestrado sin captores, encarcelado sin carceleros, unas autoridades autojuramentadas sin usurpadores, parlamentarios, gobernadores y alcaldes atrapados y aporreados sin linchadores; es decir, responsabilidades sin responsables, asaltos sin asaltantes y violaciones sin violadores. ¿Cómo entonces sorprendernos invirtiendo la lógica de esa secuencia, al encontrar a jueces sin justicia? No hay responsables. No hay responsabilidades. Solo fantasmas en la enfebrecida fantasía garciamarquiana».

Por su parte, los Círculos Bolivarianos, criminalizados por los fascistas, elevaron su prestigio y se multiplicaron en casi todo el país. Dirigentes sindicales críticos de la mafia de la CTV aceleraron iniciativas para construir una fuerza gremial autónoma y a la vez comprometida con el proceso de cambios. Dentro de PDVSA, aunque regresaron casi todos los gerentes golpistas, se fortalecieron las posiciones de los obreros y funcionarios patriotas que sabían sería inevitable un nuevo enfrentamiento con aquellos.

Otra enseñanza del golpe fue el importante papel que cumplió la comunicación alternativa popular; por ejemplo, Catia TV en el oeste de Caracas; el uso de la mensajería de textos celulares y otras variantes de transmisión de informaciones, ideas y consignas, que convirtieron a Venezuela después en el país suramericano con mayor número de televisoras, radios y periódicos alternativos. Estos existen para promover, con óptica crítica, la obra revolucionaria y también constituyen una

red que, gracias a aquella experiencia, está en mejores condiciones de defenderla ante cualquier eventualidad similar a la de abril.

Los partidos de la alianza bolivariana hicieron sanas críticas sobre la carencia de un plan para enfrentar el de los golpistas y acrecentaron los niveles de articulación, para hacer más eficiente el respaldo al gobierno y al Presidente. Tal vez la mejor síntesis de las lecciones que dejara el golpe a los dirigentes bolivarianos, la formulara Chávez cuando afirmó que en esos días había perdido «la virginidad».

Dentro de las Fuerzas Armadas, el Presidente en su carácter de Comandante en Jefe implementó un sistema autónomo de comunicaciones directas suyas con los mandos de batallones y otras unidades operacionales, que le garantizaran el contacto en condiciones normales y excepcionales.

El impacto internacional del golpe tuvo un balance muy favorable para el gobierno y la revolución. Prevalció el rechazo a cualquier intento de golpe de Estado en Venezuela u otro país de la región. Muchos analistas en el mundo, incluso en los Estados Unidos, culparon al gobierno de Bush de promover el hecho, y cuando menos de haber reconocido a Carmona. Ello colocó a los Estados Unidos en una posición defensiva.

Por su parte, la izquierda y determinadas fuerzas progresistas latinoamericanas —que tenían reservas y prejuicios con Chávez por su origen militar y sus novedosas ideas de cambio— comprendieron de una vez que en Venezuela sí había un proceso revolucionario y además necesitado de solidaridad.

10. Un último comentario. Nunca olvidemos las lecciones del golpe de Estado de abril de 2002 en Venezuela y la odisea que protagonizaran los auténticos demócratas y patriotas de esa hermana nación. «Nunca olvidemos», dije. Sí, en primera persona del plural: venezolanos, venezolanas y los demás pueblos de nuestra América.

No soslayar jamás quiénes fueron los autores y participantes de la asonada, más allá de sus disputas y constricciones parciales y oportunistas.

No omitir nunca hasta dónde fueron capaces de llegar para derrotar el sueño bolivariano.

No dejarse engañar por nuevas falacias de esos sujetos —u otros iguales o semejantes que puedan surgir—, sean ellas burdas o revestidas de atractivos encajes.

Saber descubrir las intenciones ocultas detrás de los cambiantes disfraces que utilizan tales personajes o entes que los portan, digamos una demagógica campaña electoral que busque por esa vía similares propósitos a los del golpe de abril.

Y recordar siempre que la aparente unidad de la oposición se hizo añicos en pocas horas, cuando imperaron las ambiciones económicas y de control del poder entre unos y otros dirigentes y sectores que la integran. De tal modo: ¿podrían garantizar ellos, con sus mezquinos intereses en pugna la estabilidad, la paz social y más aún, los formidables logros de la Revolución?

Los prepotentes del Norte y sus cómplices vernáculos no debieran olvidar a su vez el rotundo adagio de los vencedores en abril: todo 11 tiene su 13. Esto es: objetivos claros, movilización popular, unidad cívico-militar, combatividad, organización, patriotismo, confianza en el líder, optimismo y estar dispuesto a entregar hasta la vida en defensa de las conquistas e ideales de la Revolución Bolivariana.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

El estilo narrativo predominante en el libro me obligó a no indicar las fuentes bibliográficas, para favorecer su lectura de manera fluida.

En la bibliografía general se relacionan los textos que estudié o consulté: crónicas, entrevistas a los protagonistas, reportajes, documentos, testimonios, discursos, alocuciones, artículos y editoriales de prensa, ensayos analíticos y otros. También los documentales de televisión, con diferentes ópticas políticas y éticas.

Sin embargo, es menester comentar las principales fuentes que empleé, en especial aquellas que me permitieron exponer testimonios personales de varios de los protagonistas de los sucesos. Cada episodio narrado y la forma en que lo pensaron y sintieron esas personas, los tomé de las versiones que ellas ofrecieron, a veces en diferentes ocasiones y con distintos interlocutores.

Abril sin censura busca captar y mostrar la subjetividad de la gente: pensamientos íntimos y emociones. Expone sin ambages sus conflictos internos, y los deseos, penas, alegrías, temores y frustraciones. Respeta lo que cada quien contara, y solo en ciertos casos recrea matices, gestos, palabras. Teje en un relato integral los hechos y testimonios de los protagonistas, con el ánimo de entregarle al lector una versión compacta y dinámica del golpe de Estado y de la victoria popular.

Asimismo, ofrezco numerosos testimonios personales, incluidos los del asedio a la embajada de Cuba —de los cuales me resultaron indispensables varias opiniones y anécdotas de mis compatriotas que también vivieron esos dramáticos y victoriosos días.

Debo agregar que no pocas veces los relatos expuestos son evocaciones del autor de sus diálogos con numerosos venezolanos,

y de vivencias suyas durante una larga estadía en el hermano país como embajador de Cuba.

De la bibliografía utilizada, hay ciertos textos que fueron muy útiles para escribir varios relatos y apreciaciones sobre los hechos acaecidos los días 11, 12, 13 y 14 de abril. Seguidamente los comento.

En primer lugar, tres entrevistas al presidente Chávez, en las que este rememora aquellos sucesos: *Todo Chávez*, de Eleazar Díaz Rangel; *Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo*, de Marta Harnecker; y *Golpe y retorno: El testimonio del presidente Hugo Chávez*, de Alexander Montilla y otros periodistas del diario *Panorama*. Fue de suma importancia el estudio y la utilización de las alusiones al tema, realizadas por el presidente Chávez en discursos, conferencias de prensa y otras exposiciones.

El excelente libro *Chávez nuestro*, de los autores cubanos Rosa Miriam Elizarde y Luis Báez, permitió acceder a valiosos testimonios de Diosdado Cabello, entonces vicepresidente de la República; José Vicente Rangel Vale, ministro de Defensa en aquellos momentos; el general (r) Jorge Luis García Carneiro, que era el jefe de la Tercera División del Ejército en Fuerte Tiuna a cargo de Caracas; el general (r) Raúl Isaías Baduel, que tenía la jefatura de la 42 Brigada de Paracaidistas en Maracay; Tareck William Saab, exdiputado; Luis Reyes Reyes, exgobernador de Lara; Ronald Blanco la Cruz, exgobernador de Táchira; el general (r) Jacinto Pérez Arcay, asesor del presidente Chávez; el general (r) Alí Uzcátegui Duque, que dirigió el comando de rescate del Presidente; Elena Frías, Adán Chávez, Rosa Virginia y María Gabriela Chávez —madre, hermano e hijas mayores del líder bolivariano, respectivamente.

Una fuente de sumo interés empleada fue *El golpe de Estado del 11 de abril*, del fiel revolucionario Guillermo García Ponce, ya desaparecido. Se trata del primer testimonio escrito poco tiempo después de los eventos de abril por uno de los dirigentes bolivarianos que estuvo en la primera línea.

Otro texto imprescindible es *Un relato único. Una historia que es la suya*, de Teresa Maniglia, que contiene un conmovedor testimonio sobre lo que sucediera en el Palacio Presidencial la noche del 11 de abril, y documentos, extractos de discursos, alocuciones y entrevistas de Chávez sobre el tema.

Puente Llaguno, hablan las víctimas y Abril rojo, el rescate de Chávez, ambos títulos de Néstor Francia, contienen valiosos testimonios, crónicas, entrevistas y documentos.

Capítulo aparte merece el libro *Abril, golpe adentro*, del destacado periodista Ernesto Villegas Poljak, hasta donde conozco el reportaje más completo que se haya publicado sobre el tema, que incluye documentos inéditos y diversas entrevistas que el propio autor realizara a varios importantes protagonistas de los sucesos, en el programa estelar *En Confianza*, que entonces condujera en Venezolana de Televisión. Este texto fue muy útil en la elaboración de la secuencia de los hechos y para esclarecer cabos sueltos.

Asimismo resultó de especial utilidad para localizar varios materiales escritos la compilación *Lo que la prensa calla*, que se encuentra en la web. También *Los documentos del golpe*, editado por la Defensoría del Pueblo, a cargo en aquellos días de Germán Munderaín.

Sobre los asuntos petroleros y la participación de la alta gerencia de PDVSA en la asonada del 11 de abril fueron de mucha utilidad: *Así nació la nueva PDVSA* y *PDVSA y el golpe*. El primero, realizado por periodistas del diario *Panorama*, y el segundo, que comprende artículos de varios autores y el documento confidencial que revela el plan de los gerentes en apoyo al golpe.

Finalmente el libro *Cien horas con Fidel*, de Ignacio Ramonet, permitió reproducir con exactitud el diálogo telefónico que sostuvo el Comandante en Jefe Fidel Castro con el presidente Chávez —al comenzar la madrugada del 12 de abril—, y otros de primordial importancia, por ejemplo, con la hija del presidente Chávez,

María Gabriela —en la mañana del 12 de abril—, que facilitara de inmediato, con su propia voz, que ella hiciera la denuncia pública de que el presidente Chávez estaba preso y no había renunciado.

Por su parte, todos los documentales que menciono en la bibliografía general, en una medida u otra, sirvieron para visualizar la intensidad y complejidad de la dinámica del golpe, el contragolpe y la victoria del pueblo bolivariano. Algunos de ellos, como «Puente Llaguno. Claves de una masacre» y «La Revolución no será transmitida», son referencias obligadas para desmontar la inmoral manipulación y censura que impusieron al pueblo los medios de comunicación privados, confabulados con el golpe de Estado.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- AHARONIAN, ARAM R.: «Petróleos de Venezuela: El gran botón del golpe», en sitio digital www.rebelión.org, 22 de abril de 2002.
- ARRIARÁN, PAKITO: «Entrevista a Ramón Rodríguez Chacín», en sitio digital www.pakitoarriaran.org, 10 de febrero de 2012.
- ASAMBLEA NACIONAL: *Venezuela 1999-2005. Memoria de una Revolución*, memoria documental, CD, Caracas, 2006.
- «Así fue el contragolpe en Venezuela», en diario *El Tiempo*, Bogotá, 14 de abril de 2002, s.a.
- «Así nació la nueva PDVSA», en diario *Panorama*, Maracaibo, 2009, s.a.
- AZNÁREZ, CARLOS: *Los sueños de Bolívar en la Venezuela de hoy*, Ed. Txala-Parta S.L., 2000.
- BIGOTT, LUIS A.: *Alí Primera. No solo de pan vive el hombre*, Ed. El Tapial C.A., Caracas, 2006.
- BILBAO, LUIS: «Chávez y la Revolución Bolivariana», en diario *Le Monde Diplomatique*, Ed. Colombia, 2002.
- BLANCO, AGUSTÍN: *Habla el que se fue. Mensaje de Carlos Ortega*, Fundación Cátedra Pío Tamayo, Caracas, 2006.
- BLUM, WILLIAM: «La CIA y el golpe en Venezuela», en sitio digital www.rebelión.org, 14 de abril de 2002.
- BONILLA, LUIS Y HAIMAN EL TROUDI: *Historia de la Revolución Bolivariana*, Ministerio de Comunicación e Información, Caracas, 2005.
- BRITO GARCÍA, LUIS: *Investigación de unos medios fuera de toda sospecha*, Venezolana de Televisión, Caracas, 2003.
- CAÑÓN, LUIS Y ALEXANDER MONTILLA: «La historia del golpe de Estado y la retoma del poder», en diario *Panorama*, Maracaibo, 22 de abril de 2002.

CARDINALE, IVANA: «Marcha del 11 de abril de 2002: Experiencia de un opositor», en sitio digital www.aporrea.org, 10 de abril de 2006.

CHÁVEZ, HUGO: *Selección de discursos, años 1999-2005*, Ed. de la Presidencia de la República, Caracas, 2005.

COLECTIVO DE AUTORES: *El golpe de Estado en Venezuela*, CD, Ed. de Medios Comunitarios, Caracas, 2002.

COLECTIVO DE AUTORES: *Chávez universal*, Ed. revista *Patria Grande*, MINCI, Caracas, 2006.

COLECTIVO DE AUTORES: «11A. Lo que la prensa calla», en sitio digital ch/htmlpage/docs/11a-prensa.pdf, 20 de febrero de 2012.

COLECTIVO DE AUTORES: *PDVSA y el golpe*, Ed. Fuentes, Caracas, 2003.

CONSTANT, HÉCTOR: «El rol del actual gobierno venezolano en el afianzamiento de la Organización de Países Exportadores de Petróleo», en *Revista Venezolana de Estudios Internacionales*, no. 4, Caracas, 2002.

Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, Imprenta Nacional, Caracas, 2001.

«Cronología de un vacío de poder», en BBCMundo.com, 5 de abril de 2007, s.a.

DÍAZ, ELEAZAR: «Abril en Washington», en diario *Últimas Noticias*, Caracas, 4 de mayo de 2003.

_____ : *Todo Chávez. De Sabaneta al golpe de abril*, Ed. Planeta Venezolana S.A., Caracas, 2002.

DUQUE, JOSÉ R. (Compilador): *Del 11 al 13*, (pdf), Caracas, 25 de marzo de 2009.

ELIZALDE, ROSA M. Y LUIS BÁEZ: *Chávez nuestro. Testimonios inéditos*, Casa Editora Abril, La Habana, 2004.

FERNÁNDEZ, JOSÉ M.: «La participación de España y de Estados Unidos en el golpe de Estado en Venezuela», en revista *Debate Abierto*, no. 19, Caracas, 2002.

FRANCIA, NÉSTOR: *Qué piensa Chávez*, Instituto Municipal de Publicaciones, Alcaldía Libertador, Caracas, 2003.

_____ : *Puente Llaguno. Hablan las víctimas*, Publicaciones Monfort, Caracas, 2002.

_____ : *Abril rojo. El rescate de Chávez*, Imprenta Nacional, Caracas, 2002.

FUNDACIÓN DE LA DEFENSORÍA DEL PUEBLO: *Los documentos del Golpe*, Caracas, s.f.

GARCÍA, GUILLERMO: *El golpe de Estado del 11 de abril. Comando Político de la Revolución*, 2da. ed., Caracas, 2002.

GOLINGER, EVA: *El código Chávez*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.

_____ : *Bush vs. Chávez. La guerra de Washington contra Venezuela*, Ed. Monte Ávila, Caracas, 2006.

GÓMEZ, BERENICE: «Tres naves norteamericanas rondaron La Orchila el 13-A», en diario *Últimas Noticias*, 2 de mayo de 2002.

GÓMEZ, HUMBERTO: «A 5 años del golpe de Estado del 11 de abril de 2002», en sitio digital www.aporrea.org, 10 de abril de 2007.

GOOT, RICHARD: *A la sombra del Libertador*, Imprenta Nacional, Caracas, 2002.

GUEVARA, ALEIDA: *Chávez. Un hombre que anda por ahí*, Ed. Ocean Press, Australia, 2005.

HARNECKER, MARTA: *Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo*, Imprenta Nacional, Caracas, 2002.

_____ : «Las etapas de la Revolución Bolivariana», en revista *Paradigmas y Utopías*, no. 8, México D.F., 2007.

HERNÁNDEZ, AUGUSTO: «El golpe que se filmó antes», en diario *El Mundo*, Caracas, 12 de septiembre de 2002.

HERNÁNDEZ, MIGUEL A.: «Qué pasó en Venezuela», en sitio digital www.rebelión.org, 17 de junio de 2002.

JARAMILLO, JORGE: «11 de abril de 2002. La batalla del centro de Caracas», en sitio digital www.aporrea.org, 15 de mayo de 2006.

LANDER, LUIS E. Y MARGARITA LÓPEZ: *Venezuela: Fortuna y penas de un país petrolero*, Ed. Faces-UCV, PDVSA, Caracas, 2003.

LÓPEZ, MARGARITA: «Abril de 2002, cinco años después», en sitio digital www.aporrea.org, 15 de abril de 2007.

LÓPEZ, MELVIN: *Informe sobre los hechos ocurridos los días 11, 12 y 13 de abril de 2002 en Fuerte Tiuna*, folleto, s.f.

MAGALLANES, RODOLFO: «La igualdad en la República Bolivariana de Venezuela (1999-2004)», en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, a. VII, no. 2, Caracas, mayo 2005.

MANIGLIA, TERESA: *Un relato único. Una historia que es la suya*, Imprenta Nacional, Caracas, 2003.

MARCANO, CRISTINA Y ALBERTO BARRERA: *Hugo Chávez sin uniforme*, Ed. Random House-Mondadori, Caracas, 2004.

MEDINA, MEDÓFILO: *El Elegido. Presidente Chávez: un nuevo sistema político*, Ed. Aurora, Bogotá, 2001.

_____ : «Venezuela al rojo, entre noviembre de 2001 y mayo de 2002», en *Venezuela: confrontación social y polarización política*, Ed. Aurora, Bogotá, 2003.

MONTILLA, ALEXANDER Y OTROS: «Golpe y retorno: El testimonio del presidente Hugo Chávez», en diario *Panorama*, ediciones de 11, 12 y 13 de abril de 2003.

MORENO, ELAINE: «Honor a nuestros compañeros caídos el 11 y 12 de abril de 2002», en sitio digital www.aporrea.org, 13 de abril de 2008.

NARANCO, RAFAEL DEL: «Un traficante de armas dirigió unas horas el golpe de gobierno de Pedro Carmona», en diario *El Mundo de España*, 19 de abril de 2002.

NAVARRO, ERNESTO J.: *13 de abril, el pueblo recuperó la democracia*, MINCI, Caracas, 2006.

PÉREZ, ANTONIO: *Chávez*, Ed. del autor, Caracas.

PETRAS, JAMES: «La Casa Blanca dirigió el golpe», en Znet en español, 10 de junio de 2002.

POLEO, PATRICIA: «Así se frustró el golpe a Chávez», en diario *El Tiempo*, Bogotá, 18 de abril de 2002.

QUIJANO, ANÍBAL: «Venezuela: ¿Un nuevo conflicto?» en, Lima, 1 de junio de 2002.

RAMONET, IGNACIO: *Cien horas con Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 3ra. ed., La Habana, 2006.

_____ : «La conspiración contra Chávez», en diario *El País*, Madrid, 17 de abril de 2002.

ROJAS, ELIGIO: «Operación rescate por la dignidad», en diario *El Mundo*, 22 de abril de 2002.

ROLDÁN, TOMÁS: «Cinco verdades sobre el 11-A», en sitio digital www.antescuálidos.com, 3 de junio de 2002.

RUIZ, WLADIMIR: *Las lógicas de Chávez*, Ed. El Perro y la Rana, Caracas, 2006.

SANZ, RODOLFO: *Diccionario para uso de chavistas, chavólogos y anti-chavistas*, Ed. Nuevo Pensamiento Crítico, Caracas, 2004.

_____ : «El golpe de Estado y la contrarevolución cívico-militar», en revista *Paradigmas y Utopías*, no. 8, México D.F., 2007.

SÁNCHEZ, GERMÁN: *Cuba y Venezuela. Reflexiones y debates*, Ed. Ocean Press, Australia, 2006.

_____ : *Permiso para opinar sobre Cuba*, Instituto Municipal de Publicaciones, Alcaldía de Caracas, 2004.

SIERRA, FRANCISCO: «Análisis herético de los días 11, 12, 13 y 14 de abril», en sitio digital www.aporrea.org, 15 de abril de 2006.

VERA, LEONARDO V.: «Políticas sociales y productivas en un Estado petriomonalista petrolero. Venezuela: 1997-2007», en revista *Nueva Sociedad*, Caracas, mayo-junio 2008.

VILLEGAS, ERNESTO: *Abril. Golpe adentro*, Ed. Galac, Caracas, 2009.

_____ : *Héroes de abril. Los defensores de Puente Llaguno*, CD-VCD, Venezolana de Televisión, Caracas, 2004.

WOODS, ALAN: *La Revolución Bolivariana. Un análisis marxista*, Ed. El Perro y la Rana, Caracas, 2006.

Material fílmico

ASOCIACIÓN NACIONAL DE MEDIOS: *Conspiración mortal*, documental, Caracas.

_____ : *El pueblo unido*, documental, Caracas.

BARTLEY, KIM Y DONACHA O'BRIAN: *La revolución no será transmitida*, documental, Irlanda, 2004.

GLOBOVISIÓN: *La cadena 11-A*, documental, Alianza Cívica en programa Prohibido Olvidar, 11 de abril de 2002.

PALACIO, ÁNGEL: *Puente Llaguno. Claves de una masacre*, documental, Panafilm.

_____ : *Asedio a una embajada*, documental.

VENEVISIÓN: *11 kilómetros de paz. 500 metros de muerte*, documental.

VENEZOLANA DE TELEVISIÓN: *Rescate del hilo constitucional*, documental.

VENEZOLANA POLÍTICA.ORG: *Crónica de un golpe de Estado*, documental.

ÍNDICE

IX	Prólogo
1	Preguntas
5	Preludio
11	Inminencia
15	Causas
25	Ensayo
29	Judas
37	Enero
43	Febrero
55	Marzo
63	Abril 6, 7 y 8
69	Abril 9
75	Abril 10
81	Abril 11, vísperas
85	Abril 11, marcha
93	Abril 11, sedición
99	Abril 11, choques
107	Abril 11, masacre
111	Abril 11, Miraflores
115	Abril 11, golpe
121	Abril 12, madrugada
137	Abril 12, preso
149	Abril 12, represión
161	Abril 12, carmonazo
169	Abril 12, movilización
175	Abril 12, Turiamo
179	Abril 12, embajada
203	Abril 13, Turiamo

215	Abril 13, contragolpe
233	Abril 13, La Orchila
239	Abril 14, rescate
245	Abril 13 y 14, embajada
251	Abril 14, victoria
255	Abril 14, abrazo
257	Epílogo
271	Bibliografía comentada
275	Bibliografía general
289	Testimonio gráfico

TESTIMONIO GRÁFICO



Juro delante de Dios, juro delante de la Patria, juro delante de mi pueblo que sobre esta moribunda Constitución impulsaré las transformaciones democráticas necesarias para que la República nueva tenga una Carta Magna adecuada a los nuevos tiempos. Lo juro.



La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, aprobada el 15 de diciembre de 1999, inaugura la V República inspirada en el ideal bolivariano de El Libertador.



Cumbre de la OPEP celebrada en Caracas en el año 2000.



Carlos Ortega (ctv), Luis Ugalde (Iglesia) y Pedro Carmona (Fedecámaras). Pacto de La Esmeralda, 6 de marzo de 2002.



Firma por Fidel y Chávez del Convenio de Cooperación en octubre de 2000.



Manifestantes de la marcha opositora blanden sus pancartas en las inmediaciones de El Calvario a escasos metros del Palacio de Miraflores, 11 de abril de 2002.



El pueblo revolucionario se congrega en las inmediaciones del Palacio de Miraflores desde tempranas horas de la mañana, dispuesto a defender a su Presidente y a la Revolución.



El pueblo bolivariano de Caracas defiende con resolución a su Presidente ante el arribo de los manifestantes de la marcha opositora; mientras, la Guardia Nacional interviene para evitar enfrentamientos.



Avenida Baralt, 11 de abril. La Policía Metropolitana, que actúa como tropa de choque de la marcha opositora, dispara contra los defensores de Miraflores, concentrados en la avenida Urdaneta, en Puento Llaguno.



Víctima de los disparos de los francotiradores complotados.



El fotógrafo Jorge Tortosa cae de un disparo en la cabeza.



Los militares golpistas visten sus mejores galas vísperas de la juramentación en Miraflores, unas horas después de haber traicionado al pueblo y la Constitución que juraron defender.



Autojuramentación de Pedro Carmona Estanga.



12 de abril. Represión contra el pueblo y los dirigentes revolucionarios. En la foto, la policía de Baruta (encabezada por el alcalde Capriles Radonski y su homólogo de Chacao, Leopoldo López) detienen en su casa al ministro del Interior Rodríguez Chacín.



El alcalde de Baruta, Capriles Radonski ingresa a la embajada de Cuba –autorizado por el embajador– en medio del asedio fascista con la intención de “inspeccionarla”. Fracasado, a su salida ofrece declaraciones a los medios que estimulan la jauría anticubana concentrada en sus alrededores.



13 de abril. El pueblo bolivariano movilizado junto a los militares derrotan el golpe fascista.

Turkey, 13 April 2002.
 at 14:45 HRS.

Al pueblo Venezolano ...
 (y a quien pueda INTERESAR).

Yo, HUGO CHÁVEZ FOLAS, Venezolano,
 PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA
 DE VENEZUELA, DECLARO:

NO HE RENUNCIADO al
 PODER LEGÍTIMO QUE EL
 PUEBLO ME DIÓ.

¡¡ POTOS SIEMPRE !!

HUGO CHÁVEZ FOLAS

Nota del presidente Chávez donde declara que no ha renunciado. Recogida del cesto de la basura por un soldado leal.



Madrugada del 14 de abril. Rodeado de sus colaboradores, regresa el presidente Hugo Chávez Frías rescatado y con él, el honor de un pueblo que luchó sin miedo por sus derechos, por su Revolución, por su futuro.

¿Por qué se urdió y ejecutó el golpe de Estado del 11 de abril de 2002 en Venezuela? ¿Quiénes lo concibieron y planificaron? ¿Quiénes lo implementaron? ¿Cuáles eran sus objetivos? ¿Por qué fracasó en menos de 48 horas? ¿Cuáles son las enseñanzas del golpe y de la victoria popular?

En su prólogo, José Vicente Rangel expresa: “Este libro, escrito por un agudo observador, para el cual no escapa detalle alguno, constituye una buena carta de navegación en el proceloso mar de la política. Lo recomendable es leerlo con detenimiento y desentrañar sus códigos”.

Abril sin censura teje en un relato integral los hechos del 11 al 14 de abril de 2002 y los testimonios de los protagonistas, con el ánimo de entregarle al lector una versión compacta y dinámica del golpe de Estado y del histórico triunfo popular.

Asimismo, ofrece los testimonios del autor —incluidos los del asedio a la embajada de Cuba— y varias opiniones y anécdotas de sus compatriotas cubanos que también vivieron esos dramáticos y victoriosos días.

Germán Sánchez Otero (Cuba 1945)

Licenciado en Sociología. Fue profesor de Filosofía e Historia en la Universidad de La Habana y en la Universidad Católica de Chile. Ha impartido conferencias y participado en eventos científico-sociales en veinte países de América Latina, Europa y Norteamérica. Ha publicado en diversos países ensayos, artículos, reseñas, entrevistas, crónicas, y una novela-testimonio sobre temas históricos, políticos, económicos y sociológicos. Algunos de sus títulos son: *La Revolución cubana y sus antecedentes* (1972); *Las relaciones de Estados Unidos y Cuba, durante la administración Carter* (1979); *Los partidos políticos en Cuba* (coautor) (1990); *Crisis, deuda externa e integración en América Latina* (1992); *Problemas de la democracia en América Latina* (1992); *Permiso para opinar sobre Cuba* (2004); *Cuba y Venezuela, reflexiones y debates* (2005); *Che sin enigmas* (2007); *Transparencia de Emmanuel* (2007); *El año de todos los sueños* (2011). Entre sus múltiples reconocimientos se encuentra la Orden Libertador de la República Bolivariana de Venezuela. Fue embajador de Cuba en Venezuela entre 1994 y 2009. Actualmente es funcionario en el Comité Central del Partido Comunista de Cuba.